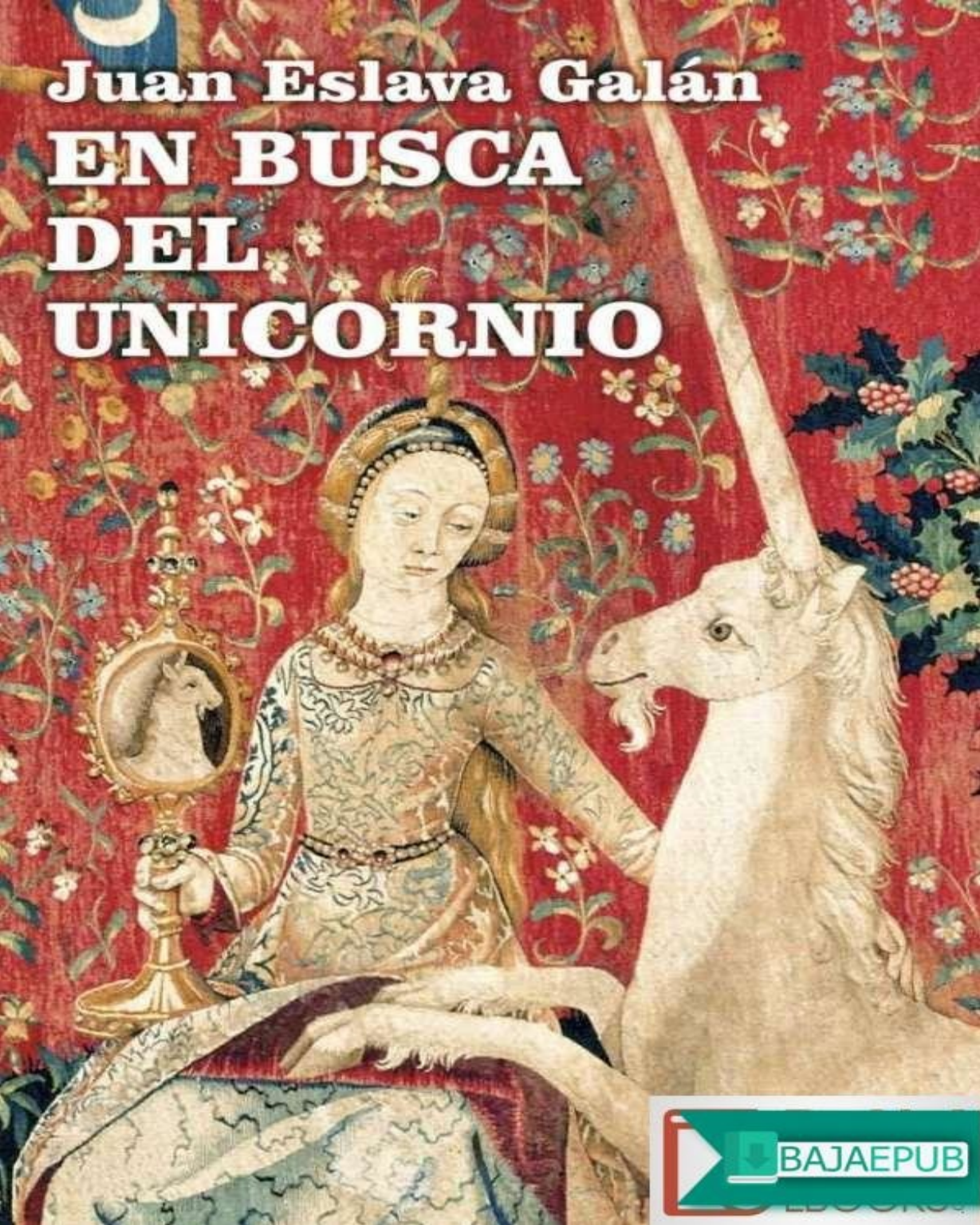


Juan Eslava Galán
EN BUSCA
DEL
UNICORNIO



Ambientada a fines del siglo XV, la novela narra un episodio ficticio de la vida de Juan de Olid, criado y escudero del condestable de Castilla. A Olid se le coloca al frente de una expedición a través de África para conseguir el cuerno del unicornio, el cual aumentará la virilidad del rey Enrique IV de Castilla, llamado el Impotente. Durante el viaje, habrá lugar para innumerables aventuras y peripecias de Olid y sus compañeros.



Juan Eslava Galán

En busca del unicornio

Premio Planeta - 1987

ePub r1.0
karpanta 18.07.13

Título original: *En busca del unicornio*
Juan Eslava Galán, 1987

Editor digital: karpanta
ePub base r1.0

más libros en bajaepub.com

A mis hijas María y Diana

... sino que nuestra España tiene en tan poco el esfuerzo (por serle tan natural y ordinario) que le parece que cuanto se puede hacer es poco: no como aquellos romanos y griegos, que al hombre que se aventuraba a morir una vez en toda su vida, le hacían en sus escritos inmortal y le trasladaban a las estrellas.

Antonio De Villegas, *Historia del Abencerraje y la hermosa Jarifa* (1565)

UNO

EN EL NOMBRE DE DIOS TODOPODEROSO, yo, Juan de Olid, empiezo este libro el día de Navidad de 1498, y porque de toda obra son comienzo y fundamento Dios y la Fe Católica, como dice la primera Decretal de las Clementinas, que comienza *Fidei Catholicae fundamento*, así yo comencé mi libro en nombre de Dios y en sus manos, que han de juzgarnos estrechamente, deposito cuanto en él se dice y cuenta y a Dios y a Santa María pongo por testigos de la verdad que aquí se contiene y encierra, cuanto más que las maravillas aquí expuestas vistas fueron de estos mis ojos, oídas de estos mis oídos, sentidas de este mi corazón, y si en algo mintiera o me apartase de la verdad, páguelo luego con el estipendio de la eterna condenación de mi alma.

Comienzo quieren las cosas y orden y concierto en su ejecución, y porque no quiero apartarme del hilo de cuanto he de contar, diré que en el año del Señor de 1471, siendo yo devoto criado y escudero del Condestable de Castilla, el muy ilustre señor don Miguel Lucas de Iranzo, recibió mi señor recado del muy alto y excelente príncipe y muy poderoso Rey y señor, don Enrique el Cuarto de Castilla, de que con el necesario sigilo, fuese servido enviarle un hombre que fuera de su mayor confianza y ducho en el ejercicio de las armas y de ingenio despierto y que fuera fiel y sufrido y que supiera callar cuando fuera menester y hablar en su momento, y que esto que hablase fuera concertado a cada ocasión y regido por la discreción más extremada, y que no fuera sucio, ni borracho, ni pariente de moros ni de judíos, ni casado. Y como mi señor don Miguel Lucas de Iranzo no halló que hubiera en su casa ningún cristiano que tales prendas reuniera fuera de mí, con harto dolor de su corazón me dejó luego partir a ponerme al servicio del Rey nuestro señor y me despidió regalándome, con aquella su liberalidad famosa, un caballo

que respondía por *Alonsillo*, que mejor no lo tuviera Carlomagno, negro hito, tresalbo y calzado, con un lucero chico en la frente, y diome también sobrados dineros y mi señora la marquesa mandó al mayordomo que me diera una mediana talega de higos secos y nueces y algunas confituras y otra munición de boca con que entretener el camino y mi señor el Condestable me vino a decir adiós con muy buenos consejos sobre dónde había de pernoctar y qué recados había de dar por el camino y a quién. Con estos sustentos y con un mediano hatillo de ropa y una manta salíme ya al camino y fui a ver al Rey nuestro señor que entonces posaba en un monasterio de la parte de Extremadura que llaman Guadalupe, al que era muy aficionado. Y en llegando a Guadalupe los frailes me dijeron que ya era el Rey partido y que había tomado el camino de Oropesa, y en llegando a Oropesa el alcaide me dijo que ya era partido y había tomado el camino de Segovia y en llegando a Segovia ya lo encontré, por lo que loé mucho a Dios y a todos los santos que con Él moran en el cielo, que para entonces el mucho cabalgar me había criado un callo en las asentaderas y *Alonsillo* andaba más cabizbajo que cuando salió de cuadras el primer día.

Hay en Segovia una fuente estrecha con muchos arcos que sólo sirve para que por encima della discurra un muy gracioso caño de agua. No es tan larga como la que da refresco a Sevilla viniendo de Carmona pero es más airosa, porque la cuesta que ha de remediar es mayor y está toda ella labrada de piedras canteadas a maravilla, que no dejarán pasar entre dos una espina de pescado. Vila y admiréla y no me detuve largo y la pasé luego por miedo a que el Rey nuestro señor fuera ido de la ciudad cuando yo llegara al alcázar donde posaba. Lleguéme, pues, al alcázar, que es fábrica grande a maravilla y una de las más bizarras posadas que verse pueden a este lado de la Cristiandad, y en llegando a la parte de la puente que lo guarda, me salieron dos sayones con muy herradas lanzas a

cortarme el paso y yo les dije: «Soy Juan de Olid, criado del Condestable de Castilla, que vengo a ver al Rey nuestro señor, por él llamado. Hacedlo saber a quien corresponda». Se entraron ellos de mal talante entre parlas, y yo quedé muy tieso encima del caballo, la mano libre puesta en la juncal cintura por si en alguna de aquellas muchas ventanas del alcázar se asomaba alguna damisela, con lo que echarían de ver con cuanta arrogancia y viril apostura comparecía el joven Juan de Olid a ver al Rey. Pero ninguna se asomó, ni doncella ni dueña, sino un secretario barbipelado que apareció al cabo por donde los guardas se habían metido y a la cabeza traía enjorado sombrero italiano y a las piernas calzas de distinto color y muy ajustadas, a la moda genovesa, marcando sus partes varoniles en la entrepierna, mayormente trapos embusteros a lo que yo recelé, y adobado con un tufillo de agua de azahar y ungüentos de olor que espantaría a las más reticentes moscas.

Pues aquel doncel que digo se vino a donde yo estaba, seguido de los dos sayones, que me pareció que lo miraban con un punto de entre sorna y asco, y, en llegándose a mí, me puso una mano en el muslo, lo que yo pasé por alto pareciéndome que sería familiaridad cortesana, y parpadeando mucho de los sus ojos, que tenía alcoholados, lo cual me escamó algo más, me dijo con modulada voz: «¿Sois vos el criado del buen Iranzo que esperábamos?». Y antes de que yo abriera la boca para decir sí, prosiguió: «Descabalgad, apuesto amigo, y seguidme. Estos aguerridos mílites se harán cargo de vuestra cabalgadura y le darán paja y cebada. Permitidme que os muestre vuestro aposento, gentil heraldo».

Aunque yo me percaté de qué pie cojeaba el mancebo, no me pareció discreto llegar a la Corte pecando de desconfiado, para que me tomaran por un patán de la frontera, así es que, disimulando recelos, dejé a *Alonsillo* y a mi impedimenta y talega en manos de los sayones y me fui detrás del rastro de perfume que el elegante iba dejando atrás como el

cometa deja su cola de fuego y sus malos presagios. Y antes de pasar por las altas puertas del alcázar busqué en el cielo por ver si veía ave negra que me diera agüero cierto, mas lo único que vieron mis ojos fueron blancas palomas que pausadamente remaban por la mañana azul.

Pasamos adelante por el portal enlosado que daba entrada al alcázar y doblamos a la mano siniestra y dimos en un mediano patio de armas donde crecían rosales y dompedros, y el emperejilado se volvió hacia mí con ademán de tomar mi mano, lo que yo excusé haciendo que no lo notaba, y me dijo que su gracia era Manuel de Valladolid, pero los amigos lo llamaban Manolito, por lo cual me daba licencia para que así lo llamase pues nada más verme se había aficionado mucho a mi persona y ya me contaba entre sus íntimos. Pasé por alto también esta familiaridad y no quise poner distancias tan a poco de conocernos por no parecer rústico o desconsiderado, pues mi señor el Condestable me había encarecido mucho que, en llegando a la Corte, obrara con gran comedimiento y mesura y antes de tomar decisión alguna me lo pensara dos veces. Así que dejé pasar la mucha franqueza y hasta consentí que el Manolito de Valladolid me tomara del brazo un par de veces por los oscuros corredores y cámaras por donde ahora me conducía camino de mi aposento. Subimos una angosta escalera de gastos peldaños, atravesamos un zaguán maloliente de cuyos renegridos muros colgaban paños de precio, a mi parecer franceses, y, finalmente, Manolito empujó una puerta y con un gesto cortesano me indicó que pasara delante de él. Pasé y halléme en una cámara donde había tres catres altos cubiertos de colchas bordadas de mucho precio y, arrimados al muro, un par de arcones forrados de esos que llaman valencianos, y Manolito me dijo: «Éste será, caro amigo, tu aposento y morada en los días que aquí estés. La ventana da a la hoz del río y al cielo donde, en yéndose la pajarería que ahora lo alegra, saldrán las altas estrellas a velar, conmigo tu sueño».

No sabiendo qué decir, por hacer algo, me asomé a la ventana y vi, en efecto, el hondón del río que iba pobre de aguas y medio perdido entre los recios cañaverales. De seguro que, en haciéndose de noche, habría más mosquitos que estrellas. Al otro lado del barranco, pasada la contraescarpa del castillo, se levantaba un cerrete coronado de pinos de buena sombra y olor. Era una buena cámara pero tenía el escape difícil si Manolito venía a visitarme nocturno y yo temía que ésas fueran, como las coplas del vulgo dicen, las costumbres cortesanas. Miré para la puerta si tenía cerrojo y vi que lo tenía de hierro, muy bueno, lo cual notado sosegó mi ánimo, pero Manolito, pensando que miraba por mi seguridad, me dijo: «No tengas cuidado, que en el alcázar de Segovia estarás entre amigos y yo mismo duermo en este aposento y no dejaré que te ocurra nada malo», con lo que, queriendo sosegar me, me intranquilizó más que estaba.

Quería el protocolo de la Corte y la decencia y buena crianza que el mensajero compareciera delante del Rey bañado y peinado, de manera que Manolito salió a dar las órdenes necesarias y a poco entraron por la puerta cuatro o cinco criadas trayendo un barreño grande de madera y algunos calderos de agua caliente. Pusieron el barreño al lado de la ventana, vaciaron el agua, que desprendía nubes de vapor, fuéronse y sólo quedaron la más vieja de ellas, que era mujer fornida y de buen alzado, y el susodicho Manolito de Valladolid. Aunque me daba un poco de reparo, más por Manolito que por la mujer, me desnudé luego y me quedé en mis cueros y me metí en el baño por excusar compromisos, que a Manolito se le iban los ojos por mis partes. Y él, en un arrebató de generosidad, abrió uno de los arcones que allí estaban y extrajo dél un frasco de aceite de olor del que me vació medio en el baño. Y el aceite olía lo mismo que su dueño, lo que me preocupó, porque no quería que en mi primera comparecencia ante el Rey nuestro señor pudiera su majestad persuadirse

de que también yo era del bando de su paje. Pero, por no parecer rústico, lo pasé también sin decir nada y me dejé enjabonar por la criada, la cual, con un estropajo grande y muy áspero, me atacó la espalda dejándome como un *ecce homo* y así hizo con mis otras partes donde había criado grande cochambre del mucho camino y cabalgada, con que quedó el agua negra a maravilla. Salí del baño y volvieron las criaditas de antes trayendo grandes paños calientes con los que me secaron y frazaron y entre todas levantaron la cuba y vaciaron el agua por la ventana ayuso y hubo gran grito de voces y muy gruesas palabras allá abajo, que todo el diluvio le cayera encima a un sargento de la guardia del Rey que andaba buscando alcaparras al pie del muro con su taleguilla.

Entró en la cámara nuevamente Manolito, tan aficionado a mi persona y tan atento, y me entregó una túnica azul con reflejos de oro, obra morisca de mucho arte, encomendándomela mucho porque era suya y la que usaba en las grandes fiestas y en Pascua y en el día de la Candelaria. Y me hizo saber que antes nunca jamás se la prestara a nadie. Quedé yo tan obligado de tanta gentileza como dudoso de cómo la cobraría. Metíme la túnica, que ofendía mucho las narices de la algalía y aguas de olor, y vi que me llegaba por debajo de las rodillas, lo cual es discreta proporción y largura. Y calcéme calzas del mismo color y unos zapatos de tafilete crudo que apretaban un algo más de la cuenta y todo ello lo dejé pasar sin decir palabra, siendo tan en contra de mis usos y costumbres, por no parecer rústico y desconsiderado.

De esta guisa adobado me dejé conducir a presencia del Rey nuestro señor. El cual posaba en la sala que llaman del Solio, donde hay una hermosa vidriera de Santiago degollando moros y es esta sala grande a maravilla y muy ancha y techada de pintados artesones moriscos y forrada de historiados paños franceses y brocateles y terciopelos granates de mucho primor y precio. Estaba el Rey nuestro señor sentado en sillón

de cuero delante de una ventana baja, a contraluz, y al lado suyo había dos cortesanos que lo servían. Y uno de ellos, calvo y gordo, era su secretario de cartas latinas. Fuime al Rey nuestro señor, hiqué la rodilla en tierra tal como el Condestable me tenía ensayado, advertido y recomendado, y le besé la mano que la tenía muy fría y muy blanca y quedéme en aquella postura hasta que él me mandó levantar con su voz un punto aflautada. Entonces di un par de pasos atrás, quizá diera tres o cuatro más de lo que pedía la buena crianza, queriendo pecar por lo mucho antes que por lo poco y por quitar y excusar de las reales narices la ofensa del mucho perfume y olor que impregnaba mi persona. Sólo que me pareció notar que el Rey nuestro señor también estaba metido en nube de aromados olores, lo que achaqué a un uso de la Corte y en mi corazón disculpé un algo a Manolito de Valladolid que a lo mejor no era tan amujerado como mostraba ser, sino solamente cortesano al uso, y en mi corazón me reproché de rusticidad por el precipitado juicio que hiciera de su persona.

Leyó el secretario de cartas en voz alta la que yo acababa de entregarle de mi señor el Condestable, la cual contenía mayormente diversas noticias de la vida en la frontera del moro y a cómo estaba la medida de cebada y el celemín de harina y la libra de carnero, apuntamientos todos que aquí no hacen al caso, y otros negocios entre el Condestable y el Rey. Y, al final, la carta hablaba de mí, me recomendaba mucho y decía que yo era hombre fidelísimo, de toda confianza y verdadero, y experto mílite y esforzado y sufridor de trabajos más que nadie, y discreto y no sé cuántas cosas más, todas en mi loor y encomio, que escuchándolas decir en presencia de la alta persona del Rey nuestro señor, me subieron la sangre al rostro y me puse colorado. Y el Rey, en notándolo, se rascó la nariz y se sonrió por lo bajo mirando por la ventana por donde yo, en pos de sus ojos, otra vez veía el cielo azul cruzado de

blancas palomas. Y luego que el secretario hubo acabado su lectura el Rey me preguntó: «¿Te gusta viajar?», y yo, que nunca me había parado a pensarlo, le contesté: «Sí, mi señor». Y él me dijo: «Pues vas a viajar mucho», y luego levantó la mano que yo corrí a besársela hincando otra vez la rodilla en tierra y en esto se acabó la real audiencia y el secretario me hizo seña que saliera y dejé la sala entre reverencias y andando para atrás y el secretario salió conmigo. Muchas veces me han preguntado luego diversas gentes cómo era el Rey y si se parecía a su retrato que traemos en las monedas y yo a todos he dado pelos y señales y he dado a entender que tuve con él más familiaridad y trato del que en verdad tuve y que me hizo acercar un escabel y sentarme a su lado y me preguntó luego por las cosas de la frontera y por mí y si venía el año bueno de caza y si ya berreaban los venados y se veía hozar el puerco entre las encinas por la parte de Andújar, donde él tenía a mucho sabor cazar, pero ahora tengo que declarar, puesto que he jurado ajustarme a la verdad, que no hablé con el Rey más de lo que queda dicho y que tan breve fue mi comparecencia que no sabría decir si tan alto señor era joven o viejo. Alto sí sé que era y muy membrudo, aunque, a lo que me pareció, de carnes blandas y poco trabajadas, como las del que lleva vida regalada y de no mucho ejercicio. Y del rostro no era feo, mas tampoco guapo, que tenía grande la quijada de abajo y esta tacha le descomponía un tanto el semblante.

Quedé, pues, como digo, en manos del secretario de cartas latinas que me llevó a una su cámara que allí cerca estaba, a la que dicen la de las Piñas por unas que tiene labradas y pintadas con mucho primor en el techo, y allí había un catrecillo sin armar y dos mesas grandes muy llenas de papeles y tinteros y unos anaqueles con libros y más papeles y en el muro frontero un paño bordado. Abrió la ventana, que entraran luz y moscas, se fue a donde estaba la pared del paño y me lo señaló y me dijo:

«¿Conoces qué animal es éste?». Y lo que se veía en el bordado era una doncella de luengos cabellos rubios y labios bermejos que estaba ricamente vestida de brocados y sedas muy finos y sentada en medio de un verde prado de pintadas flores. Y a un lado de la doncella había un grande león, no en actitud fiera sino como si le rindiera pleitesía a la niña, y era cosa maravillosa de ver cómo la belleza da mansedumbre a las fieras, y al otro lado de la doncella había un caballo blanco, en todo caballo con las equinas proporciones que a su clase corresponden si no fuera porque, de en medio de la frente, donde *Alonsillo* tenía un lucero, a éste le salía un larguísimo cuerno, todo derecho como huso e igualmente blanco. Y el animal que el señor secretario me estaba señalando era aquel caballo. Y el secretario volvió a preguntarme: «¿Conoces qué animal es éste?». Y yo, no queriendo parecer rústico, no sabía qué responderle porque en mi vida había visto un caballo tan guarnecido de cuerno, y aunque pensaba que era alguna adivinanza o chascarrillo, le respondí honradamente: «Paréceme, señor, que es un caballo si no fuera por ese como cuerno que tiene en medio de la frente». Y él se me quedó mirando gravemente y movió un poco la cabeza como si pesara las palabras que iba a decirme y luego me dijo: «Caballo es, amigo mío, pero de una clase de caballos como nunca se ha visto por nuestros reinos ni creo que nunca se vea en tierra de cristianos. Su nombre es el unicornio por ese cuerno que le ves en la frente en el que reside su maravillosa virtud. Estos caballos unicornios pacen en los pastizales de África, más allá de la tierra de los moros, donde nunca llegaron cristianos fuera de los mercaderes del Preste Juan si es que tal hubo. El Rey nuestro señor quiere que tú y otros vayáis allá y le traigáis uno de estos cuernos». «Un cuerno», dije yo en mi asombro, y el secretario me preguntó: «¿Es una pregunta o una opinión?». Y yo le contesté: «Es una pregunta». «Bien —dijo él—, pues sí: es un cuerno. El Rey lo necesita para que sus boticarios saquen de él

ciertos polvos de virtud que son muy salutíferos y necesarios para el buen servicio del Rey nuestro señor. Pero de esto importa mucho que no sepa nadie ni una palabra ni qué embajada lleváis, sino que iréis bajo capa de otro negocio que se os explicará».

Así fue cómo me vi embarcado en la busca del unicornio.

DOS

EL SECRETARIO REAL no me dijo más. Tan sólo me recomendó mucha discreción y secreto, porque importaba grandemente al servicio del Rey nuestro señor que nadie supiera lo que íbamos a buscar a la tierra de los negros. Me hizo saber que partiríamos de allí a cuatro días, miércoles, en que él confiaba juntar cuantas cosas eran cumplideras y necesarias a nuestro negocio y que si alguien me preguntaba había de decir que el servicio del Rey nos llevaba al moro de Granada para asentar unas treguas con el sultán y que ése, y no otro, era el motivo de que su majestad hubiera requerido a un criado del Condestable, a cuyo cargo es sabido que estaba la frontera y linde del moro. Con esto me despidió y me dio diez maravedís para mis necesidades, lo que no era poco, cuando mi yantar y cama y el pesebre de *Alonsillo* ya quedaba salvos y horros en el alcázar mientras allí estuviese.

Aquel día por la tarde me vino recado del secretario del Rey que fuera al convento que dicen de San Francisco y preguntase allí por fray Jordi de Monserrate, el cual ya estaba enterado de quién era yo y me estaría aguardando. Fui, pues, para las caballerizas, ensillé a *Alonsillo*, que se alegró mucho de verme otra vez, aunque luego le quedara un punto de recelo porque ya se había aficionado a la buena cebada y creería que lo sacaba de aquellas granjerías para meterlo otra vez por leguas y caminos. Salimos del alcázar por su puente de tablas y fuime dando un paseo por la apacible ribera del río, luciendo talle y apostura, la mano en el pomo del estoque, levantando capa por detrás, que sentíame mirado por las lavanderas que allí se juntan y alguna habría entre ellas en edad de suspirar. Y así me llegué, subida una cuesta que entre árboles se hace, al dicho convento, donde el fraile portero se hizo cargo de *Alonsillo* y llamó a un lego que me acompañara y el lego me introdujo en un patio umbrío

porticado de columnas donde manaba una amena fuentecica y de allí, por un corredor oscuro, salimos a un fresco emparrado que daba al huerto de los frailes, grande y asomado al hondón del río. Y a lo lejos se veía un fraile gordo tocado con un gran sombrero de paja, que se inclinaba sobre las matas. El lego me lo señaló y me dijo: «Aquél es fray Jordi de Monserrate», y sin decir más se volvió a sus menesteres. Con lo que yo me fui para donde el fraile del sombrero estaba, rodeando la veredilla y la alberca. Cuando le llegó mi sombra, que caminaba delante de mí, se enderezó el fraile y se enjugó el sudor de la frente con la manga de la remendada saya y mostrándome una mata de cierta planta, que acababa de segar, me dijo: «¡La humilde verbenal!: tisana para llagas y heridas que nos vendrá muy bien en tierra de infieles. A lo mejor también abunda por allí, pero yo, por si acaso, ando haciendo provisión de ella. También purifica la sangre y embellece la piel». Sonrió un poco mirándome y añadió: «Y a los mozos como tú les alegra el vino y les dice si son amados de sus damas o no. ¡Verbena con miel! ¡También yo la caté cuando era joven!». Dijo esto y rióse y le tembló la papada y el vientre, que el fraile era un punto gordo y mofletudo y colorado, de estos que tienen la sangre espesa y son más inclinados al humor y al yantar que a los otros tropiezos de la humana condición. Y yo abría la boca para decir quién era pero él me contuvo con un gesto y dijo: «Juan de Olid, criado del Condestable de Castilla y ahora oficial del Rey». «¿Oficial del Rey?», pregunté yo, que no sabía nada de aquella súbita privanza. Y el fraile asintió risueño con cara de estar muy enterado del asunto y me dijo: «Tú eres el que mandará a los ballesteros que han de escoltar la embajada». «¿Y sabéis el destino de la tal embajada?», torné a preguntar yo. Y él me sonrió y se me quedó mirando, como si midiera si me lo había de decir o no, y al fin dijo: «Buscar el unicornio». Y como me lo dijo con el mismo tono con que se dice coge la cesta porque vamos a buscar espárragos

trigueros, me tranquilizó mucho y cobré confianza para preguntarle por el unicornio y si sería bestia de difícil caza. Fray Jordi no dijo nada sino que me hizo seña que lo siguiera y me llevó a una cámara alta donde los frailes tenían su escritorio y allí había más libros de los que un hombre letrado podría leer en toda su vida. Me ofreció asiento en un estrado muy manchado de tinta que había al lado del ventanal plomado, por donde entraba la luz del huerto. Tomó un libro de los anaqueles y lo abrió por un folio que estaba señalado con una cinta. Lo puso sobre la tabla del escritorio, delante de mí. «Esta es la palabra de Dios en el Antiguo Testamento», me dijo señalándome unas letras hebreas que no entendí. «*R'em* —leyó— ésa es la palabra que designa al unicornio, aunque las Escrituras de los Setenta se llama *monokeros*, palabra griega que es tanto como decir *unicornis*. Muy ilustres autores antiguos y Padres de la Iglesia se han ocupado de este animal, entre ellos San Gregorio y San Isidoro. Yo llevo meses escudriñando en los textos todo lo que se sabe de él por interés del Rey y obediencia a mi superior», explicó. Hizo una pausa y prosiguió: «El unicornio no se puede cobrar vivo porque, de cualquier forma, muere pronto en cautividad; además sería peligroso más que apresar un león porque es muy feroz y nada puede resistir a su cornada, ni broquel ni adarga doblada. Le gustan las palomas y suele sestear a la sombra de los árboles donde ellas se posan. Su mayor enemigo es el elefante, al que vence y mata atravesándolo con su cuerno. Un cuerno largo y retorcido que aguza contra las piedras como el cochino de monte afila sus colmillos. Pero nosotros lo cazaremos con una virgen, si Dios ayuda». «¿Con una Virgen?», pregunté yo, pensando que quería decir con una imagen de Nuestra Señora. «Con una virgen de carne y hueso —continuó fray Jordi—, con una doncella intacta, que no haya conocido varón. —Y luego añadió como para sí—: Si es que el Canciller real encuentra alguna en todo el reino de Castilla». Dejó el libro en su

lugar y tomó otro menos voluminoso que también tenía cierto pasaje señalado con una cinta. Lo abrió y leyó por donde marcado estaba: «Plinio certifica que el unicornio huele a la doncella y va a posar su cabeza terrible en el regazo de la niña: entonces se deja cautivar fácilmente porque abandona su habitual fiereza y la torna en mansedumbre. El cuerno del unicornio es el remedio universal contra el veneno; el ungüento de su hígado es mano de santo en las heridas». Fray Jordi guardó silencio un momento y seguía discurriendo la yema de su dedo índice por el pergamino del libro, aunque no leía. Había levantado la cabeza y miraba distraído por la ventana del huerto. El sol empezaba a bajar, allá a lo lejos, y los muros del alcázar real, al otro lado de los barrancos, parecían dorarse y brillar como joya bruñida. «También tiene otras virtudes el cuerno —prosiguió—, apuntala la virilidad desfalleciente de los hombres poderosos en el otoño de sus vidas y les devuelve los ardores de la juventud». Bajó la voz sin dejar de mirar el lento atardecer y prosiguió: «En las boticas de Oriente se venden polvos de unicornio por remedio de virtud, pero el Rey los ha probado y no le sirven. Es posible que no sean legítimos o que sean molimiento de colmillo de elefante. No hay seguridad de que en toda la Cristiandad haya un cuerno de unicornio verdadero fuera de los tres que hay en la iglesia de San Marcos de Venecia. El Canciller real les ha escrito a los venecianos y hasta les ha mandado un embajador, pero ellos perjuran que los dichos cuernos no están ya allí. Parece que el único modo de hacerse con él es yendo a África y cazando al monstruo. Ese es el mandado que nos encomienda el Rey nuestro señor».

Seguí departiendo con el buen fraile sobre las trazas de la caza del unicornio y él, que era persona de mucho juicio, me dijo que con cebo virginal era seguro que podríamos tomarlo porque entonces se conduce con la mansedumbre de una oveja. Y supe que, por si en tierra de infieles

no hubiera ninguna doncella, pues es sabido que sin el freno de la verdadera religión hacen más uso de la lujuria que los cristianos, el Canciller había previsto que llevásemos en nuestra compañía a una doña Josefina de Horcajadas, doncella certificada, de noble linaje de la ciudad de Cuenca, que sería, llegado el caso, nuestro señuelo con que amansar y pacificar a cuantos unicornios topásemos en los confines del África. Y al darme noticia de ella, fray Jordi me encomendó mucho que, puesto que yo iba a ser el sargento y mariscal de la milicia del Rey, me cuidara mucho que ninguno de mis hombres osara acercarse a doña Josefina ni para tocarle un pelo de la ropa so pena de ejemplar castigo, lo que yo prometí de muy buena gana.

En estas pláticas nos fue entrando la noche, apenas desmentida por la luz de una triste palmatoria que sobre la mesa ardía, cuando sonó la campana de los frailes llamándolos a colación y con esto me despedí de Fray Jordi y me volví a *Alonsillo* y a mi aposento del alcázar muy embargado de pensamientos y cavilaciones y trazas, y acabó de cerrar la noche, en lo que bajé a cenar con los pajes y los maestresalas y luego excusando conversaciones, retiréme a dormir y no pude pegar ojo imaginando la pintura de las nuevas tierras y personas que habría de conocer por mandado del Rey, en los confines de la tierra ignota, y cómo acrecentaría mi estado y nombre con las hazañas y grandes hechos que pensaba cumplir en mi encomienda, que a las veces no pensaba que fuera yo sino un Rolando o un Alejandro de los que en las historias antiguas vienen. Y del mucho velar y dar tornadas en la cama e impacientarme anduve, los otros días que allí esperé, muy mal despierto, sin mostrar mucha cortesía, como manda la buena crianza, para corresponder las finezas y atenciones que Manolito de Valladolid de continuo gastaba conmigo. Mas él no tomaba enojo, pensando que era mi natural arisco, y luego volvía en busca de mi compañía y poca conversación.

Y al tercer día salimos de Segovia sin despedirnos del Rey ni de su secretario, que en el mientras tanto el rey y toda la Corte fueron partidos a Guadalajara con el mayor secreto del mundo como, por excusar traiciones, solían. Y esta vez hice el camino muy bien acompañado porque iban conmigo cuarenta ballesteros a caballo y fray Jordi de Monserrate, en una mula andariega, seguido de otra de reata donde llevaba los bultos y apechusques de su botica. Y con nosotros iba Manolito de Valladolid que había alcanzado del Canciller, su tío, ser mayordomo y aposentador de la expedición, y en buena mula cisterciense, pausada de andares, con tijera de mujeriegas y quitasol colorado, llevada de reata por un mozo de mulas, viajaba, silenciosa y tapada por unas espesas tocas que le colgaban de las puntas del sombrero, doña Josefina de Horcajadas, la doncella. Y con ella venían dos criaditas jóvenes y otra vieja. Además llevábamos tres mozos de mulas y un hermano lego que iba al cuidado de fray Jordi de Monserrate y detrás destos iban hasta cinco mulos buenos con fardaje de todas las cosas de que para nuestra despesa menester hubimos, provistas muy cumplida y abundantamente por mandato del Rey nuestro señor.

TRES

PARTIMOS TAN SECRETAMENTE DE SEGOVIA, cuando aún dormían los gallos, que persona en el mundo supo dónde íbamos. Y, en saliendo al pago que dicen del Quejigal, tomamos el camino de Toledo y, en descansadas jornadas, pernoctando en ventas y posadas, fuimos acercándonos a tierras de las Andalucías. Manolito de Valladolid, en puesto de mayordomo real, no se apartaba de mi estribera, mal jinete, siempre quejándose de la incomodidad del camino, del polvo, de las moscas y de la inclemencia del sol, para cuya defensa iba tocado de gorro morisco de seda carmesí, con pañuelo de lo mismo velándole la cara, y fingía no oír las chanzas y coplas de la chusma ballesteril. Fastidiado iba yo de su amistad tan asidua y empalagosa, y de no saber qué hacer para quitármelo de encima, que cuanto de peor talante contestaba sus muchas preguntas e inquisiciones, más afición parecía tomarme él y más chistes y bromas de mi persona imaginaba yo en la comitiva zumbona. Hubiera preferido gastar el camino en conversación y amigable coloquio con fray Jordi, que me parecía un pozo de ciencia y me había aficionado yo, en dos o tres paliques que con él tuve, a sus muchos y variados saberes, pero el buen fraile prefería ir cerca de la zaga, con los lacayos y las mujeres, lejos del mucho blasfemar y entonar lascivos cantos de la tropa, y aún dos o tres veces se nos quedó retrasado y hubimos de esperarlo porque, cuando descubría alguna yerba o alguna piedra nueva, no cuidando del asunto común, se bajaba a recogerla, y así iba haciendo sus cosechillas de yerbas y hojas y raíces que luego guardaba en ciertas taleguillas de lino, y cuando hacíamos parada larga, para yantar o para que descansaran las bestias, él ponía su agosto a secar encima de las peñas, mirando a Oriente, donde mejor hiciera el sol, y alababa la virtud de Dios en aquellas plantas. Y era maravilla ver cómo tales saberes y labores lo

tenían entretenido, que ni se quejaba de las incomodidades del viaje, siendo él, por su mucha grosura y poca costumbre de cabalgar, el que me pareció en un principio que peor había de sufrir el camino. En cuanto a la dama Josefina de Horcajadas poco he de decir. A cada descanso íbanseme los ojos a ella sin poder remediarlo, que me parecía adivinar que había de ser de reposada presencia y bellas facciones y que habría de tener los pechicos redondos y pequeños y los muslos gordezuelos y torneados, pero nunca me atreví a acercarme a más de quince pasos della porque, habiendo de dar ejemplo a los ballesteros, me pareció que sería de mucha torpeza y poco recato que me viesen requebrándola o haciéndome el cortesano entre sus dueñas. Así que me mantuve a prudente distancia, aunque me pareció que algunas veces ella me miraba y, cuando tal sentía, procuraba enderezarme sobre *Alonsillo*, y sacar pecho, y dar órdenes a los ballesteros y mozos que más cerca anduvieran, con la voz recia y capitana, y vinieran o no a cuento, cosas todas que, por ser joven, bien creo que se me podrían excusar.

A la altura de Toledo sólo paramos un día y fue lo justo para no entrar en tan famosa ciudad, sino que posamos con gran prevención y secreto en uno de los huertos que están cabe el Tajo que allí hay, lugar deleitoso de altos árboles y yerba fresca y mullida, y en tal lugar nos solazamos hasta que nos vinieron tres o cuatro mulas con pan y bastimentos y un escribano real por nombre Paliques que nos acompañaría al moro y al negro, cuyas parlas entendía, pues era licenciado por la afamada escuela de traductores y aun uno de los más ilustres platicantes della, según todos decían, no embargante su mediana mocedad. Y éste era hombre menudo y lampiño y delgado de cuerpo y de piel un algo oscura y tenía los labios henchidos del mucho ejercicio en la pronunciación de parlas extranjeras y nunca se descubría la cabeza, que llevaba recatada por un gorrillo verde con sus vueltas de gasa, debajo del cual lo que había era, como desde el

principio sospechamos, una calva escandalosa, amelonada, monda y lironda. Era Paliques de poco y articulado hablar y yo no le quise dar mayor confianza porque ya me dejaba recomendado mi señor el Condestable que un oficial de mando debe tener poca trabazón con sus mandados y esta poca bien administrada. Y con esto pasamos adelante y a los pocos días nos metimos por los campos de La Mancha, buena tierra de hidalgos y de barberos, e iba siendo ya el tiempo de la siega, pues estaban los panes crecidos y acostados y se veían cuadrillas de segadores que bajaban por los caminos en busca de sus amos y asientos, y en los descansos se juntaban a nosotros algunos y cantaban y parlaban con los ballesteros y con los mozos de mulas, y por sus hablillas vine a entender que la ballestería estaba en que íbamos a tierra de moros donde la señora Josefina de Horcajadas había de casar con un conde mahometano que prometiera, a cambio tomar las aguas bautismales y volverse a la fe de Cristo y hacerle guerra, con nuestro señor don Enrique, a sus antiguos hermanos. Y que, por este motivo, la señora iba muy recelada, que era virgen y convenía que lo siguiera siendo por lo menos hasta meterla en el tálamo del tornadizo moro enamorado. Y decían sobre esto que, por este motivo, ella iba sufridora como penitente pues habíase enamorado del capitán de aquella tropilla que era don Juan de Olid, un joven famoso tanto por su apostura como por los hechos de armas que dejaba acabados en la linde del moro y que corrían de boca en romances y cantares de ciego. Sobresaltéme yo al oírme puesto en tales hablillas y no sabía si tomarlo todo a exageraciones de la ballestería, que está ociosa y se emborracha y da en pensar e imaginar lo que no es ni puede ser y luego lo cree y lo cuenta sin curar de invenciones, mas, por otra parte, el cuento me halagaba y por la otra me ponía una como leve angustia en el pecho pues, si bien es cierto que yo nunca fuera famoso adalid de la frontera como ellos me predicaban, también era verdad que nunca volví la espalda

al moro cuando asistía a mi señor el Condestable en las reñidas escaramuzas y batallas peleadas en que con él anduve, y nunca herí en moro muerto por enturbiar la espada como hacen otros. Reflexionaba yo que, siendo lo de mi afamada milicia manifiesta desmesura, también lo habría de ser el dar a doña Josefina por mi enamorada, pero, aún así, no me curaba dello con las buenas razones de la prudencia, siendo joven y de natural fogoso, y miraba a la dama más que era prudente y me parecía, según andaban los días con sus aparejadas ocasiones, que también ella me miraba a mí, y, a veces yendo en la cabalgada, yo delante de los otros, abriendo camino sobre el esforzado *Alonsillo*, volvía la cabeza so pretexto de ordenar algo, mas, en mi corazón, por sólo verla a ella, y me parecía que mis ojos se cruzaban con los de la dama, allá a lo lejos, donde ella andaba, detrás de la caballería en tropel, rodeada de sus dueñas, a prudente distancia de la ballestería por excusar oídos de las indelicadezas de tal chusma y por no tragarse los espesos polvos que iban levantando.

Así fuimos cumpliendo el camino como buenos hasta que llegamos al Muladal, que es el lugar donde suben los tajos del río Magaña camino de las navas pasando a las Andalucías. Y allá tomamos descanso al lado del frío arroyo de muy claras aguas como cristal y mandé a dos partidas de ballesteros a ballestar carne y a poco tornaron los unos con un guarro jabalí, que por allí son muy abundosos y fieros, y los otros con hasta media docena de conejos y mucha hierba de hinojo. Con lo que hubimos mucho placer y pensé que nos detendríamos allí hasta el otro día, por dar algún descanso a las bestias, y mandé repartir el último vino que en los pellejos quedaba, no fuera a avinagrarse al pasar los cerros altos, que el vino es mal viajero, y de este modo chicos y grandes hubieron mucho solaz y se fueron aficionando a mí cuando vieron que miraba por ellos y los trataba bien. Todos menos Manolito de Valladolid que desde hacía unos días andaba cabizbajo y no se acicalaba tanto ni se echaba aguas de

olor, como antes solía, ni venía a darme conversación, y se venía huidizo y melancólico como verdadero enamorado. Mas yo no hice por darle consuelo, pues antes lo quería de esta guisa que no de la otra, con que me parecía que me hacía perder el respeto y gravedad que me eran debidos delante de la ballestería. Así que lo dejé estar y él andaba visitando aquellas riberas en soledad y ora se sentaba aquí, ora allí, ora tañía gentilmente la flauta, con muy suaves y tristes músicas, ora cantaba los concertados versos de Villasandino o los del enamorado Macías o los de otros desastrados amadores, de los que traía gran provisión en las cámaras de la memoria. Y otras veces, cesado el cantar, tiraba piedras al agua y hasta alguna vez me pareció que derramaba furtivas lágrimas mirando a la corriente en su ser fugitivo como vida. Pero otras veces se consolaba algo y acompañaba a fray Jordi en sus andanzas en busca de yerbas y plantas de virtud y fue mucha suerte que tuviéramos al fraile tan a la mano cuando lo del guarro jabalí, porque hizo una tal escobilla y haz de yerbas con que untar y enlodar el asado por dentro y por fuera que no es cosa de poderse creer, mas todo el que lo cató estuvo de acuerdo en que aquél era el más deleitoso y mejor aderezado faisán que había probado en su vida. A lo que el fraile se reía con aquella su risa caudalosa que le ponía a temblar la papada y la humanidad toda de su panza oronda y le arrasaba los ojos de lágrimas.

En cuanto al parla toledano, éste había hecho amistad con un sargento de los armados, por nombre Andrés de Premió, natural de las Asturias de Uvieu, y se hacía instruir de él en el habla enrevesada que por allá se usa, y al cabo de unas pocas jornadas de cabalgar juntos, ya era Paliques capaz de mantener una conversación con el otro en aquella fable como si los dos fueran naturales de la misma parte, lo que no dejó de maravillarnos a los que tal mudanza vimos. Y aquel Andrés de Premió era de agraciados rasgos y de fértil ingenio y apacible conversación y no muy alto de

cuerpo pero fornido y bien hecho, como cumple a soldado, y traía en medio de la cabeza una mancha calva que, de haber estado más recatada a la parte del remolino, hubiera cómodamente pasado por clerical tonsura, de lo que él no se holgaba nada y de lo que sus peones hacían chistes cuando no eran dél oídos. Y este Andrés de Premiό era en todas sus cosas discreto y concertado menos en el decir que descendía del linaje del Cid Campeador. Y yo me fui aficionando a su compañía si bien, llegada la hora del yantar, convenía más dejarlo solo porque, en abriendo el zurrón y talega de las viandas, más parecía que había destapado sepultura de muerto de nueve días o que traía nido de abubillas, según apestaba y hendía una porción de queso podrido que allí guardaba y que, a decir de él, estimaba más por golosina que todos los panes candeales y pasteles adobados de la mesa de la abadesa de Valdediός. De donde dimos en pensar que la tal abadesa debía de estar bien comida y muy regalada de viandas y confites allá donde tuviese el convento, que en esto nadie pasó nunca a saber más.

Y algunos días hice tomar algunas liebres y echarles cascabeles y después por este camino, porque las mujeres hubiesen placer, hacías las soltar y corríanlas por el campo.

Con estas personas y conocimientos continuamos nuestras jornadas, habiendo muchos deportes y placeres, y así pasamos La Mancha donde, con la abundancia de vino, iba contenta la ballestería como a fiesta. Y así llegamos al antedicho lugar que llaman Muladar que es donde la sierra Morena empieza.

A otro día de mañana levantamos el campo y nos internamos por las espesuras de los montes siguiendo los senderos del paso y puerto que llaman de la Losa, camino el más estrecho y fragoso del mundo. Y en esto íbamos guiados por uno de los ballesteros al que decían Luis del Carrión, el cual había servido un tiempo a los freires calatravos que

aquella provincia habitan y decía que conocía las trochas como la palma de su mano. La cual de buena gana hubiérasela hecho cortar allí mismo por encima del puño, que nos extravió dos veces en medio de la calor del día, y ya nos veíamos comidos de buitres en aquellas espesuras cuando, a lo lejos, columbramos las ruinas del castillo del Ferral, que estaba aportillado y sin techos, pero que nos vino muy al pelo para pasar la noche y descansar de los pasados trabajos. Acampamos, pues, entre aquellos estragados muros a la caída de la tarde, antes que el sol se fuera, y salieron los ballesteros a rastrear carne y a poco volvieron con unos cuartos de venado, los más grandes y hermosos que en mi vida viera, y uno de ellos tornóse con más gente a traer el resto de la pieza antes que acudieran lobos y buitres a darse el festín, y fue muy a propósito pues, para cuando llegaron a donde la dejaran, ya andaban las aves haciéndole los vuelos coronados y reverencias que suelen a su yantar carroñero antes de caerse a él. Tomaron, pues, la carne, limpia de cabeza y tripas, y aquella noche hicimos grueso banquete, que cada cual se hartó de aquel excelente asado, y aún sobró, adobado muy gentilmente por las virtuosas hierbas y maceraciones que fray Jordi de Monserrate había preparado en el mientras tanto. Sólo que el peonaje anduvo quejoso de que no tuviéramos vino con que mojarlo.

Los muchos cansancios del día y sus fatigas y la cena abundante dieron pronto sueño al personal, con lo que retrayéndose todos a dormir, menos los acostumbrados velas, a los que mucho encomendé que no dieran cabezadas y fueran a acudir lobos al venteo de la carne sobrante. Tampoco yo podía dormir, que las ruinas de castillos me ponen melancólico, de modo que, después de estar me buen rato contemplando las estrellas sin poder conciliar el sueño, levantéme y salí de la manta y me fui dando un paseo hasta un bosquecillo de encinas que allí cerca se descubría. Y en llegando al bosquecillo sentí un crujido de rama seca

detrás de mí, como pisada de algún pie, y en volviéndome presto vi que un bulto oscuro se llegaba a mí y casi se me echaba encima, y a falta de mejor arma requerí la daga que traía, filosa, terciada en el cinto. Y es el caso que creía habérmelas con alguno de los malfechores que pueblan aquella sierra, que bien sabía yo que está infestada de ellos, pues allí se retrae todo el que ha cometido delito contra el Rey nuestro señor y es buscado por sus justicias, sólo que estos malfechores nunca son tantos que puedan ofender a una tropa tan fuerte como era la nuestra, si bien en esta ocasión podían haberse quedado al acecho y venir ahora por mí muy a su salvo. Todo esto pensé yo en mucho menos que tardo en contarle y ya me veía robado y muerto y hecho tasajos en el cogollo de mi juventud, como se dice, cuando vine a notar que quien me había seguido no era sino una de las doncellas de mi señora doña Josefina de Horcajadas y la conocí por la cofia plisada con que juntaba sus blondos cabellos para que no se le derramaran por la nuca. Ella vio brillar la luna en mi empuñada daga y se retrajo temerosa. «Soy yo, señor capitán —dijo ahogando un grito—, Inesilla, la doncella de doña Josefina». Con esto acabé de tranquilizarme y enfundé el hierro un tanto corrido de que la moza me hubiese visto tan en apuros. Estábamos uno delante del otro, a dos pasos, y sin saber qué decir ni qué hacer y entonces se fue una nube que medio tapaba la luna y salió la luna llena a alumbrar con su candil la noche y la tímida Inesilla se subió el borde del manto para que le tapara el rostro y sólo me dejó ver sus ojos trigueños cercados por la sedosa empalizada de sus pestañas, garfios al corazón, y en un parpadeo que me parecía que espantaba una lágrima escapada, me ganó el alma y la voluntad y yo alargué una mano y ella me alargó la suya y en la espesura chistó una lechuza que me pareció de voz más melodiosa que el ruiñón de los jardines, y el aire venía espeso y cálido y cargado de olores del monte: el espliego, el romero, el tomillo y las mil pintadas flores que dan a la

noche su olor, con que fuímonos acercando atraído cada uno por la mano del otro, hasta que la luna se escondió otra vez y la muchacha desembarazó sus labios, que los tenía cálidos y gordezuelos, y los acercó a los míos y fuímonos llegando al suelo y ella alzó sus faldas e hicimos lo que un hombre con una mujer suele hacer, que hecho en la paz del monte, sobre la mullida hierba, en la noche calurosa que anuncia el verano, es más placentero que en cama doselada vestida de sábanas de Amberes.

Volvía a chistar la invisible lechuza y titilaban las estrellas como si le guiñaran a los enamorados. ¡Noche hermosa!

CUATRO

A OTRO DÍA DE MAÑANA trepamos las tiendas y levantamos el campo y nos desayunamos con la carne de la víspera, que carne asada, si está bien adobada, es manjar tan apetitoso y consolador frío como caliente. Con lo que, tomando los pasos y trochas que dicen del Rey, que son todos altos, por lugares sanos, donde los arroyos parten aguas, fuímonos acercando al nombrado lugar de la Mesa del Rey donde hace trescientos años se peleó una famosa batalla. Está en los escritos que el santo apóstol Santiago bajó de los cielos donde mora a lidiar contra el moro y hubo de la parte sarracena casi un millón de muertos, pues que toda la muchedumbre de los infieles se era juntada allí venida de lejanas tierras, y de la parte cristiana tan sólo dieciocho y éstos porque fiando más en sus fuerzas que en las de Aquel que todo lo puede, no se habían puesto en gracia de Dios. Eran aquéllos mejores tiempos pues en estos de ahora tengo yo visto y comprobado que uno se pone en gracia de Dios y comulga devotamente y enciende seis blandones de cera en la iglesia Mayor y hace sus limosnas antes de salir al moro y aún así puede errar la jornada y recibir herida de muerte y morir della, si bien yendo derechamente al cielo, lo cual es gran consuelo. Pasamos pues por donde la tal batalla se diera, sobrecogidos hasta los más duros de ver que el campo blanquea, ya de lejos, y parece que entre la yerba ha crecido gran copia de juncias y margaritas pero, en acercándose más, se echa de ver que lo que tan blanco parece son los muchos huesos así de hombre como de caballo que todo el campo en derredor quedan sembrados. Pasamos entre las huesas por veredas y caminos que ya el uso de los viandantes ha ido haciendo, con gran silencio y recogimiento, rezando en algunas cruces que allí hay y sintiendo silbar el viento por entre las pocas carrascas que en la nava fría crecen, y yo me procuraba apartar de la

cabeza de la marcha e irme para atrás, so pretexto de hablar algo con fray Jordi de Monserrate, sólo por estar más cerca de doña Josefina y confortarla un poco con mi cercana presencia del miedo de ver tanta huesa insepulta y tanta desdentada calavera. Ya con los días doña Josefina se había ido confiando y no siempre llevaba la cara tapada sino que a veces, en hora temprana o tardía, no hiriendo mucho el sol, se descubría y aquel su rostro era de tan suaves rasgos y de tan bella proporción que no sabría yo qué alabar más, si la negrura de sus ojos hondos, que tenían un mirar pausado y cálido a la vez, como roce de terciopelo, o la grana viva de sus regordetes labios o la mucha blancura de sus dientes, que los tenía menudicos y parejos. Y con todo ello me iba robando la voluntad y aún no me atrevía yo a acercarme a ella por aquello de dar ejemplo a la ballestería y por los mandatos reales que tengo dichos. Y en estando mirándola topé con la mirada de su doncellica Inesilla, que a su lado marchaba, y me pareció su expresión algo burlona, como recordándome lo que entre ella y yo pasara la noche de antes, y yo sentí vergüenza de pensar que pudiera contárselo a su señora y me subió la sangre a la cara y, para disimularlo, hice corcovar a *Alonsillo*, con más torpeza que galanura, y me acerqué a fray Jordi que iba disertando sobre las propiedades del polvo de momia entre Manolito y Paliques, los cuales, muy prendidos de su parla, le daban escolta cabalgando a sus entrambos lados.

Salimos de las navas de la sierra y fuimos bajando para Linares, muy acuciados por la ballestería que se había malacostumbrado y no podía pasar sin vino y pensaba yo que, habiendo en aquel lugar tantos borrachos, allí encontraría hartos, lo que así fue, aunque algo agrio y muy aguado. Y a los tres días, pasado el Guadalquivir por la Puente Quebrada, llegamos a Jaén, guarda y defendimiento de los reinos de Castilla, donde mi señor el Condestable y los demás de su casa estaban esperándonos. Y

como un heraldo hubiera salido el día de antes avisando nuestra llegada, él salió a buscarnos al sitio que dicen el Puente de Tabla, cabe al Guadalbullón, con mucho y muy lucido acompañamiento de músicas y corredores.

Y como aparecimos por un recodo del camino que sale del valle a las huertas, donde el Condestable y los demás estaban aguardando, mi señor se adelantó hacia nosotros con más pompa y ceremonia que si llegaran embajadores del Preste Juan, y llevaban puesto aquel día un jubón carmesí raso y una jaqueta muy corta de paño azul, forrada de martas, y un manto de somo, también corto, de muy fino paño blanco y un grueso collar de oro bordado de muy gruesas perlas y de otras muchas piedras de gran valor, y en la cabeza un sombrero a juego con el jubón y bien calzado. Y antes de venir a abrazarme a mí se fue para doña Josefina y descabalgó muy gallardamente y se fue a besarle la mano, teniendo muy bizarramente el sombrero en la suya, y ella, muy gentilmente, se la dejó besar y yo sentí en el corazón el leve saetazo de los celos y como un sollozo suave en el estómago, por donde vine, de pronto, a entender que me había enamorado verdadera y cabalmente de doña Josefina aun sin nunca haberla hablado ni aún tocado la punta de los dedos. Y con el Condestable iba la condesa, su mujer, que también se acercó a doña Josefina y la besó en entrambas nacaradas mejillas y de allí adelante la tomó en su tutela según cumplía al servicio del Rey, como dueña de mayor autoridad y por su buena y discreta crianza. Y así fuimos volviendo a la ciudad, con gran alegría y alborozo, e iban delante las trompetas y atabales y chirimías, haciendo tanta música que casi no se entendía lo que detrás en la zaga se hablaba, y, en subiendo por el lugar de la Carrera, entramos en la ciudad por las puertas de Santa María, cabe a la iglesia Mayor, y luego de seguir la calle de las Campanas, torcimos a diestra y tomamos la rúa Maestra y la gente se había asomado a las

ventanas y subido a los tejados y azoteas y todos saludaban con pañizuelos y daban vivas, y parecía que había fiesta y algazara por un suceso grande. Y los que no me querían bien, que siempre han sido hartos, se morían de envidia de verme tan caballero en *Alonsillo*, luciendo gran apostura, hecho oficial del Rey y cabalgando junto al Condestable más como amigo que como criado. Y a dos o tres mozas de la ciudad, que hubieron de ver conmigo en otros días, iba yo buscando con la mirada entre la muchedumbre y de las tres sólo encontré a dos y hube un poco pesar de que la tercera no me hubiese visto en aquella traza tan victoriosa, que no parecía sino que venía de conquistar La Meca. Y con esto llegamos al palacio y posada del Condestable y nos retrajimos a ella y cesó la música para descanso de los instrumentos y también de los oídos, que ya venían un algo atronados y ahítos del recio parcheo y acompañamiento, y el maestresala del Condestable fue repartiendo a todos los venidos por los aposentos, con muy discreto concierto, para que cada cual lo alcanzara adecuado a su rango y condición y todos quedamos de ello contentos y ninguno apesadumbrado ni quejoso, que a cada cual cupo más estado del que en sí tenía, y los caballos quedaron en las caballerizas de palacio mejor apesebrados de cebada y paja que si hubieran sido del rey Salomón o del conde Carlomagno. Y con ello nos retrajimos a lavarnos, que era mucha la roña que traíamos criada de tan largo viaje, y era de ver cómo subían los fámulos a la sala de tablas grandes calderadas de agua humeante del horno de las cocinas, y pomada jabonosa y aceite de olor, y reinaba gran actividad como en hormiguero y estaba alegre la casa con nuestra venida.

Y mientras estas cosas se concertaban y nos daban vestidos nuevos, que el Condestable y la condesa tenían allí aparejados para aquellos que no los traían, el maestresala iba disponiendo las mesas de la cena en la sala grande de abajo, donde también concurrían los clérigos y caballeros

de la ciudad, menos el obispo, que estaba enemistado con mi señor el Condestable y se había desterrado a criar veneno y preñar mozas a su heredad de Begíjar.

Y así que cada cual se hubo aderezado como convenía a la decencia y solemnidad de la casa y de los huéspedes, sonaron chirimías convocando a la comida y todos salieron de sus cuartos y fuéronse para la sala grande que abajo estaba, donde el maestresala había dispuesto seis mesas largas cubiertas con manteles de hilo, cada una con sus aparadores de plata, donde un trinchador servía muy ordenadamente, y así que nos hubimos asentado, según el maestresala nos repartió, vinieron los yantares y dio comienzo el banquete. Y el orden de los asentamientos fue como diré: en la mesa principal, donde los bancos de terciopelo estaban, debajo del tapiz francés que representaba el señor de Nabucodonosor, se sentaron el Condestable y mi señora la condesa y al otro lado doña Josefina vestida para la ocasión ya sin tocas, el cabello recogido en una redecilla de oro y mostrando su alto cuello de garza con aquella su natural modestia que le encendía más la belleza y mucho más la brasa viva de que padecía mi corazón. Y llevaba doña Josefina un vestido asimismo dorado de sargo raso con muchas cadenillas de perlas por el lado de los pechos que parecía que, teniéndolos menudicos, se los sustentaba y realzaba. Y al otro lado de doña Josefina sentábanse otras dueñas principales de la ciudad y a continuación los caballeros del concejo y entre ellos yo, que unté la mano del maestresala para que me acomodase enfrente de doña Josefina y él así lo otorgó, de manera que en la comida le fuese forzoso hablar conmigo cuando no hablara con mi señor el Condestable, que a su lado estaba. Y en las otras mesas se sentaban los otros caballeros de la ciudad y en la final los clérigos del cabildo, unos y otros según el orden y concierto que en sus propias juntas usan. Y todos estaban de muy buen humor y reían y hacían chascarrillos y levantaban las voces y mostraban

las copas vacías a los escanciadores que iban de un lado a otro con jarras de buen vino especiado, llenando copas, y no daban abasto, tan aprisa bebían los otros, y los perros andaban por debajo de las tablas y por entre los sirvientes a la caza del hueso que por el aire venía, no gruñendo ni altercando entre ellos, que el que un hueso no acababa de mondar ya recibía otro mal apurado, con media libra de carne pegada a los tendones. Y así fue viniendo la cena concertadamente a las órdenes del maestresala que todo lo atendía y concertaba, y, tras el cocido, vinieron los manjares blancos y detrás la carne asada oliendo a ajo y a pimienta, y, finalmente, los postres, y con cada cosa el vino que mejor la acompañara, según la fortaleza de los humores de la carne requiriese y ¿quién podría decir el número de las aves y cabritos y carneros y cazuelas y pasteles y quesadillas y pan candeal y confites y vinos muy finos tanto tintos como blancos que así gastaron aquella noche? Tal fue la abundancia que, después de ahítos, aún sobró para que entraran los criados y la ballestería de la guarda y también ellos alcanzaron cumplida colación de lo que había sobrado en platos y bandejas, que se hartaron como saqueadores y aún sobró. Y era de ver que Paliques, tan serio otras veces, se achispó un poco, se conoce que en la escuela de traductores lo tenían acostumbrado tan sólo a la destemplanza del agua del Tajo, y le dio por hablar en las más desatinadas lenguas, ora en latín, ora en hebreo, ora en griego, ora en arábigo, ora en vaya usted a saber qué chamullo, lo que fue muy celebrado y causó gran risa y grito entre los que le eran fronteros de mesa, que ninguno de ellos alcanzaba a entender más que esta parla nuestra castellana y muchos de ellos me atrevería yo a certificar que ni siquiera ésta.

Pero, a tantas vueltas del banquete, ando yo remiso a describir lo que conmigo ocurrió porque temo no saber ponerlo en palabras que sean derechamente entendidas. Es el caso que a poco de empezar a venir

bandejas, cuando aún me andaba yo secando los dedos del aguamanil y no osaba levantar los ojos a mi señora doña Josefina, que allí delante de mí, al otro lado de la mesa, la tenía, y andaba rebuscando en mi cabeza con qué concertadas razones habrían de iniciar mi parlamento para que ella me tuviese por hombre de discreta razón y sazónados juicios, sentí que, por debajo de las tablas, un menudo pie se me deslizaba entre las piernas y me subía por ellas suavemente, acariciándomelas del tobillo a las rodillas y aún me pareció que no subía más arriba porque ya la longura de su pierna no daba para tanto y mayor atrevimiento. Y yo quedé más quieto que el león de piedra que hay en los baños del Sordo, y me subió la calor tan en llamaradas que me sentía arder la cara del sofoco y asimismo el pescuezo todo, entre picores muy agudos, y cuanto más lo pensaba que sería notado de los otros, más encendido me ponía. Y la cosa fue hasta el punto que mi señor el Condestable vino a percatarse de mi mudanza y me preguntó: «Juanito, ¿estás bien?, ¿te sientes bien, amigo? ¿No tienes que salir a tomar el aire y respirar?». A lo que yo balbucí, sin osar levantar los ojos: «Sí, señor, que me siento muy bien». Y, aunque tenía delante de mí la causa de mi rubor, no osaba mirarla, sino que sentía un como dulce hormigueo que me subía de mis partes verendas hasta el estómago y allí tomaba asiento, con muy dulces cosquilleos y deleitosos, y luego, por la espalda, se iba a la cabeza en forma de pausado escalofrío, que de buena gana me hubiera quedado en tan gustoso sentimiento y postura por toda la eternidad, sin saber si pasaba el tiempo. Y el pie de doña Josefina bajaba y tornaba a subir por mi pierna adentro y la curva dulce de aquel su empeine, menudo, suave y caliente, se iba amoldando a la de mi pantorrilla y se apretaba contra ella como gato mimoso y yo estiraba un poco la pierna, lo uno por facilitarle la caricia y lo otro por hacerme más musculoso y que admirara mi viril postura. Y así varias veces a lo largo de la comida, que yo ya no cuidé de beber ni de comer más que cuando

mi señor el Condestable tornaba a preguntarme: «¿Te pasa algo, Juanillo, que parece que no comes?». Y yo, para que mi turbación no fuese de él notada, me metía un pedazo de carne en la boca y me demoraba masticándolo sin apetito ni pensamiento de comer porque estaba en la hartura que da la gloria y sabido es que los ángeles no tienen necesidad de yantar. Y las dos o tres veces en que me atreví a alzar la mirada a mi señora doña Josefina, siempre halléla igualmente recatada y como ajena a lo que por debajo de las tablas me estaba requebrando y prometiendo, de cuyo femenino disimulo mucho me admiraba que fuera tan fría y comedida por arriba y tan ardiente y osada por abajo.

Llegó por fin la hora del alzar los manteles, ya hecha la colación, y, aunque muchos habíanse levantado, no osaba yo ponerme de pie, pues mi señora doña Josefina estaba aún a los postres y su pie no dejaba de acariciar mis pantorrillas, que alguna vez temí que me había de abrir un zancajo en las calzas de tanto como insistía en la caricia, y en el alma y en la carne hubiéramelo yo dejado hacer de muy buena gana. Estando en esto, mi señor el Condestable me preguntó: «Juanillo, ¿no te levantas? ¿No has acabado aún tu pitanza?», y yo le dije: «Estoy aquí bien, señor». Y él dejó escapar una risa maliciosa y me dijo: «Pues te doy licencia para alzarte cuando quieras porque has de saber que el pie del que tanto te cuidas no era sino el mío». A lo que sentí que el mundo se abría a mis pies y quedé tan corrido y avergonzado que no supe qué decir, sólo que mi señor el Condestable fue piadoso y discreto en decírmelo de modo y manera que no fuera sentido ni entendido por los otros que allí juntos estaban, y en esto obró comedidamente para que yo no me corriera delante de tanta gente. Y yo quedé tan vencido de esta chanza que no quise quedarme a ver los momos mancos que después de la cena se anunciaban y que vinieron la mitad brocados de plata y la otra mitad dorados, y la música y la danza en que todos se entretuvieron con mucho

placer en el patio de columnas porque la noche, con ser tan templada, se dejaba estar fuera, donde el jazmín embalsamaba el aire. Mas yo, cuitado y herido del alma y con la tristura del amor contrariado, dije que me dolía la cabeza y me retraje a mi cuarto y al pasar por delante del zaguán de las cocinas, donde comían los criados de la casa, y con ellos Andrés de Premió y las criadas de doña Josefina, vi cómo Andrés tenía sentada en sus rodillas a Inesilla y algo le decía al oído, puestas las manos por la fina cintura de ella, por donde conocí que ya Inesilla no vendría a mí esa noche como viniera la otra, pues que había encontrado más alegre galán. Y con esto me retraje a mi cámara y, atrancando la puerta con un escabel, me desnudé y me acosté y si no lloré no fue por falta de ganas sino porque me sentía tan estragado y cansado de las emociones de la cena que di dos o tres suspiros y en seguida me vino el piadoso sueño, con su misericordia y olvido.

Mas no resultó aquella noche tan áspera como pensaba. Un roce del escabel que atrancaba la puerta, moviéndose sobre las baldosas me despertó sobresaltado. Puse oído. Alguien estaba empujando la puerta. Por la ventana me entraba la indecisa luz de un hachón de cáñamo que ardía en el patio. Fuera había cesado la música y la fiesta. En el silencio de la noche sólo se percibía el distante caceroleo de las ollas entrechocando en las pilas del lavadero, al otro lado del patio de las cuadras, y el débil chirrido de las quicialeras de una ventana mal cerrada. Y el bataneo de mi corazón en la caja del pecho. No temía daño, estando en la casa de mi señor el Condestable; más bien me embargaba la esperanza de que Inesilla viniera a consolar mi soledad como la noche de marras en el castillo Ferral. A poco distinguí el bulto de una cabeza que se asomaba, cabeza femenina, desparramando el cabello y oculto el rostro por un velo. Era Inesilla. Entró y volvió a cerrar la puerta, atracándola por dentro con la silla, como antes estaba, y vino a mí y yo la recibí en

mis brazos y le dije: «Inesilla, creía que estabas con el sargento de armas y que te habías olvidado de mí». Ella no dijo nada. Sin descubrirse el velo llevó un dedo a mis labios imponiendo silencio y luego me hizo volver a echarme sobre las almohadas y empujó el postigo del ventanuco para que la oscuridad fuera completa. Percibí el rumor de sus vestidos que caían al suelo y no cuento más porque lo otro que pasó entre nosotros es cosa que la honestidad vela y fuera gran bellaquería y licencia asentarlo en los escritos. Sólo diré que la compañía de Inesilla fue como bálsamo para mi dolorido corazón y que si a batir huevos a punto de nieve fuera tan diestra como para lo que allí conmigo hizo, acabara la mayor merenguera y repostera que manda en cocina de reyes, muy digna de figurar por esos dones, o por los otros, en el séquito del Papa de Roma, y no digo más.

Otro día de mañana acudieron chirimías y tamboriles y zampoñas a palacio a dar alborada a los que allí dormíamos y yo desperté y no hallé a Inesilla a mi lado, que ya era ida. Y arreciando la música fuéronse saliendo las gentes de las casas ordenadamente para ir a misa mayor cantada que la presidía mi señor el Condestable en la iglesia Mayor. Y acabada la misa, que todos oímos con gran devoción nos retrajimos extramuros, saliendo por la susodicha puerta de Santa María, a la plaza del monasterio de San Francisco, donde se había aderezado la carrera, para hacer un muy lucido torneo. Y habría allí esperando como veinte caballeros en arneses de guerra, con almetes de seguir, los caballos encubertados y sobre las cubiertas paramentos de fino paño verde, con diversas invenciones, las lanzas en las manos, una bandera delante, con muchas trompetas y atabales; por capitán de los cuales venía el comendador de Montizón, hermano de mi señor el Condestable.

En muy buena ordenanza de la parte contraria, por la puerta de la Barrera, asomaron y fueron subiendo otros veinte caballeros de aquella misma manera, salvo que traían los paramentos azules y con otra bandera

y muchas trompetas y atabales, con los cuales venía por capitán mi amigo Gonzalo Mexía.

Después que ambas escuadras dieron la vuelta de alarde por la plaza e hicieron reverencia al señor Condestable y a las señoras, que en un palenque aforrado de paños y bayetas se habían sentado, pusiéronse los unos a un cabo y los otros al otro, cada uno de los capitanes ordenando y apretando a su gente, como si hubieran de entrar en una temerosa batalla. Y la gente que en gran muchedumbre se había allí juntado, quedó suspensa y era maravilla que estando allí presente la ciudad toda, hubiese tal silencio. Si no llorara aquí un niño de pecho y allá se alcanzara a oír, desde detrás de las bardas del huerto de los frailes, el poderoso rebuzno del burro padre, pudiérase percibir el vuelo de una mosca de las muchas que por allí andaban entorpeciendo el sosiego y recreo de la gente, que acudían de las cercanas carnicerías, do se crían muchas y lozanas y muy picadoras.

Y levantó un pañuelo el señor Condestable e hizo seña y sonaron las trompetas y los de a caballo dejáronse venir los unos contra los otros sacando chispas a las piedras en muy fiero galope, las lanzas enristradas, cuanto más de recio los caballos los pudieron traer. Y todos los más rompieron las lanzas y luego metieron mano a las espadas blancas, estos, sin filo ni punta, que traían aparejadas y formaron bravo torneo, arremetiendo los unos contra los otros tan ferozmente como si fuera cruda batalla contra capitales enemigos. Y después de muy vistosamente justar los famosos caballeros de la ciudad, retrajéronse todos al palenque do el Condestable estaba, al toque de una trompeta, y el Condestable declaró las tablas del torneo y convidó a cuantos habían esforzadamente justado a un refrigerio que allí mismo los pajes sirvieron. Y acudieron criados y escuderos a tomar los caballos y los arneses de guerra y descabalgaron los justadores, y los libreas del señor Condestable

escanciaron el vino que traían de enfriar en el pozo de la posada de la Parra. Y era un fino de aloque del que tienen en la taberna del Gorrión y nos juntamos unos con otros y con las damas allí presentes y hubo honesta conversación y holganza donde un credo antes hubiera fiera batalla y crujir de fresnos y resonar de abolladuras en los hierros. Y todo esto veíalo yo con un punto de melancolía, notando cuán mudable es la humana natura y condición y cómo de un humor levemente pasamos luego al opuesto, sino que yo sentía la lanzada del amor en mi costado y sólo estaba de mi afición triste, si bien procuraba disimularlo, y no podía apartar de mis mientes la cara y figura de mi señora doña Josefina.

Acabada la colación, retrajímonos todos, músicas delante, al palacio del Condestable, donde en la sala baja de los tapices ya estaba aparejado el almuerzo y los trinchantes y maestresala se afanaban en el afilar cuchillos y ordenanza de sus aparadores con las otras herramientas del arte cisoria. Y allí fuimos muy abastados de muchos pavos y de todas las otras aves y manjares y confecciones y vinos que se solían y podían dar en la mesa del más alto príncipe del mundo. Mas, porque no parezca que mi presente pobreza se conduele de ello, dejaré de hablar de la abundancia y diversidad de los muchos manjares y vinos y confites y conservas y dádivas y mercedes y limosnas que allí se vieron. En estas honras y fiestas y ordenados placeres y en estos juegos gastamos dos días, mientras mi señor el Condestable disponía las cosas tocantes al mejor servicio del rey y de nuestra partida. En los cuales dos días no hubo nada notable que decir pueda, fuera de que dos ballesteros alborotaron borrachos la taberna que dicen del Arrabalejo, lugar donde se junta la canalla de la ciudad, y uno de ellos recibió un tajo de doce puntos de sutura. Por dar escarmiento y ejemplar castigo no quise averiguar cómo había sino que sabiéndolos borrachos los encerré en la torre de la Noguera con guardas de los suyos, y allí fue el físico de las llagas a curar

y coser al que había recibido el jabeque. Este era de Palencia, de nombre Pedro Martínez, cuchillo de dos tajos, inobediente, contrario a lo que se le mandaba o vedaba, vanaglorioso, embustero, amador del vino y parlero. El jabeque se lo dieron cruzado, de boca a oreja, y cuando se le secó le quedó una cicatriz honda que parecía que la boca le llegaba a la oreja y que iba riendo de medio lado como cuando uno tiene dolor de muelas y le cuentan un chiste muy bueno y no puede excusar el reírse. Desde entonces lo llamaron *el Rajado*, y aparte de la afición al vino y a las otras prendas que quedan dichas no era mal balletero.

En cuanto al físico de las llagas que le cosió la cara al *Rajado* diré que era viejo conocido mío al que decían Federico Esteban. Cuando no estaba metido en los asuntos de coser heridas y poner cataplasmas y concertar huesos y sangrar venas, andaba haciendo músicas con zampoñas, caramillos gaitas y chirimías, que era muy hábil tañedor de todo instrumento. En aquellos días que paramos en Jaén amistó, por este motivo, con Manolito de Valladolid por lo que algunos maledicentes, que nunca han de faltar, pensaron que a lo mejor lo estaba consolando de sus amores contrariados, pero yo tengo para mí que la causa de la amistad era la música y el ser ambos a dos gente de gusto refinado y nada grosero. Y si hablo tanto de él es porque un día antes de la partida me llamó mi señor el Condestable a su aposento y despidió a los escribanos y en quedándose a solas conmigo dijo: «Sabes, Juan amigo que te quiero como a un hijo y te aprecio con el aprecio con que un padre estima a su hijo, que no en balde te he criado desde chico a mi mesa. Por eso quiero que me oigas ahora, no como a tu señor natural, sino como a un padre se le oye, porque los consejos que he de darte son de sustancia. Con una tropa de esforzados hombres vas a meterte por África en servicio del Rey, que Dios guarde muchos años, y vas a meterte donde no sabes tú, ni nadie, lo que vas a encontrar, porque ningún cristiano ha puesto los pies antes que

tú en tales lugares. Abre bien los ojos y no te fíes de nadie y menos de los moros, que son gente de natural traidor y venderían a su hermano o a su padre cuanto más a ti. Tampoco te fíes de los hombres que van sujetos a tu mando, que el que manda no ha de tener amigos, y no consientas que la codicia del oro o las especias los aparte de la verdadera empresa que ha de ser encontrar al unicornio y traerlo. Mira también, y mucho, que no hay hombre enamorado que sea diligente en cosa que sea, salvo en todas las cosas que a su amor pertenecen, que de otros negocios suyos o ajenos tanto le da que se pierdan como que se cobren. Mas tú, sobreponiéndote a esa pasión y lumbre que en tu corazón sé que arde, has de poner los negocios del Rey delante de los tuyos, honor antes que amor, como cumple a caballería y lealtad, antes que vida o ganancia. Y sobre esto no diré más: discreto eres y sabrás entenderme».

Esto dicho, mi señor el Condestable hizo una pausa y continuó diciendo: «Contigo van a ir cuatro ballesteros de la ciudad y el físico Federico Esteban, todos en tu obediencia y pagados a medias por el concejo y por mí, por más obligar al Rey, del que esperamos ciertas mercedes, y por más asegurar el buen acabamiento de tu empresa. Éstas que te doy son cédulas para que puntualmente les hagas cobrar sus soldadas, que serán iguales a las de otros reales ballesteros. Juzga con severidad y reprime con prontitud y si alguna vez te alza la voz o la mano uno estando en tierra pagana, cuélgalo sin más en una horca de palo, y si palo no hubiere ni árbol, dale luego garrote de torniquete para que su muerte sirva de escarmiento a los otros, y no te andes con miramientos que ya sabes qué clase de gente es».

Todo esto lo escuché yo con grave semblante. Hizo un breve silencio el Condestable y me tomó del brazo mirándome adentro de los ojos y añadió: «Y reprime los naturales ardores del amor porque hasta que tengáis el cuerno de la virtud de doña Josefina debe conservar su

doncellez intacta».

A todo asentía yo gravemente y a lo último sobre asentir me puse colorado como la grana y no sabía yo decir ahora si la severidad con que mi señor el Condestable me lo recomendaba era fingida o no. Pero nada quise contestar por no parecer rústico o falto de luces, así que me limité a escuchar y asentir como discreto.

CINCO

OTRO DÍA DE MAÑANA SALIMOS, en muy lucido tropel, por la puerta de Santa María y toda la ciudad se echó al campo y bajó para vernos partir, con gran multitud y ruido de atabales, trompetas bastardas e italianas, chirimías, tamborinos, panderos y locos y ballesteros de maza, todos juntos en estruendo tal que no había persona que una a otra se pudiese oír por cerca y alto que en uno hablasen. Y el Condestable mi señor y la condesa y la otra gente de su casa, así como la caballería y prez de la ciudad, con gran gentileza, salieron a despedirnos y acompañarnos hasta donde acaban las huertas del Poyo y de la Ribera, que es el mojón que se dice de la fuente, donde el Condestable y yo nos abrazamos con lágrimas en los ojos y yo quise besarle la mano pero él la apartó y luego me despidió muy tiernamente abrazándome otra vez como hijo. Con lo que tomamos el camino de Andújar y los demás retornaron a la ciudad derramándose cada cual a su posada. Y los nuevos que venían con nosotros, aparte del físico de las llagas que queda dicho, eran los ballesteros y criados del Condestable Sebastián de Torres, Miguel Ferreiro y Ramón Peñica. Y este Peñica que digo era de los fieles del rastro que saben seguir por el campo y las veredas el camino de las gentes y las bestias.

Y mi señor el Condestable me regaló antes de la partida un jubón de rico brocado y una ropa de estado hasta el suelo, de muy fino velludo azul, forrada de cibellinas muy finas, y un sombrero de fieltro negro muy bueno y un bonete morado que calzar gentilmente debajo del sombrero. Y mi señora la condesa se encomendó mucho a doña Josefina y le regaló un muy rico brial, todo cubierto de fina chapería y una ropa de carmesí morado para encima y una guarnición grupera de muy fino oro sobre terciopelo negro. Y todos los otros que a la tierra del moro y del negro

bajaban les alcanzaron igualmente grandes entrenas y mercedes y limosnas de mi señor, de manera que todos fueron contentos y satisfechos a su voluntad. Y con esto y los dulces sonos del caramillo de Federico Esteban, muy bien acordados con los de la flauta de Manolito de Valladolid, fuimos marchando por las navas que llaman de Torre Olvidada. Y Manolito parecía de mejor semblante que los días pasados e iba muy contento de la música que entrambos adobaban.

Y a la hora de almorzar, cuando ya el sol se había subido en somo del cielo y apretaba, que parecía que nos quería derretir los sesos, de lo que fray Jordi iba quejoso a causa de su mucha grosura, llegamos al lugar y castillo que llaman de la Fuente del Rey, donde paramos a guisar de comer y a saludar al alcaide, un Pedro Rodríguez para el que llevábamos ciertas mulas con bastimentos de parte de mi señor el Condestable. Y el dicho alcaide mandó matar dos gallinas y aderezar comida para la gente de respeto que íbamos. Y siendo las hambres de fray Jordi muy buena, que venía malacostumbrado de los días pasados, y la pitanza escasa, con maravillosa celeridad dimos acabamiento y sepultura al discreto banquete, alabando, como gente bien criada, a las gallinas, que eran de Arjona, mas el huesped, cuando advirtió los huesos pelados, mandó freírnos huevos y chorizos y torreznos, que es lo que en los pueblos se usa para salir de compromisos, y con ello y más vino traído de la frontera taberna hubo hartazgo y completa satisfacción para todos. Sino que yo, por arreglar el daño, le di unos maravedíes a la mujer del alcaide que nos servía y fray Jordi le puso por escrito una oración que era muy buena contra la tiña, por remediar un hijo tiñoso que tenía.

Con ello quedaron muy servidos todos y partímonos contentos nosotros y, después de abreviar las caballerías en una fuente que le dicen de Regomello y que es de agua casi amarga, seguimos nuestro camino y andadura y en pasado el lugarcillo que dicen de la Cañada de Zafra, allí

compré una orcilla de miel, con mientes de regalársela a doña Josefina cuando ocasión hubiese por ser ella, según tenía notado, muy golosa y aficionada a los azúcares y dulces de sartén.

Con esto pasamos adelante y cuando ya la oscuridad de la noche quería venir, retrajímonos a pernoctar a un lugar que dicen de la Higuera de Arjona, que es de los calatravos, y allí nos estaba aguardando el aposentador de la orden el cual por carta y mensajería de mi señor el Condestable ya estaba noticioso de nuestra llegada. Y el dicho aposentador había dispuesto unos pajares donde podrían dormir los ballesteros y peones y criados y unos decentes aposentos para los demás en unas casillas que allí están. Mas yo, no fiándome de los calatravos, no fuese a haber engaño o celada de su taimado maestre, mandé luego llamar a Andrés de Premió y le dije que dispusiera las tiendas de la ballestería fuera de los dichos pajares, por hacer noche buena para dormir al raso, y allí montamos el real cerca de las eras, y pernoctamos sin apartarnos mucho del camino y con guardas dobladas. Fuéronse algunos ballestas al pueblo a comprar vino y a la vuelta los hice llamar y contáronme que un criado del maestre, que tenía un parche en el ojo derecho y le faltaban dos dedos de una mano, les había pagado una jarra de vino queriendo sonsacarlos sobre qué gente llevábamos y adónde íbamos, y ellos le habían contestado conforme a la verdad que sabían, que era lo de que nuestra doña Josefina iba a bodas con un mandamás moro de cuya conversión a la fe de Cristo se habían de seguir grandes provechos para nuestra religión, y más no les pudieron sacar porque ellos más no sabían. Y por lo otro que me contaron, y por ciertos barruntos que en diversas ocasiones me fueron viniendo, iba yo sacando en claro que la ballestería recelaba que el motivo de nuestra gran prevención y viaje era distinto de lo dicho, y era que íbamos a escolta o descubierta de las minas de oro que el moro tiene en África y que todo ello andaba ya concertado por el Rey

nuestro señor y el sultán de los moros que allí manda, y que de todo ello se derivaba el viajar tan a salvo, con menguada tropa y hasta llevando mujeres en el hato. De lo que yo no quise desengañar a nadie, pues tanto me daba que pensasen una cosa como otra siempre que no recelasen ni dijese palabra de lo del unicornio. Y así, a otro día de mañana, desclavamos las estacas, tiramos los mástiles, liamos las tiendas y, recogiendo nuestros fardajes, pasamos adelante sin tropiezo ni qué contar y a media mañana remontamos un cerrillo, por el pedregoso y difícil camino, y dimos vista a la sierra Morena, alta y azul y a partes gris, y a su falda vimos, tendida como blanca sábana al alegre sol mañanero, la ciudad de Andújar que es de las más ricas, hermosas y principales desta tierra. Y fue el caso que en acercándonos a Andújar nos salieron al paso, por donde está el puente viejo del arroyo Salado, pieza de hasta cuarenta o cincuenta mujeres de la vida, o sea rameras, las cuales al olor de la tropa acudían a hacer su granjería y dejaban despobladas y en barbecho las mancebías de la ciudad. Y yo, por congraciarme con la ballestería, que venía algo quejosa de los muchos calores del día y del escaso rancho que recibieran en la Higuera, les di suelta por espacio de una hora, y perdiéronse ellos derramándose por el campo, por entre las peñas y matas que allí hay, a hacer por la vida dando franquicia al masculino ardor con aquellas mercenarias, entre grandes risas y subidos cánticos. Y fray Jordi se pasó aquel rato dando conversación a doña Josefina, que era una niña inocente, porque no se percatara de lo que estábamos aguardando. Y mientras aquello pasaba, Federico Esteban, más como amigo que como físico de las llagas, le untaba aceite a Manolito de Valladolid en sus partes más asentadas, que las llevaba escocidas y él se quejaba de que no estaba hecho para la caballería cabalgada y que si sufría aquellas lacerías y menguas era por amor y reverencia al Rey nuestro señor, en su servicio e interés, y por la afición que a mí tenía. De lo que yo, en oyéndolo, no

sabía si alegrarme o preocuparme.

Pasamos adelante y en llegando a donde está el camino de las aceñas, que ya se olían los frescos cañaverales de la rumorosa orilla del Guadalquivir, vimos venir a nosotros una lucida tropilla tañendo alegres músicas. Y era el alcaide de Andújar, Pedro de Escavias, gran amigo y servidor de mi señor el Condestable, al que yo conocía bien. Y tuve gran alegría de verlo y nos abrazamos y cambiamos noticias de la gente que conocíamos a dos, y regalos y parabienes, y detrás vinieron ciertas mulas con los serones cargados de pan recién hecho, que sólo el aroma a laurel tostado que salía de entre el esparto llenaba de jugos la boca. Y mandé que se repartiera con generosidad a la ballestería y a los criados y mozos de mulas de lo que todos holgaron mucho. Y aunque Pedro de Escavias porfiaba que entráramos en su ciudad por festejarnos y agasajarnos, yo me excusé de hacerlo porque iba todavía el sol alto y podíamos atrochar camino si seguíamos luego, y el buen Pedro de Escavias nos acompañó gran trecho, hasta donde arranca el camino de Marmolejo, y por el camino nos fue cantando muy discretamente algunos versos que él mismo había compuesto en loor de la belleza de doña Josefina de lo que ella, que en homenaje llevaba el rostro descubierto, se ruborizó y mostró gran placer. Y el tal canto resultó muy especiado y memorable pues fue acompañado a vihuela y trompeta por Manolito de Valladolid y el físico Federico.

Y habiendo estos y otros placeres seguimos el camino, todos muy alegres. E iban los hombres cantando a ratos las soeces canciones que entonces usaban los soldados sobre menospreciar el miembro viril del Rey nuestro señor y otras calumnias gruesas que por vergüenza no asentaré en los papeles. Y a veces salían liebres y ellos las corrían, sin alcanzar una, entre grandes chanzas y risas. Y con estos esparcimientos se fue viniendo la tarde y, sin apretar el paso, llegamos muy

desahogadamente al lugar y castillo que dicen de la Villa del Río, donde mostré salvoconducto real y luego nos dieron cobijo y leña y cebada para las bestias. Y de allí a dos días, sin que pasara nada que merezca el escrito, llegamos a la noble ciudad de Córdoba, lugar de mucho señorío y pensamiento, donde yo antes nunca estuviera. Y allí pernoctamos en el convento que dicen de Santa Anastasia, cuyo abad era hermano del Canciller del Rey nuestro señor y estaba ya avisado de que llegaríamos. Y nos recibió como si el propio Rey fuera venido, proveyéndonos de todo lo necesario para nuestra comodidad y regalo y allí hallamos posada muy bien aderezada y asentámonos luego a comer y fuimos muy bien servidos y todos abastados de muchos pescados y vinos y frutas de diversas maneras y para las bestias hubo paja y cebada, con lo que todos quedamos contentos y satisfechos a voluntad.

Y hecha colación, luego salimos a ver la iglesia Mayor de la ciudad que es obra de moros y cosa meritoria y espantable de ver, la más grande sala que hombre imaginarse pueda, toda puesta sobre una muchedumbre de columnas que levantadamente sostienen los altos techos. Y los dichos techos son llanos, de maderas y vigas muy labradas y pintadas a primor, de vivos colores concertados, que no parece sino que uno va discurriendo por un bosquecillo de palmeras cuando, en la hora de la tarde, ya es poca la luz y brilla el sol enrojeciéndose a lo lejos por la raya del horizonte. El cual brillor sería, en el caso que cuento, el de los vidrios pintados que las ventanas de la dicha iglesia ha. Y de allí a otro día de mañana dijo misa fray Jordi de Monserrate, la cual todos oímos con gran devoción, en la que Manolito y Federico Esteban tañeron músicas muy acordadamente. Y luego, en tornando a la posada, cargamos nuestros hatos y una abastada carga de panes recién horneados, para yantar por el camino, y tomamos el de Sevilla que es de buen arrecife morisco, siguiendo a vueltas el apacible Guadalquivir, por donde regaladamente proseguimos.

Así íbamos haciendo leguas y jornadas en la andadura de Sevilla donde habíamos de embarcarnos para tierra de moros según trazado estaba. Y yo iba dejando puntualmente las cartas que llevaba del Rey y del Canciller real y de mi señor el Condestable, en los lugares y personas destinatarias dellas. Y donde no había carta que dejar, allí mostraba el salvoconducto y franquicia del Rey, con su cinta bermeja y su sello emplomado, y con esto allanábanse todos los caminos, abríanse puertas y concertábanse voluntades, con lo que iba yo tomando confianza en la empresa y en el mando hasta que acabé creyéndome merecedor dél y dejé de achacarlo a la voluble Fortuna o a la pensante Providencia que todos los negocios humanos conciertan y no sabemos cómo ni por qué.

Y con esto poca cosa acontecía que fuera de contar sino que otras dos veces volvió a mover tumulto aquel gran bellaco de Pedro Martínez de Palencia, *el Rajado* y yo hube gran enojo de ello, mas, en notando que muchos ballesteros lo tenían por su jefe natural y lo obedecían más que al sargento Andrés de Premió, no lo quise castigar con rigor y procuraba apaciguarlo y contentarlo y atraérmelo, de lo que, como se verá, acabaría derivándose daño mío y él de todo murmuraba y de todo iba quejoso y los que lo seguían dejábanse henchir las orejas de viento.

Andaba yo un algo distraído con mi amor por doña Josefina y no perdía ocasión de estar cerca de ella, que ya a veces, con la mudanza de los días, habíamos venido a platicar juntos los dos, si bien nunca a solas sin presencia de sus criadas o de fray Jordi. Y hacíame yo a gran contrariedad que, estando todas las horas y vísperas del día queriendo partirme a su lado, sólo pudiera discretamente estarlo en las comidas y acampadas, en que procuraba yo hacerme el concertado ordenador de qué mesa había que aparejar o dónde armar tienda o sombrero o, si parábamos en posada, qué aposento limpiar para regalo y acomodo de doña Josefina. Y fray Jordi me notaba la afección y me miraba a mí y la miraba a ella y

se sonreía sin decir palabra o movía la cabeza como diciendo: «¿Qué se va a hacer? ¡La vida!».

Y a todo esto el día que pernoctamos en Écija, después de pasadas grandes calores aquella jornada, fui yo a darme un baño a los baños moriscos que dicen de la Lima y al tornar a mi posada, que era en el palacio que dicen del conde de Paredes, donde muy gentilmente nos tenía hospedados el primo del maestro de Santiago, estando yo en mi cámara, con la ventana cerrada, por defenderme de las grandes calores, y sin más luz que una candelilla de aceite que había puesto en un nicho de la pared, luego entró un bulto embozado que casi no vi, pero me alcanzó a adivinar en sus formas las muy lindas hechuras de Inesilla, y yéndose a donde la luz estaba sopló sobre ella y la apagó y cuando se hizo la oscuridad completa, atrancó la puerta como solía y vino a mí con los brazos adelantados, a tientas, y yo la abracé y la besé y le protesté que siempre la veía con Andrés de Premió y que creyera que ya nunca más viniera a mí. Pero ella me tornó a poner, como aquella vez, el dedo sobre los labios y, sin consentir hablar ni que yo hablara, muy dulcemente me condujo al lecho que era una gentil cama bien emparamentada, donde hicimos lo que otras veces, y que nuevamente dejaré de relatar porque si la humana natura aquella acción demanda, la humana decencia y discreción vedan su pregón y dictado.

Con esto fueron días y vinieron días y al cabo llegamos a las cercanías de Sevilla y ya se veía a lo lejos la cinta parda de sus murallas y, por detrás de ella, la banda de palomas de sus azoteas blanqueadas y las plantadas manchas de las palmeras y los cipreses de los huertos, que parecían maceticas a lo lejos, y, en medio de todo ello, el dedo de la torre Mayor, que es la joya de aquella corona y de la española, y por encima de la ciudad se divisaba el Aljarafe verdiazul, un levantado jardín donde los huertos dan jugosas naranjas y fino aceite, y, por encima del Aljarafe, el

cielo limpio, más azul y transparente que en otras tierras, navegado mar de alegres vilanillos y fugaces golondrinas. Y aunque tenía grandes deseos de entrar en Sevilla, que nunca me viera en ciudad tan grande y famosa, me retraje por cumplir mi oficio de aposentar cumplidamente a la tropa y aposentéla en un cortijo grande de los duques de Camarasa al que dicen Torreblanca, donde quedamos muy bien aposentados y servidos de pan y cecina y de paja fresca y cebada y de leña y las otras cosas que son menester, tal como el Rey nuestro señor por carta ordenaba. Y este lugar dista una legua de Sevilla porque era voluntad del Canciller real que acampáramos allí sin pisar la ciudad hasta que la nao que había de llevarnos a tierras africanas fuese entrada en el puerto. A otro día fui yo a Sevilla con un criado del conde de Camarasa y con fray Jordi y su lego y nos llevó a un palacio, cerca de la iglesia Mayor, donde moraba Francesco Foscari, mercader genovés, banquero del Rey y gran amigo de su señoría, a cuyo cargo estaba todo lo tocante a mandarnos a África.

Francesco Foscari nos recibió en una sala grande que junto al zaguán estaba y era el lugar donde sus escribanos y contables trabajaban para asentar, en grandes libros aforrados de pergamino, las cargas de clavo y de canela y de oro fino y nuez y perfumes de olor y las otras mercaderías preciosas en que el genovés comerciaba. Era Francesco Foscari obra de sesenta años, cara de águila, orejas salidas como mono, delgado como huso y breve de talle por más que remediarlo quisiera gastando chinelas de doble suela y tacón florentino por más levantado parecer. Y noté que sus oficiales y criados procuraban no arrimarse a su persona y cuanto más cerca dél andaban más se achicaban, por no parecer más altos, y cuando esto hube notado, yo mismo no pude evitar encogerme un poco de cuello y cargar la espalda, como si anduviese por una cámara baja de techos, y en esta humildad departía con él. Y Foscari nos recibió con mucha amabilidad y cortesía cuando supo quiénes éramos y nos hizo pasar a un

patio que allí había, el cual ornaban muchas macetas y una manadora fuente central, a la romana, y allí tomamos asiento en crujidores bancos de mimbre y dio palmas a las que acudieron criadas y pidió un refresco de sorbete de nieve, manjar delicioso digno de mesa cardenalicia, y cuando nos hubo preguntado algunas cosas del viaje y de nuestras patrias respectivas, más por cortesía que por verdadera curiosidad, a lo que se me alcanza, como el viajero que charla con sus eventuales compañeros de posada en una venta caminera, se quedó un momento pensativo y silencioso, sorbió de su vaso y sin más dibujos fuese derechamente al grano y dijo: «Encontrar el unicornio no va a ser empresa fácil. De mi cónsul en Safí, que es hombre de toda confianza y ya deja preparada vuestra llegada, he sabido que no se cría tal animal en la tierra de los moros, por lo que tendréis que bajar a la tierra de los negros, y este recado tiene dos caminos y hechuras: el uno por mar, siguiendo la derrota de las naos portuguesas, que van secretas por aquellos paralelos; y el otro por tierra, cruzando el desierto de arena. Los dos caminos son malos pero el de la mar es peor puesto que los portugueses no dejan pasar nao alguna más abajo de las islas Afortunadas y si os toparan más abajo pensarían que vais al comercio y os barrenarían la nao y la echarían a pique y os apresarían o algo peor. Algunos que conozco lo han intentado porque creen que dándole la vuelta a África puede llegarse por agua a la India y sus especias pero no han vuelto a saber más de sus naos y tripulaciones. Descartando el mar, nos queda el camino del desierto. Por ahí tampoco han bajado muchos cristianos pero, por lo menos, sabemos que al otro lado del arenal están las tierras de los negros donde, según dicen, hay grandes ríos y grandes árboles y muchas y grandes fieras. Allí es donde pacen el león y el elefante y la mona y el unicornio, sólo que el unicornio es más receloso de la humana compañía que los otros y se oculta dentro de espesos bosques de muchas leguas de contorno, donde habitan muy

fieras serpientes voladoras. Allí tendréis que buscarlo si es que lo halláis. Yo os puedo facilitar el viaje hasta las puertas del desierto: más allá no. Esto le dije al Rey cuando nos vimos por San Miguel y estuvo de acuerdo: el resto es cosa vuestra».

Estas y otras razones nos dijo micer Francesco con grande franqueza y derechura, por donde conocí ya la dificultad de la empresa y empecé a moderar el contento primero que la confianza real había despertado en mí. Hasta se me pasó por la imaginación, en la flaqueza de un momento, que me escogieran por más mentecato y menos avisado que los otros, antes que por más valiente y esforzado como creía, mas obré como prudente y me guardé de confiárselo a nadie, no fuera a haber hablillas y me creyesen pusilánime o amilanado en las justas vísperas de la partida. La cual habría de ser de allí a veinte días, que era cuando se esperaba la arribada de la nao africana que cada mes hacía el viaje de Saló a Sevilla, y éstas eran dos naves del mismo nombre y hechura que cuando la una iba la otra venía y se cruzaban en la mar marinera, sin perder comba. Y la que iba llevaba trigo, vino, arneses y paños catalanes y otras baratijas, y la que venía traía cobre, añil, cuero, sebo malaqueta, goma, laca y oro.

Micer Francesco Foscari nos despidió muy gentilmente a su puerta y concertó con nosotros que los ballesteros no fuesen a la ciudad sino en turnos de a cinco, por no llamar la atención al concejo, aunque ya éste quedaba avisado de una misión real que había de embarcarse. Pidiénos también que de allí a tres días, que caía en domingo, viniésemos los algos a almorzar con él y su familia, lo que tuvimos por grande y señalada merced, y así nos despedimos besándole yo la mano y él se tornó a su escritorio y a sus negocios.

Y el domingo llegado vestí yo las mejores galas que conmigo traía, que eran aquellas que me diera mi señor el Condestable de rico brocado y el carmesí velludo morado forrado de muy preciadas cibellinas, y vistió

doña Josefina un rico brial de fino brocado verde, en somo una ropa bien hecha de damasco negro, con un tocado muy lindo de nueva manera, en son de muy graciosa y desenvuelta dama, tanto que a los mirantes era muy apacible. Y Manolito de Valladolid se acicaló con un jubón de cetí negro vestido y sobre él una ropa corta de muy rico carmesí brocado, forrada de bellas martas, un capello trepado en la cabeza y bien francesamente calzado y se espolvoreó de polvos de olor más que hubiese sido discreto en varón, y fray Jordi de Monserrate estrenó hábito de paño nuevo, que la dueña doña Joaquina le cortara y cosiera muy industriosamente de una pieza de buen paño mercada en Écija. Y así ataviados, en muy contenta y vistosa batalla, fuimos a Sevilla y entrando por la puerta que dicen de Macarena tomamos la calle Maestra derechamente que va a la iglesia Mayor donde la famosa torre está. Y la gente no abría calles ni se asomaba a vernos desde las ventanas ni nos miraba mucho, como yo esperaba, tan acostumbrados están ya a las grandes visitas, sino que sólo dos o tres burgueses repararon en nosotros y fue para hacer chanzas sobre Manolito de Valladolid por el rastro de olores que detrás de sí iba dejando y, aunque no decían encomios ni cosa agradable de oír, todos hacíamos oídos sordos, catando que era mejor no altercar ni meternos en líos en tan señalada víspera en que Micer Francisco nos recibía liberal y francamente.

Llegamos pues al palacio y salieron criados con la librea del genovés que era mitad azul, por el mar, y mitad dorada, por el color del comercio. Y tuvieron las riendas de las señoras y del arzobispo, que tal les pareció fray Jordi con su hábito nuevo, y tomaron las descabalgadas caballerías y las metieron para las cuadras mientras se abría el portón del zaguán y micer Francesco aparecía viniendo a nosotros con los brazos extendidos y el semblante sonriente y alegre. Y detrás de él venía su mujer, que era una matrona fortachona y colorada, tres palmos más alta que él y tres

arrobas más prieta, y sus cuatro hijos y sus dos hijas, guapos ellos y no tan guapas ellas, todos soberbiamente ataviados con muy ricos brocados y finas pieles, y muy aderezados de cadenas de oro y finas joyas y piedras haciendo gran honor a nuestra visita, de lo que mucho me envanecí si bien luego se me representó el pensamiento de que las niñas nos miraban como se mira a la gente que ya no hay esperanza de volver a ver más en la vida y no sé si sería achaque del vino, que yo lo tengo asaz melancólico, u observación perita de quien va conociendo, aunque sea tardíamente y por su daño, el alma de los hombres.

Mientras la comida se aparejaba, micer Francesco vino a mostrarnos menudamente su palacio, que era lo más rico de lo que yo había visto hasta entonces y excedía por lo lujoso al propio alcázar del Rey. Cuando se pasaban las puertas, con llamadores de bronce delicadamente cincelados, se entraba en un patio distinto y más recoleto del de los sillones de mimbre que viéramos el primer día. Y este patio estaba adornado con muchas pinturas de gran primor y tapices grandes en las paredes y adornado de vajillas de plata y de yeserías moriscas en los techos del claustro. Y había en medio un pozo chico con el brocal esculpido en un bloque de mármol blanco traído de Italia a lo que nos explicó el anfitrión. Y este labrado mármol enseñaba, en bulto y muy a las veras, los trabajos del dios Hércules. Y fue de ver que Manolito se emocionó de tanta belleza y se quedó embobado y le pasó la punta de los dedos, a Hércules, por la desnuda espalda abajo siguiendo la horquilla de la rabadilla, a lo que fray Jordi carraspeó un poco y me miró con una media sonrisa cómplice. Y del patio subía una muy lujosa escalera al piso alto. Y la dicha escalera era muy ancha y de mármol blanco y en cada peldaño había un jarrón valenciano y algunos de la China, de muy fina labor y menudamente pintados con pavos reales y sus colores eran tan luminosos y a lo vivo que era maravilla verlos y tenían pintados dragones

echando llamas por la boca que parecía que eran de verdad y querían quemar los brocados y terciopelos y sedas y cintas que junto a ellos discurrían. Nada diré de las taraceas, ni de los tallados muebles, ni de los aparadores con cubiertos de oro y vajillas ni de la legión de criados que nos sirvió de comer ni de la rareza y excelencia de los bien sazonados guisos y asados que micer Francesco nos dio a catar, ni de los finos y extraños vinos adobados que bebimos en pintados cristales de primorosa talla. Diré tan sólo que nunca pensara que fuera posible vida tan regalada en la tierra, sólo que aquél fue el broche de oro de nuestro vivir descuidados y lo que después vino fue el valle de lágrimas que la humana carne padece.

SEIS

VINIERON DÍAS Y PASARON DÍAS en la espera de la nao y yo, por tener entretenida a la ballestería y al peonaje y por excusar ruidos y trifulcas, los más de los días mandaban correr la sortija delante de la posada y ponían ciertas sedas para que cualquiera que metiera la lanza por la sortija ganase cuatro varas de seda para un jubón, o su precio aquilatado, y en esto cruzábanse apuestas y con ello, y con el mucho juego de dados, unos acrecentaban sus haciendas con la mengua de los que las perdían, y en ello se iba el tiempo sin más notoria cosa que escribir.

Llegó el día de la partida y era aún de noche cuando almorzamos y salimos de Torreblanca y tomando el camino de Sevilla nos fuimos dando la vuelta por delante de la muralla, sin entrar en la ciudad, que todavía no se abrían las puertas por la hora temprana, y por un portillo que dicen de Bibaragel, donde hay un castillo muy fuerte que mira al río, fuimos pasando al arenal de la ribera y luego seguimos por ella admirados de los muchos mástiles y palos y cordajes de las muchas naos de todas clases y hechuras que allí se asientan. Y dejando a la mano de tierra grandes corrales techados fuimos avanzando. Y en los tales corrales es donde los mercaderes guardan sus mercaderías que van y vienen, las unas de África y las otras de distintos puertos tanto de la Cristiandad como del moro. Y era cosa de admirar la juiciosa disposición y el mucho orden en que fardos y ánforas se apilaban por muchas partes, así como el celo de los corchetes, cada uno con la librea de su amo, que lo vigilaban todo dormitando sobre los lienzos, con un ojo bien abierto, la mano en el garrote, prestos a defender sus custodias. Y así fuimos caminando, guiados por un criado de micer Francesco que en nuestra compañía venía, hasta que llegamos a una nao más grande que las otras, una de estas que

dicen carraca, que estaba arrimada al muelle cerca de donde está la torre grande ochavada que llaman del Oro. Y tenía la dicha nao los palos tan altos como la torre. Y ya estaba el capitán de la madera esperándonos, que tenía gran prisa por embarcarnos y largar amarras antes que bajara más la marea y estaban las tablas del puente tendidas para el embarque de la caballería. Fuera de un mulo que se asombró y cayó al agua, y lo hubieron de rescatar los marineros con sogas, no hubo nada digno de mención sino que todos nos acomodamos muy concertadamente dentro del bajel. Y el dicho bajel parecía más grande por dentro que por fuera, según de bodegas y camaranchones y desvanes tenía. Los ballesteros y peones fueron a donde el lastre estaba, que era la arena fina que en el vientre de la nave va, y quedaron muy recomendados del asentador de que no osaran tocar un ánfora de las que allí iban, que estaban contadas y selladas y que a la arribada se volverían a contar y si faltaba alguna se les descontaría de la soldada por tres veces para que sirviera de escarmiento. Con lo que quedaron muy avisados y no osaron rechistar, fuera del Pedro de Palencia, el alborotador, que siempre tenía que apostillar algo y todo le parecía mal.

Embarcamos todos y subieron algunos esclavos negros, de los que trabajan en el puerto, llevando sobre sus cabezas los fardos con la carga postrera y unas barricas de salazón y unas canastas de pan que en un carro allí cerca esperaban y, esto cumplido, el capitán de la nao pidió licencia al alguacil del maestro del puerto para soltar amarras. Dióselo el otro desde su palenque de madera y dio el cabo de vela las voces de soltar cuerda y el barco se fue apartando de las tablas del embarcadero con un temblor que puso un punto de angustia en muchos esforzados pechos, y empezamos a flotar río abajo saliendo al ancho mar y cuando pasamos por frente al castillo de Triana, que enfrente de Sevilla está, vi a una gentil dama que había madrugado a peinarse con un espejillo junto a la

ventana de una torre y me acordé de mi señora doña Josefina que desde que subió a la nao y entró en su cámara de popa no la volviera a ver, y como estuviera mirando para allá sólo vi la puerta de la casetilla cerrada y por un ventanuco la cara de Inesilla que platicaba con Andrés de Premiό, de lo que hube gran envidia, que mi sargento de armas pudiese ir adelante con sus requiebros, si bien, por esas rarezas de las mujeres, Inesilla de vez en cuando le ponía los cuernos conmigo, en tanto que yo no osaba, por obediencia al Rey mi señor, y por la buena crianza que me tocaba como oficial suyo, albergar más que claros y castos pensamientos sobre mi amada doña Josefina.

Estando en esto vino a verme el capitán de la nao, que era un genovés bajito, casi enano, de nombre Sebastiano Mataccini. «*Signore capitano* —me dijo—, el *signore* Francesco Foscari, mi amo y patrón, me ha elogiado mucho su buena disposición y crianza, así es que vengo a ponerme a su servicio para lo que mandar quisiere, siempre que no me aparte de mi derrota que es, como usted sabe, el puerto de Safí». A lo que yo respondí con otras cortesías y finezas y así quedamos muy obligados el uno para con el otro e hicimos buenas migas en el resto de la travesía que fue de mes y medio, porque la nao africana, aunque muy marinera, iba sobrada de carga y no podía navegar más aprisa. Y este tiempo que digo a los más se nos hizo largo como si cinco años pasaran, pues hubimos muchos vómitos y quebrantos y fiebres de la poca costumbre que se tiene por la parte de Zamora y Cuenca y Toledo de navegar sobre la mar de los peces y por el mucho cabecear que las ondas daban a la nao. De lo que los marineros, gente asaz soez y mal enseñada, se regocijaban mucho, aquella chusma maloliente.

Diré también que en el camino hubimos de parar una vez al lado de una playa que decían del Fuego, donde había algunas casuchas y un castillete, cuyo alcaide se llama Diego García de Herrera, que, de no

mediar tan cristiano nombre, cualquiera hubiéralo tenido por moro, según vestía y juraba, y a éste le dejamos unas barricas de salazón y vino y otras cosas cumplideras a los que allí moraban, y cargamos muchos fardos de cueros de cabra, que por allí se comercian mucho y baratamente con los moros de la tierra adentro. Y en todo este tiempo pocas veces pude platicar con doña Josefina y nunca a solas, que yo mismo afincadamente le pedí que estuviese en su cámara con las otras mujeres y no fuera della, donde se entorpecieran con el mirar de tanto balletero y marino medio en cueros como por la cubierta, muy a su salvo y sin recato alguno, andaban. Y ellas solían salir poco rato y solamente al atardecer y estábanse en su rincón de la popa hasta que, entrada la noche, el sueño las vencía y se retraían a dormir y en esas horas solían tañer sus músicas Manolito de Valladolid y Federico Esteban, lo que era de mucho solaz y entretenimiento para todos, que hasta los caballos, que andaban alborotados y flacos de tan larga travesía, se amasaban y apaciguaban un poco en sus bodegas cuando oían tañer instrumentos. Y a pesar de ello echaba yo de menos la tierra quieta y hasta el polvo de los caminos y las picadas de los tábanos mulares y estaba deseando de tocar puerto y perder el olor a sal del mar, que es bueno y sano según dicen, y del estiércol que subía de las sentinas que no sé si también será medicinal.

Así fueron pasando los días hasta que por fin quiso Dios que llegásemos al puerto de Safí, donde el barco iba. Este puerto está en la costa que hay delante de las islas Afortunadas, que ahora son de Castilla. Entonces no lo eran todavía, pero ya había en ellas castellanos y catalanes y genoveses y hasta francos.

Safí no era más que media docena de casuchas arrimadas a una peña grande que tiene una hendidura por donde entra la mar y a su amparo se meten y refugian los barcos como las avispas en el tiesto de un cántaro. Había un corral de adobe cercado de matorrales espinosos y guardado por

guardas moros que era donde aguardaban las mercaderías de Francesco Foscari. Las otras casas eran las de los guardas y las del cónsul del Rey de Marruecos. Cien o doscientos negros y moros estaban en el atracadero esperando a la nao y se reían mucho, que desde lejos se veían relumbrar los blancos dientes. Esta es cosa que siempre me ha maravillado en tales gentes y aquélla fue la primera vez que lo noté, digo lo de la blancura y fortaleza de los dientes que entre los negros gastan. Llegóse la nao concertadamente a las tablas, gobernada por el diestro piloto a maravilla y, luego de rezar las oraciones que son costumbre muy devotamente hincados de rodillas mirando a la tierra, desembarcamos todos y los ballesteros, que Andrés de Premió había puesto en muy buena ordenanza para impresionar a los moros mirantes, y luego subieron los otros a su oficio y se pusieron a descargar la nao. Mientras tanto pasamos a la casa del cónsul de micer Francesco Foscari que también resultó ser genovés, primo segundo suyo o algo pariente a lo que entendí, y que ya estaba avisado de nuestra llegada y nos recibió con muy buenas y corteses razones y confites y dátiles y quesos. Quedáronse allí descansando las mujeres y yo dispuse luego el sitio donde habían de clavarse las tiendas y guardarse nuestros fardajes, que fue en medio de una despejada plazuela que allí se hacía, delante de las casas y al lado de un foso y empalizada que, a falta de muro torreado, quería guardar Safí de la parte de la tierra. Y de la otra parte de este foso y cava, en la tierra del moro, había otras casillas muy miserables y chozas muy pobres que parecían estar desmoronándose y por ellas pululaban como hormiguero muchos moros y moras y negros, medio desnudos, niños los más, entre mucha miseria, y más lejos había un pocillo del que todos sacaban agua y alrededor del pocillo algunos huertos medio agostados, una mancha de poco verde sin árbol que sombra diera, de todo lo cual yo saqué en limpio que África era un lugar pobre y desapacible y me hice mientes de darme prisa en

encontrar el unicornio para volver a tierra de cristianos cuanto antes. Tenía yo entonces veintitrés años recién cumplidos y el pelo negro como un tizón y robusto y joven el cuerpo y todos los dientes en su sitio y tan entero y sano como me parió mi madre. Y así eran los cuarenta y nueve hombres y tres mujeres que conmigo venían, que los ojos se me llenan de lágrimas cuando ahora lo escribo y pienso en ellos viéndolos como si aquí delante se me presentaran.

A otro día de mañana, miércoles, antes que apuntara el sol, tiramos las tiendas, liamos el fardaje y levantamos el campo y salimos de Safí en compañía del cónsul del Rey de Marruecos, que a la víspera ya estaba en su casa para registrar el cargamento que había de venir. Cargáronlo todo en camellos, cada uno a la reata de su esclavo negro, y tomaron camino y nosotros detrás de ellos apaciguando a los caballos que mucho se asombraban del olor de los camellos y escoltándolos. Y como el país no estaba muy seguro porque, según vinimos a saber, se habían alzado varios reyes que se hacían la guerra unos a otros, cada uno por su gente y tribu, el hombre iba más desembarazado que otras veces y más parlador viendo tras de sí tan lucida batalla de ballesteros cristianos, que por aquellas tierras son tenidos por muy buenos y temibles soldados. De lo que por un lado nos holgábamos y nos hacían halago y placer y nos esforzaba y por el otro lado nos preocupaba viendo que tan pronto, apenas salidos del vientre de la nao, como Jonás del de la ballena, ya había barruntos de daño en la nueva tierra que pisábamos. Mas, con todo, íbamos gozosos por ver la curiosidad de lo que los días nos deparaba y Paliques y fray Jordi iban en la cabeza, junto al cónsul moro, y no metían lengua en paladar con aquella parla mahometana que parece graznido de cuervo unas veces y otras trabalenguas de cristiano atragantado. He de decir que de todos los que íbamos, sólo Paliques y Fray Jordi entendían la parla arábiga, de manera que el fraile nos iba poniendo en cristiano lo que los

otros dos hablaban en moro. Y así fuimos sabiendo que estábamos a cuatro jornadas de Marraqués, que es la ciudad más grande de África y aún del mundo y la mejor cercada y más adornada de palacios y fuentes y otras maravillas que el cónsul menudamente describía con mucho molinete de manos. Pero cuando dijo que el Rey de Marraqués era el más alto y poderoso del mundo, ya por ahí conocí que también los otros loores que de la ciudad decía serían desmesuras y ser verdad, tanto en tierra de moros como en la de cristianos, que el ojo del amo engorda el caballo, mas no quise porfiar sobre esto por no parecer descortés a nuestro anfitrión y guía.

Y en los cuatro días que tardamos en llegar a la ciudad no hubo cosa digna de cuento sino que pasamos por un palmeral largo, el lugar más pintado y deleitoso del mundo, corrido por una fuente de agua clara y fría, donde había muchos moros encaramados a los flexibles troncos de las palmeras, como si llegaran al cielo, buscando dátiles de los que nos ofrecieron algunos en cestillos de paja, y los comimos con leche de camella, a la usanza del país, y estaban muy jugosos y bien traídos con la leche de las camellas que es menos dulce que la de burra con que en Castilla nos criamos. Mas, de la falta de costumbre, se le aflojó el vientre a fray Jordi y hubo de curarse con un cocimiento de sus propias yerbas y era cosa de mucha risa verlo tirarse abajo de su mula, cuando el cuerpo le pedía alivio, y correr como conejo a levantarse los hábitos al recato de una mata o de una peña si las había o, cuando no, al raso, haciendo que no oía la chacota que la ballesteril plebe levantaba sobre el blancor y proporciones de sus nalgas.

El cuarto día, domingo, a la tarde llegamos a la vista de Marraqués y era tal la ciudad que en muchas cosas parecíase a Sevilla: llana, con sus murallas pardas muy largas y, por encima, asomándose, las paredes blancas y azules y las copas de los árboles en los jardines y el dedo de

una torre que parecía a la otra Mayor de Sevilla, sólo que allí la llaman Cutubía. Y esto quiere decir en arábigo «la de los libros» porque a su vera se armaba el mercadillo de los libros en otro tiempo, cuando los moros sabían leer más que ahora. Y es curioso que en la Cristiandad, a pesar de las secas y de las pestes y de las guerras y ruidos y calamidades que Dios nos manda por ser malos cristianos, cada tiempo es mejor que el de sus padres y a trancas y barrancas vamos mejorando de estado y condición; no así entre los moros que antes se les ven por doquier señales de ir para atrás y hacer cada día peor que el postrero, lo que yo achaco a su obstinación en seguir la falsa secta de Mahoma y a su ceguera, que viendo los buenos sucesos de los cristianos no les abre los ojos para que escarmienten y se enderecen por el sendero de Nuestro Señor Jesucristo.

Y con esto, según nos íbamos llegando a la ciudad, salieron a recibirnos los criados del Rey con mucha grita y música de zampoñas y tambores y con aguas de olor, y con ellos y gran copia de gente común, moros y moras y muchos niños que como moscas a miel a nuestra novedad concurrían, muy alegremente fuimos llevados adelante y entramos por la puerta que llaman Badoucala que tiene cerca un corral grande al que llaman Mamunia y es donde se asientan las caravanas que pasan el desierto de arena y allí tienen reposo. Y este corral es como patio grande cuadrado que por sus cuatro partes tiene corredores y cámaras donde arriba duermen las personas y abajo los animales y sólo tiene una puerta grande y cumplida que siendo de noche se cierra con guardas y velas para que ninguno de la ciudad pueda entrar ni de los forasteros allí posados salir, y así se excusan disgustos, ruidos y alborotos. Allí, pues, nos hospedamos y, con ser tantos, ocupamos sólo una parte y quedaron las otras tres vacías, tan grande era. Y en medio del patio había una fuente muy buena que daba dos caños de agua delgada y fría. Y al otro lado un buen montón de leña que el Rey de los moros nos

había mandado poner y otro de paja, como almiar invernizo, para alimento de los caballos y mulos, lo que por intermedio de Paliques agradecí muy encarecidamente al oficial que nos aposentó. Y él dijo que al otro día de mañana vendría a traernos noticia del Rey y que ahora cerrarían las puertas, como era allí costumbre, con lo cual se despidió muy gentilmente.

Y Pedro Martínez, el de la cara rajada, cuando vio que cerraban las puertas por fuera, se alborotó y alzó una gran grito: «¡Para cuerpo de tal, que Satanás y Bercebú y Fallamón nos metió en este berenjenal!». Y se puso rabioso y decía que nos encerraban en cárcel y que yo lo había consentido no mirando a la seguridad de todos y que ahora quedábamos a merced de los moros enemigos de la religión y presos dellos. Y ya estaban alborotándose algunos ballesteros de los que más con él andaban y mejor le bailaban el agua cuando Andrés de Premió se fue para él y sin decir palabra chica ni grande le asestó una gran puñada en el rostro que lo tiró al suelo bañada la boca en sangre y le trepó, según luego se supo, un diente. Y ya se levantaba el de Palencia como toro enrabiscado, con la mano puesta en el cuchillo y echando lumbre por los ojos, cuando Andrés de Premió metió mano al estoque y se lo puso en la garganta, posando la punta en el hoyo que debajo del bocado de Adán está, y le dijo con voz suave, como si no estuviera enfadado: «Pedrillo Cararrajada: ésta es la última vez que te consiento gallo. A la que venga te juro por mi fe de Cristo y por Santa María que te he de hacer enforcar como me llamo Andrés y contigo a todos los que se te pongan al lado. Esto queda dicho y sirve para ti y para todos». Y luego le retiró la espada y el otro se levantó más apaciguado y los demás ballesteros fuéronse retrayendo para sus aposentos hablando entre ellos y eso fue todo. Y yo miré por las mujeres que se habían instalado en una celdilla que tenía su postigo con cerrojo, al lado de la puerta grande, y hallé que estaban las tres curiosas y

asustadas, asomadas al patio, catando lo que había ocurrido, de lo que sentí envidia de la firmeza de Andrés, que nadie pensara que tanta tenía, y de buena gana hubiera querido ser yo el que le cortara las muchas alas y espolones al *Rajado*. Y en eso quedó la cosa. Acomodáronse los caballos con mucho pienso, por ver de sacarlos de las pocas carnes en que habían quedado en la nao marinera, y fuímonos todos a dormir y yo dispuse dobladas guardas y velas en las cuatro esquinas de la azotea del casal y otro en la puerta que guardara también el aposento de las mujeres y con esto me apacigüé hasta otro día aunque dormir bien no pude, cavilando en las mudanzas y aconteceres de la víspera.

Mostrándose el alba, se presentó a la puerta del corral el nuncio del Rey de Marruecos y mandó abrir las puertas de sus cerrojos y luego aguardó fuera a que yo saliera, sin pasar él del zaguán y entrepuerta de la casa, señal que yo aprecié de discreta y buena crianza. Y en saliendo yo, que ya estaba vestido con aquel jubón de fina chapería y velludo carmesí morado que me regalara el Condestable, él me dijo que era hora de llevarme delante del Rey y que si yo daba licencia podían venir conmigo las personas de nota que me acompañaban, a lo que yo accedí y tomé a fray Jordi y a Manolito de Valladolid, además de Paliques, que había de mediar en nuestras fablas arábigas, mas no quise llevar a Andrés de Premiá sino que tomándolo del brazo lo llevé aparte y le encomendé estas palabras: «Andrés, amigo, quedas al mando de esta tropa y al cuidado de doña Josefina y las otras mujeres. Que nadie salga del corral sin recado cierto mío, firmado por mi mano y rubricado con una cruz que parta y divida mi nombre». A lo que él asintió como discreto y los que teníamos que marchar marchamos luego. El oficial moro que nos acompañaba era un hombre membrudo y gentil y bien parecido, no tan negro como los moros suelen ser, sino antes bien blanco y quemado de los muchos soles a que su vida militar lo acostumbraba. Dijo que se

llamaba Infarafi y, por lo que fuimos hablando por el camino con el lengua Paliques de por medio, saqué en claro que en su cuartel había muchos caballeros cristianos amigos suyos que hubieran querido venir a vernos, sólo que el protocolo del Rey de Marruecos lo prohibía hasta que el Rey mismo nos hubiera visto. Lo cual no sabía yo si creérmelo, pero tampoco quería contradecirlo, no fuera a tomarme por rústico desconfiado. Luego, con el tiempo, he venido a advertir que a los moros no les afrenta que uno se muestre desconfiado y receloso con ellos, antes bien les parece la actitud natural. Es el caso que ellos son demasiado desconfiados y no sé bien si serán tan desconfiados porque son muy embusteros y engañadores o si son así de embusteros y engañadores porque son muy desconfiados. Es cosa que por mucho tiempo que se viva con ellos nunca llega uno a aventar en claro.

Así pues, el Infarafi nos condujo por un campo espacioso donde se montan los tenderetes del mercado y que luego supe que se llama Jemsa el Fna que, en lengua arábiga, es plaza de la asamblea de la muerte, y en tal lugar se agolpaba gran muchedumbre de moros así de hombres como de mujeres y niños que salieron a vernos y formaron calles que pasáramos y se reían y hacían sus comentarios en algarabía elogiando mucho, ora los trajes, ora los caballos, según Paliques puntualmente iba diciendo y no sé yo si verdaderamente lo entendía o si entendía un poco y se inventaba otro poco o si lo entendía todo pero sólo nos decía lo bueno porque lo cierto es que solamente alabanzas y loores recibimos, de lo cual hube yo mucho placer e iba muy enhiesto y sacando pecho afuera y puesta la mano diestra, como con desgaire, sobre el pomo del estoque, para levantar la capa por detrás, y por el rabillo del ojo veía negros ojos de mora orlados de sedosas y suaves pestañas e iba rumiando yo en mi corazón si después de todo no sería placentera la vida de estos infieles en el corazón de África. Y con esto llegamos a un gran muro bermejo de

tapial sin almenas ni tejadillo, que estaba guardado por sayones negros vestidos de blanco, por donde conocí que aquél debía ser el alcázar y posada del Rey de los moros. Y acudieron pajes negros a tomar los caballos y descabalgamos y nos dejamos conducir por Infarafi, después de cruzar dos patios muy hermosos con estanques orlados de macetas de olor, a una gran sala muy adornada y pintada donde el Rey recibía. Y estaban en la dicha sala obra de veinte o treinta personas, al parecer cortesanos, por la traza y el lujo de las vestimentas, y algunos de ellos no vestían a la usanza mora sino como cristianos y todos estaban muy animadamente departiendo y platicando en sus corros hasta que nosotros fuimos llegados con lo que se silenciaron para mirarnos, más por la novedad de nuestras personas que por la gravedad de la ceremonia, que como gente grosera que son, los moros usan poca.

SIETE

ÉSTA ES LA HORA LLEGADA en que debo explicar ciertas cosas cumplideras para el buen entendimiento desta historia. El Rey de Marruecos se llamaba también el Miramamolín que es tanto como decir el enviado de Dios, y los moros, en su ignorancia, lo creen profeta y piensan que hace milagros aunque los tales milagros nadie los ve, pero como gente grosera y de poco ingenio ellos lo creen sobre las fablas mentirosas del Alcorán. Y dicen que la señal que el Miramamolín tiene de ser profeta es que las palas de la boca, que son los dientes delanteros de la parte de arriba, los tiene separados y entre ellos cabe la uña del dedo horramente. Lo que es gran necedad pues siendo así todos los burros y gran parte de los caballos serían también profetas, cosa que, bien pensado sería además de necedad, grave pecado creerla, mas yo la asiento por letra no por imprudencia mía, que soy ferviente cristiano y en todo presto a admitir lo que la Iglesia enseñe tanto si lo entiendo como si no lo entiendo, sino por escarnio del falso profeta Mahoma y de su secta embustera.

Y era el caso que cuando fuimos llegados a Marraqués, había en el reinado de Marruecos no un Miramamolín sino tres distintos y todos pretendían el reino y movíanse entre ellos cruda guerra. Y era el caso que uno de ellos, al cual llamaban *el Bermejo*, estaba a las puertas de la ciudad y venía con un gran ejército contra el otro que en la ciudad tenía su asiento y éste era el que llamaban Abdamolica y, por apodo, *el Pajarero*, que fue el que nos recibió. Era éste, a lo que me pareció, un mozo obra de treinta años o poco menos, alto, membrudo y con la mirada complaciente como de vaca recién parida. No me pareció muy agudo de entendederas, sino que al lado tenía su Canciller que era el que le iba indicando cuanto tenía que hacer y convenía a la ocasión. Y en llegando a

anunciarme el mayordomo, callaron todos los congregados que con el Miramamolín estaban y se volvieron a mirarnos y yo hube gran vergüenza y me subieron los colores doblados, mas, como traía aprendida la lección, me adelanté a donde él estaba echado en unos ricos cojines por mengua de silla donde más cómodamente estar, y me hiqué de rodilla en tierra y le besé la mano que él me tendió y la tenía fría como la de un difunto. En lo cual, ya que no en otra cosa, se parecía a nuestro Rey Enrique. Y luego le tendía la carta del Rey de Castilla que le traía y él la tomó y se la pasó a su Canciller y me hizo señal de que me levantara, lo que yo hice al punto. Y me estuvo preguntando una buena pieza por el viaje y por los hombres que conmigo venían, lo que puntualmente le dije con el intermedio de Paliques que a mi lado estaba haciendo muy puntualmente su oficio sin meter lengua en paladar, si bien estaba algo corrido y mohíno porque para comparecer delante del Miramamolín hubo de destocarse y estaba enseñando su calva lironda, en la que hería el sol como sobre bruñido yelmo, a toda aquella ilustre concurrencia. Dio luego el Rey señal de que me retirara y torné a besarle la mano y salimos haciendo reverencia y andando para atrás cortesantemente sin osar volverle la espalda y yo acerté bien con la entrada mas Paliques diose una gran calabazada con la columnilla de mármol que dividía la luz, lo que, de no haber sido tan solemne ocasión, hubiera sido causa de risa para todos los que lo vieron, sino que allí solamente el Miramamolín se echó a reír a grandes carcajadas y llorando de sus ojos mientras que su Canciller, de pie a su lado, lo miraba con reprobación y desprecio, a lo que a mí me pareció.

Y era este Canciller un hombre de mediana altura, obra de cincuenta años, blanco de pelo y de piel, azul y hundido de ojos, delgado como alambre y de nariz aguileña y de mirada muy inquieta e inquisidora, como de águila. Y un nuncio suyo nos dijo que aguardásemos en el patio

y luego salió él y nos llevó a un aposento que allí había donde nos ofreció asiento y un refrigerio de nueces y dátiles que yo no caté porque no me fiaba de la morisma, pero Paliques se hartó y fue dificultoso que ejerciera su oficio de lenguas con la boca llena pero al fin supe que lo que el Canciller me decía era que quedaba enterado de los deseos del Rey de Castilla y que el Miramamolín su señor estaba deseando complacerlo pero que había una dificultad no pequeña y ésta era que necesariamente nuestra gente habría de ir a la tierra de los negros en caravana y la siguiente caravana no saldría hasta dos meses pasados. Le dije yo que lo único que necesitábamos era un guía, al cual pagaríamos de lo nuestro, y que con esto partiríamos muy satisfechos y agradecidos. Mas el Canciller replicó que el desierto es como mar de arena, más grande que la mar oceana que nos había traído, y que las naos que cruzan esta mar son los camellos y que los pilotos que los rigen son los guías, pero hay en ese desierto una casta de piratas más furiosos y dañinos que los del mar de Mallorca y son unos demonios que lo habitan llamados targui. Y esos targui tienen concertado con el Miramamolín que sólo dos caravanas pasen el desierto cada año y les dejen tomar agua de ciertos pozos a cambio de un crecido tributo y fuera de esto no hay nada que hacer. Con lo cual quedé yo muy advertido y apesadumbrado y no supe qué decir sino que dije que había de tomar consejo con mi gente y luego nos despedimos y unos pajes vinieron a traernos los caballos y el que nos había llevado nos acompañó a la vuelta. Y el Canciller se quedó mirándonos cómo nos íbamos, por todo el patio, hasta que salimos por la puerta donde los guardas negros estaban.

Y con este negocio acabado tornamos a la casa de la Mamunia y hallamos a la gente muy apaciguada y contenta pues en el mientras tanto de nuestra ausencia se habían recibido unas cargas de pan y ciertas cecinas de carnero que el Miramamolín mandaba para regalo de los

huéspedes. Y todos estaban muy confortados con esta fineza, sólo que los afligía un poco la mengua de vino que en la ciudad no lo había, por tenerlo muy vedado y perseguido la ley de los moros. Con todo pasamos adelante y yo los junté en el patio y teniendo a mi lado a Andrés de Premiό, al que ya en la nao había comunicado muy en secreto cuáles fueran los designios de nuestro viaje, tomé la voz y dije que estábamos allí para ir a la tierra de los negros a cazar el unicornio y no para escolta matrimonial de dama casamentera. De lo que los ballesteros que ya se veían de vuelta a Castilla, quedaron muy espantados y hubieron gran enojo y empezaron a hablar muy reciamente entre ellos alzando gran vocerío y juntándose en corrillos cada cual con sus más allegados y vecinos y con los de su tierra, como ellos suelen. Y algunos movían mucho los brazos y daban patadas al suelo como si gran furia los poseyera. De la cual alteración cobré yo cierto temor y determiné hacer un ejemplar escarmiento en cuanto se sosegaran los ánimos y ocasión hubiera propicia. Y el tal Pedro Martínez, *el Rajado*, salió de entre los otros y a grandes voces altercó diciendo que era gran villanía y que aquel engaño no lo había de sufrir. Y yo levanté los brazos y acalláronse a poco y les dije como era muy servidero del Rey nuestro señor, al cual vida debemos, aquel mandato en que estábamos y prometí grandes mercedes y dádivas y recompensas cuando estuviéramos de vuelta, y paga doblada por el tiempo de servicio, lo que apaciguó a algunos y despartió el ruido de muchos. Y esto dicho los despedí para que pudieran salir a la ciudad y juntarse con la gente y haber mujeres que más los apaciguarían, y di licencia a todos menos a cinco que habrían de quedar a la guarda del hato y el fardaje y de las mujeres en tanto que los otros tornaban. Y con esto Manolito de Valladolid repartió las pagas y ellos fuéronse enhorabuena a gastárselas. Y yo convoqué consejo en un aposento aparte donde no fuéramos oídos de nadie y comuniqué con fray Jordi y Andrés de Premiό

y Manolito sobre la traza que habría de darse a la empresa. Y todos fuimos del parecer que los ballesteros podrían alborotarse cuando supieran que habían de atravesar el arenal y meterse por tierra de los negros donde nunca un cristiano entró y dicen que hay demonios y espantables monstruos y muy fieras serpientes, a lo que todos fuimos de un parecer que, para remediar estos miedos, habríamos de correr la hablilla de que allí donde íbamos sobraba el oro y las piedras y gemas en gran abundancia, lo que sabíamos por cierto ser verdad, con lo que la natural codicia de la gente baja quedaría contenta y les ayudaría a sobrellevar los trabajos y pesadumbres que vinieren.

Y aquel día, antes que fuera llegada la hora del yantar, vino el Canciller del Rey con mucho y lucido acompañamiento de guardias y espesa escolta que quedaron todos fuera y él se encerró conmigo en un aposento de la Mamunia y allá platicamos y me dijo que pues en dos meses no podríamos salir a tierra de negros me mandaba decir el Miramamolín que mientras tanto quería alquilar a los ballesteros que conmigo traía para que sirvieran con él y que él les pagaría sueldo doblado y a mí una parte no chica y a todos nos haría grandes dádivas y mercedes y me daría buena casa en la que vivir la espera. A lo que yo no dije ni sí ni no, sino que habría de meditarlo y él me dijo que mandaría por la respuesta a la tarde. Y no bien se hubo tornado a sus cosas cuando vino a verme otro moro principal de los que estaban a la mañana con el Miramamolín, y me dijo que se llamaba Abulcasima y que sabía lo que había platicado con el Canciller del Rey pero que él me ofrecía el doble de paga y más recompensas y mercedes que el otro si puesto en batalla contra los enemigos del Miramamolín, que de allí a quince días y aún antes habrían de venir contra la ciudad, cuando ya fuera trabado el combate abandonaba al Miramamolín y me volvía contra su gente y le daba mi auxilio a su enemigo, el que llamaban *el Bermejo*. Estos tratos

traidores y estas felonías conocí ser cosa corriente entre los moros que, como digo, son de ese natural y antes que sellan una alianza ya la tienen rota y muy ligeramente se traicionan unos a otros y pasan del extremado amor al odio desmedido. Mas yo, por no parecer incauto, no dije ni sí ni no, sino que habría de pensarlo y Abulcasima se retiró y dijo que a la tarde mandaría un paje a saber la respuesta y el dicho paje habría de traer por señal una dobla castellana de oro. Y con esto se marchó.

Quedé yo muy confundido y torné a convocar consejo para determinar lo que cumplía hacer y después de grave discusión acordamos que no diríamos ni sí ni no al Canciller ni a Abulcasima hasta que no fuésemos más sabedores de cómo estaban los negocios de los moros y de lo que más cumplía a nuestro beneficio y menos a nuestro daño. Y como hubiéramos visto algunos cristianos genoveses o venecianos en la corte del Miramamolín y pensáramos que serían cónsules de los mercaderes en la ciudad, determinamos de buscarlos y preguntarles por los asuntos de los moros, que seguramente ellos nos podrían dar buena razón dellos y sacarnos de las oscuras en que estábamos, pues, aunque mercaderes, serían cristianos y temerosos de Dios. Y también determinamos de buscar guías aunque fuera a espaldas del Miramamolín y buenos pisteros y hombres conocedores de los caminos del arenal y desierto por si fuera cumplidero al servicio del Rey nuestro señor que saliésemos presto sin aguardar caravana. Y Andrés de Premió barruntaba que la espera de dos meses que los moros decían podía ser embuste para tenernos por ese tiempo a su servicio si estaban en necesidad de buenos ballesteros para sus contiendas, como así lo parecía.

Y con esto quedamos muy inquietos y poco contentos de cómo se iban aparejando las cosas, mas no veíamos mejor remedio que poner. Y como faltaban todavía algunas horas para la tarde acordamos que saldríamos fray Jordi, Paliques y yo a recoger fablas por la ciudad y a

poner oído en las cosas cumplideras a nuestro interés. Y salimos y Andrés de Premió quedó otra vez al cargo de la casa mas muy sin enojo, por cerca estar de Inesilla, a lo que barrunté, y mandó luego atrancar la puerta por dentro y dijo a los guardas de la azotea que tuvieran los ojos bien abiertos. Y las mujeres, con todo esto y saber que iban a tierras de negros, quedaron muy afligidas y no hacían más que rezar en su aposento sin osar asomarse al patio.

Salimos los otros con nuestros estoques y broqueles y capas pero a pie, como si solamente fuésemos por ver y visitar la ciudad, y en llegando a la antedicha plaza de la Jemaa el Fna notamos cómo éramos seguidos por algunos moros de ruin aspecto, de lo que temimos que fueran espías del Miramamolín o de cualquiera de los moros notables que andaban pretendiéndonos la ballestería. Mas disimulamos con grande disimulación y seguimos adelante y metímonos por el zoco y mercado siempre con los espías detrás, y había en aquellas callecillas estrechas y oscuras y no bien olientes gran copia de gente, moros los unos y negros o retintos los otros, y de éstos mayormente esclavos de moros principales que iban detrás de sus amos y mayordomos con grandes cestas a comprar comida o por guarda y compañía. Y no se veían mujeres fuera de las viejas que allí vendían sus mercaderías. Y en esto se conocía ser los moros gente de natural celoso y guardador del mujerío, como tan grandes desconfiados que son en todos sus otros asuntos. Y cavilé yo que si también las moras muestran ser tan grandes traidoras como los moros son, el gran recaudo en que sus esposos las tenían sería causa de la mucha cornamenta que ellas solían ponerles, mas no quise comunicar estos pensamientos a los que conmigo iban por temor a decir simpleza y que me tomasen por persona de poco seso y razón, como ya temía que me reputasen al haberme elegido el Rey nuestro señor para tan dificultoso negocio. Y así pasamos adelante viendo paños y tazas y espadillas y

ajedreces y las otras mil cosas menudas y pacotillas que los moros vendían y compraban en el zoco, hasta que llegamos a una placilla ruin donde estaban los especieros y donde olía no sabría yo decir si bien o mal de la mucha mezcolanza de humos, sabores, ungüentos y yerbas y pebeteros que allí junta estaba, y fue tal que fray Jordi se arrimó a un tenderete y se puso a discutir en arábigo con el moro que vendía y ya le preguntaba por el menjuí, ya por el ámbar, ya por la algadía o por los mosquetes, o a cuánto estaba el solimán, y como se hacía aquel afeite cocido y para qué servían aquellas cortezas y dónde se criaba el espantalobos y qué clase de lagarto era aquel cuya cola vendían y el precio de las aguas de azahar, del jazmín y de la madreselva, y el uso de las raíces de manzanilla y romero, y de la flor de saúco y de la alheña. Y estando en ésta, vivamente departiendo con el moro, acertó a pasar por la placilla un genovés de los que viéramos en el alcázar del Miramamolín por la mañana y antes que yo diera seña de querer hablarle, vino él a nosotros y muy cortésmente nos saludó y nos convidó a su casa donde su mujer y sus hermanos tendrían gran placer en conocer a cristianos venidos de ultramar. Y nosotros, con la codicia de saber los asuntos del Miramamolín, que, siendo el que nos convidaba mercader en aquella tierra, forzosamente habría de saberlos, lo acompañamos de muy buen talante y, saliendo con él del zoco, fuimos luego a su casa que estaba no lejos del alcázar del Rey de Marruecos, en una calle donde, según luego nos dijo, vivían todos los mercaderes y cónsules francos y genoveses y venecianos que tenían franquicia y permiso del Miramamolín. Y luego que entramos en la casa mandó criados para que avisaran a algunos otros de su nación, que, como vivían vecinos, pronto comparecieron y, en retirándonos a un aposento reservado, el que parecía de entre los venidos persona de más respeto y mayor, se puso en pie y dijo: «Porque sois cristianos y porque hemos recibido carta de nuestro buen amigo y

pariente Francesco Foscari, hemos hecho voto y propósito de ayudaros en lo que en nuestra mano esté, así que podéis confiar plenamente en nosotros y habéis de saber que el Miramamolín no tiene pensamiento de dejaros marchar antes que le sirváis en la batalla que muy pronto habrá de reñir con la gente de Abdamolica. Y que si no fuera por eso bien podría daros guías y pisteros para que cruzaseis el desierto mañana mismo, mas aquí los ballesteros cristianos se tienen en mucha estima en las cosas de la milicia y el Miramamolín cuenta con que pelearéis con su gente. En lo de pagaros bien dice verdad y muy bien lo podrá cumplir, que aún tiene entero todo el oro que trajo la caravana del Sudán va ya para seis meses, porque no ha querido comprar trigo hasta verse más seguro en la silla, lo que bien podemos certificar los que comerciamos con grano. Esto es lo que hay y vosotros debéis decidir». Entonces hablé yo y dije: «Si nos negamos a combatir con la gente del Miramamolín, ¿qué daño puede venirnos?». A lo que el genovés quedóse una pieza pensando como el que considera un grave asunto, y luego dijo: «Eso nadie puede saberlo porque habéis venido con carta del Rey de Castilla y eso puede refrenarlo de ir contra vosotros por temor a que el Rey haga alianza con Abdamolica para tomar venganza». Y estando en estas razones entró un criado a avisar que a la puerta de la casa había un nuncio del Canciller del Miramamolín, el cual nuncio traía recado para Aldo Manucio, que así se llamaba el genovés que había hablado, y él salió y quedamos los otros haciendo conjeturas sobre lo que habría de ocurrir y lo que yo saqué en limpio es que las opiniones estaban divididas y nadie sabía si finalmente habría de prevalecer el Miramamolín o su enemigo Abdamolica, pero los mercaderes y cónsules estaban tranquilos y descuidados porque otras veces habían pasado por estas alteraciones y mudanzas y siempre había resultado que el vencedor no se metía con los mercaderes cristianos y a lo sumo les imponía una multa si sabía de

cierto que habían estado ayudando a su enemigo. Y esto acaecía por una parte porque los moros no pueden pasar sin este comercio que es muy útil a su república y por otra parte porque están temerosos de la enemistad de Génova y de Venecia, tan poderosas son estas repúblicas por mar, y prefieren estar siempre amistados y en buenos términos con su gente.

Se hacía tarde y yo me excusé y regresamos a nuestra posada de la Mamunia donde aquella misma tarde había de venir Abulcasima por la respuesta de su mandado. Y en llegando encontramos a los ballesteros alborotados. Y estaban sentados en medio del patio y discutían muy vivamente sobre lo que habrían de hacer y, en viéndome entrar, vinieron a nosotros tres de ellos que traían la voz de los demás y nos dijeron cómo estaban quejosos por no haber sabido hasta ahora que habrían de cruzar el desierto de arena, pero que, siendo ellos gente bien mandada y fieles vasallos del Rey nuestro señor, habían determinado obedecerme en todo. Lo que me sorprendió un poco hasta que Sebastián de Torres, que era uno de los criados del Condestable que venía de Jaén, pudo llegarme habla, por medio de Inesilla, de que Pedro Martínez, *el Rajado*, los había soliviantado para que en llegando a la tierra de los negros lo alzasen a él por su jefe y se dieran al logro del oro, que allí es fácil, no mirando el interés del Rey, con lo que tornarían ricos y honrados a alguna tierra de cristianos aunque nunca más pudieran entrar en Castilla y les pregonaran las cabezas por traición. Y para esto habían trazado llegar al mar y pagar el viaje de tornada en una nao portuguesa. Mas todo esto había de saberlo yo a la noche. Viéndolos tan bien dispuestos les comuniqué el negocio que nos requería el Miramamolín de los moros, sin mencionar la traición de su consejero, para que no se cundiera el secreto, y cuando ellos vieron que tenían la ganancia fácil tornaron a porfiar entre ellos haciendo sus juntas sobre el asunto, pero al final dieron muestras del poco seso y la mucha codicia que tenían cuando me dijeron que antes querían combatir

que estarse allí parados criando panzas, porque ya que tan lejos estábamos de Castilla antes querían ganancia que holganza, pero que al final harían lo que yo mandase. Y yo los despedí y me junté en consejo con los míos y con Andrés de Premiό y hube parla de Manolito de Valladolid, que venía de mayordomo real al cuidado de los dineros y soldados, y Manolito dijo que las pagas que traíamos venían muy menguadas y que se acabarían a las dos semanas y luego no habría con qué pagar a la ballestería ni aún de qué comer. Esto visto fuimos de un acuerdo de que, si había que aguardar dos meses a la caravana, más nos cumplía dejar que los hombres se alquilaran para guardas del Miramamolín, mas no consintiendo que se hiciera la traición que Abulcasima proponía, puesto que habíamos traído carta de nuestro Rey y señor al Miramamolín y no a su enemigo, y esto valía por decir en qué bando habrían de estar nuestras lealtades. Y los presentes no entraríamos en el trato militar fuera de Andrés de Premiό, que pensaba que su obligación era estar con sus ballesteros y dirigirlos en la pelea como buen capitán, y a todos nos pareció razón discreta y nadie quiso estorbárselos. Y esto que habíamos acordado se lo dijimos a los otros, de lo que hubieron gran placer y contento, mas no mencionamos que lo hacíamos porque las soldadas andaban escasas.

Y estas cosas asentadas pasó una bandada de pájaros grandes, negros, de la parte del Poniente, como buscando la mar, lo que tuvimos por un buen agüero y nos afincó más en nuestra postura. Y en viniendo el nuncio del Miramamolín le hicimos saber lo acordado y al otro de Abulcasima le dijimos que no haríamos traición. Y él dijo que lo de la traición había sido para probar nuestras lealtades, de lo que quedamos muy espantados y no sabíamos si decía verdad o si, vista nuestra firmeza de corazón, quería ahora ocultar su yerro y felonía. Mas nosotros determinamos no comunicar nada a nadie y guardar secreto como discretos a los que no iba

ni venía nada en aquellas banderías y rencillas de los moros, y el nuncio se retiró con la dobla de oro castellana que era su credencial muy fuertemente apretada en la mano.

Y antes que fuera la noche vinieron hasta diez camellos con sus serones largos cargados de pan y de carne de carnero fresca y de viandas para la tropa y de todas las cosas que para la despensa habíamos menester muy cumplida y abundantamente proveídas. Y aquellos presentes nos los enviaba el Miramamolín, tan complacido quedaba por nuestra buena disposición y respuesta y yo mandé que se repartiera mucho a la gente y todos fueron contentos y satisfechos a su voluntad sino que lamentaban tener que pasar aquella abundancia y buen año sin vino ni aguardiente.

OCHO

DE ALLÍ A CUATRO DIAS partió Andrés de Premiό con la ballestería y fueron a posar fuera de Marraqués a un lugar que llaman Cuarzazate en la lengua arábiga y que dista media legua de la ciudad y era donde estaban las tropas del Miramamolín comúnmente asentadas en sus reales. Y a la tarde vino Andrés de Premiό a decirnos cómo todos quedaban acomodados y contentos, que la comida era mucha y buena y, si no fuera por la mengua de vino que allí se padecía, muchos determinarían quedarse en tal lugar para siempre según de regalados quedaban. Y dijo Andrés que en el tal Cuarzazate había obra de cinco o seis mil soldados y que había entre ellos muchos que no eran moros sino mayormente negros, retintos esclavos y algunos cristianos francos y genoveses y el furriel que a todos administraba era un catalán. De lo que hubimos mucho placer. Y que allí quedaban los hombres ejercitando tiro de ballesta en los terrenos con gran concurrencia de los moros, que no tienen buenos ballesteros y se admiran mucho del tino de los que lo son.

Y nosotros, como quedamos solos en la Mamunia que era harto grande para tan poca gente y mala de vigilar y guardar por sólo cinco criados que habían quedado, determinamos de mudarnos a mejor lugar y alquilamos dos casillas que eran de Sebastiano Mataccini, el genovés, y que estaban a la espalda del corral de la suya y él las había comprado y las tenía horras y vacías por no tener vecindad de moros que, según dijo, a las fiestas son muy ruidosos y él, como mercader, tenía el sueño muy difícil. Y en mudándonos a estas casillas, luego vinieron los criados de Aldo Manucio y de otros mercaderes de su nación, que nos habían cobrado aprecio, y nos trajeron sillas y sartenes y orzas y tarimas y camas con lo que quedaron nuestras posadas muy bien aderezadas y otra vez me holgué de que mi señora doña Josefina pudiera dormir en gentil cama

bien emparamentada.

Con esto quedamos muy servidos de estar tan aposentados y cerca de cristianos y ellos igualmente contentos de tener quien mirara por las casas. Y al otro día, domingo, cuando ya el alba se muestra, nos levantamos y bañamos y emperejilamos y vestimos y fuimos a la casa de Aldo Manucio y todos los otros genoveses también estaban allí concertados y fray Jordi dijo misa en el patio que oímos devotamente y comulgamos todos y quedamos muy consolados y luego, servidas y abastadas las mesas, trajeron bandejas con mucha copia de viandas y unos cubiletes de vino del que hicimos gran fiesta por lo escaso que en tierra de moros es, y, pasado el comer y alzadas las mesas, entraron músicos de los que allí se alquilan y tocaron chirimías y bailamos los unos los bailes de Génova y los otros los de Castilla, con gran esparcimiento y mutuo contento. Y para esta ocasión vestí yo el jubón de terciopelo morado y la ropa corta de velludo negro y sombrero negro a la cabeza y doña Josefina iba vestida con su brial de rico brocado verde y en somo de otra ropa de damasco negro, tan graciosa y desenvuelta que su mirar era a todos los mirantes muy apacible.

Y venida la oscuridad de la noche, estando yo dormido en mi cuarto sobre una frazada y capa militar, que la noche era calurosa y olía el aire a los jazmines del patio, me chistaron por la ventana que abierta tenía y yo me asomé y vi que era la embozada Inesilla que venía a visitarme y yo pensé que por mengua y ausencia de Andrés de Premió, que estaba lejos, acudía otra vez a mí después de tanto tiempo sin ocasión de juntarnos, y mi primer pensamiento ceñudo fue de despedirla luego diciéndole que yo no quería ser plato de segunda mesa, pero luego lo pensé mejor, que es gran pecado ser tan orgulloso y es mejor dormir en buena compañía que no solo, así que descorrí el cerrojo de la puerta y ella entró muy tapada como las otras veces, y sin querer hablarme ni que yo le hablara, y se

desnudó hasta quedar en cueros con aquella belleza suave que yo veía con los ojos de mis dedos, como nunca en tanta hermosura mujer alguna viera, y se vino conmigo al lecho y nos abrazamos e hicimos lo que hombre con mujer muy reciamente y con mucho donaire y en acabando de hacerlo ella se quedó dormida con la cabeza metida por el hueco de mi cuello y yo velaba sintiendo su corazón y pensando en mi señora doña Josefina y entonces salió la luna grande y redonda y blanca y se asomó a la ventana dándonos luz como plata y yo miré para Inesilla y vi que no era ella a quien tenía en mis brazos sino a mi señora doña Josefina, de lo que primero me sentí el hombre más afortunado del mundo y de cuantos sobre la tierra andan o han andado, mas luego lo pensé mejor y hube gran pesar y espanto viendo que ya no era virgen mi amada y no sabía cómo habíamos de cazar al unicornio. Con cuya cuita y preocupación ya no pude dormir y pasé la noche gentilmente velando su sueño y sintiéndome a ratos dichoso y a ratos desdichado y respirando el perfume suave que echaba por sus narices al respirar y dándole a veces quedos besos por los desnudos hombros y por el pecho y la garganta. Y a ella le salía un roncor como de gatita satisfecha. Y en clareando la mañana un poco, luego se despertó y quiso taparse la cara mas ya era tarde y le dije: «Doña Josefina metida en mi alma, ángel de luz que se le ha dado a mi corazón», y ella rompió a llorar como niña y vertió muchas y muy tiernas lágrimas y me confesó que se había enamorado de mí desde que nos viéramos la primera vez en Toledo y que había obligado a Inesilla a prestarle sus tocas y sayas para las visitas que me hacía. Y yo le confesé que también ella era mi dueña y señora y las otras cosas que suelen decirse los coamantes en estos dulces aprietos y llorando muy vivamente de nuestros ojos juntas las lágrimas tornamos a abrazarnos e hicimos nuevamente lo que hombre con mujer dos veces más y luego nos despedimos con muy tiernas razones. Y en saliendo ella, como ya amanecía el día y clareaba la

mañana, yo me levanté luego y encontré que tenía las rodillas flojas. Y fui al cuarto paredaño donde fray Jordi y su lego habían tendido sus camastros, y ya despertaban y tomé a fray Jordi aparte y le comuniqué lo que ocurrido había y cómo ya no teníamos virgen para la procura del unicornio a lo que él no me pareció tan sorprendido y contrariado como yo pensara que se iba a mostrar y me dijo que ya había barruntado amor entre doña Josefina y yo, mas que ahora no cumplía ponerse a llorar sobre los tiestos rotos sino que lo que habíamos de hacer era buscar otra virgen más certificada que sirviera a nuestro propósito.

Y a otro día discretamente tratamos el negocio con Manolito de Valladolid, el cual ya había amistado con los alcahuetes de la ciudad, y él marchó a tener parla con ellos con oferta de pagar una crecida suma que, por cierto, no sabíamos de dónde la íbamos a sacar, por una virgen que no fuera de las remendadas que ellos de ordinario ofrecen al forastero incauto. Y los alcahuetes hicieron sus pesquisas pero la virgen no se halló, que siendo el moro gente de tan groseras costumbres y tan vicioso del loco amor, tanto el que es mozo sin edad como el que es viejo fuera de edad, todos se dan a amar a las mujeres locamente y luego compran los virgos de las doncellas pobres y antes de que esté madura la fruta luego le hincan el diente y antes que les despunten las tetas ya las tienen desvirgadas. Y como no era el caso cruzar el desierto con una niña de siete años, que fue lo único seguro que se pudo hallar, determinamos de buscar virgen en la tierra de los negros que fray Jordi, después de larga y profunda meditación, pensó que igual serviría que fuese negra o retinta que blanca, cuanto más que lavándola y acicalándola un poco, una negra puede parecer, si no se mira mucho, tan cumplida para el caso como una blanca. Con lo que quedamos si no contentos al menos muy conformados y pacientes y ya contábamos las horas que faltaban para cruzar el desierto por deseo de bien servir al Rey nuestro señor. Y determinamos que, pues

ya no hacía al caso llevar por el arenal a doña Josefina y a sus criadas, que ellas se quedarían en Marraqués bajo la autoridad de la mujer de Micer Aldo Manucio, hasta nuestra vuelta. Y Aldo Manucio había hecho amistad grande con fray Jordi pues, aunque mercader, era hombre muy cristiano y devoto y fray Jordi cada día iba a su casa a decir misa y a comer luego golosinas con vino de Chipre y Aldo Manucio aceptó complacido lo de custodiar y albergar a las mujeres hasta nuestra vuelta y la tuvo por muy discreta determinación. Con lo que todos quedamos muy aliviados y contentos sino Inesilla que muy encarecidamente pidió licencia para acompañarnos por no apartarse de Andrés de Premió y yo, por tenerlo más obligado y esforzarlo más, se la di a pesar de que mi sentimiento era que una mujer no vendría más que a traernos cuitas y quebraderos de cabeza como a la postre así fue. Y Manolito de Valladolid amistó con un moro de nombre Alsalén el cual era muy gentil caballero mancebo, hijo de moro principal y también de su edad y porte, y se pasaban el día juntos habiendo en la mutua compañía mucho placer y ni a comer comparecía por la casa el Manolito y decía que como no había mejor cosa que hacer sino esperar, él estaba procurando instruirse en la lengua y costumbres de los moros para hacerse luego más servidero al Rey nuestro señor, que pensaba sentar plaza de truchimán cuando tornáramos a Castilla. A lo que yo no decía nada pero fray Jordi refunfuñaba una pieza y bajaba la cabeza y alguna vez lo sentí murmurar algo sobre no sé qué pecado nefando. Y Paliques había amistado con un maestro de gramática moro que parlaba algo de castellano porque era natural de un pueblo cercano a Granada que dicen Illora, donde su padre tuvo cautivos cristianos que le enseñaron nuestra parla. Y en habiendo amistado con Paliques le dejaba un esclavo retinto que tenía para que se instruyese en la lengua de los negros con lo que Paliques iba muy adelantado pues ya queda dicho que tenía el seso más que despierto para

aquellas algarabías. Sólo que andaba muy advertido de que los negros están muy divididos en castas y parroquias y pueblos y provincias y en cada sitio hablan una parla distinta y muchas veces no se entienden entre ellos siendo de una misma negritud y tinta, lo que no es extraño si bien se piensa pues lo mismo acaece acá entre cristianos donde un catalán es mal entendido en Castilla y un castellano es mal entendido en Valencia y un vascongado es mal entendido en todas partes.

Pasaron días en esta espera y holganza, que nosotros pasamos jugando a las cañas y danzando y festejando y habiendo otros muchos placeres así honestos como de los otros. Y llegó la Virgen de Agosto que es la Asunción de Nuestra Señora y micer Aldo Manucio dio fiesta para los cristianos en su corral donde acudimos todos muy lucidamente vestidos de nuestras mejores galas y hubo mesa y mantel y músicas moriscas y cristianas a los postres y grandes estrenas y mercedes y limosnas. Y ya abiertamente tomé asiento al lado de doña Josefina y todos vieron que éramos juntos en uno, que ya de antes lo barruntaban muchos, y hubo hablillas y sonrisas y parabienes que nos pusieron colorados, y chanzas y cancioncillas. Y yo hube placer de que escaseara el vino y no pasaran a mayores las burlas, con lo que todos fueron contentos y satisfechos a su voluntad.

Y de allí a siete días vino contra la ciudad aquel moro Abdamolica *el Bermejo* corriendo la tierra con gran copia de gente así de a pie como de a caballo. Y se cerraron las puertas del muro y se tapiaron algunas por dentro para mayor prevención. Y en saliendo los del Miramamolín por sus batallas vinieron a encontrarse en un llano que allí cerca se forma donde hay unos pozos. Y la gente de la ciudad se fue a las almenas y torres y desde los adarves de la parte de Poniente se veían los polvos de la pelea levantándose muy a lo lejos. Y a poco llegaron nuncios con las nuevas de que Abdamolica era desbaratado y vencido. Y luego vinieron

otros y fuimos sabiendo que una parte de su gente se había pasado al otro bando porque estaba comprada. Y ya me hizo notar Sebastiano Mataccini, desde cuya azotea asistía yo al encuentro sin ver nada más que una nube de polvo en la raya del cielo, que los moros son así de alevosos y que un Rey de ellos nunca tiene seguridad, cuando va a batalla, si la mitad o más de los hombres que lleva no se pasarán al enemigo o volverán sus armas contra él procurando matarlo allí mismo. Y por esto pagan tan buenas soldadas a los cristianos que quieren servirlos, que se fían más de ellos que de los de su fe y nación. Con lo que quedé yo muy espantado y no poco advertido.

Y fue el caso que se vino encima de nosotros la oscuridad de la noche y nos retrajimos a dormir, pero la ciudad toda estaba encandilada como en fiesta grande y nadie cuidaba de descansar y de continuo pasaban por la calle músicas y danzas y cantos y alborotos y habían por todas partes griterío y luces con que los moros celebraban la victoria de Miramamolín igual que hubieran celebrado su derrota y la victoria de su enemigo Abdamolica. Y yo no pude pegar ojo del estruendo que de continuo hacían y me pasé la noche deseando que doña Josefina viniese a mí, pero esa noche no vino, que andaba consolando los miedos de sus criadas y rezando nueve rosarios a las Ánimas Benditas y a San Antonio y a Santiago como si la guerra estuviese en puertas. Y no había manera de dar ánimos a Inesilla, que no sabía qué habría sido de Andrés de Premió, y como desde la tarde no cesaban de pasar por la calle carros cargados de cabezas de los muertos, Inesilla, que aquello sentía, arreciaba el llanto y no tenía consuelo pensando que todos habían perecido en la pelea.

Y con las dichas cabezas cortadas, los moros alzaron un montón como pirámide de Egipto en medio de la plaza de Jemaa el Fna, y entonces vine a entender por qué en lengua morisca viene a decir «plaza de la asamblea de la muerte»; y allí se congregó gran muchedumbre de moros y de

moscas y toda la ciudad fue a ver las cabezas y algunos tomaban una del montón y le daban de patadas y luego llegaban guardias que se las quitaban y las devolvían a la pila con las otras. Y cuando nosotros fuimos a verlas, otro día cerca del mediodía se había despejado algo la plaza y había unos criados del Miramamolín quemando palos de olor para aligerar la peste de la sangre podrida que ofendía grandemente a las narices. Y allí estuvieron las cabezas por espacio de tres días, hasta que la pestilencia de la carne muerta fue tanta que obligó a llevárselas lejos de la ciudad y enterrarlas en un estercolero.

Y a la tarde del otro día de la batalla vino Andrés de Premiό con nuevas de cómo nuestros ballesteros habían peleado como buenos y habían cumplido mejor que los otros y quedaban muy recompensados y ricos de los regalos del Miramamolín y de la parte que del botín cobrado les tocaba, y algunos dellos mandaban ciertos presentes de perlas y oro para mí y para fray Jordi y para doña Josefina y los otros. Y que la única desgracia que teníamos era que Federico Esteban, el físico de las llagas, no parecía cuando más falta hacía que uno de los nuestros, Felipe de Oña, burgalés, había recibido un pasador por la cadera del que quedaba muy mal herido, a lo que fray Jordi se hizo aparejar una mula y tomó su arquilla de los ungüentos y fue con escolta de dos ballesteros al sitio donde posaban las tropas, por curar y socorrer al herido.

Y al otro día de aquello empezaron a llegar muchos de los que habían peleado, que concurrían al alarde delante de los muros de Marraqués y todos traían grandes sartas de orejas de hombre metidas en alambres, colgando de la cintura, y todas las orejas eran derechas, que las izquierdas no valían, y los pagadores del Miramamolín armaron sus mesas en la puerta que dicen de Badoucala, a la parte de fuera, donde daba la sombra de las palmeras, e iban contando las orejas que cada uno traía y las iban echando en canastas y a cada uno pagaban una pieza chica

de plata por cada oreja y luego las canastas se vaciaban en la lumbré y fuera sin cuento el número de las orejas quemadas, que no parecía sino que en todos los braserillos de la ciudad se estaba asando carne en día señalado, tal era el olor que se despedía y levantaba de aquellas carroñas. Con lo cual, los que habían peleado quedaron muy pagados y contentos y algunos dellos ricos. Y muchos de nuestros ballesteros vinieron a donde nosotros estábamos por hacer cortesía y nos mostraban sus sartas de orejas, contentos como niño con vejiga, y el que más tenía más las jaleaba, sino aquel Pedro Martínez, el jabeque, que teniendo muchas hablaba poco y estaba como triste.

Acabóse el alarde y, la tarde pasada, vino la noche y todos los moros andaban contentos y bulliciosos como los otros días y nosotros nos recluimos temprano por no andar mezclados con aquella chusma, cual era la costumbre de los cristianos de allá por excusar ocasión a desórdenes y escarmientos.

Al otro día, que fue viernes, vino otra vez a visitarme aquel Infarafi que nos traía los tratos con el Miramamolín y me trajo algunos presentes y otros para doña Josefina y fray Jordi y dijo que ya había llegado por fin la hora de salir la caravana a tierra de negros y que dispusiera a los míos para partir de allí a dos viernes, con la luna llena, como es costumbre, y me dijo que habíamos de proveernos de camellos y de pellejos de agua, que son unos pellejos de cabra cosidos que los moros llaman guerba, y de mantas y las otras cosas que son menester para cruzar el arenal. Y luego supe, por micer Aldo Manucio, cómo el Miramamolín había gastado en pagas y sobornos y premios todo su oro y su plata y tenía vacías las arcas y estaba en gran necesidad de más metales pues sus espías en la parte del Septentrión le traían hablas ciertas de cómo Abdamolica *el Bermejo* estaba juntando otro nuevo ejército más fuerte que el descabezado para venir a arrebatarse la ciudad y el mando. Y que en estas apreturas no

podía hacer sino mandar por más oro y que ya había partido el recado y mensajería a los pueblos de alrededor que vinieran camelleros y camellos y que contaba con que mis ballesteros fueran de escolta de la dicha caravana con que en un mismo trato cumpliría con el Rey de Castilla y llevaría escolta de balde. Y aun, si nos dábamos maña en cazar pronto al unicornio que buscábamos, podríamos alcanzar a regresar con la misma caravana en un término de seis meses. Y con esto quedé yo muy avisado y en volviendo fray Jordi de sus caridades, tuve junta con los otros por informarlos y ver qué acordábamos hacer con los caballos y mulos, que no los podíamos llevar por no ser bestias que aguanten las fatigas del arenal. Y lo que acordamos fue que los hombres los vendieran por comprar camellos, que nos serían de más menester. Mas yo estaba tan amistado con mi *Alonsillo* que no lo quise vender sino que se lo dejé a Aldo Manucio en sus cuadras, que muy amablemente me las ofreció por pupilaje del trotón, donde no le había de faltar paja ni cebada, hasta que volviéramos de la tierra de los negros. Y yo quedé con esto muy bien servido y obligado así como de la protección que en el tiempo de nuestra ausencia daría a doña Josefina y a las otras mujeres, fuera de Inesilla que vendría con Andrés de Premió, como queda dicho.

Y desta manera pasamos adelante con los preparativos y un buen día se me descolgó Manolito de Valladolid con el aviso de que él no iría a tierra de negros pues que ahora estaban tan ricos los ballesteros que no había menester de pagador ni había dineros con qué pagarles lo del Rey de Castilla y que, no siendo él hombre de armas ni de arrestos, antes sería un estorbo que una ayuda. Razones todas muy concertadas y discretas que me reprimieron de mi primer pensamiento que fue amarrarlo como a morcilla y llevarlo por la fuerza. Bien conocía yo que lo que Manolito quería era quedarse con aquel moro Alsalén, del que se había hecho uña y carne, y andaban juntos todo el día envueltos en un sahumero de perfume

que dellos como de fuente manaba y tomados de la mano o con el brazo de uno por el hombro del otro, dándose compañía hasta por el zoco y sin vedarse de la vista de nadie. La cual desvergüenza he de advertir que en tierra de moros no está mal vista. Diré también que Manolito fue siempre vestido a la moruna desde que pisamos el África, lo mismo que el moro Alsalén y con sus propias ropas a lo que parece, lo cual fuera escándalo de no haberme advertido fray Jordi que también nuestro Rey solía vestir a la moruna cuando andaba en tales intimidades, de lo que me espanté y hube gran sorpresa.

Y como los tiempos, día ante día, traen las cosas deseadas a su debido efecto y término, viernes 21 de octubre llegado, que fue el día en que había de partir la caravana, ya estaba todo dispuesto, vendidos los caballos y ejercitados los ballesteros en cabalgar camellos lo que es mucho más dificultoso de lo que a primera vista parece. Es el camello animal más arisco y menos sesudo que el caballo y hásele de tratar más reciamente para que obedezca y sea bien mandado y aun así hay siempre que guardarse de ellos y no fiarse pues dan mordiscos asaz dolorosos amén de coces y pisadas muy fieras y nunca se puede estar a salvo de ellos ni amistarlos como sucede con caballos y, por decirlo de otra manera, el caballo es animal a lo cristiano, noble y confiado y batallador, mientras que el camello lo es a lo moruno, traidor y de poco confiar. Con todo, los camellos que compramos fueron de los que llaman «mejari» que tienen las patas más largas que los otros y son más sufridos y más andariegos y cada hombre mercó el suyo mirando que fuera robusto con la codicia de que a la vuelta vendrían muy ricos y cargados con todo el oro de los negros y tendrían buena falta de cabalgadura.

Y antes de que de allí partiésemos hice pregonar si de nosotros había alguna queja por pagar luego si alguna se hallara, y vino a mi posada una mujer de la vida con queja de que Pedro Martínez, el de la cara rajada, la

había usado y maltratado sin pagar de lo convenido. A lo que le hice venir y que le diera ciertas preseas a la mujer de lo que ella se fue muy contenta y él quedó diciendo algunas palabras de enojo y amenaza. Con esto llegó el día y partimos todos contentos si no yo que llevaba como congoja en el pecho de dejar atrás a doña Josefina, aunque me iba muy consolado de dejarla tan servida y regalada y al cuidado de la discreta mujer de Aldo Manucio.

NUEVE

Y LLEGÓ EL DÍA DE LA PARTIDA y salió el Miramamolín a despedir la caravana como era costumbre. Y salieron con él todos los de su consejo y los hombres altos de la ciudad. Y todos ellos se pusieron subidos a una torre grande que le dicen la Blanca y la dicha torre está cerca de la puerta Baberrima, que es la que da espaldas al alcázar, y allí hicimos alarde delante con gran tamborada, y fue saliendo la caravana en muy buena ordenanza con el pueblo dando grandes alaridos por los adarves y almenas, en tan gran cantidad que no parecía sino que gran parte del universo allí era juntado. Y era cosa de ver que iríamos como dos mil personas y cinco o seis mil camellos, todos cargados con serones de sal y de paños y de otras mercaderías y de muchas baratijas de cristal y de espejillos y de madejas de hilo de cobre. Y de las personas las más iban andando, tirando de los cabestros de los camellos. Y mandaba la caravana un alcaide que se llamaba Mojamé Ifrane, hombre muy ducho en las cosas del desierto, en cuya compañía íbamos muy bien guiados.

Aún gastamos dos semanas en alcanzar la puerta del desierto, que es el lugar que llaman Uladris, y, mientras tanto, fuimos bajando por un palmeral largo con regatillos de agua y huertecillas al que los moros llaman el Dra, donde acampábamos en muy cumplidos corrales que allí estaban hechos de otras veces, una jornada de distancia el uno del otro, y en medio de aquellos corrales se soltaban los fardajes y carga de los camellos y luego los camelleros les daban careo a las bestias, que pacieran y bebieran a placer, de lo que venía el dicho de estar francos como el camello del Tamerlán que sin pena podía pacer donde quisiese. Y esto era porque había que engordarlos un poco antes de entrar en los arenales y por este motivo se iban haciendo las jornadas tan cortas y ociosas.

Y en el sitio que llaman de Garzatate se descubrió que un camellero le había robado a otro un paño chico y ciertos dineros y Mojamé Ifrane, el mentado alcaide de la caravana, los hizo comparecer ante él aquella tarde a la acampada, todo el mundo presente con mucho silencio si no la berrea de los camellos, y los estuvo escuchando (quiero decir al quejoso y al demandado, no a los camellos) y luego hizo venir al verdugo y le mandó que cortara las manos al que había robado y el verdugo se las cortó y le remendó los brazos que no se desangrara y las manos las ataron a un palo largo y las pasearon por todo el corral y campamento pregonando la justicia hecha, y al que había quedado manco lo dejamos atrás, que ya no servía para caravanero. El dicho Mojamé, que tan fieras justicias hacía, era hombre alto y enjuto, de pocas palabras. Nunca levantaba la voz, pero los que con él servían estaban prestos a obedecerlo antes que hablara y ya me fui percatando de que más les valía ser bien mandados.

Cuando llegaba la hora del yantar, que era dos veces al día, al salir el sol y al ponerse, cada uno comía de lo suyo y los moros juntábanse en cuadrillas de siete u ocho para aviar de comer en junto y lo mismo hacíamos nosotros y la comida era mayormente de unas gachas de cierta harina con las que los moros cuecen cecina de oveja. Mas habiendo flaca despensa en las nuevas tierras que andábamos, el trigo se nos acabó a los pocos días y de allí en adelante hubimos de arreglarnos con lo que los moros comían. Si algo echábamos de menos era el vino y el tocino que por allí, como son moros y gente grosera, no se gastan. A lo que fray Jordi muchas veces decía: «¿Qué puede decirse de una ley que prohíbe a los hombres el vino y el cochino, tan consoladores? Fiera disciplina es ésta y muy contra natura y más propia de las bestias del campo que de las personas a lo que tengo averiguado». Mas a todo hubimos de acostumbrarnos y aquello fue sólo el empezar a penar.

Cuando llegamos al sitio que llaman Zagora vino a mí una junta de ballesteros a pedir licencia para vestirse a la morisca, que es con hábitos holgados hasta el suelo y una venda larga liada a la cabeza por delante, con una vuelta que tapa también los ojos y la boca y que deja sólo una rendija por donde los ojos vean. Y es de ver que en ese atuendo se suda y da frescor con el aire que corre por de dentro y no se masca arena todo el día, a lo que pregunté su parecer a fray Jordi y él dio licencia. Con esto yo solamente pedí que a la vuelta de Castilla no dijéramos que habíamos pasado el arenal en hábito de moro, porque no se chancearan de nosotros los que lo sintieran ni nos pusieran apodos y nombrajos de la morisma, en lo que todos estuvieron de acuerdo teniéndolo por muy bien pensado y discreto. Y así pasamos adelante moriscamente ataviados que también yo, por acercarme más a la ballestería y no señalarme, me puse de tocas blancas y fray Jordi y su lego resistieron dos días más pero a la postre también acabaron sucumbiendo, para el secreto regocijo de todos.

Y de allí a poco entramos en el erial que en lengua arábiga se dice Sajelo y también el camino de la sed y del espanto. Y este que tan lindos nombres merece es un yermo más dilatado que la mar oceana, una extensión pedregosa unas veces llana y otras veces llena de montañas y cerros donde no se crían árboles ni plantas ni verde alguno sino algunas matillas y escaramujos de espinas. Y no hay bicho alguno viviente fuera de algunas sabandijas que no necesitan del agua. Y éstas son lagartos y víboras y escorpiones y unas pocas hienas y algunos perros montunos que siempre muestran los dientes, como lobos en febrero, y esta suerte de bichos, todos dañinos. Y no hay agua más que en unos pocos pozos a muchos días de camino el uno del otro y éstos son hondos a maravilla y muy celados y dan agua salobre y dura y caliente y si una caravana yerra el camino o encuentra un pozo seco, luego perecen todos, así hombres como camellos, como algunas veces acaece.

Y el primer pozo al que vinimos a dar, después de ocho días de penoso andar por aquellos fragosos caminos y pedregales quemados, fue uno al que llaman Chega, y antes de dar en él pasamos a un día de camino por una cañada donde había muchas osamentas esparcidas así de hombres como de camellos, los cuales en otro tiempo erraron el camino y perecieron, y las de los hombres estaban peladas y blancas, más blancas que las que viéramos cerca del castillo Ferral, donde mi señora doña Josefina vino a mí la vez primera. Y las huesas de los camellos tenían el cuero encima, reseco y duro como parche de tambor, y en pasándolos, Mojamé Ifrane me los señaló y dijo que si aquellos camellos murieran fue porque sus camelleros habían perdido el seso con el sol y la sed y los degollaron para beberles la sangre, que de otro modo ellos hubieran olido el agua y estrechándose un poco hubieran llegado a donde los pozos estaban, sólo que en ellos habrían perecido de no tener quien les sacara el agua y que así de estrechas eran las cosas del desierto, que el animal no vive sin el hombre ni el hombre sin el animal. Lo que tuvimos nosotros por seña de gran seso y razón y muy discreta enseñanza.

Y desta manera proseguimos haciendo nuestra vía cada jornada más penosa y esforzada que la anterior porque, a medida que bajábamos al desierto, mayores eran las calores del día y mayores los fríos de la noche, que es cosa maravillosa de contar cómo en una misma provincia pueden darse tales cambios del riguroso invierno al quemante verano en tan sólo un día. Mas no fue ésta la mayor maravilla que vimos con nuestros ojos. En otro sitio que llaman Dajado había ciertas peñas sueltas, tan grandes que no las abarcaran tres hombres cogidos de las manos, y estaban sobre el suelo de arena y cantos y las dichas peñas van caminando solas así como si fueran caracoles, sin que nadie las toque ni las mueva y van labrando en la tierra un canal hondo por donde pasan a causa de la mucha pesadumbre de sus cuerpos. Y a esto nos dijo Mojamé Ifrane que las tales

peñas no son sino las ánimas del desierto que se mueven por entreteuer los ocios y hacer apuestas y estas ánimas, que en arábigo se dicen «efrimo», unas veces favorecen a los caravaneros y otras no, que son de muy mudable genio y un punto retozones. Y las hay entre ellas algunas machos y otras hembras, así como entre las gentes se suele, y si una hembra se enamora y prenda de un caravanero, ya no lo dejará nunca, más que cuando salga del yermo arenal, y allí quedará, en las lindes del verde, esperándolo a que retorne y lo acompañará de nuevo siempre y estará atenta a si le falta agua o alguna cosa y a señalarle pozos y manantiales secretos si menester fuere y cuáles son los mejores caminos y los que más a salvo llevan de una parte a otra.

Y otra maravilla no chica es que en el desierto, ya que no hay ríos de agua por mengua de manantiales y lluvias, los hay de arena y unos son más grandes que otros y unos principales y otros arroyos de menos monta, como en la tierra de cristianos, y estos ríos se mueven más por la noche que por el día y van discurriendo por entre las peñas y las montañas, y borran los caminos unas veces y otras veces los cambian y alteran, y ciegan algunos pozos y abren otros, y levantan grandes avenidas de arena que van suavemente discurriendo como las olas de la mar, y si te acaece haberte dormido una noche en el cauce de uno de estos ríos, a otro día amaneces tapado de arena que es cosa maravillosa de ver, como si te hubieren enterrado la víspera.

Y aunque los cristianos íbamos un poco afligidos y un mucho amedrentados de tan desolado camino, no osábamos comunicarlo el uno al otro ni tan siquiera al amigo, por no parecer medrosos más que aquella chusma de moros en cuya compañía íbamos, y, haciendo de tripas corazón, como el pueblo dice, seguíamos a la caravana y acomodábamos nuestras costumbres a las suyas, viendo que aquellas gentes, aunque paganas, eran más conocedoras que nosotros de lo que en cada ocasión

cumplía hacer, y así comíamos a sus horas y bebíamos a las suyas y si escupían escupíamos y en todo hacíamos lo que ellos, si no que dos veces al día se paraban y se postraban encima de sus esterillas para hacer sus preces a La Meca y cantaban sus oraciones y entonces nosotros nos juntábamos con fray Jordi y oíamos misa y rezábamos devotamente como cristianos y cada uno pedía a Dios en su corazón salir con bien de todo aquello y yo le pedía, además, la pronta tornada por estar al lado de mi señora doña Josefina con cuyo pensamiento iba entreteniéndome aquellas soledades, pues nunca de mí se apartaba. E iba yo trazando que de allí en adelante no podría vivir sin ella, pero Dios mediante el Rey nuestro señor me la daría por esposa en premio de mi esfuerzo cuando me presentara de vuelta llevándole no un cuerno de unicornio sino cuatro o cinco. Y yo me prometía tener a mi señora doña Josefina muy alhajada y dichosa de paños y joyas como reina, con lo que todas sus parientas y vecinas vendrían a mirarla con envidia en sus corazones. Y en estas ensoñaciones iba yo muy consolado y cobraba ánimos para el camino.

El primer lunes del otro mes llegamos al sitio que llaman Silete y allí acampamos y una sabandija picó a uno de los nuestros que se llamaba Juan García y era de una villa cerca de Toledo, muy buen ballestero, y aunque el físico de las llagas le sajó la pierna por la picadura y lo sangró bien por sacarle la ponzoña, luego la carne le fue subiendo como la de un buey y se le puso toda negra y se le vidriaron los ojos con grandes calenturas y se le secó la boca y por más pomadas que fray Jordi le untó y más destilaciones que le dio a beber y más oraciones que hicimos, no hubo remedio y el hombre murió. Y éste fue nuestro primer muerto en tierra tan extraña, de lo que hubimos gran pesar y tristeza por tenerlo en agüero de los que después habrían de venir, y cuando entramos en Silete no nos alegramos, aunque muchos días lo habíamos esperado como a regalo.

Y es este Silete un vallecillo donde hay siete pozos y algunas palmerillas chicas que han crecido en derredor, y algún verdor, poco, muy mordido de cabras y camellos, y hay algunas casillas de barro muy míseras y muchos muros caídos y tapias de haber tenido algún pueblo en otro tiempo mejor. Y allí paramos y posamos al amparo de unas tapias y nos detuvimos dos días para que el ganado se repusiera un poco con el agua. Y al segundo día vinieron los targui, que son aquellos malandrines del desierto a los que es forzoso pagar por cruzarlo, y, aunque no eran más que treinta y pocamente armados de medias espadillas, Mojamé Ifrane les hizo mucho agasajo y ceremonia y se entró en su tienda con el que parecía el mandamás de ellos, que era un hombrecillo enjuto de blancas y pocas barbas. Y allí estuvieron haciendo sus acuerdos y parlas y luego salió el mayordomo de la caravana que con ellos entrara y mandó cargar ciertos paños y algunas trébedes y ollas y sal y pertrechos en los camellos de los targui, que ése era el portazgo y tributo por pasar adelante. Y esto acabado luego se fueron muy saludadores y derechos en sus sillas. Y lo que más era de ver fue que las cabezas las llevaban liadas en vendas negras muy luengas y que el sudor las despintaba y les ponía la cara antes azul que de otro color y también las manos, del mucho llevarlas al rostro cuando hablan, y ese teñido y afeite lo tienen a gala y para que no se les borre y pierda no se lavan nunca, lo cual debe ser también por la mucha mengua de agua que en el arrenal se padesce, que hasta los moros han de hacer sus abluciones, cuando rezan, con polvo y no con agua. Y certifico que al salir de aquel erial, después de dos meses de muchas estrechuras y dificultades, olíamos ya derechamente como los camellos. Mas no fue la mengua de agua la peor lacería que nos estaba aparejada, como luego se verá.

Y en este Silete mandé hacer oficio por el ánima del dicho ballestero finado y esto así acabado y concluido partimos de allí y seguimos

adelante por aquellos rastros, siempre sufriendo como buenos y esforzados las muchas y grandes calores. Y jurándolo por mi fe, porque me crean cristianos, certifico que no hay lugar más desolado y despacible en la tierra que aquel arenal de los moros. Donde la hora del mediodía dura hasta casi la noche y el calor como la boca del horno abierta aflige y estrecha a hombres y bestias y es tan ardoroso el sol que la sombra se achica y el lumbror que levanta del suelo es como un humo y las piedras queman y quema el cuero y las hebillas y fierros dan vejigas y úlceras si se tocan por azar y el sudor va dejando una salecilla espesa como arena y el moco se seca en las narices y la garganta quema al echar las palabras. Mas, por cesar de prolijidad, dejo de explicar menudamente los actos que por el arenal pasaron.

El primer domingo del otro mes llegamos a un cerro grande que llaman Zeriba y desde su cumbre, que es muy pedregosa, se veían enfrente unos montes coronados de nubes, muy lejanas, como a tres días de camino, y en llegando a este lugar hubo gran algazara y grita en la caravana y hasta algunos camellos dieron berrea, en señal de contento, y vinimos a saber que detrás de las montañas aquellas estaba la primera ciudad del país de los negros que es una muy grande y famosa de nombre Tomboctú, de lo que hubimos gran placer y contento y fray Jordi salió de unas fiebres en que iba muy postrado y cobró ánimo y se vino a donde Andrés y yo caminábamos y propuso que aquel día se dijeran tres misas en lugar de la una acostumbrada y que se cantara un *Te Deum Laudamus* que entonamos todos los cristianos con mucha devoción y puestos de hinojos pues, ya salidos de aquellas privaciones y miserias, pensábamos que lo que viniera adelante sería cosa fácil y cumplidera de hacer.

Y después desto, ya con más ánimo, seguimos caminando los otros días y al quinto, que fue viernes, ya nos parecía ver la raya del horizonte con un blancor que sería el de los muros de Tomboctú, y a otro día

vinieron a nosotros las gentes de aquella ciudad, mostrando tan grande placer y alegría de la venida de la caravana como suelen en Castilla hacer cuando comienza a llover si por algún tiempo las aguas son deseadas y se han detenido. Y ya metidos en medio del ruido y muchedumbre, entramos en Tomboctú y hallamos que allí no había muros blancos ningunos como pensábamos sino que una nieblecilla que las calores levantaban del suelo nos había engañado.

Tomboctú es una ciudad grande más que las nuestras suelen ser aunque, como la tierra es parda tirando a bermeja y las casas son todas de tapial malo y cañas y ramas y tienen en sus vejezes el mismo color de la tierra a la que vuelven disolviéndose y desmoronándose, es difícil decir dónde la ciudad empieza y dónde acaba el campo y la gente que la habita ha desertado de los arrabales y vive en medio, y alrededor hay muchas collaciones de casas y calles enteras menguadas y despobladas y arruinadas donde habitan hienas y otras alimañas y algunos malhechores hallan refugio. En esto se conoce estar muy disipada y destruida y haber sido más ciudad antes de lo que era cuando nosotros llegamos a ella.

Y los negros que allí habitan son tantos como los moros y otros cuarterones cruzados de ellos que no se sabe bien si tienen más de moro que de negro y todas las casas son igualmente pobres y no se ve a nadie más rico que el vecino, sino que todas parecen gente de poco pelo y venidos a tanto decaimiento y quebranto que no es cosa de poderse creer. Mas, a lo que pronto supimos, al país le llaman Chongay y por las jornadas de camino que iban de una ciudad a otra calculamos que sería más grande que Castilla y de hechura cuadrada y en cada esquina dél una ciudad, a las cuales ciudades llamaban, además de la nombrada Tomboctú, Gao, Salé y Genne. Y el Rey y los mandamases vivían en Gao muy encubiertamente y allí no podían ir los moros so pena de morir a manos del verdugo. Y Tomboctú era solamente el sitio donde se juntaban

las caravanas y allí llevaban los negros sus mercaderías de esclavos y oro y marfil y pieles y nueces de cola. Estas nueces de cola son muy apreciadas entre los moros porque sus raspaduras dan calor al corazón lo mismo que el vino hace a los cristianos. Y a cambio de todas estas cosas, los negros solamente quieren sal y mucha sal y algo de paños y otras cosillas, en lo que se hecha de ver la gran necedad de esta gente que cambia lo mucho por lo poco y la sal por el oro.

Cuando llegamos a Tombocú paramos en un corral grande, el más grande que nunca se viera, que estaba enfrente de una plaza que allí hay y dejamos fuera a gran copia de negros que salieron a vernos. Los cuales negros iban desnudos y en cueros si no fuera porque llevaban sus partes tapadas con un paño que apenas alcanzaba a vedarlas. Y echamos de ver que las partes de los negros son más luengas que las de los cristianos y aun que las de los moros, en lo que hubimos no poco pesar, sólo que a Inesilla se le alegraban los ojos y Andrés la miraba severamente, mas ella decía que estaba alegre porque ya habíamos salido de las estrecheces y fatigas del desierto y no por otra cosa.

Y luego que hubimos aposentado nuestros fardajes y camellos y pertenencias en un lado del corral grande que el mayordomo de la caravana nos señaló, dejamos con ellas mucha guarda de ballesteros y los demás salimos con los otros y nos juntamos a los moros que iban muy desenfadadamente para donde decían que había un río. Y a dos tiros de ballesta de allí vimos mucha arboleda muy verde y muy espesa y alegre y detrás de dicha arboleda corría turbio y manso el río más grande que nunca se viera, ancho a maravilla que parecía pariente de la mar, tan ancho o más como el Guadalquivir cuando ya se llega cerca de la mar oceana, pero más sosegado de corriente y espeso de aguas. En el cual río nos metimos a bañarnos con gran algazara y grita y fiestas y era gran muchedumbre de caravaneros los que a un tiempo se bañaban

estorbándose unos a otros y jugando con las aguas, y las aguas, que de ordinario bajaban pardas, tornáronse grises y aún más oscuras, como si ceniza hubieran, de la roña que los bañistas íbamos dejando en ellas. Y en esto y en descansar y holgar de músicas y ferias se nos pasó el día muy ligeramente. Y de las grandes panzadas de agua que bebíamos de una fuente generosa que cerca de la plaza está, los vientres se desataron y luego los más de nosotros quedamos muy quejosos de mal de vientre con grandes retortijones y salida de gachuelas aquella misma noche. Lo que produjo gran contento y burla de los otros, a los que sólo se les manifestó el mismo mal a la mañana siguiente. Con lo que ya todos quedamos muy bien servidos.

Es cosa de mucha enseñanza cómo Mojamé Ifrane, después que hubimos entrado en el arenal, ya no castigó a ningún caravanero por hurto o falta sino que puntualmente iba dictándole las faltas habidas al mayordomo y escribano que con él iba para el asiento de las mercancías. Y en llegados que fuimos a Tomboctú, se dio pregón y el escribano fue diciendo los nombres de los que habían merecido castigo y ellos fueron saliendo del corral grande y les iban poniendo grillos de los que por aquella parte comúnmente se usan para prender esclavos, que no son de hierro sino de madera y alambre. Y luego que los hubieron sacado a todos, que serían como treinta o pocos más, Mojamé Ifrane fue diciendo el castigo que había de darse a cada uno de ellos y que era de latigazos, menos uno al que le cortaron una mano. Y luego los desnudaron y vinieron los capataces con látigos de cuero, muy fieros, y les azotaron las espaldas con ellos, en medio de la plaza pública, con gran concurrencia de gentes así de negros como de retintos y moros. Y los penitenciados daban recios alaridos y sollozos, sin cuidar la gravedad que a varón conviene, que les estaban dejando los huesos del espinazo al aire. Y era cosa muy fiera de ver cómo les caían las tiras de carne al suelo y

sangraban como cochinos en mesa de matarife. Y al final del castigo les pusieron en las espaldas ciertas hierbas majadas que cortan la sangre y paños mojados y los llevaron a la sombra y les acudieron con agua de que bebieran. Y de todos ellos murieron dos del castigo y los otros quedaron muy marcados en las espaldas. Sobre esto es cosa muy común entre los negros ver espaldas llenas de rayas blancas y cicatrices que son de penitenciados, donde los humanos yerros se pagan caros.

A otro día de mañana acudieron los caravaneros al corral grande donde había puesto un chamizo de hojas y ramas para que Mojamé Ifrane estuviera regaladamente a la sombra y allí les fueron dando la paga de haber cruzado el arenal y la dicha paga se les da en sal o en alambre de cobre y luego ellos la comercian con los negros, cada uno por su lado, y así llevan también su ganancia. Y en esto Mojamé Ifrane me llamó y me dio tres sacos de sal por encargo del Miramamolín, que así se lo había asentado antes de partir. De lo que quedamos todos muy contentos y agradecidos y yo hice repartir la sal a partes iguales entre los ballesteros y peones y cada cual se fue a gastar su parte alegremente como mejor quiso.

Los dos primeros días de nuestra llegada montamos las tiendas en nuestro lado del corral y allí dormimos con los otros. Mas era tanta la multitud de gentes que entraban y salían y el alboroto de los camellos que allí estaban y la gran pestilencia del aire, porque nadie se cuidaba de sacar el estiércol del ganado ni estercoleros había ni albañales para hombres o bestias, que se dormían mal y con mucho ruido y molestia. Así es que luego acordamos mudar y buscando por la parte del río, por tener más acomodo con el agua, dimos con otro corral largo como tiro de ballesta de pico a pico, con tapia de tierra pisada, caído por un lado, que parecía a propósito para nuestro acomodo. Y tomando licencia de Mojamé Ifrane nos mudamos a él y allí montamos nuestras tiendas y

acomodamos a los camellos y reparamos los portillos que en la tapia había con mampuestos y ladrillos crudos que tomábamos de otras casas arruinadas. Con lo que quedamos contentos y muy aposentados. Y luego establecí que no salieran a la ciudad hombres solos sino en cuadrillas de a diez por lo menos, y esto fue por excusarnos de las muertes y puñaladas y ruidos que cada día había en las callejas y entre las tapias, por causa de que no habiendo allí mas vida que la que traen las caravanas, concurría gran muchedumbre de gentes que iban creciendo de día en día, sin bocado que llevarse a la boca, y era de ver cómo eran capaces de echar a un hombre las tripas fuera por robarle un puñado de sal.

Y cada día venían más negras que negros y supimos que todas las mujeres de los pueblos de alrededor se hacían putas cuando llegaba caravana y estaban en Tomboctú hasta que era otra vez partida, con lo que regresaban a sus casas y a sus maridos e hijos asaz ricos y contentas ya que no muy honradas. Y vinieron ballesteros contando cómo habían yacido con negras y retintas y alabando mucho que era muy placentero. Y picado de la curiosidad fuime yo a probarlo y lo probé y hallé que era como hacerlo con mujer blanca, sino que las negras tienen sus partes más prietas y calientes por dentro y les huelen no a pescado pasado, como a las blancas, sino más bien a cecina de carnero rancia. Y tienen los pendejos de esa parte muy rizados, que más parecen bolitas de roña que pelo y no pierden esa hechura por más que se laven, aunque tampoco se lavan tanto. Y habiendo tantas mujeres ofrecidas, no cobran mucho por yacer sino que con un puñado chico de sal van muy contentas y pagadas y aun piensan que el que se lo dio, siendo blanco y poco conocedor de los usos de la tierra, queda engañado. Y corren a esconderse entre la muchedumbre de la gente pensando que luego le va a pesar su liberalidad y largueza y va a ir detrás de ellas para reclamar la mitad de la sal. Y otra cosa maravillosa y digna de nota es cómo entre los negros hay dos o tres

rostros y no hay más, no como entre los blancos que cada uno tiene su cara y por mucho que se busque no se encuentran dos iguales, como no sea en hermanos del mismo vientre. Por eso, los negros, para distinguirse entre ellos, van todos marcados de un modo u otro y unos tienen cicatrices en el rostro, que ellos mismos se hacen cuando son niños como si se bautizaran, y a otros les falta un dedo o media oreja o están señalados de pedradas o tienen un chirle o alforzas de látigo y otras señas igualmente buenas. Y es de notar que todos traen buenos dientes y muy blancos. Esto será del poco uso que dellos hacen, porque no tienen mucho que comer. Y tienen poca barba y las narices anchas en desmesura por lo que son buenos olores, y los labios gordos más que es menester, con los que dan muy cumplidos besos. Y las mujeres jóvenes tienen más tetas y más enhiestas que las blancas así como caídas para arriba, y los hombres tienen, como queda dicho, su miembro más largo y esto debe ser porque desde que son niños lo llevan más suelto y volandero y no tapado y frazado entre paños como por discreción solemos llevarlo los cristianos y sobre ello más ligeramente hacen uso dél, siendo gente grosera y dada al fornicio y no sujeta al temor de Dios.

DIEZ

Y DE ALLÍ A POCOS DÍAS llamé a Paliques y fuime a ver a Mojamé Ifrane, que antes no lo hiciera ni quise hablarle por no importunarlo de sus muchas labores, y le dije que, estando ya descansados yo y mi gente, quería licencia para seguir adelante a donde se pudiese cobrar el unicornio. Y Mojamé Ifrane nos recibió muy gentilmente con dátiles y leche, como suelen, y dijo cómo era mejor esperar a que vinieran ciertos negros de un pueblo distante que dicen Cuarafa y que son muy buenos pisteros y gente perita en los raros monstruos que pueblan el África y que entre ellos habría alguno más despabilado que, en pidiéndoselo él, luego se asentase para servirnos bien y llevarnos a donde con más comodidad pudiésemos cobrar el unicornio. Con lo que quedé yo muy obligado y volvíme a aconsejarme con los míos y todos fuimos de una opinión que era mejor esperar a lo que Mojamé Ifrane decía.

Y era de ver que cada día llegaban a la ciudad reatas de negros jóvenes atados por los pescuezos de dos en dos con grilletes de palo, como bestias en recua, y éstos eran los esclavos que habrían de tornar con la caravana y supimos que de cada cuatro que salieran tres morirían en el arenal y, como ellos lo sabían también, venían muy tristes y con gran pesadumbre de manera que daba pena verlos tan conformados a su negra suerte.

Y en pos de ellos venían otros con faltriqueras de cuero al pescuezo donde ligeramente llevaban oro en polvo, y otros con grandes frazadas de cueros malolientes a la cabeza y aún otros con otras cosas de más menudencia. Y todo cuanto traían se trocaba por sal y toda la ciudad era almoneda pregonada y porfiaban altercando los unos con los otros, moros con negros y retintos con negros y los negros entre ellos, con grandes voces y alboroto y mucho mover de manos y mesar de barbas y mucho

asirse de brazos y empujarse que, en viéndolos de lejos, parecía que reñían. Y Paliques pasaba el día entre ellos muy entretenido tomando las parlas de muchos, unos de más cerca y otros de más lejos, con que me tenía contento y lo excusaba de todos los otros trabajos para que solamente estuviese atento a aprender las parlas, que algún día, barruntaba yo, nos iban a hacer mucha falta, como así fue. Mas los otros no siempre lo entendían así y murmuraban de mí. Y fray Jordi salía con su lego y con un criado negro que había tomado, al que llamaba el Negro Manuel, y recorría las arboledas del río y aún más allá en busca de yerbas, y hablaba con negros viejos, herberos y curanderos, que las conocían, y hacía cocimientos y jarabes y aprendía las virtudes de muchas hojas y raíces que nunca se vieran en tierra de cristianos, de las que él iba haciendo provisión para la vuelta y estaba muy contento con la mudanza. Y Andrés de Premió echaba panza como casado, de los guisos que le aviaba Inesilla y le había hecho una casilla en un rincón del corral y la había techado de cañas, como un juego de niños, y solamente miraba con un punto de envidia a los otros ballesteros que se iban a las negras cada tarde mientras él se quedaba en plática con Inesilla y con fray Jordi. En lo que yo advertía ser gran verdad que no hay hombre contento con lo que tiene, pues Andrés envidiaba a los ballesteros porque cada día se iban de negras y ellos lo envidiaban a él porque teniendo blanca suya no tenía necesidad de irse de negras.

Y así fuéronse pasando los días muy levemente y yo cada día iba al corral grande a tomar nuevas de los negros que llevaban mas aquellos que esperábamos de tan lejos no acababan de llegar y yo empezaba a cavilar si no estaría engañándonos Mojamé Ifrane y tomé determinación de que si no eran llegados para el día de Reyes, no aguardaríamos más sino que, tomando guías y pisteros de la tierra, nos iríamos de la ciudad y terminaríamos la holganza.

Y así nos llegaron las fiestas de la Navidad de nuestro Señor Jesucristo que allí son en estación calurosa como agosto y aquel día nos vestimos con nuestros mejores avíos y montamos altar muy lucido de madera, con ciertas tocas y bayetas de mucha vista, en medio del corral y fray Jordi dijo misa cantada a la que asistimos todos muy devotamente y Federico Esteban tañó música muy gentilmente, que en cerrando los ojos parecía que estábamos en iglesia Mayor si no fuera por la mengua de incienso. Y dicho la misa, fray Jordi bautizó muy solemnemente al su criado el Negro Manuel y fue la madrina Inesilla y el padrino de la vela fui yo. Y luego le hicimos regalos como es costumbre y yo le di un gorriño de lana que no pensaba que me fuera a servir más con aquellos grandes calores que sufríamos, y Inesilla le dio una sarta de cristales. Y luego hicimos colación y comimos muchos frutos de la tierra a los que ya nos íbamos acostumbrando y que son extraños en gran manera y muy grasosos y dulces y luego carne asada que habíamos ballesteado la víspera. Y hubimos todos gran contento y, aunque faltaba el vino, cantamos muy bizarramente e hicimos muy grandes fiestas de convites y salas y danzamos y bailamos como en estas fiestas se hace. Y a otro día amaneció gran multitud de negros a las puertas del corral y pedían bautismo con mucha devoción hincados de rodillas y fray Jordi acudió con lágrimas en los ojos muy fuertemente llorando y dijo cómo Dios Nuestro Señor había hecho el milagro de que se convirtieran tantos en el día que conmemorábamos su Nacimiento. Y visto el prodigio luego caímos todos de rodillas y entonamos el *Te Deum Laudamus* muy devotamente cantando. Y toda la mañana estuvimos bautizando negros al lado del río como si aquello fuera el Jordán, mas a la tarde corrióse la voz de que a éstos ya no se les daban gorriños de lana ni sartas de cuentas de colores ni regalo alguno y luego se les pasó la fe se retiraron todos diciendo muy gruesas palabras de enojo en sus lenguas africanas. Y

quedó fray Jordi muy enfadado en medio del agua y apesadumbrado y corrido de ver cuán poco consistente es la fe humana y no le volvimos a ver la cara buena por diez o veinte días. De todo lo cual todos hubimos grande y provechosa enseñanza.

Cuando faltaban dos días para el de Reyes, en que yo había acordado de partirnos del lugar, vino a verme un criado de Mojamé Ifrane con recado de que el guía que aguardábamos era llegado. Tomé a Paliques y a Andrés de Premió y a otros cinco ballesteros y fuimos al corral grande donde Ifrane nos recibió muy gentilmente y con mucha alharaca morisca, de la que yo ya había aprendido a fiar poco, y luego hizo venir a un negro que allí cerca estaba, el cual mostraba ser muy joven y menos feo que los que hasta ahora llevábamos vistos. Y era de piel menos retinta y más clara y nos dijo que se llamaba Boboro y que ése era buen guía para lo que veníamos buscando. Y Paliques habló con él en todas las parlas que de los negros tenía aprendidas y no se entendían nada más que medianamente, pero con todo y con muchas señales de manos y mucho dibujar en tierra un caballo con cuernos y poner un palo en el hocico de un camello de los que allí cerca estaban, por más a lo vivo figurar lo que unicornio era, al final el negro, que hasta entonces había estado muy serio, y todo lo miraba con ojos de si estaríamos locos, cayó en la cuenta de lo que Paliques le estaba preguntando y se dio una gran palmada en la frente y desenvainó los dientes riendo con muy gran risa y ya nos pudo decir con mucho movimiento de cabeza que sí, que conocía el unicornio, y miraba señalando a Septentrión, con el dedo muy levantado, como si quisiera indicar la gran distancia detrás de las montañas grises que a lo lejos se veían, de lo que todos hubimos gran contento sino yo que me iba quedando en el corazón como una sombra triste de congoja detrás de todos aquellos sucesos africanos, lo que yo achacaba a la ausencia de doña Josefina, en la que cada día pensaba al caer la tarde. Mas con todo

acordamos con Boboro que saldríamos de allí a tres días y que su paga había de ser de un cubilete de sal cada día, y que cuando hubiésemos cobrado al unicornio le regalaríamos un camello y él quedó contento y nosotros tornamos a nuestro corral muy satisfechos del trato y del aparejo que iban tomando nuestras cosas.

De allí a tres días levantamos el campo, con toda la cámara y la plata, y yo fui a despedirnos de Mojamé Ifrane y le llevé tres cartas para que se las diera a Aldo Manucio el genovés cuando estuviera de vuelta en Marraqués. Y la una era para mi señora doña Josefina y las otras para que las hicieran llegar a mi señor el Condestable y al Rey nuestro señor, y en todas tres daba cumplida noticia de cómo discurrían nuestros asuntos y de lo que hasta el día de la fecha nos había acaecido. Y con ellas iba un compendio breve en romance para información de aquellos que les plugiere leerlo de cuáles son las costumbres de los negros y retintos y el género de vida que llevan.

Y mostrándose el alba del día que digo, preparamos el fardaje y antes que fuera media mañana salimos muy lucida y ordenadamente por el camino de Septentrión, que sigue el río grande aguas adelante, por muy buenas y placenteras sombras y arboledas. Y éramos cuarenta y ocho hombres blancos y una mujer y quince criados negros que unos y otros habían asentado para que nos sirvieran, y tres mujeres negras, y Boboro, el guía retinto. Y el dicho Boboro iba delante de todos, muy ligeramente caminando y señalando los árboles y los montes muy parlador, por mostrarse más perito en las cosas de aquella tierra. Y a su lado iba Paliques dándole conversación y señalando cosas para que el otro le dijera cómo se llamaban y luego una cuadrilla de ballesteros en sus camellos y luego otra donde iban los criados con el fardaje a lomos de más camellos y detrás los demás ballesteros y nosotros ya que, siendo tierra de mucha yerba y humedad aquella ribera, uno podía caminar

detrás sin tragarse los polvos que levantarán los de delante. Y al olor nauseabundo que van dejando los camellos ya teníamos hechas las narices. Y así nos fuimos metiendo por espesos bosquecillos de muy raros y copudos árboles, más altos que nogal viejo y más prietos que ciprés, y de muy altas matas y yerbas, que a veces habíamos de cortar con los cuchillos y espadas para abrir paso a los camellos, y en esto gastamos un mes de camino y aún no llegábamos a las montañas azules sino que parecía que cada día nos alejábamos dellas y Paliques preguntaba al negro Boboro y él decía que llegaríamos pronto, mas no quería decir en cuántas jornadas, a lo que Pedro Martínez, *el Rajado*, se enojaba mucho y porfiaba que él se lo sacaría a palos y lo haría hablar en cristiano y que aquel necio de negro era menos necio de los que pensábamos y acabaría robándonos la hacienda y dejándonos perdidos en el monte, y yo lo mandaba callar pero tampoco me barruntaba nada bueno, sólo que disimulaba con gran disimulación y tenía paciencia pensando que las cosas quieren su tiempo para alcanzar sazón.

Un día llegamos a un claro de yerba muy alta y espesa donde el río hacía un recodo sin perder su mansedumbre y acordamos descansar allí dos o tres días por dar tiempo a los camellos a que se repusieran, que algunos venían muy quebrantados y menguados por la rareza que de la humedad tienen siendo más afables a las sequedades y calores del arenal. Y mandé levantar un corral a la parte del río, con cava honda y estacas, donde más a salvo estar aquellos días. Y esto hicieron los criados negros de muy mal talante, como gente que no está hecha a trabajar, y aun miraban muy aviesamente a los ballesteros que les hacían chanzas y reíanse de verlos cavar con tan pocos oficios. Y levantamos tiendas y dormimos allí y a otro día de mañana salió el sol y vimos que Boboro y los otros negros y negras eran idos y se habían llevado la sal que traíamos y dos o tres costales de viandas y otras cosas menudas y paños, y más

adelante notamos que también habían hurtado las ligas nuevas de reparar las ballestas, en lo que tuvimos gran pesar. Y así pasamos otro día y mandé partidas al campo por ver si había rastro de los negros y a mediodía volvió una con el rastro hallado. Y el que lo encontró era aquel Ramón Peñica, que era de los criados del Condestable que con nosotros venían y había sido muy buen fiel del rastro en Jaén. Y él como perito me certificó que los quince criados negros idos y Boboro habían marchado todos juntos y que a una legua de allí se habían juntado con otros que, por las pisadas, serían hasta cien más y que luego las pistas de todos iba junta y se entraba en el bosque de donde ya no quisieron seguirla sin venir a darme aviso. Y yo hice consejo con Andrés de Premió y platicamos sobre ello y determinamos de mandar a otro día una cuadrilla de veinte ballesteros conmigo y Andrés quedaría guardando el real con los otros. Y luego se fue el sol y vino la noche y pusimos muy grandes guardas en todos los lugares do convenía para que no fuésemos de los enemigos ofendidos. Y fuímonos a dormir. Pero a medianoche hubo gran ruido y grito y Villalfañe sonó la trompeta dando rebato en el campo, que el enemigo estaba sobre nosotros. Y todos salimos mano a las armas y sólo pudimos ver sombras que corrían a lo lejos y Andrés de Premió en cueros vivos daba grandes voces y ordenaba a sus hombres que tiraran con las ballestas y algunos tiraron a los que huían, que habían matado a nuestros guardas. Y luego nos quedamos velando hasta que viniera el alba y avivamos los fuegos que hubiera luz por si los negros volvían, mas ya no volvieron. Y en clareando el día se mostró el alba y catamos el daño. De los cuatro guardias que había puestos a los dos habían degollado y a otro lo habían herido de tajo por el pecho y quedaba para morir y el cuarto se había defendido bien y había matado a dos negros. Y los negros muertos eran de los que venían con nosotros en oficio de criados. Y los tiros de los ballesteros habían matado a otros tres negros cuyos cuerpos

aparecieron más lejos, con los pasadores muy bien clavados en las espaldas. Y de los treinta y dos camellos que llevábamos, los negros habían desjarretado a veinte y nueve que ya no se pudieron alzar del suelo donde quedaban ni servían para cosa alguna. Y yo mandé luego degollarlos por excusarles padecimientos. Con lo que aquel día tuvimos carne de sobra y la comimos con nuestras lágrimas viéndonos tan menguados y quebrantados por los desastres y desventuras que nos acaecían. Y a la tarde volvieron unos ballesteros que habían salido con un negro cautivo. Y el dicho negro venía herido de un pasador en el muslo y los suyos lo habían dejado atrás. Y la parla que hablaba no era entendida por el Negro Manuel ni por Paliques. Con lo que, no siendo bueno para cosa alguna, dejé que la ballestería se desahogara con él dándole crudos tormentos y capándolo y sacándole los ojos, de lo que murió a poco.

Y llegó la noche y avivamos fuegos y pusimos otra vez dobladas velas que tuvieran los ojos bien abiertos. Mas esta vez no osaron los negros acercarse aunque hacían ruidos a lo lejos para que supiéramos que estaban sobre nosotros y ponernos miedo.

Otro día amanecido hicimos consejo sobre si convenía tornar a Tomboctú por otros guías o seguir adelante río abajo. Y aunque algunos querían volver, los otros y yo fuimos del parecer de que siguiendo el río habíamos de llegar pronto a algún pueblo o al mar donde nos podríamos mejor socorrer que volviendo atrás sin camellos. Esto así acabado y concluido cargamos el fardaje en los tres camellos que quedaban y lo que no pudimos llevar lo quemamos. Y allí ardieron algunas tiendas de buen lienzo y ciertas ropas y paños que fuera lástima dejarlos atrás para provecho de los que tan crudamente nos desamaban y perseguían. Y con ánimo triste pero esperanzado proseguimos la marcha y el que iba herido de la víspera acabó de morir a poco, lo que nos excusó del trabajo de llevarlo en unas parihuelas que le habíamos hecho. Y lo enterramos y

fray Jordi le hizo responso y misa oficiada como a los otros, la que oímos y rezamos muy devotamente.

De allí a dos días llegamos a un llano amplio de mucha y buena yerba donde había un arroyo que iba a juntarse con el río grande. Y vimos un pueblo chico de chozas de paja redondas como capacetes y con mucha industria trenzadas como canasta. Y allí moraban en las chozas negros desnudos tanto hombres como mujeres y gran copia de niños que vinieron a nosotros como sin maldad. Y éstos eran retintos más que los traidores que atrás dejábamos, lo cual visto yo di mandato de no ofenderlos si no ofendían ellos primero. Y Paliques les habló de lejos en sus parlas y ellos entendieron un poco y dijeron que se llamaban Columba. Y de allí a poco trajeron frutas y harina de mijo y cosas de comer y nosotros acordamos poner nuestro real y campamento en un cerrete que allí cerca se asomaba al río y estar allí hasta que tuviéramos nuevas de lo que veníamos buscando.

Y aquellos Columba resultaron ser buena gente que cada día venían muchos a traernos de su comida y de sus cosas muy confiadamente y hasta dejaban que sus mujeres se entraran por entre los matorrales con los ballesteros y los dichos negros se quedaban riendo, como bobos sin malicia, mientras les ponían los cuernos, en lo que conocimos ser pueblo de costumbres muy sosegadas y pacíficas y gente de entendimiento simple. Y así nos fuimos aficionando a ellos y cuando salíamos a ballestar carne, que por allí se podía acertar muy bien a los venados y toros que al río bajaban a abreviar, les dábamos la que nos sobraba, que era mucha, y con esto los teníamos obligados y contentos. Mas no por eso dejaba yo de poner guardas y velas y atalayar el campo cada día por si tornaban los negros del traidor Boboro. Lo cual acaeció de allí a pocos días y fue que las gentes de una partida nuestra que había salido a cazar tornaron con gran priesa y ahogo trayendo nuevas ciertas de que se

habían topado con los negros de Boboro que por allí cerca andaban en número de más de doscientos. Y Andrés de Premiό saliό en su busca con los ballesteros y los tomaron cuando dormían la siesta en un clarecillo del bosque estando muy a su sabor, sin guardas ni velas, de todo asalto descuidados. Y los nuestros dieron sobre ellos y mataron a treinta y cuatro y cautivaron a Boboro que era el que los mandaba. Y este Boboro no sufrió en la escaramuza más que una tajada chica en una pierna que Federico Esteban le cosió y curó luego. Y aunque los ballesteros querían destriparlo y hacerlo cuartos en seguida yo lo prohibí y luego hice que le dieran tormento y que Paliques le preguntara por qué había hecho traición a sus amos. Y él dijo que se lo mandara Mojamé Ifrane, porque los moros no querían que gente blanca pasara más allá del arenal a la parte de los árboles donde están las minas de oro, pensando que luego le llevarían la desgracia a África. Los cuales actos de Mojamé Ifrane tuvimos nosotros por muy concertados y que podían ser verdad. Y luego le dijimos al negro que no queríamos oro sino el cuerno del unicornio y él nos prometió que si luego lo perdonábamos nos llevaría a donde el unicornio criaba, que era a cuarenta días de camino, apartándose del río grande. Mas después de lo ocurrido pensamos que no podíamos fiarnos de Boboro y yo junté consejo para deliberar lo que cumplía y acordamos que lo mejor era ajusticiarlo para escarmentar a otros traidores y para enmendar el yerro de los muertos que por su causa habíamos tenido y los quebrantos que habíamos sufrido. Y pensábamos que ya encontraríamos otros guías más ciertos y verdaderos que aquél. Con lo cual luego se lo di a la ballestería que lo matara sin hacer más caso de las muchas lágrimas que derramaba ni de las súplicas que hacía. Y a éste lo descuartizaron entre tres camellos y luego levantaron sus cuartos clavados en palos lejos del real, a la vista de todo el mundo. Y a poco de armar tal picota acudieron buitres, que en África hay más que aquí gorriones, y por la noche otras alimañas espesas

y cuando clareó el otro día no quedaban dél más que los huesos mondos y lirondos, lo que no deja de ser notable la prontitud con que la carne se gasta en tan menguada tierra.

Y después de esto pasamos otras dos semanas de mucha holganza y ya no osaron los negros huidos acercarse al río. Y en este tiempo tuvimos mucha conversación con los negros Columba que vivían en las chozas. Y Paliques les preguntaba qué había para cada sitio que él señalaba: siguiendo el río abajo o remontándolo o pasando las montañas o yendo para donde el sol sale, y ellos a todo respondían lo mejor que sabían en su mucha ignorancia y parecíanos que decían verdad. En esto quise mover yo de allí pronto porque veía que algunos ballesteros se habían aficionado a las negras y temía que quisieran traerlas luego, así que dispuse que siguiéramos para Septentrión, a donde Boboro había dicho que pastaban unicornios, detrás de las montañas, y con nosotros vino un muchacho negro de los de las chozas. Y a éste le pusimos Morros por el mucho hocico que tenía, y parecía más noble que el otro guía.

En saliendo del río grande, a los dos días de marcha, entramos por la arboleda y dimos en unas navas tal largas que se perdía la vista por ellas y parecían no acabarse nunca si no fuera porque a lo lejos se veían montes grises. Y estas navas eran muy llanas, con pocos cerrillos, y estaban todas llenas de yerba espesa y alta y matas de diversas clases y hechuras y de vez en cuando había como bosquecillos de unos árboles chicos parecientes a los chaparros a los que era maravilla ver cómo se subían ciertas cabras por catar los frutos y nueces que crían.

Y en estas navas había muchas manadas de venados y cabras y toros y otras de unos mulos blancos con rayas negras como pintadas muy corredores, y nosotros, viendo en ellos nuestra salvación y acomodo si los domábamos, dimos luego en cogerlos. Y el negro Morros se reía mucho como si hiciéramos cosa la más graciosa y disparatada del mundo, y se

tapaba los ojos como hacen en su pueblo con los niños y los locos. Y al final llevaba él razón porque, por más que corrimos, no se les pudo dar alcance ni se dejaron ensogar. Mas, con todo, ballesteamos un mulo por ver cómo era y vimos que era como burro padre pero las orejas más gordas y venteadoras y la carne más prieta y hecha que la de burro. Y Andrés de Premió certificó que en sus Asturias de Uvieu había burros de aquéllos, solo que, con las muchas aguas que allá los cielos de ordinario hacen, han perdido la color y las rayas. Y dijo que a estos mulos llaman asturcones y no se dejan domar y que se distinguen de un potro mediano en que tienen sus partes negras y más crecidas.

Y éstos y los otros animales se dejan cazar muy fácilmente pero hay que acercarse a ellos hasta tiro de ballesta viniendo de atrás porque son grandes venteadores y huelen mucho cuando el aire les viene de cara. Y con esto pasamos adelante viendo muchas maravillas en serpientes y raras yerbas y flores grandes mas que pecho de hombre y otras rarezas que nos ponían esperanza de que muy pronto habríamos de dar con unicornios. Y cavilábamos, cuando de noche estábamos en torno al fuego, que los habríamos de cazar como a los otros animales y que por fieros que fueran habrían de sucumbir a la recia ballestería que llevábamos sin necesidad de doncella que los amansara. Y con esto íbamos criando ánimos para sobrellevar las fatigas y quebrantos que cada día nos traía la marcha por lugares sin nombre ni personas. Y en cruzar aquella llanura echamos más de un mes, y en ese tiempo no topamos con seña alguna de gente y esto nos maravillaba mucho siendo la tierra tan buena y habiendo agua y caza en tanta abundancia.

ONCE

EL PRIMER DOMINGO DE MARZO hallamos un pozo con brocal grande de piedras en derredor y una vereda. Y acordamos seguir aquel camino y al poco trecho vimos algunas mujeres negras vestidas de largas tocas y fuimos a ellas y cuando estaban a un tiro de ballesta les dimos voces que éramos amigos, en la parla de los negros, y les hicimos señas. Mas ellas no entendieron y se alborotaron y escaparon con mucho susto y nosotros seguimos por la vereda adelante donde, a poco, dimos en un llano donde se descubrían más de cien chozas redondas con las paredes de barro y el techo de caña, como algunas que hacen los pastores en Castilla. Y en torno a las chozas había una cerca baja de barro, menos que tapia, que no llegaría al pecho, buena para que no entraran animales al pueblo mas no para defensa de hombres. En lo que conocimos que sería pueblo de gentes pacíficas y así nos íbamos acercando cuando la gente se fue saliendo al camino en gran muchedumbre, todos negros de la negrura y tinte del traidor Boboro. Mas como venían mujeres y niños, nada temimos, sino que concertadamente y en buena ordenanza seguimos adelante. Mas yo dije que los traseros que en la zaga marchaban llevasen armadas las ballestas por si acaso. Y en llegando a tiro de piedra los negros se detuvieron y el que parecía mandamás de ellos se adelantó. Y éste era un viejo liado en una manta y con los pelos pintados de alheña y abiertos como melena de león. Y levantó una mano, que es señal de amistad entre aquellas gentes, y los que venían detrás, que venían gritando muy extraños gritos, se callaron luego. Y es de ver que entre los negros hay muchas tinturas y pelajes pero todos tienen la misma costumbre de gritar cuando se juntan muchos que no parece sino que los estén despellejando. Y también patalean mucho sobre el suelo levantando grandes polvos. Y fray Jordi creía que, por causa desta costumbre, les han

ido agrandando los pies y hasta ensanchando las narices, pues, cuando hacen fiesta festejada, se meten en muy recios polvos donde no podemos respirar los cristianos pero ellos sí respiran como digo, por la anchura de las narices.

Y luego que llegamos a medio tiro de piedra, se pararon los negros y nos paramos nosotros y se adelantó el mandamás y nos adelantamos Paliques y yo. Y Paliques temblaba algo. Y en llegando al negro yo le hice el saludo morisco que pensé que lo entendería, y éste es poniendo la mano derecha en el pecho y luego en la boca y luego en la frente. Lo que quiere decir que mis sentimientos y mis palabras y mis pensamientos están contigo y es la cosa más mentirosa y embustidora que nunca se viera, pues sabido es que cuando un moro te lo hace es mejor que no te fíes de él. Hícelo yo, por ver si el otro entendía, y él entendió y lo hizo también, por donde ya nos percatamos que había tenido trato con moros. Y luego habló Paliques y el otro entendió y Paliques dijo qué recado nos traía al país de los negros y cómo éramos criados del Rey más grande de los cristianos y cómo veníamos en pos de un animal llamado unicornio. Y el viejo todo lo entendió menos lo del unicornio, de lo que yo hube no poco pesar. Mas en eso se volvió y dijo algo a los que atrás quedaban y ellos se apartaron haciendo calle y pasamos por medio de la muchedumbre y nos pareció que eran gente respetuosa y algunos dellos alargaban la mano como niños temerosos y tocaban nuestras carnes, que nunca las vieron tan blancas, y pensaban que era ilusión o que las traíamos pintadas de polvos de albayalde y se maravillaban mucho de que fuera aquélla nuestra color natural. Y otros se espantaban de las barbas y subían manos a mesárnoslas mas yo di orden de que nadie lo tomara a ofensa pues la negrada no entendía lo que era en Castilla mesar barbas y que en esto debíamos consentirlos sin tomar ofensa, como se lo consentimos a los niños, y los ballesteros en todo fueron obedientes sino

aquel Pedro Martínez, *el Rajado*, que venía refunfuñando que yo los ponía en grandes peligros por tener las cosas en poco y que él no sufriría que le mesara las barbas ni su padre. Mas, por suerte, ningún negro le puso mano a las suyas porque las tenía ralas y entrecanas y le hacían una cara de catavinagres que a nadie, por más negro que fuera, apetecería llegarse a su rostro. Y con esto pasamos adelante y fuímonos entrando por entre las chozas y llegamos a una plaza que en medio dellas se hacía y a un lado de la plaza había una casa grande hecha del mismo adobe y cañas trenzadas que las otras, pero mucho más alta, que parecía iglesia si no hubieran sido los negros gente pagana, y enfrente della estaba una choza más ancha y muy adornada de abalorios y pieles curadas, que conocimos ser la posada del Rey. Y paramos delante y el Rey de aquellos negros salió a vernos y era el hombre más gordo que jamás se viera, que casi no podía andar de las mantecas que le colgaban del culo y de los brazos, y la panza la tenía no más chica que tonel de quince arrobas, y la papada le hacía tres pliegues en la sotabarba y le descansaba en el pecho, y las tetas las tenía como ama de leche. Y todo esto lo vimos porque, fuera de algunos adornos de ciertas cañas pintadas y marfiles, el Rey de los negros venía del todo desnudo y en cueros como su madre lo parió, menos un pañizuelo que alcanzaba a taparle las vergüenzas. Y el viejo que nos había traído dijo que aquél era el Rey Furabay, pero nosotros de allí en adelante lo llamamos el Gordo haciendo merced de que a los Reyes no es ofensa llamarlos por apodo. Y el viejo era su médico y su consejero y canciller y se llamaba Cabaca. Y le dio parla al Rey de quiénes éramos y del recado que traíamos y el Rey me hizo seña que me acercara a él y luego me estuvo gran pieza mesando las barbas y palpándome los brazos y acariciándome el pescuezo con aquellos sus dedos sebosos y suaves como negras butifarras o morcillas, y yo me dejaba hacer con paciencia y disimulaba el asco. Y detrás del Rey Gordo

salieron hasta cuatro mujeres muy liadas en tocas de muchos colores y con el pelo muy trenzado en trencillas chicas como cordel y adornado de prolijos modos. Y dos de ellas eran gordas casi tanto como el Rey, pero las otras dos eran jóvenes y de armoniosas y justas carnes y Cabaca dijo que aquéllas eran las mujeres del Rey Gordo y fue diciendo los nombres dellas, sólo que yo sólo me quedé con los de las dos jóvenes que eran Asquia y Duma. Y las dos se parecían como hermanas porque, como ya dejo dicho de otras veces, entre la gente negra hay menos caras que entre la blanca, sólo que Asquia tenía el mirar más alegre que la otra y alargó un brazo como si titubeara si tocarme el pescuezo o no y yo le compuse mi semblante amistoso y ella se rió con una muy alegre y prometedora risa y el Rey Gordo se rió como invitándola a que me tocara y con esto ella tuvo licencia y me pasó la mano cálida y suave por el cuello, de lo que me subió un temblor por el estómago arriba y quedé muy confortado y los otros ballesteros muy envidiosos después del regocijo que habían tenido cuando el Rey Gordo me palpó como a caballo en feria. Y con esto dio plática el Rey Gordo, la cual entendió Paliques, y era que no sabía qué regalo habíamos traído para él, porque es costumbre del país que las visitas se hagan regalos y en esto los negros tienen los mismos malos usos que los blancos y yo, no sabiendo qué darle, determiné entregarle aquel vestido que me regalara mi señor el Condestable y que llevaba en mi hato de ropa estorbándome ya y sin habérmelo puesto desde que entramos al arenal. A la vista estaba que en el país de los negros no iba a encontrar ocasión de lucirlo y así lo saqué de su talega y se lo entregué y él lo tomó a gran merced y lo miró por muchos sitios y se reía como niño con vejiga y, aunque nunca se lo podría poner, por su mucha grosura, lo metió para su choza con grandes muestras de placer. Y en estas y otras pláticas sobre nuestro país y familias gastamos el tiempo hasta que el Rey Gordo, que mucho no podía estar de pie, nos despidió y nosotros

fuimos con Cabaca y toda la otra gente a unas chocillas que allí cerca estaban, donde nos aposentaron muy bien aposentados, que era de mejor habitación que a lo que estábamos acostumbrados, y nos trajeron de comer gachas de mijo y frutos de diversas clases y nos hicieron muchas honras y fiestas y nos ordenaron muchos placeres y luego se fueron para que descansáramos.

Cuando pasamos una semana entre aquellos negros, determiné pasar adelante con guías ciertos hasta el país de los leones, donde Cabaca nos decía que estaría aquel unicornio por el que veníamos preguntando y que él nunca viera. Pero luego se fueron trabando distintamente las cosas, de manera que hubimos de estar con ellos sin movernos del sitio por más de un año. Y aunque esto se hizo muy en contra de mi voluntad, que yo sólo pensaba cada día en servir al Rey nuestro señor y en tornar pronto a Castilla, ahora diré como se aparejaron las cosas. Llegó la Pascua, y los ballesteros no la festejaron como cristianos con penitencias y cenizas y ayunos sino que cada día ballesteaban y comían carne y se refocilaban con las negras muy desahogadamente y fray Jordi me venía con quejas que del lujurioso y vil acto los cuerpos son debilitados, según los autores de medicina ponen por cuento, y que el que a la tal delectación se da en gran cantidad pierde el comer y aun acrecienta por ardor y sequedad del fuego en el beber, como todo violento movimiento sea causa de sequedad y todo, sequedad y aducción, causa de destrucción, mas ni yo ni los ballesteros hicimos oído de lo que sabiamente se nos advertía, y Dios nuestro señor fue servido castigar nuestra impiedad con unas bubas que nos salieron por todo el cuerpo como viruela y se iban hinchando y reventaban y salía de ellas pus que hedía mucho y por la parte de las ingles se hinchaba la carne hasta no dejar que el aquejado anduviese ni osara ponerse de pie siquiera para hacer sus necesidades, y otros bultos salían en el pescuezo y los ojos se pegaban de legañosos. Y esta peste era

conocida de los negros, sólo que ellos la sufren en su corta edad y mueren muchos niños della. Y de los nuestros murieron, en dos meses, catorce hombres, entre ellos Federico Esteban, el físico de las llagas, y el lego que servía a fray Jordi con lo que solamente quedaron dieciocho ballesteros; y Andrés de Premió también estuvo enfermo mas no murió y fray Jordi cada día ensayaba conocimientos y unturas y pomadas, mas no hubo manera de dar con el remedio y medicina porque las yerbas necesarias no se criaban allí, según decía, sino en ciertas partes de Cataluña y del país de Provenza, con lo que quedamos muy informados pero poco aliviados. Y en todo este tiempo el Rey Gordo nos trató muy bien y cada día nos mandaba comida de la suya y todas las cosas que para nuestra despensa eran menester muy cumplida y abundantamente. Con lo que quedamos muy agradecidos y por más obligarlo le regalé los tres camellos que estaban todavía con nosotros y que él mucho miraba y los otros fardajes y tiendas, que ya se veía que de nada nos habrían de servir en el país de los negros sino de estorbo. Y en llegando la fiesta de todos los Santos, yo mandé hacer oficio por las ánimas de todos los finados y los días siguientes hicimos misas por cada uno de ellos y todos las oíamos muy devotamente.

Y en este año que forzosamente estuvimos en aquel lugar, algunos aprendimos a chapurrear un poco la parla de los negros y nos maravillamos de los usos y costumbres de tales gentes. Y aquellos negros hacían boda de muchos mancebos con muchas doncellas, de manera que nunca se supiera de quién los hijos nacidos eran, sino que algunos nacieron más claros y mulatos y cuarterones y éstos eran hijos de los ballesteros, y hasta Inesilla parió aquel año de Andrés, mas el hijo que tuvo murió de allí a poco. Y fray Jordi amistó mucho con el viejo Cabaca y los dos mutuamente aprendieron de lo que el otro sabía de yerbas y cocimientos y ensalmos. Y salían juntos a donde los árboles más espesos

estaban en busca de sus raíces y hojas y remedios. Y yo hice amistad con el Rey Gordo y cada día iba a verlo y le hacía ceremonias cortesananas de las que usábamos en Castilla, que es cosa probada que la lisonja a todo el mundo halaga y toda voluntad doblega, sea de una u otra color, y el Rey Gordo me regalaba cada día y me preguntaba lo que yo sabía de las estrellas y del arenal y de los barcos y naos que navegan por la mar, que él nunca viera, y sobre el Rey de Castilla y de las guerras que traemos con los moros y de todo le iba dando yo cuanta puntual según mejor podía. Y aunque hablara con él yo siempre tenía puesta las mientes en aquella Asquia su mujer, de tetas y muslos tan firmes que me tenía comido el seso, y sólo pensaba en ella cuando me acostaba con alguna de las otras negras del pueblo y hasta se me representaba en sueños cuando dormía, sólo que entonces, cuando iba a llegarme a ella como varón a mujer, la dicha Asquia se iba empequeñeciendo y menguaba como si fuera niña y luego más aún como muñeca cocida y luego más, hasta tornarse tan chica que no se podía ver, con lo que, aun siendo todo sueño, quedaba yo muy burlado y escarmentado de mis lujurias. Mas no acabó el año sin que ella y yo nos encontráramos en los árboles, metidos en lo espeso de aquellas frondas, para dar franquicia a mi masculino ardor haciendo lo que hombre con mujer. Y esto repetimos muchas veces, que ella venía a buscarme porque tenía gran placer y curiosidad en hacerlo conmigo.

Y así pasó el año y a veces hablaba yo con Andrés de Premió y con fray Jordi de que era cosa de ir pensando en proseguir la busca del unicornio. Y ellos eran en esto de un acuerdo conmigo. Y así determinamos que cuando moviera el pueblo de los negros, moveríamos también nosotros por otro lado, para seguir nuestras pesquisas. Y sobre lo de mover el pueblo de los negros hay algo que explicar.

En el país de los negros la gente es tan poca y la tierra tanta que el

campo no tiene valor alguno y es como el aire entre nosotros o como el mar. Y por esta causa cada hombre puede tener toda la tierra que quiera, que lindes no hay, y sólo tiene que caminar hasta donde no haya otro y quemarla y rozarla y cavarla y sembrar en ella. Pero, como los negros son por su naturaleza poco inclinados al trabajo, la labran mal y luego que da dos o tres cosechas, se agota porque no le echan estiércol ni la riegan ni la cavan honda ni le hacen barbecho como acá entre los cristianos se usa. Y así tienen luego que abandonarla y seguir a otra parte en busca de tierra nueva que dé cosecha. Con lo cual los pueblos de allá no están quietos como en Castilla sino que cada pocos años se mueven y las gentes por esta causa andan siempre con la casa auestas hoy aquí y mañana allá y viven en chozas y no saben labrar casas de ladrillo ni piedra ni levantan tapias como nosotros, ni arrecifes ni caminos.

Cuando fue llegado el momento en que el pueblo del Rey Gordo había de moverse en busca de tierras nuevas, le pedí licencia y me despedí, que nosotros habíamos de seguir por otro camino en la busca del unicornio. Y el Rey Gordo y su pueblo se apartaron de nosotros con muestras de mucho pesar y grandes lágrimas y plantos y nos dieron regalos de lo poco que tenían. Y Cabaca dio a fray Jordi un collarillo de cuentas y semillas de mucha virtud. Y fray Jordi le dio a él una cruz, que el otro se puso al pescuezo con los otros adornos, y yo no sé si entendería qué era, porque fray Jordi, después de lo de Tomboctú, había quedado muy escarmentado y avisado y ya no bautizaba a nadie ni hacía por explicar la doctrina cristiana a los negros. Y el día de antes de la partida, Asquia me dio una taleguilla de polvo de oro que ella sabía que el oro era cosa muy apreciada para los blancos y yo tuve gran pesadumbre de no tener cosa que darle porque ya nada tenía aparte de los pobres harapos que me cubrían y las armas.

Habíamos caminando dos jornadas hacia la parte del Septentrión

cuando otro día, viernes, dos días de julio, levantámonos de mañana y hallamos que Pedro Martínez, *el Rajado*, y otros cinco ballesteros que eran muy amigos suyos y siempre andaban en su obediencia y conciliábulos, se habían ido de noche y se habían llevado trece ballestas, tres espadas y la poca sal que nos quedaba y un poco oro que algunos teníamos. Y yo hube gran enojo de ello, mas no sabía si seguirlos que Sebastián de Torres y Ramón Peñica, los rastreadores, decían que el rastro estaba fresco y era fácil pero tiraba para el Mediodía, o si seguir nuestro camino adelante sin ellos. Y hube luego consejo y determinamos seguir sin ellos. Y por las hablas que los otros ballesteros juntaron averiguamos que se habían partido a buscar el país del oro del que estaban muy informados por los negros. Los cuales decían que el oro venía de un sitio del Meridión distante cincuenta jornadas de camino y este sitio se llama Faleme en la parla de los negros y allí hay un gran río y altas montañas y los negros que habitan aquel país se llaman bambukas y no tienen trato alguno con sus vecinos. Y los que allí iban a comprar oro llevaban cargas de sal y el comercio se hace de la siguiente manera que diré: llegan los mercaderes con la sal y la dejan en una plaza grande que cerca del río se hace, en montones del peso de la que un hombre puede llevar. Y luego retíranse al otro lado del río y esperan. Entonces salen de entre los árboles y matas los negros bambukas y van a la sal y la miran y ponen una esterilla con un puñado de polvo de oro al lado de cada montón de sal y se retiran a sus árboles. Entonces vuelven los mercaderes de la sal y tornan a pasar el río y miran el polvo de oro que los otros dejaron y, si les parece suficiente, lo toman y si no se retiran al otro lado del río como la vez primera, sin tocar nada. Vuelven los bambukas y viendo que el oro sigue allí dan muchos gritos y se arañan el pecho como si hubiera ocurrido gran desgracia y luego añaden un poco más de polvo de oro al que pusieron y se retiran otra vez. Y así se repite

el toma y daca hasta que los negros están conformes y retiran el oro. Pero algunas veces sucede que los bambukas se molestan y retiran el oro que pusieron. Entonces los otros han de tomar su sal y todos esperan al día siguiente para volver a empezar el trato.

Con esto seguimos nuestro camino que no era ninguno cierto, puesto que, por donde íbamos, no vivía nadie, según notamos, por lo confiadamente que podíamos acercarnos a las manadas de ciervos y venados y otra carne de monte que por allí se cría, y fuimos saliendo de las espesas arboledas, donde había grandes serpientes y muy fieros mosquitos que mucho ofendían, y un calor de sofoco y mucha agua en el aire así como si cerca hirvieran calderas, y llegamos muy menguados a las treinta jornadas de marcha al sitio que llamaban los negros Calope. Y ésta era una vega llana donde se perdía la vista sin topar con montañas u otra cosa y tenía un yerbazal muy alto y amarillo y pocos árboles y éstos muy derramados y de buen cobijo y por allí seguimos con más comodidad, ballesteando carne y habiendo placer y estábamos nueve blancos y treinta negros que el Rey Gordo nos diera para acompañamiento y criados, y ellos venían de muy buen grado por el poco peso que entre todos repartían y la mucha liberalidad y franqueza que con ellos usábamos.

Y en aquel llano ya vimos leones, que no osaron acercársenos, y otros animales grandes y fieros y elefantes y muchos burros rayados de los que viéramos la otra vez, por lo que nos alegramos pensando que ya estábamos cerca del sitio donde pastan los unicornios. Y apretábamos el paso si podíamos por acortar jornadas. Mas una mañana divisamos lejos una como caravana de negros y en acercándonos vimos que no era pueblo en marcha como pensábamos sino sogas de esclavos que los llevaban cautivos y no había entre ellos blancos ni moros sino tan sólo unos negros llevando a otros. Y ellos al vernos se pararon y se pusieron en junto y los

guardas que los llevaban levantaban las varas y daban grandes palos en las cabezas de los cautivos para que se echaran al suelo y los tapara la yerba y yo me adelanté con tres ballesteros y Paliques a haber parla sobre qué sitio era aquél y por dónde habría unicornios mas, antes de que llegáramos a donde estaban los guardias, que serían como cincuenta, ellos dieron gran grito y tiraron de sus venablos y gran copia de flechas sobre nosotros. Y a un balletero que se llamaba Cristóbal de Nicuesa le pasaron el pecho y le salió el hierro por la espalda y murió luego y a Paliques le rebotó una flecha que venía sin fuerza en la chaquetilla de cuero. Y vista la traición y felonía, corrimos atrás dando una gran vocería por avisar a los otros. Y el de Villalfañe que lo sintió tocó la trompeta muy reciamente a degüello y los ballesteros dieron grito de ¡Enrique, Enrique, Castilla y Santiago! y vinieron con las ballestas armadas e hicieron una salva de la que pasaron a diez o doce negros de los guardias. Y de esto hubieron los enemigos gran espanto, pues nunca vieran un tiro de ballesta que desde tan lejos hiere tan acertadamente y mata, y alzaron las manos con mucha grito y tiraron al suelo venablos y flechas en lo que entendimos que se daban sin lucha y así formamos línea y abiertamente nos acercamos a ellos con las ballestas por delante y mandé a nuestros negros que fueran a soltar a los cautivos que en el suelo quedaban. Y en soltándolos luego ellos se fueron contra los guardas y los mataron a todos muy crudamente con piedras y con palos y clavándoles flechas como si navajas fueran. Y nada hicimos nosotros por contenerlos.

Y luego que hubieron matado a sus guardas vinieron a nosotros y se tiraban a tierra y nos besaban los pies y nos abrazaban nuestras rodillas y derramaban muchas lágrimas y daban alaridos no sé yo si de contento o por mostrar gratitud. Mandé a Paliques que tuviera parla con ellos y Paliques probó una parla y luego otra y luego otra, de las chamullas de los negros que tenía aprendidas, mas ninguna cuadraba bien y en ninguna

era entendido. Mas luego vino uno de los negros que nos diera el Rey Gordo, el cual sí pudo entenderlos y por su intermedio supimos que venían de un sitio que llaman Garrafa y que estaba para la parte del Meridión y que aquellos negros que los llevaban cautivos eran de los chongai sus enemigos y los habían prendido para venderlos como esclavos y que ahora que los habían muerto era mejor huir todos para su tierra pues tenían por cierto que cerca de allí había muchos más de aquellos enemigos muy fieros y armados, en un sitio donde hacían juntas de cautivos antes de pasar con ellos adelante a donde los mercados están. Y que éstos eran tantos que había que excusar escaramuza con ellos siendo nosotros tan pocos. Y a lo que preguntamos por un animal de tales señas con un cuerno solo en la frente tuvieron sus fablas entre ellos muy vivas y luego contestaron que a muchas jornadas hacia la parte del Mediodía había un río grande de nombre Congolunda donde se vieran animales como aquel que decíamos y que pacían yerba y eran grandes y tenían un cuerno encima del hocico y que los polvos de raspadura de este cuerno eran apreciada medicina en el trato venéreo. Y al decir esto se señalaban a sus vergüenzas, que las traían al aire, y se reían. Con lo que ya quedamos confirmados de que por fin habíamos dado con gentes que sabían darnos nuevas ciertas de dónde estaban los unicornios. Y como nos pareció que en todo decían verdad, resolvimos partir luego hacia la parte del Mediodía y aquel mismo día torcimos el camino por alejarnos cuanto antes de la mortandad que atrás dejábamos. Y es maravilla ver cómo en el país de los negros no es posible callar un muerto porque en seguida se convoca gran copia de buitres y otras aves del mismo talante que hacen su vuelo coronado encima de la carroña y se dejan ver como nube negra a muchas leguas del lugar, tan espesas se juntan y tan grandes son. Y estos buitres que digo son mucho más lerdos que los que se crían en Castilla porque, en viendo a alguien que no se mueve, ya empiezan a

volarle encima y no se cuidan de si está muerto o solamente dormido y en más de una ocasión se ha despertado uno y se ha visto rodeado de estos pájaros. Mas luego son cobardes y en gritándoles levantan vuelo y se alejan con gran algarabía y enfado, que parece que siempre traen hambres atrasadas y se contrarían mucho de que lo que parecía moribundo goce de buena salud.

Y en pasando adelante dejamos que los cautivos que habíamos liberado se fueran por otro lado por no tener que ballesteear carne para tanta gente, sino dos o tres de ellos que parecían más listos que los otros a los que dijimos que se quedaran para mostrarnos el camino y ellos se quedaron de muy buena gana. Y marchaban delanteros abriendo marcha y eran muy parleros y Paliques iba con ellos informándose de sus chamullos. Y eran tan menudos de cuerpo que Paliques parecía el padre de todos ellos, aun siendo tan corto y escurrido de carnes como era.

Y movimos de allí y hacíamos jornadas cortas para dar descanso a algunos enfermos y heridos que venían y porque las grandes calores en medio del día estorbaban el mucho caminar. Y los ballesteros iban más conformes que otras veces porque tenían sobra de mujeres que muy alegremente se les daban y con esto olvidaban los trabajos pasados y los por venir. Y ellas les molían el mijo y les maceraban la carne y hasta les mascaban los bocados. Y ellos dábanse vida de mucha holganza, como reyes moros, y desoían a fray Jordi que muy enconadamente los exhortaba a no vivir como paganos. Mas ni Andrés ni yo teníamos fuerza de negarles aquellas comodidades y regalos por miedo a que con la desesperación de la mala vida se fueran en pos de Pedro Martínez, *el Rajado*, y los otros que buscan el oro.

DOCE

LUEGO VINIERON DOS MESES de crudo caminar por entre espesuras húmedas y charcas pobladas de culebras y de enfermar muchas veces de los mosquitos que día y noche nos apesadumbraban con grandes pesadumbres. Y tengo por cierto que de sólo la sangre que en aquellas frondas espesas me chuparon los chinches y mosquitos hubiéranse podido hacer hasta dos grandes calderadas de morcilla. Mas al cabo deste tiempo dimos en una tierra más despejada que los negros llaman Manda. Y allí hay innumerables ríos chicos y grandes que corren al Septentrión y arboledas muy espesas que cubren muchas leguas de verde y están tupidas a maravilla, que no dejan pasar el sol como si la noche se hiciera en medio del día, y nosotros nos hurtábamos deste agobio caminando siempre por donde los ríos, que está algo más despejado porque las avenidas tiran árboles y crece algo la hierba y siempre hay caza de la carne que acude a beber. Y algunos ríos daban en otro más grande y otros en lagos y charcas grandes y chicos donde vivían gran muchedumbre de pájaros muy raros y de muchos colores y de luengas patas, finas como asta de flecha, y de luengos picos, mas poco piadores y roncós. Y en aquellos verdales no viven hombres, mas los negros señalaban que donde acababan los árboles había pueblos y gente y muchos unicornios, con lo que nosotros nos esforzábamos en soportar aquellas calamidades viendo que al fin serviríamos al Rey nuestro señor.

Y fray Jordi, que había perdido todas sus grosuras y mantecas y ya no tenía panza y parecía más joven, a todos acudía con su esfuerzo y consuelo y a todos confortaba en la fiebre y quebranto. Y decía a veces: «Hay buenos que Nuestro Señor permite que sean punidos por merecer más galardón. Con paciencia sufrir los males como frío o calor hambre y sed y calenturas y pasiones y muertes como los sufrieron los apóstoles,

los mártires, confesores, vírgenes, Job y Tobías y Catón». Con lo cual conformaba a los que habían perdido aliento. Mas con todo, él muchas veces se apartaba con el achaque de sus yerbas y luengo rato se estaba en rezos y en lágrimas, más afligido que otros y sin haber quien lo consolara en su disimulado esfuerzo.

Y siguiendo nuestro camino hacia el Mediodía, llegamos a donde viven unos negros que se llaman bandi que es al lado de un río manso como charca que parece que no se mueve según de verdín cría arriba. Y había allí una como puente de grandes losas y luengas y uno podía cruzarla caminando sobre ellas sin mojarse en el agua. Y las chozas de barro donde los dichos negros viven eran como colmenas y estaban a entrambos lados del dicho río así como Triana está a un lado y Sevilla al otro. Y así que nos vieron llegar el primer día, huyeron muchos negros de los que en el campo estaban, con gran prevención y como si hubieran grande pavor. Y yo mandé que Paliques se adelantara con Sebastián de Torres y algunos otros y que sonaran la trompeta. Y en sonándola salieron muchos negros de sus casas y de los árboles como si fuera el día del Juicio Final. Y delante de ellos venía uno con un gorro de melena de león y muy pintado por el rostro y por el cuerpo y lleno de abalorios y raros collares por lo que conocimos que era el mandamás de allí. Y en acercándose a mí quiso postrarse mas yo no se lo consentí, sino que haciéndole gestos amistosos le hice luego alzarse. Y ellos vieron con esto que éramos gente pacífica y el de la melena se volvió y le dijo a sus gentes algo, de lo que parecieron muy contentos. Y a poco, los que antes corrían como si hubieran visto la cara del Demonio, ahora mostraban tan grande placer y alegría como suelen hacer en otros sitios cuando personas altas y señaladas son llegadas. Y el habla de aquellos negros no era de las que Paliques comprendía pero juntando unas palabras con otras y con gestos se podían pasablemente entender. Y Paliques dijo que no

buscábamos oro ni plata ni esclavos sino al unicornio. Y el de la melena de león le preguntó si veníamos de la Luna, y esto fue no por simpleza ni mengua de seso, sino porque nos veía tan blancos siendo ellos negros atizonados. A lo que respondíamos que veníamos de Castilla que es un reino que está más allá de los moros, cruzando el mar. Mas tampoco entendían quiénes fueran los moros ni habían visto en su vida el mar, tan apartados vivían de todas las cosas. Y, por las trazas que sacamos, tampoco habían visto al unicornio.

Mas pasando adelante llegamos a las chozas de los negros y ellos hicieron guisar muy bien de comer y aderezaron una buena posada en la cual pusieron, ya que no gran mesa y aparador, aquellas pocas cosas que ellos tenían por muy necesarias y muchas cañas y hojas frescas donde aparejar gentil cama a los que de fiebres venían aquejados. Y luego se llegaban todos los negros con cestos de mimbre y platos de madera y abastaban de harina y pescados y frutas de diversas maneras. Y el tiempo que con ellos estuvimos nos hicieron muchas honras y fiestas y nos ordenaron muchos placeres y ellos se estrechaban en sus haciendas por más nos honrar, lo que nosotros pagamos como mejor pudimos que no fue mucho para tanta liberalidad y franqueza, porque ya veníamos muy quebrantados y pobres.

Y porque las cosas que pasaron no solamente fuera trabajoso a quien todas las presumiera poner por escrito, mas casi imposible, y a los lectores y oyentes aun fuera causar enojo o fastidio, y por tanto ceso de esplanar por menudo las otras cosas que los otros días pasaron.

Tornados al camino, tres días pasada la Pascua, que solemnemente celebramos con comunión general y muchos signos de religión y piedad, dimos en un prado apacible muy pintado de menudas y variadas flores. Y los negros que con nosotros como criados venían probaron a comer ciertas flores grandes y gordas que había y hallaron que eran buenas y

sabían como a meloja, con lo cual nos regalamos y con otra carne de monte que cada día ballesteaban los hombres. Y al tercer día vimos signos de que algunos negros desde lejos en los árboles nos estaban mirando. Y pensamos que serían gente pacífica como la otra aunque asustada de vernos. Y determiné acercarme con algunos para mostrarles buena intención. Y así nos llegamos adonde los habíamos visto antes y les dejamos un cuarto de venado que teníamos asado de la mañana y que nos había sobrado. Y se lo pusimos colgado en una rama alta de un árbol, donde no lo alcanzaran las fieras. Y a la tarde volvimos y no estaba el venado pero había en su lugar una esportilla de harina de mijo. Y con esto vieron ellos que nuestras intenciones eran buenas y nosotros vimos las suyas. Y al otro día ya nos acercamos y les hicimos señas y ellos nos las devolvían y luego algunos vinieron a donde estábamos y Paliques probó a hablar con ellos, mas no se entendían porque la parla era distinta. Y aquellos negros tenían la color más clara que los otros que con nosotros venían y eran de más acomodadas hechuras y proporciones y el pelo lo tenían menos ensortijado y más lacio y las narices mejor hechas y más armoniosas. Y pasamos adelante con ellos por un sendero que nos mostraron y fuimos a dar a una cañada por donde corría una clara corriente muy amena. Y al fondo de la cañada había árboles altos y de debajo de aquellos árboles avanzó hacia nosotros mucha gente bulliciosa que hacía ruido de campanillas y cuernos y bocinas, como en romería, a lo que yo hice seña a Francisco de Villalfañe que tocara la trompeta y él dio dos o tres toques muy agudos a los que los negros se asustaron al principio mas luego viendo que nos reíamos, replicaron ellos con grandes risas como niños, y bullas y algarabía. Y cuando más cerca estuvieron vimos que venían armados de muchos paveses grandes aforrados de cueros blancos. Y portaban arcos y flechas y lanzas muy agudas. Mas luego del primer sobresalto, nos sosegó notar que los principales venían

delante y eran cuatro hombres muy gordos con grandes adornos puestos en sus cabezas y detrás de ellos iban mancebos desnudos que serían sus pajes, con las vergüenzas al aire, y les llevaban asientos de madera. Y luego que llegamos a pocos pasos, les hicimos reverencia para saludo y ellos se miraron y se rieron de buena gana y tornaron reverencia y luego se vinieron a nosotros con mucha llaneza y anduvieron palpándonos las carnes y mesándonos las barbas y catando las armas y de todo se maravillaban con aquella simpleza que ya teníamos vista en los otros negros del país. Y nosotros los dejamos hacer sin mostrar reparo, aunque más retrasados quedaban ocho ballesteros puestos en celada, con las ballestas armadas y prestos a intervenir si menester fuera.

Y pasando adelante estos negros nos llevaron a su pueblo que era como de doscientas chozas de paja y barro en forma como de barca bocabajo y las de fuera estaban pegadas unas a otras haciendo barrera. Y nos ofrecieron posada en una choza grande mas nosotros hicimos reverencia y fuimos a montar el campamento enfrente, al otro lado del río. Y catando ellos que nos queríamos establecer allí, luego vinieron muchos de los suyos peritos en aquel arte y nos hicieron en dos o tres días chozas de ramas y barro como las suyas, haciendo un cuadrado grande donde yo les señalé, para mejor defensa. Y como la tierra parecía buena, yo mandé que cavaran una zanja en la otra parte, donde no había rio, y que pusieran estacada de púas pensando que nos podríamos quedar allí unos meses hasta reponernos de los quebrantos y fatigas pasadas y tener hablas de para dónde tirar en pos del unicornio. Y el Rey de aquellos negros era uno de los hombres gordos que salieran a recibirnos, cuyo nombre nos sonaba a Caramansa y así lo llamamos nosotros de allí en adelante. Y los otros que con él iban eran sus hermanos y ministros. Y por intermedio de uno de nuestros negros que entendía algo de su parla, supimos que en aquella tierra había otros dos reyes y que los tres andaban

en guerra. Y éste era el motivo y razón de que hubieran salido a nosotros con armas, que pensaron que seríamos de los enemigos. Y el nombre de los tales enemigos eran mambetu y el de la gente de Caramansa los bandi.

Como nos establecimos allí fueron pasando días y el calor no era tan grande en el collado y los yerbazales eran apacibles y los hombres no pensaban en moverse sino que gastaban las horas corriendo montes y matando muchos toros y venados y puercos y otros vestigios y jugando a las cañas y danzando y festejando y habiendo otros muchos placeres. Y fray Jordi amistó con el físico de los negros y cada mañana salían con el Negro Manuel y con otros dos o tres aprendices y se iban a donde los árboles a recoger yerbas y a macerar insectos y sabandijas y a hacer conocimientos de salud para aprender cada uno lo que el otro sabía. Y según pasaba el tiempo los hombres ballesteaban menos carne y se daban más a la molicie y a pasar el día groseramente tirados por la yerba o retozando con las negras, que eran fáciles y reidoras, o jugando a los dados y a otros juegos africanos que iban aprendiendo, como todo lo malo, con singular presteza. Con lo cual nuestros pecados eran multiplicados cada día más y el mal vivir se continuaba sin enmienda que se viera aunque luego, la Cuaresma llegada, todos confesaron con mucha contrición y ceniza y penitencia y propósito de enmienda. Lo que no fue sino una tregua mal guardada para luego volver más reciamente al fornicio y a la holganza. Y yo veía con malos ojos que no se ejercitasen los hombres en labores y milicias más rigurosas pero, por otra parte, viéndolos tan secos y trabajados de las pasadas penalidades y fatigas, pensaba que era mejor dejarlos que se repusieran algo más antes de meterlos por nuevos y desconocidos caminos.

Y así pasaron algunos meses hasta que un día el Negro Manuel llegó corriendo y sin resuello a dar aviso que algunos negros de aquellos

mambetu con los que Caramansa tenía guerra, habían cautivado a fray Jordi y al físico de los negros. Y con esto mandé al de Villalfañe que tocara la trompeta e hiciese rebato y acudieron los ballesteros con Andrés de Premió y dije lo que había y tomamos armas y ballestas y salimos detrás del Negro Manuel en busca de los cautivos. Y anduvimos todo el día con Ramón Peñica delante catando el rastro, hasta que, la oscuridad de la noche venida, nos tomó la luna en un pradillo que junto a un cerro estaba y allí nos detuvimos a hacer noche cuidando seguir el rastro muy de mañana. Mas luego que el río dio niebla vimos cómo a menos de una legua de allí había un resplandor de candela que se reflejaba en la niebla arriba y pensamos que serían los que llevaban a fray Jordi. Y con esto muy animados olvidamos las fatigas del día y proseguimos el camino con gran recaudo para donde la luz parecía. Y cuando estuvimos cerca de ella nos repartimos despacio, cuidando rodearla y no hacer ruido, sino que a veces pisábamos ramas secas y nueces que crujían, mas ya sabíamos que en la noche del país de los negros nadie cuida de estos ruidos chicos porque siempre hay animales y monos grandes y medianos que merodean donde la gente está en busca de qué comer pero sin osar nunca llegarse cerca de donde hay fuego. Con esto fuimos acercando hasta que estuvimos sobre ellos. Y vimos que eran ocho negros muy talludos y fornidos y que a un lado estaban tres negros de los nuestros y fray Jordi y el físico de Caramansa y que uno de nuestros negros estaba herido y parecía que se quería morir. Y yo mandé por señas a Villalfañe que diera luego trompetazo y él diolo muy de recio y antes de que los ocho negros mambetu pudieran ver qué era aquello que pasaba, los ballesteros habían dado con ellos en tierra menos uno que quedó clavado en el árbol que al lado estaba y se miraba con ojos espantados las aletas de cuero del virote que le había pasado el pecho y no sabía qué extraña cosa era aquella que lo cosía al árbol. Y con esto nos llegamos a los caídos y los degollamos y

luego soltamos a nuestra gente de sus cuerdas y hubimos gran alegría de verlos sanos y vivos, salvo el que iba herido, que le habían dado un mazazo en la cabeza y llevaban a donde su gente para comerlo. Y con esto nos tornamos a nuestro pueblo después de pasar la noche en otro pradillo más lejos de donde quedaban los dichos muertos.

Y después de esto Caramansa quedó muy agradecido de nosotros y vio que su gente andaba bien defendida y nos colmaba de honores y cada día mandaba mijo y otros granos para nuestro servicio y venían mujeres negras que nos molían la harina en largos morteros de madera con pistilos de palo muy trabajosos de manejar, pero ellas nunca se cansan y, como traen sus crías de pecho atadas a la espalda, ellas se ríen y creen que aquello es un juego, lo mismo que en Castilla cuando los chicos se montan en el borrico que va al molino y no cuidan si son hidalgos o villanos.

Y a poco de entonces los ballesteros fueron habiendo barraganas negras, lo que al principio quiso estorbar fray Jordi mas luego, viendo que sus reclamos no eran oídos, no volvió a decir nada y ellos tuvieron mujer negra y algunos me pidieron licencia para irse a vivir a donde los negros, cruzando el río, mas en esto fui de un acuerdo con Andrés de Premió en no autorizarlo, temiendo que, si los negros fueran luego desleales, no nos podríamos defender dellos si no estábamos juntos en nuestro pueblo. Y con esto fueron las mujeres negras de los ballesteros las que se fueron viniendo a vivir a donde nosotros. Y algunos de los dichos ballesteros se trajeron a dos mujeres, lo que fray Jordi tuvo por gran abominación y paganía mas, con todo, luego hubo de consentirlo pues la vida era dura y las mujeres salían cada día a buscar brotes y raíces y cosas que comer y molían el grano y cocían las tortas y velaban por el fuego y hacían todas las cosas necesarias de la casa con mucha diligencia aunque no poco griterío, que son grandes reñidoras. E Inesilla fue poco a

poco tornándose como ellas y aprendió con presteza la lengua de aquellas gentes, al igual que Paliques que tanta facultad tenía para las parlas retintas.

Los actos ya dichos pasados, las gentes de los bandi fueron otra vez aquejados por los de mambetu, que eran más esforzados y más ahincadamente los estrechaban y combatían y les corrían la tierra. Y con esto lamentaba yo en mi corazón haberme encontrado primero a aquellos bandi y no a los mambetu, mas para entonces Caramansa nos había hecho tanta merced quitando la comida de la boca de sus gentes para alimentarlos a nosotros y trayéndonos leña y haciéndonos otros servicios señalados, que con ello quedábamos muy obligados. Y, por otra parte, algunos de ellos se habían vuelto cristianos de las pláticas con el Negro Manuel y levantaban cruces de palo en las puertas de sus chozas y con todo esto más nos obligaban a esforzarnos en los defender de sus enemigos. Mas siendo nosotros poca gente y como ave de paso, determinamos que Andrés de Premiό y algunos de los ballesteros en saliendo al yerbazal cada día instruirían a los negros más juvenes del pueblo en las cosas de la milicia y en cómo dar vista al enemigo y cómo acercarse a él y cómo ofenderlo y cómo defenderse dél y rechazarlo y cómo retirarse sin daño cuando es él el que va victorioso y cómo perseguirlo si va en derrota, y todo esto hacían a toque de trompeta según en Castilla se hace, y los negros iban entendiendo los toques y se movían por ellos muy ordenadamente, que parecían bien dispuestas batallas y gente disciplinada y esforzada y buena. Y con esto fuimos nosotros cobrando más ánimo en que, cuando fuéramos de allí partidos, ellos solos se sabrían defender. Mas andando las cosas sobre ello, a poco supimos, por espías y hablas ciertas, que los mambetu eran tres pueblos muy poderosos y distantes y que se estaban juntando en uno para venir a correrles las tierras a los bandi y que se habían juramentado a sus dioses

para matar a los herreros blancos y comerles los hígados. Y estos herreros blancos éramos nosotros, que así nos llamaban Dios sabe por qué no siendo ninguno de nosotros herrero. Y sabido esto hice yo consejo con Andrés de Premió y ambos acordamos lo que más cumplía para nuestra defensa y la del pueblo. Y fue que, reconociendo el campo, por el lado que no se cortaba el río, había un gran llano de yerbazal con pocos árboles, por donde forzosamente había de venir y entrar la fuerza de los mambetu cuando quisieran ofendernos. Y pensamos que allí los esperaríamos y les daríamos campal batalla. Y cuando hubimos medidos al campo y visto los otros extremos en él servideros a las cosas de la guerra, dispuse yo que en el día del combate cada balletero tuviera detrás dos negros de los que con nosotros habían venido. Y los dichos negros ya estaban adiestrados en cargar la ballesta y armarla y sabían hacerlo con mucha presteza. Y desta manera el balletero tiraba un virote y dejaba a un negro la ballesta descargada y tomaba otra armada del otro negro. Lo cual se puede hacer cuando sobran ballestas, como era el caso. Y en el tiempo de rezar un Paternoster cada hombre podía disparar hasta diez virote, con lo que, aunque sólo hubiera doce balleteros, el efecto era como si hubiera treinta. Y luego calculé la longura y distancia que los venablos de los negros alcanzaban y mandé hacer cavas poco hondas a esa distancia, cruzadas como espina de pez, y poner en lo hondo de esas cavas cañas muy agudas hincadas en el suelo. Porque habiendo visto que los negros tienen la costumbre de tomar carrerilla para lanzar sus venablos, de esta manera se les estorbaba el correr, con lo que los venablos caerían cortos. Y además, para más defensa de los balleteros, dispuse que delante de ellos estuvieran dos filas de negros con lanzas en la mano, los unos rodilla en tierra y los otros de pie. Y todos cubiertos de escudos grandes como manteletes que mandé hacer de juncos y cañas como en canasta. Y luego de disponer que saldríamos al campo de esta

guisa, hicimos alarde por la orilla del río y salió muy lucido. Y luego, durante muchos días, Andrés de Premiό y Sebastián de Torres y el de Villalfañe estuvieron disciplinando a los negros en que conocieran los toques de trompeta y se movieran por ellos concertadamente. Y cuando supieron qué toque era el de avanzar despacio y cuál el de aprisa y el de lanzar venablos y el de retraerse, Andrés de Premiό escogió a los que más fácilmente lo hacían, que eran los más, y despidió a los otros. Y con los que quedaron formó cuatro batallas de doscientos negros cada una y yo determiné que estas batallas estarían dos a cada flanco de la ballestería cuando fuésemos delante del enemigo. Y sobre ello volvimos a hacer alarde muy vistoso y Caramansa estuvo satisfecho y reía y se hinchaba de aire vano como si todo aquello se aparejase por su virtud y buen seso, de lo que algunos empezamos a desamarlo.

Y pasando adelante con esto, como supiéramos de cierto que ya los mambetu venían con todo su poder, hice poner grandes guardas en todos los lugares do convenía para que no fuésemos de los enemigos ofendidos. Y antes de que amaneciera el día vinieron corredores con el aviso de que el enemigo había levantado el campamento en medio de la noche. A lo que oímos misa muy devotamente y comulgamos. Y los otros negros paganos nos miraban en grande silencio y muchos de ellos, entendiendo la virtud de tales actos de religión, se arrodillaban y juntaban las manos como nosotros. Y acabada la misa y rezos di orden de salir y de tomar el llano del yerbazal y que las mujeres y los niños y los que no iban a luchar se retrajeran a los árboles. Y luego marchamos por el sendero grande con mucho orden y silencio y salimos al yerbazal y en pasando adelante llegamos a donde las zanjaz y trampas loberas estaban, las cuales mandé disimular con yerba, y allí esperamos según lo dispuesto y ensayado de otras veces. Y cuando ya se mostraba el alba se oyeron a lo lejos los recios tambores de los mambetu que venían contra nosotros. Mas estaban

tan remotos que aún hubimos de esperar gran pieza antes de que se dejaran ver a lo lejos los flecos y palos y enseñas y plumas que en alto como banderas traían. Y crecía el ruido de los tambores tanto que no había personas que una a otra oír se pudieren por cerca y alto que en uno hablasen. Y muchas bandadas de pájaros asustados se levantaban y pasaban volando por sobre de nuestras cabezas y los más de ellos se desviaban a la diestra, lo que tuvimos por señal de buen agüero y con esto nos confortamos mucho. Y Caramansa, muy serio, se puso detrás de nosotros donde no le llegara daño. Y vestía todos sus arneses de guerra que son trapos pintados y sombreros y collares. Y estaba levantado sobre silla de cañas para que todos lo vieran bien mas el rostro lo tenía serio y sudaba mucho y no osaba decir palabra.

Y luego que los mambetu se acercaron a cuatro tiros de ballesta vimos que venía gran muchedumbre de ellos, tantos como jamás viéramos juntos en la tierra de los negros, que no parecía sino que el universo allí era juntado contra nosotros. Y nuestros negros empezaron a inquietarse cuando vieron tan gran muchedumbre de enemigos y volvían la cabeza y miraban para Caramansa a ver qué decía. Y Andrés de Premiό se vino para donde yo estaba y me dijo: «Temo que le dé miedo al gordo y huyan todos. Es menester decirle que esté a pie quieto». Y yo, viendo que tenía razón, luego mandé a Paliques que le fuera con el recado de que según yo veía las cosas aparejadas, de allí a poco íbamos a cobrar gran victoria. Y en esto estábamos, nuestra ballestería puesta en medio y las batallas de los negros bien ordenadas a uno y otro lado y las filas de los lanceros delante. Y venían ya los enemigos a dos tiros de ballesta y se distinguían cuáles eran sus jefes porque los llevaban levantados y puestos encima de sillas de caña. Y viendo así aparejadas las cosas luego llamé a Andrés de Premiό y le dije que ordenara a los ballesteros que al primer toque de trompeta dispararan contra los que venían en las sillas que eran

los tres reyes y luego siguieran tirando contra los que iban a pie con melenas de león que eran los más esforzados guerreros del enemigo y sus campeones. Mas, por excusar yerros, le dije que dispusiera a dos ballesteros buenos con recado de tirar a cada uno de los que en las sillas levantados venían.

Con esto llegaron los negros a tiro de ballesta mas yo los dejé acercarse más para que los de las sillas tuvieran el tiro cierto. Y viendo que nosotros no nos movíamos ni traíamos tambores ni ruidos, ellos se crecían más y proferían grandes gritos y alaridos y daban carreras a donde nosotros estábamos y nos tiraban algunos venablos que caían cortos y a nadie hería. Y con ellos crecía el ruido de muchos tambores que traían detrás. Y el ruido era tanto que parecía que tronaba el llano y con esto ponían pavor en los corazones de nuestros negros y ya daban señales de desfallecer. Y Caramansa sudaba mucho como si le lloviera y se pasaba la mano por la redondez de la cara. Entonces hice seña a Villalfañe que pendiente de mí estaba y él tocó la trompeta con todas sus fuerzas, para que bien la pudieran oír por encima del tronar de la tamborada, y al oírla dispararon los ballesteros y los tres reyes que venían contra nosotros recibieron en sus pechos los pasadores de acero y se vinieron a tierra muertos con gran confusión de sus gentes, y en esto alzaron gran grito los ballesteros diciendo: «¡Enrique, Enrique, Enrique por Castilla, Castilla!», y nuestros negros empezaron a tirar sus flechas y sus venablos y los otros que corrían contra nosotros empezaron a trastabillar y caer en los pozos de lobo y a dolerse de las cañas clavadas y los que atrás venían tropezaban en los caídos y se venían a tierra con gran confusión y los de la zaga, viendo muertos a sus reyes, se quedaban parados sin saber qué hacer, mas aunque de ellos los más esforzados que llevaban melena de león querían seguir, luego iban siendo pasados muy a salvo por la ballestería que sobre ellos tiraba y tan de cerca y tan fuerte

que hasta hubo pasador que mató a tres negros antes de perder fuerza, tan apretados y espesos venían contra nosotros. Y con esto fue cesando el ruido de tambores y los delanteros se levantaban del suelo y miraban atrás qué pasaba y veían que la zaga se desbarataba y huía en tropel, atropellándose y estorbándose los unos a los otros. Y en diversas partes donde algunos más valerosos se quisieron defender, allá se trabó una escaramuza, la más brava que nunca los hombres vieran, la cual más propiamente se podría decir pelea peleada.

Y visto el buen orden que tomaban sus negocios, Caramansa se alzaba de pie sobre la silla y daba grandes voces y exhortaba a los suyos a la pelea. En esto di seña a Villalfañe que tocara la trompeta de degüello para que las alas salieran en pos de los fugitivos, porque la ocasión se aparejaba para hacer muy a lo salvo gran mortandad y botín de ellos, mas los toques no fueron entendidos por los negros, a pesar de que mucho los tenían ensayados, porque, en el ardor de la pelea, no cuidaron más que a salir adelante muy revueltos y confusos y rematar a los que en el suelo estaban heridos y arrancarles lo poco que llevaban y a los tres reyes los hicieron cuartos muy crudamente y venían a presentarles sus hígados a Caramansa. Con lo que nosotros, viendo que tan gran victoria no llegaba a sus mejores términos por la indisciplina de los negros, luego nos agrupamos y vimos con gran disgusto la bravura que ahora demostraban en los muertos los que antes temblaban de miedo y cómo se juntaban en cuadrilla para llegarse a rematar a los de las melenas de león que malamente heridos yacían en tierra, y luego que se llegaban a ellos les pinchaban los ojos o se los saltaban con palos y les cortaban sus vergüenzas y les tomaban las melenas de león y luego se las disputaban entre ellos con sus ásperas voces, como perros en despojo de montería. De todo lo cual hubimos gran disgusto.

Y viendo esto vino a mí Andrés de Premiό con gran enojo y me dijo:

«Nunca haremos migas con ellos ni tendrán ordenanza de soldados verdaderos y la otra vez que vengan enemigos a vengar este día, si se saben mantener fuera de las ballestas como presumo que harán, ya no veremos tan fácil victoria como hemos visto hoy». Y con esto nos tornamos a nuestro pueblo y dejamos a los negros allí haciendo grandes fiestas y, según luego supimos por nuestro Negro Manuel y por los otros, luego que fuimos idos, abrieron las cabezas de los reyes y de los que llevaban melenas de león y les comieron los sesos pensando que en ellos está la virtud del hombre. Y luego de los muertos del montón cortaron muslos y brazos y los asaron y comieron dellos. Y las cuentas de aquella muerte que no sé cómo lo diga o estime por incredulidad de los que no lo vieron ni saben, fueron, por nuestra parte, un ballestero y doce negros muertos y unos pocos más heridos y por la parte de los enemigos cuatrocientos veinte muertos y no hubo heridos porque a cuantos tomaron luego mataron.

De los nuestros murió en aquella ocasión Miguel Castro, un ballestero de los que venían de Toledo que era el hombre más callado que pensarse pueda y hasta en las ocasiones de júbilo iba él pensativo y podía pasar días enteros sin despegar los labios ni ser notado, mas siempre fue fiel y bien mandado como bueno. Un venablo le entró por los riñones y la punta le salió por la barriga que es herida de muerte. Y acudió a verlo el de Villalfañe, que desde que muriera Federico Esteban hacía de físico de las llagas, y no lo quiso tocar porque ya estaba muriendo, sino que sacudió la cabeza y se levantó y dijo que viniera fray Jordi. Y acudió el fraile y Miguel Castro abrió un ojo y habló para decir que quería confesión. Apartámonos todos una pieza y fray Jordi lo anduvo confesando, mas antes de darle la absolución, Miguel Castro tuvo un escrúpulo y dijo a fray Jordi: «Padre cura, algo más hay que decir». Y dijo fray Jordi: «Dilo, hijo mío, y descansa en el Señor». Y él dijo: «Es una duda que he tenido

toda mi vida y no quiero irme con ella: La Santísima Trinidad, ¿es una persona o son tres?». «Hijo mío —le dijo el fraile—, ése es un misterio de la Santa Teología. Son tres personas, Padre, Hijo y Espíritu Santo, juntas en una». Mas este comentario no satisfizo a Miguel Castro y tornó a preguntarle la misma duda. Y fray Jordi le explicó, con muy concertadas razones, el misterio de la Trinidad y ponía la voz persuasiva para decirle que es como tres regatos que se juntan en un solo arroyo, que es como tres cabos de velas juntas en una sola llama, que es como dedos que se juntan en una mano. A lo que replicó Miguel Castro, que ya tenía los ojos cerrados y estaba más blanco que el papel, que los dedos de la mano eran cinco y fray Jordi contestó, impacientándose, que la mano que él tenía pensada sólo tenía tres dedos. Calló un poco Miguel Castro y siguió el fraile hablándole paternalmente y ya parecía que lo tenía convencido y levantaba la mano para la bendición absolutoria cuando en ese momento abrió Miguel Castro los ojos muy abiertos y le dijo: «Fray Jordi, que aún no me tiene persuadido, que no entiendo si es una persona o si son tres». A lo que fray Jordi le replicó, con voz incomodada y enfadada: «Y a ti qué te importa si son tres personas. ¿Es que acaso las vas a tener que mantener?». Y luego le dio la absolución sin más plática y le dejó caer la cabeza muy enfadadamente y nos pareció que Miguel Castro se reía en sus adentros de haber enfadado al fraile antes de partirse de este mundo. Y acudimos a él y fue mirándonos uno a uno con los ojos vidriosos y luego los cerró y expiró.

TRECE

DEL TIEMPO QUE ALLÍ estuvimos guardo poca memoria, sólo que allá nos tomó el lunes de Casimodo y la fiesta del Espíritu Santo y tan quebrantados estaban algunos de las calenturas y pestilencias y tan acomodados otros a la vida de los negros que no veíamos el día de partir. Y todos los hombres acabaron emparejándose con mujer negra, en lo cual no fui yo distinto a ellos sino que, andando el tiempo, después de haber retozado con cuatro o cinco de ellas, siempre a espaldas de fray Jordi por no merecer su reprobación, luego me vine a aficionar a una negra muy joven que tendría catorce o quince años y que se llamaba Gela. Y ésta era hija de uno de los hermanos gordos de Caramansa. Y cuando el padre vio que ponía mucho los ojos en ella, vino a ofrecérmela por más obligarme. Y es costumbre de los negros, como entre nosotros en Castilla, la de pagar dote por la mujer. Y el padre de Gela me señaló por dote una ballesta de las tres que yo entonces tenía, mas hice venir a Paliques y por su intermedio le expliqué que nuestra ley prohibía comerciar con ballestas, así que debía acomodarse a pedir cualquier otra mercadería que no fuera la ballesta. Y él torció el gesto e hizo ademán de retirarse muy enojado, mas venía yo avisado, de mi trato con otros negros, de que estas manifestaciones de enojo y amenaza que los negros usan no son nunca verdad. Y es el caso que cuando han de pensar algo fingen enfadarse y dan la espalda o se mesan los cabellos o se arañan la cara como si hubieran recibido gran afrenta. No se parecen en esto a nosotros, los blancos, que, cuando hemos de pensar algo, nos dejamos ver con el gesto grave, la frente arrugada, la mano en la mejilla, dando silenciosos paseos, mirando ora a la tierra ora al cielo. E incluso, muchos de entre nosotros que no están dotados de pensamiento o, si lo están, lo están poco, fingen esas posturas para hacer creer a los que los miran que piensan. Y esto es

porque entre los blancos el pensar está bien visto. Por el contrario, entre los negros, el pensar no está bien visto y por ese motivo han de fingir que no piensan cuando en realidad están pensando y cavilando sobre sus negocios. Así que esto me hizo el padre de Gela y yo no le di importancia y al cabo del rato tornó y me pidió dos melenas de león y una manta. Y es de advertir que las melenas de león alcanzan gran precio entre los negros porque ellos piensan que la virtud del león y toda su fuerza y fiereza se contiene en la melena y por este motivo muy a menudo los mandamases vienen tocados dellas en la cabeza y las melenas alcanzan grandes precios. Mas, como cazar un león es empresa muy arriscada y dificultosa, yo le dije que era mucho precio y que por tanto tendría que acomodarme con escoger mujer distinta que no fuera de dote tan crecido. A lo que el padre de Gela volvió a proferir alaridos y a mover mucho los brazos y a dar patadas en el suelo, que no parecía sino que le hacían fuerza o que estaba en manos del barbero y le estaban sacando una muela, la sana para mayor escarnio, y cuando acabó de hacer aquellos duelos y pesadumbres se paró a mirarme y yo puse cara de no estar conmovido y ya aflojó y se acomodó a lo que tenía pensado al principio, que era conformarse con sólo una melena de león y una manta y a esto, con ser sobrada dote, ya sí estuve de acuerdo por el mucho placer que yo tenía en que Gela y no otra fuera mi mujer. Y así se lo prometí. Y luego, a los dos días, cuando ya era luna llena y brillaba la noche como si fuera el día, salí del pueblo con cuatro negros que eran muy buenos rastreadores y con el Negro Manuel y con dos ballestas buenas y hasta treinta virotes con punta de acero. Y caminamos durante dos días hacia Poniente, por donde los negros conocían que había leones, y al tercer día tuvimos señas de ellos en un prado muy grande que más que la vista se extendía. Y a la parte de enmedio de aquel prado había unos árboles muy copudos y desparramados, y debajo de la sombra de aquellos árboles, porque era la

hora del calor, había algunos leones y leonas, tumbados como perros en agosto. Y se veían muy bien las melenas doradas como el oro que sacudían de vez en cuando por espantar las moscas. Y brillaban las melenas encima de la negrura de la sombra y del verdor de la yerba. Los leones estaban tumbados y como el aire venía de frente, no ventearon nuestra presencia. En todo mi tiempo en el país de los negros no había yo visto leones más que de lejos o muertos y ahora, en el momento de enfrentarme a uno, lo que irremediablemente había de hacer si no quería perder mi autoridad delante de los negros, pensé que me estaba portando como felón y que por satisfacer mi comodidad y mi impudicia me ponía en peligro de muerte y que si moría de aquella a lo mejor los otros no podrían continuar la empresa y el Rey nuestro señor dejaba de alcanzar el cuerno del unicornio. Mas con todos estos reproches y pensamientos, miré para los negros que conmigo iban y hallé que tenían miedo y que estaban agachados sobre la yerba y medio vueltos de espaldas, como si de un momento a otro fueran a emprender veloz huida por ponerse a salvo. Y la advertencia de su cobardía me infundió valor y pedí al Negro Manuel que me alargara las dos ballestas y él me las dio y una ya tenía armada. Tomé el morral con los virotes y les dije que se alejaran y ellos se fueron corriendo como liebres espantadas a subirse en los árboles que teníamos detrás. En esto un león alzó la cabeza y miró para nosotros, mas luego sacudió la melena y volvió a descansar la cabeza en la hierba. Los leones tienen mala vista. Me tercié la ballesta desarmada a la espalda y comencé a caminar muy despacio, poniéndome en celada en las altas matas, con la ballesta armada en la mano. Así fui pasando adelante y cuando estuve a tiro de donde los leones estaban vi que un poco más adelante había un arbolillo muy pobre medio podrido y me acerqué hasta él y apoyé la ballesta en la horquilla del tronco y luego encastré la nuez en la otra ballesta que a la espalda traía y comencé a darle vuelta para

tensar el hierro y armarla. Y la dicha ballesta estaba mal engrasada y hacía ruido, con lo que yo no me determinaba si acabar de tensarla o si dejarla sin armar, no fuera de que de los leones fuera sentido y se vinieran sobre mí. Mas luego seguí dando vueltas despacio y acabé de armarla y tomé del morral un virote de hierro que estuviese bien sopesado de palo y acero y tuviese aletas de cuero buenas y lo puse en el surco. Y luego, con esta misma ballesta, apunté a donde los leones estaban y miré al león de enmedio, que parecía más grande, y que de vez en cuando movía la cola barbada espantando moscas, y esperé a que levantara otra vez la cabeza. Y en esta postura estuve sin osar respirar no sé cuánto rato. Y luego levantó el león la cabeza y parecía que me miraba a mí, mas miraba a la llanura por ver si descubría caza y cuando torció la cabeza y miraba a otro lado le apunté en medio bulto, donde se veía carne y no melena, y bajé la palanca y la cuerda soltó el virote, haciendo un ruido como si el cielo hubiera tronado en una gran tormenta, y una bandada de aves levantó el vuelo en una charca que más atrás había y los leones alzaron todos las cabezas prestamente y luego se pusieron en pie los machos con sus melenas grandes, que serían dos, y las hembras sin melena, que eran más. Y parecían grandes como caballos. Mas a aquel al que yo le tirara no se levantó sino que había recibido el virote en la cara y muy furiosamente se revolcaba y se daba zarpazos allá donde el dolor lo afligía, cuidando arrancarse el dardo, mas el hierro había entrado mucho y se había trabado con los huesos y no se podía sacar. Y yo tomé la segunda ballesta y no sabía si determinarme a tirar o no, por miedo a que esta vez me descubrieran los leones, que ya quedaban avisados, y vinieran por mí, mas en aquel punto en que yo estaba dudándolo empezaron los negros que atrás quedaban a entrechocar palos y proferir grandes alaridos, según en sus monterías usan, y los leones, en oyendo tal estruendo y notando que uno de los suyos quedaba malherido, alzaron

roncas voces y se fueron retrayendo y metiendo en la espesura. Con lo que yo me determiné a mandar el segundo virote al león herido y le apunté por somo de la yerba a lo poco que del veía y se lo mandé y vi cómo le entraba por el lomo y él daba un gran salto al recibirlo. Y torné a cargar aprisa la ballesta, mas, cuando le hube puesto virote nuevo y miré a donde el león estaba, ya se movía poco y sólo veía temblar una pata en el aire. Y por atrás daban grandes voces los negros y se acercaban alegres y confiadamente, con lo que no quise esperar a que llegaran a donde yo estaba, por tener más gloria en el vencimiento del león, sino que pasando adelante fui yo solo a donde el león estaba y vi que el asta del primer virote le había entrado por la boca y le salía por un ojo. Y el otro lo tenía clavado en el lomo hasta el cuero. Y luego saqué mi talabarte y tomé el cuchillo y agarré al león por la melena, que era de crin, áspera como de mulo zahíno, y le di un gran corte en la garganta que todavía fatigosamente resollaba, con lo cual arreció el temblor y luego murió.

Y era el león fiera grande a maravilla, como caballo de tres años, y muy membrudo y fuerte y de muy fieros dientes y uñas y de espantable figura. Y luego me alegré en mi corazón de mi hazaña y llegaron los negros con sus palos y cuchillos dando grita y apaleando al muerto y lo abrieron y lo despellejaron por tomar la piel y ciertas vísceras que, en comiéndolas, son de mucha virtud. Y luego tornamos muy alegremente hasta que vino la oscuridad de la noche. Y con esta muerte cobré mucha fama de bravo entre los negros y Caramansa, que había matado un león más chico que el mío siendo joven, me cobró más miedo que antes y como desde el día de la batalla no me veía con él buena cara, dio en recelar que algún día yo habría de quitarle el mando del pueblo. Y en esto los negros son poco encubridores y pronto muestran sus miedos y sus esperanzas. De lo que yo hube de reservarme más que solía, por excusar traiciones.

Le di la piel del león al padre de Gela y ella se vino esa noche conmigo a dormir como mujer y yo ya la pude ver en toda su desnudez, que antes sólo la viera en sus tetas y rostro, como ellas suelen venir. Y era Gela fea como negra más no tan fea como otras de su nación. Y tenía los huesos de los carrillos un poco salidos y los ojos grandes y almendrados y graciosos y muy blancos y los labios grandes y gordos y la lengua vivaracha y muy juguetona cuando entrada en la harina del amor y la nariz fina. Y no tenía la piel basta y llena de cicatrices y remiendos que otras tienen, sino muy brillante y grasosa y el pelo crespo y ensortijado y el pescuezo largo y los hombros torneados y las tetas muy duras y prietas y altas como caídas para arriba, y los pezones enhiestos y muy salidos, como bellotas o castañas, que eran de mucho consuelo los chupar, y la espalda derecha y bien torneada y sin huesos que mucho salieran. Y la cintura estrecha y el vientre liso y el ombligo grande, como suelen traerlo los negros. Y las caderas muy anchas y hospitalarias y el trasero redondo y alto y bien partido y prieto. Y en esto de los traseros es de mucha curiosidad que, mientras gran parte de las mujeres blancas son culibajas, la mayoría de las negras son culialtas, tanto que a veces no lo tienen ya en primor y parecen en sus caderas más ijares de caballo que parte de gente alguna. Mas éste no es el caso de Gela, que tenía su trasero en todo bien conformado y dispuesto y muy redondo. Y las partes de la mujer propias las tenía abultadas y muy negras, más agradables de ver y de palpar, y nada feas y coloradas y saludables por dentro. Y más abajo los muslos los tenía torneados y redondos y muy brillosos y las piernas largas, con la pantorrilla un poco alta y el calcañar bajo, como los negros los suelen traer. Mas con todo ello Gela era hermosa y yo mucho me aficioné a ella, que por veces casi olvidaba de pensar en mi señora doña Josefina y, cuando comparaba, me gustaba más hacer lo que hombre hace con mujer con Gela antes que con mi señora doña Josefina, si bien esto ni

a mí mismo me lo quería confesar porque me parecía herejía y falta de consideración y grande servicio y villanía para mi señora.

Y Gela fue una buena esposa el tiempo que conmigo estuvo que fue casi un año después de la caza del león. Y me molía grano cada día y adobaba lo que me tocaba de la carne de monte y hacía en todo lo que las demás mujeres del pueblo con sus maridos. Y me despiojaba por las mañanas, al sol, y se arrimaba a mí por las noches. Y muchas veces, en viéndome desvelado por graves pensamientos, me tomaba la cabeza en su regazo, como niño, y me dormía acariciándomela. Y muchos días salíamos a caminar por el yerbazal y nos alejábamos río abajo a un lugar deleitoso y apartado que bien conocíamos, donde había altos árboles y ciertas matas de espino que daban unas bolas dulces como madroños de las que comíamos gran copia. Y allí nos solazábamos en retozar y bañarnos desnudos y jugar a echarnos agua y perseguirnos y hacernos luchas y luego que estábamos en el abrazo rodado por la yerba muy mullida y fresca, cesábamos las risas y nos dábamos besos y yo me llegaba a ella como hombre a mujer y así nos ayuntábamos debajo del cielo lleno de pájaros sin dejar de reír y de hacernos caricias, tan sin pecado ni malicia como niños que juegan. Y en esto las negras son mejores que las blancas que son grandes fingidoras y se duelen de ser tan pecado las cosas del fornicio y no se mueven como debieran.

Aquellos días de placer y holganza que junto a Gela tuve fueron los únicos de mi felicidad en todo el tiempo que anduve por la tierra de los negros, donde conocí más aflicción y enojos que contento y alcancé más lágrimas que risas y más que buenos hechos mortandades y malos tiempos, sequedades de pocas aguas, guerras, enfermedades, pasiones, dolores de cada día y afanes. Por eso ahora, que ya los tiempos no vienen como solían, muy seguidamente doy en pensar en ella y me parece que oigo otra vez su risa fresca como fuente clara y, en entornando los ojos,

me parece estar sintiendo cuando, tendidos los dos, desnudos en tierra y medio tapados entre las altas y frescas yerbas, ella me cantaba quedamente al oído muy extraños sonos de su gente, que son tristes y confortadores a la vez, y con sus dedos me iba haciendo tirabuzones en el pelo y en la barba y jugaba como niña a peinarme, y me daba besos por la nuca y por el espinazo abajo o se ponía a contarme las canas de la barba y de la cabeza con las ásperas palabras que en su lengua son números. Y cada día perdía las cuentas porque muy ligeramente se me iban tornando los pelos blancos y, si yo me movía y se le escapaba el corte de las manos, luego fingía enojo y me castigaba como a niño, y yo como niño me llegaba a sus pechos y se los mamaba y ella me recibía como madre y se tendía en la yerba para que yo mamara a mi sabor, entornados los ojos y quieta, y con esto íbamos pasando de niños que juegan a hombre y mujer que se ayuntan plácida, gustosa y amorosamente.

Y yo le contaba a Gela muchas cosas de Castilla y le refería las hazañas de mi señor el Condestable y de sus grandes hechos y de las fiestas y romerías y guerras. Y ella tenía mucho placer de oírme contar muchas veces aquel sucedido de cuando mi señor el Condestable, por festejar al embajador de Francia, su amigo, mandó correr ciertos toros en el alcázar de Bailén. Y al tiempo que se corrieron mandó soltar una leona muy grande que allí tenía, la cual espantó a toda la gente que andaba corriendo a los toros y anduvo a vueltas dellos. Y después de los toros corridos y muertos, el leonero tomó la dicha leona y llevóla a encerrar donde solía estar. Y contaba también las fiestas y agasajos que solían hacer el día de San Lucas y cómo la posada del Condestable se aderezaba de paños franceses y mesas y buenos aparadores con vajilla de plata y variedad de yantares y confites y vinos especiados y muchos sábalos y otros pescados frescos y muchas conservas de diacitrón y confites y dátiles y palmitos y muchas frutas verdes y secas, cuantas según el

tiempo se podían haber. Y Gela se mostraba muy curiosa de los vestidos y afeites de las mujeres y me hacía referírselos muy por menudo y que le dispusiera el pelo como mi señora la condesa solía llevarlo jugando a que ella lo era y yo el Condestable mi señor, y así gastábamos el tiempo muy placentera y amorosamente.

Y pasando el tiempo comenzó a menguar la caza, que ya los venados y las cabras no se hacían tan confiados como al principio de llegar nosotros y, en venteando a gran distancia que había cerca ballesteros, se recelaban y huían e iban a beber sus aguas a sitios más distantes. Y con esto había semanas que no se cazaba nada más que animales chicos, con trampas del suelo, y ya Caramansa nos hacía menos merced en sus cosas viendo que no le dábamos como antes y temiendo que si nos hacíamos mucho a la vida de su gente acabaríamos tomándole el mando. Y este recelo se le veía más claramente las pocas veces que se avenía a cruzar el río para llegarse a nuestro pueblo, que venía con gran prevención, como la primera vez que nos viera, y no quitaba ojo de las ballestas por notar si estaban armadas o no. Y esto es porque los negros, cuando ven disparar una vez la ballesta, luego le toman gran miedo y piensan que tiene virtud y que es cosa del Demonio, lo que nosotros cuidábamos de no desmentir por mantenerlos en más respeto.

En este tiempo dos o tres veces se cruzaron nuestras gentes lejos del pueblo con negros de los mambetu, a los que matáramos los hombres, mas ellos andaban huidizos y prestamente se escondían de nosotros y recelaban como de mortal enemigo.

Las primeras veces, Caramansa y algunos viejos del pueblo de los bandi habían dicho que el unicornio habitaba en las montañas que había a Poniente, donde había grandes aguas y muchos pájaros y animales extraños y mucha caza. Mas allí no vivían negros porque en aquella tierra vivían las ánimas y los demonios y el que allá subía luego tenía que

morir. Con esto vimos la simpleza de los negros, que no conocían que los demonios están sometidos a Dios Nuestro Señor y nada pueden contra un hombre si éste lleva una cruz al pescuezo y está convenientemente confesado y comulgado. Así es que, por excusar aquella pereza y molicie de los hombres, en cumplimiento del recado del Rey nuestro señor, dispuse que, en pasando el tiempo de las grandes calores y aguas, luego subiríamos a aquellas tierras donde se podía cazar el unicornio. Y pensando que no era conveniente llevar a Inesilla, que otra vez estaba embarazada, Andrés de Premió determinó dejarla en el pueblo al cuidado de las otras mujeres de los ballesteros. Y con esto pasamos adelante y guiados por quince negros de los bandi, tomamos el camino de las montañas, que eran altas a maravilla y en los días claros se veían azulear a lo lejos. Y hubimos de caminar por muy intrincadas y espesas arboledas y altos yerbazales por espacio de casi dos meses, hasta que llegamos al pie de la montaña más alta, que se llama Mangono, y luego fuimos subiendo por unos senderos de piedras muy empinados y de vez en cuando había navas más llanas y pradillos con arroyos deleitosos donde descansábamos muy a gusto y si daba la noche dormíamos. Y notamos ser verdad lo que nos habían contado pues en estas sierras se criaban muchos y muy pintados pájaros que todo el día volaban de un lado para otro sobre nuestras cabezas, ora en apretadas batallas, ora en filas dobladas, ora cada uno por su lado, según la costumbre y diversa naturaleza de cada uno. Y muchos de estos pájaros estaban vestidos de vistosas plumas de distintos colores pero otros eran negros y otros blancos. Y de éstos distinguimos cigüeñas, lo que nos recordó Castilla cuando por la estación van las cigüeñas a anidar en los campanarios y montan grandes nidos como chozas donde hacer la cría, lo que tuvimos por muy buen agüero. Y con esto pasábamos adelante y fray Jordi se nos perdió un par de veces pues se iba entreteniendo más de lo necesario con

las muchas flores y yerbas raras que, según ascendíamos, iban criándose. Y era esto curioso a maravilla que algunas veces las flores estaban tan espesas que el pradillo parecía antes que yerbazal paño bordado en bastidor de alta dama. Mas también encontramos muy fieras serpientes, espantables de ver y tan gordas como el muslo de un hombre y los negros mataron a una con sus flechas y luego la despellejaron y la comimos y sabía igual que si fuera pescado y tenía la carne blanda y blanca.

Y al mes de andar por la montaña haciendo vida deleitosa dentro de nuestra fatiga, pues la caza era allí mucha y los aires sanos y frescos y las aguas de los muchos regatos y manantiales frías y delgadas y saludables, finalmente fuimos a dar a una cañada grande muy espesa de árboles que se extendía más que la vista y paraba al final en muy espesas nieblas y humos. Y seguimos allí adelante hasta que, a los pocos días, estuvimos en la niebla y vimos que no era tal sino el agua espurreada muy finamente de un río grande que desde el somo de la montaña se despeñaba pesada y fragosamente al valle. Y al chocar sus muchas aguas contra las peladas peñas de abajo, luego se rompían y saltaban como nubes de niebla que iban subiendo y lo mojaban todo en muchos estados de distancia en torno y tapaban la vista y llenaban de agua las narices estorbando el respirar. Y aquella cosa era la más notable que nunca ojos vieran y muy merecedora de cuento en los libros de los sabios. Mas allí no había unicornio ni animal de otra clase, que sería difícil que en tal estruendo y ruido y humedades vivieran otros que no fueran peces, con lo que, después de mucho buscar, quedamos confusos y sin saber qué hacer y determinamos que nos apartáramos de allí y que seguiríamos registrando aquellas cañadas por ver si el unicornio se encontraba y parecía en otros lugares. Y esto hicimos hasta que llegó el tiempo de la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo, que celebramos muy piadosamente en una nava donde los negros habían levantado una choza grande para ellos y otra para los

ballesteros y luego, los que éramos cristianos, oímos misa y comulgamos muy devotamente y entre nosotros el Negro Manuel y después comimos carne y cantamos coplas a la Virgen Nuestra Señora y, aunque el negocio del unicornio no había salido bien, nos confortamos mucho al vernos juntos y sanos, si bien Andrés de Premiό anduvo triste aquellos días con la congoja de que había dejado a Inesilla preñada y entre gente extraña. Y nosotros lo animábamos diciéndole que a la vuelta la encontraríamos muy repuesta y alegre y con otro Andresillo en los brazos.

Y pasada la Navidad, a once días de enero, acordamos bajar al pueblo y ver por otro sitio dónde buscar el unicornio. Y nos pusimos en camino a una nava por donde habíamos de bajar más a salvo. Mas, al tercer día de bajada, llegamos a un llano grande y como la tarde quería ponerse, determiné que allí haríamos noche. Y salieron los hombres a ballestar carne, que antes viéramos señas de haber ciervos por aquellos pastos, y salió Paliques con algunos negros a juntar leña. Quedéme yo con el hato y fardaje disponiendo la acampada cuando vino un negro corriendo a dar aviso que una fiera había atacado a Paliques y señalaba un sitio apartado de allí. Fuimos fray Jordi y yo tras el negro, con la bolsa de los ungüentos y las vendas y entramos por los espesos árboles y luego vimos a todos los negros hechos un corro y a Paliques que yacía en el suelo muy ensangrentado y quebrantado. Y en acercándonos vimos que no se podía hacer nada por él, que tenía todo el pecho fieramente abierto y se le veían palpar las vísceras y un brazo lo tenía casi arrancado y la mano no se conocía de lo mordida que estaba. Y el rostro de Paliques, de ordinario muy moreno, se había tornado blanco como papel. Con lo que, en llegándose a él, fray Jordi le empezó a hacer las cruces de los óleos y no quiso confesarlo porque ya no conocía a nadie ni hablar podía pues, aunque tenía abiertos los ojos y resollaba algo, no estaba ya en su seso. Con lo que, a poco de llegar nosotros, aflojó la cabeza y se le acabó de

vidriar la vista y se murió. Y al resbalarle la cabeza se le vino a tierra el gorriño azul grasiento que nunca se quitaba de la calva ni para bañarse y el Negro Manuel lo tomó y muy piadosamente volvió a ponérselo en somo de la cabeza. Y luego acudieron los otros negros y los ballesteros y algunos negros de los nuestros, con palos y losetas, muy diligentemente, cavaron un hoyo hondo que miraba a Oriente, sabiendo nuestras costumbres, que ya se las enseñara el Negro Manuel, y allí dimos sepultura al desventurado Paliques, llorando muy desconsoladamente de nuestros ojos como si se partiera un hermano o un hijo, sin curar, en nuestra aflicción, que es cierto que el Rey y el Papa y el zapatero, todos hemos de pasar por aquel vado de la muerte, como dice Catón.

Y esta desgracia fue lo único que sacamos que contar de nuestra subida a los montes. Y después, afligidos y muy escarmentados, quebrantados y menguados, tornamos al pueblo, en lo que sólo tardamos menos de un mes porque ya sabíamos el camino y la bajada era menos trabajosa que la subida.

CATORCE

ASÍ MOVIMOS DE LAS TIERRAS ALTAS al llano, lo que no fue sino trocar un desastre y desventura por otro mayor. Y con venir apesadumbrados de no haber hallado al unicornio, éste no fue el mayor quebranto que vino a afligirnos entonces. En llegando cerca de donde dejáramos el pueblo notamos que algunos negros que por el campo había no venían a nosotros con muy alegres caras y muchas honras y fiestas como esperábamos, sino que, tomando apriesa sus hatos, luego se retraían entre los árboles como si de nosotros huyeran. Esto visto, empezamos a cavilar y a recelar temiendo que las cosas no habían de estar aparejadas como cuando las dejamos. Y Andrés de Premió tuvo un barrunto de que no encontraría a Inesilla tan parida y salva como pensaba. Y con esto apretaba el paso delante e iba silencioso y como ajeno a los otros. Y en llegando a donde el pueblo se divisaba, que era un cerrillo que lejos está sobre el río, vimos que, donde dejáramos nuestras casas, había una mancha negra en la tierra, como de rastrojo quemado, en lo que conocimos haber ardido nuestras chozas. A lo que yo pensé que ésa era la causa del temor que los negros mostraban y casi me alegré pues, con estar ardida la posada, me daba más motivo y ocasión para no demorar luego allí sino que, en recogiendo a Inesilla, hacía pensamiento de proseguir el camino hacia el Mediodía en busca del unicornio y de más aventuras, sin gastar allí más días. Mas así que llegamos al pueblo de los negros, luego de pasar por las cenizas del nuestro y cruzar el río, hallamos que tampoco había gente en el otro, aunque las chozas estaban sanas y enteras como las dejamos. Y de una salió un viejo que vino a nosotros temblando mucho y con la cabeza gacha como el que lleva graves noticias. Y por él supimos cómo la otra gente era huida porque temían que habíamos de castigarlos por la quema de nuestras chozas y

por la pérdida de Inesilla. Y contó que, dos meses después de partidos nosotros al unicornio, vinieron los mambetu con mucha gente armada de la suya, porque habían tenido parla de que ya no estábamos allí, y ellos fueron los que quemaron nuestras posadas y se llevaron a Inesilla cautiva y mataron a algunos negros que se lo quisieron estorbar. Y que Inesilla había tenido un hijo, mas le había nacido muerto, y nos mostró el sitio donde le dieran sepultura que estaba señalado con una cruz de palo. Y con esto despedimos al viejo a donde los árboles con recado de que llamara a los otros y les dijera que volvieran al pueblo a salvo, que no teníamos nada contra ellos. Y con esto quedamos allí y toda la tarde estuvieron volviendo temerosamente los negros y se encerraban en sus posadas recelosos, y no querían hablar con nosotros. Y entre ellos no vinieron las negras que se unieran a los ballesteros ni Gela, a la que yo mucho esperaba ver, pues quería saber por ella lo allí acaecido y pensaba que no me habría de engañar. Y ya anochecido volvieron Caramansa y sus hermanos y yo fui a donde el padre de Gela y le pregunté por su hija y él me tendió la melena de león y la manta que recibiera por ella y me dijo que Gela era vendida a otro negro de un pueblo muy lejano y que ahora me devolvía su dote porque quedáramos en paz. A esto ya no lo pude sufrir y perdí la paciencia. Me quedé mirando el pellejo sarnoso de león que me daba y la manta vieja y puerca de manchas y de agujeros que me devolvía y me fui acercando a él y le dije, rechinando mucho los dientes y mostrando el enojo que sentía: «Manda a uno de tus negros a los árboles y que Gela esté de vuelta antes de que salga el sol mañana porque si no viene te mataré». Y luego di orden de que desalojaran las tres chozas que estaban más pegadas al río y que allí durmiera la ballestería. Y al padre de Gela y a Caramansa los llevé conmigo y les puse guardas que los vigilaran. Y así nos replegamos y pasamos la noche larga en la que yo no pude pegar ojo pensando lo que nos depararía el nuevo día. Y

en amaneciendo llegaron los que habían ido en busca de Gela y ella venía con ellos y traía un niño chico en brazos y en viéndome corrió a mí muy alegre, llorando mucho de sus ojos y se me abrazó tiernamente y me estuvo largo rato catando el rostro y acariciando la cara y las barbas y la cabeza toda sin decir palabra ni cesar el llanto. Y luego me mostró al niño y me dijo que era mío y que quería que fray Jordi lo bautizara y lo llamara Juan. Yo vi que el niño era más blanco que negro y bien proporcionado y hermoso, mas no sentí alegría ninguna por él sino antes bien pesadumbre de haberlo conocido y aunque era mi primer hijo no lo tomé ni quise llegarme a él. Muchas veces he cavilado por qué hice las cosas que hice aquel día y nunca he determinado si sabía bien por qué las hacía o si las hacía por esa misteriosa costumbre por la que los animales obran sus negocios. El caso es que yo no quería tomar al niño, ni quería que fuese bautizado ni que tuviese nombre cristiano pensando que no lo podría llevar con nosotros, en la desesperación de nuestra mala vida, y que no quería nada que me atase allí, pues había de seguir prestamente mi camino en servicio del Rey nuestro señor. Y luego pensé que si Gela no hubiera venido nuevamente a mis brazos habría sido más fácil marchar y habría tenido yo luego más consuelo en recordarla que ahora viéndola con un hijo mío en los brazos. Y con esto me entró la tristeza por las puertas del alma y el enojo y la enemistad y dije que más quería estar solo para pensar y salieron todos y Gela se fue muy espantada y arreciando el llanto, como no entendiéndome. Y con esto luego mandé venir a su padre y le dije que no quería más ver a su hija ni al niño y que podía quedarse con la manta y con la melena de león y él se echó al suelo y abrazó mis rodillas y luego no podía alzarse otra vez por su mucha grosura, mas yo le ayudé ya sin enojo. Y luego de esto entró Andrés de Premió, que mientras lo ya dicho acaecía había estado dando tormento a algunos negros de allí, y me dijo cómo traía averiguado que lo de la

venida de los mambetu era todo falsedad y mentira. Y lo acaecido fue que tan pronto como nos fuimos a las montañas, Caramansa hizo una tregua con los mambetu porque temía que los herreros blancos, como así nos llamaban, habíamos de hacernos dueños de la tierra. Y que la prenda del dicho acuerdo fue Inesilla, que se la dieron al mandamás de los mambetu y que el dicho mandamás se llamaba Nogoro. Lo cual sabido luego mandé a Villalfañe que tocase trompeta a junta y pregón y salieron a la plaza todos los negros menos los que no osaron salir temiendo por sus vidas. Mas otros salieron con sus mujeres y entre ellos los hermanos de Caramansa. Y yo hice que trajeran a Caramansa allí delante. Y pregoné que habían hecho gran traición contra nosotros sin catar la gran felonía que era entregar Inesilla a los enemigos cuando tanto por ellos teníamos hecho y padecido. Y como este pecado había que castigarlo con la muerte, según justicia demandaba, luego mandé degollar a los hermanos de Caramansa y a él lo mandé quemar encima de un montón de leña que los otros juntaron. Y Caramansa se dejó quemar con más valor del que hubiera esperado de él pues ni un gemido dio cuando el fuego le abrió las carnes y le empezó a derretir las mantecas. Y con aquel gran olor a carne asada que dio al aire, muy tristemente nos retiramos a nuestra posada, llorando algunos y muy sombríamente silencioso Andrés de Premió.

Y pasó aquel día y vino la oscuridad de la noche, la cual pasamos sin dormir y muy vigilantes, recelando traición de los negros. Y yo deseaba en mi corazón mandar por Gela y hacerla venir y llevarla conmigo, mas siempre hube de contenerme pensando que no me correspondía velar por mis cosas y por mis pesares sino por los de mis hombres según fuera cumplidero al servicio del Rey nuestro señor. Y pensé que lo que cabía hacer a un buen capitán era salir de allí en amaneciendo e ir a donde estaban los mambetu y cobrar a Inesilla de sus prisiones y seguir camino del Mediodía hasta que Dios Nuestro Señor fuera servido de darnos un

unicornio. Y que si tan difícil se nos había hecho hasta el momento el hecho había sido en punición de nuestros muchos pecados. Y con esto determiné que en adelante no nos haríamos más vecindad con negros sino que pasaríamos siempre adelante como mejor cumpliera al servicio del Rey nuestro señor.

Y a otro día de mañana, según amaneció el alba, llamé a los hombres y salimos y la gente del pueblo se había huido por la noche y no quedaban más negros que los que con nosotros de antiguo estaban. Y aun de éstos faltaban algunos que allí habían encontrado mujer y antes quisieron quedar con ella que seguirnos, y esto dijeron los que habían preferido quedarse con nosotros. Entonces junté a los hombres en medio de la plaza, donde los perros habían comido el cuerpo quemado de Caramansa y esparcido sus huesos, y allí les hablé con gran enojo y les dije cómo nuestros muchos males y el decaimiento que nos aquejaba procedían de que no estábamos cuidando como debíamos el servicio del Rey sino que, habiendo encontrado un lugar descansado, allí nos habíamos demorado por más de dos años, por yacer con negras y tener vida viciosa y descansada. Y los hombres me oían y miraban al suelo y ninguno osaba contestar. Y detrás desto les dije lo que cumplía hacer y sería que, en siguiendo nuestro camino, iríamos a la tierra de los mambetu y les pediríamos a Inesilla y cuando la cobráramos en salvo proseguiríamos en busca del unicornio sin osar demorarnos más. Y ellos fueron de un acuerdo con esto. Luego nos esparcimos por el pueblo y registramos las chozas y no encontramos nada que llevarnos, que los negros se habían ido con todo el grano y la harina y los animales, y mandé prender fuego a todas las casas y hacer candela dellas porque los negros tuvieran ocasión de recordarnos con aflicción a los que, habiendo peleado por ellos lealmente, luego traicionaron. Y con esto salimos de allí y tomamos el camino del Mediodía y dejamos el lugar entrado y, ya que no robado,

puesto a fuego con todo lo que en los campos estaba, que no parecía el cielo ni el aire de las grandes quemas y humos.

Y en bajando por el río llegamos al sitio donde yo tantas veces me había solazado bañándome con Gela, y dejando a los hombres pasar adelante me quedé trasero por mirar a mi sabor y en soledad la última vez aquel lugar tranquilo y recordarme de las dichas pasadas. Y sentí una congoja de haber despedido tan ligeramente a Gela y a su hijo mas ya estaba todo ello cumplido y acabado y no quise pensar más. Y con esto me alejé luego en pos de los míos, sin querer volver la vista atrás como mi corazón me mandaba.

Y al cabo de dos semanas de marcha, víspera de San Miguel, dimos en un valle ameno y muy verde donde vivían algunos de los mambetu. Y viendo que había guardas vigilándonos de lejos, luego mandé corredores, de los negros que con nosotros venían, con recado de que no traíamos guerra sino paz y que íbamos de paso para otra tierra mas antes queríamos tener hablas con los jefes de los mambetu. Y a los dos días que allí posamos con los ojos bien abiertos y mucha prevención, por excusar daño de enemigos, vino respuesta del jefe mambetu que se llamaba Boro-Boro. Y éste era hijo de uno de los que matáramos en la batalla del otro año. Y el que traía su parla era un viejo enteco y mínimo, liado en un paño donde estaba dibujada la seña del león, por mostrar que había sido guerrero ilustre. Y luego que se llegó a mí, en su parla, que yo ya medio entendía, porque era la misma que la de los negros bandi, me dijo: «Salud al grande y poderoso herrero blanco. Yo soy la voz del jefe Boro-Boro que es hijo del dios Anaka y me manda decir que si tú no quieres guerra, él tampoco la quiere y que os dará harina y sebo para que salgáis más prontamente de la tierra». A lo que yo iba a contestar que no quería harina ni sebo sino solamente a Inesilla, pero luego lo pensé mejor y contesté: «El gran herrero blanco pasará de largo como dices pero antes

me tendréis que dar, además de harina y sebo, a la mujer blanca Inesilla. Y sin ella no nos iremos y haremos la guerra muy crudamente». Y con esta respuesta luego se volvieron los negros y dijeron que traerían contestación de allí a nueve días, porque Boro-Boro estaba lejos. Y como el sitio era bueno dispuse que acampásemos allí en espera de la respuesta y por estar más prevenidos, mandé hacer una cava en redondo y en el parapeto de la dicha cava mandé clavar estacas, y luego mandé hacer ciertos chamizos de madera y ramas donde guarecernos del mucho sol, y fuera de la cava, hasta cierta distancia convenientemente, los pozos de lobo y zanjás con cañas clavadas que habían mostrado ser buenas la otra vez. Y en esto se entretuvieron los hombres tanto blancos como negros hasta que vino la respuesta de Boro-Boro. Y a los siete días tornó el mismo viejo de la manta del león y dijo que Boro-Boro le había pedido al hombre que ahora estaba casado con Inesilla que la dejara partir y él había estado de acuerdo pero que era ella la que prefería quedarse con los mambetu antes que volver a ver a los blancos. Y en diciendo esto, Andrés de Premió, que antes había estado oyéndolo pacíficamente, no lo pudo sufrir más y se levantó de pronto y le dio un bofetón al viejo y lo tiró por tierra. Y uno de los negros jóvenes que con el viejo venían, echó mano de un venablo que traía a la cintura para ir contra Andrés, mas Andrés le tiró una cuchillada por la barriga y se la abrió sesgada y le echó las tripas todas de fuera y el negro se vino al suelo gimiendo. Y todo esto acaeció tan en un momento que no nos dio lugar a estorbarlo a los que allí presentes estábamos. Con lo cual los otros mambetu empezaron a huir, mas yo, temiendo que irían a Boro-Boro con parla de lo ocurrido, di grita a los ballesteros que les tiraran y, aunque los que huían se habían alejado un buen trecho para cuando ellos armaron sus ballestas, luego les tiraron como buenos y uno a uno les fueron pasando las espaldas con los virones de acero. Con lo que todos los mambetu quedaron muertos entre la yerba

menos el viejo que gimoteaba en el suelo abrazado al que había recibido la cuchillada que, por las señas, era su hijo. Y yo hube gran enojo de Andrés de Premiό mas no quise decirle las palabras gruesas que se me venían a las mientes porque ya la cosa no tenía remedio. Con esto dejamos pasar las horas deliberando y a la noche hubimos junta y consejo sobre lo que más convenía hacer. Y algunos ballesteros temían que cuando los mambetu fueran sabedores de lo allí acaecido vinieran sobre nosotros con gran poder de gente y nos pusieran en estrechez o nos mataran, mas, con todo, yo disimulaba los mismos temores por la vergüenza de salir del país de los negros dejando una mujer nuestra presa y cautiva de paganos. Así que me puse de pie y con razones muy firmes y resueltas dije que no pasaríamos adelante hasta ver libre a Inesilla aunque tuviera que enforarlos a todos, y ya con esto los otros se callaron cuando me vieron hablar con palabras de enojo y a voces. Y al día siguiente, antes que el alba fuera venida, soltamos de sus cuerdas al viejo y le dimos de comer y comimos todos y salimos por él guiados hacia el pueblo de Boro-Boro.

Y de allí a cinco días, en jornadas cortas, porque no quería yo que la gente llegase cansada si había que pelear, avistamos un llano que se hacía al lado de un río de mucho caudal. Y éste era el asiento del pueblo de los mambetu. Y luego supe que de los tres pueblos mambetu, aquel de Boro-Boro era el más chico pero que, por haber sido en los tiempos antiguos el origen de los otros dos, su Rey tenía más potestad sobre los suyos, como entre los reyes de la Cristiandad la tiene el Papa. Y por las señas que vimos parecía que los del pueblo estuvieran de todo asalto descuidados aunque algunos guardas que en el campo estaban corrieron luego a dar aviso de que llegábamos. Y con esto dispuse yo a los hombres en buena ordenanza y celada para que no fuéramos notados cuántos éramos, y luego mandé a dos negros con el Negro Manuel a dar parla de que yo

esperaba a Boro-Boro. Y al rato vinieron con aviso de que Boro-Boro vendría con los notables de su pueblo y traería a Inesilla. Y el Negro Manuel nos dio parla detallada de cómo quedaba dispuesto el pueblo y que en él se veían por lo menos quinientos hombres que pudieran tomar armas y que a la otra parte el río hacía una revuelta y casi lo abrazaba. Y a la hora de más calor vimos venir a un grupo de treinta o cuarenta negros, con muchos quitasoles de palma y lanzas, fuertemente armados, y adargas blancas pintadas, por las que pasan los pasadores de las ballestas como si de papel fuesen. Y Boro-Boro era joven y no tan gordo como su padre y venía puesto sobre silla de cañas y dos negros desnudos le daban sombra con un palio de hierbas. Y a menos de un tiro de ballesta mandó parar la silla cuidando que estaba en salvo, y pararon todos. Y yo miré a Villalfañe y vi que estaba atento, detrás de mí con la trompeta preparada para dar aviso a la ballestería que por toda la linde quedaba derramada y oculta. Y yo alcé las manos en señal de paz y Andrés se adelantó unos pasos y viendo que Inesilla estaba delante de los negros con un niño chico en brazos, luego la llamó a grandes voces que no tuviera miedo y que viniera para con nosotros, mas ella se abrazó al niño y dio la espalda y parecía que se quería meter entre los negros, pero ellos cerraban adargas delante y se lo estorbaban. Y todos vimos que no estaba atada sino que en su enajenación había perdido el seso y verdaderamente no quería volver con nosotros por su voluntad. Y viendo esto, fray Jordi, que hasta entonces nunca me pareciera hombre valiente para los peligros de las armas, se adelantó solo y fue caminando con los brazos abiertos a donde los mambetu e Inesilla estaban y allí se estuvo largo rato platicando con ella, con una mano puesta en su hombro y a veces la bajaba para acariciar la cabeza del niño, que Inesilla tenía fuertemente contra su pecho. Y al cabo de una gran pieza, tornó fray Jordi para nosotros mirando muy conmisericordemente a Andrés de Premió y yéndose a él le explicó que

Inesilla se había casado con un negro mambetu y que había tenido un hijo de él y que no estaba en su juicio y porfiaba en quedarse a vivir entre los negros antes que seguir errando con nosotros en pos del unicornio y que decía que ya tenía pasado mucho sufrimiento y vista mucha miseria y mucha sangre y antes quería quedarse a vivir la vida con su hijo en tierra de infieles que volver a vestir sayas y comer en manteles en tierra de cristianos y que mandaba decir a Andrés que la perdonara y que siguiera adelante y que la olvidara pronto y que ella más bien se quedaba queriéndolo como a hermano que como a marido. Y al oír esto se demudó Andrés y dio un alarido grande como si le arrancaran el alma y quiso correr para donde Inesilla estaba, mas yo mandé al Negro Manuel y a otros dos que lo agarraran y lo tiraran al suelo y le estorbaran moverse hasta que fuera calmado de aquella porfía. Y mientras veía debatirse tan tristemente a Andrés reflexioné que para sacar a Inesilla de entre aquellos negros tendría que ser por la fuerza. Mas otra ocasión de desbaratarlos y matarles su Rey y a muchos buenos guerreros no se me iba a presentar más adelante si los dejaba volver luego a su pueblo y hacer sus previsiones para la guerra y defensa. Y con esto me volví a Villalfaño y le hice seña y Villalfaño se llevó la trompeta a la boca y dio el toque de combate que se dice a degüello y los ballesteros que ocultos estaban luego se alzaron de entre las matas y tiraron. Y Boro-Boro recibió más de seis viroles en el pecho y dio en tierra muerto y los suyos quisieron huir y algunos lo consiguieron, mas los más de ellos cayeron heridos de pasador o de flecha o de cuchillo en el alcance que los nuestros les daban con grandes gritas de: «¡Enrique, Enrique, Castilla, Castilla!». Y los negros que pudieron escapar de la muerte luego se encerraron en el pueblo y atrancaron las puertas, donde al momento los que quedaban dieron gran grita y sonar de tambores. Y luego yo hice que dejaran libre a Andrés y él corrió a donde quedaba Inesilla, que seguía abrazada al niño, entre los

negros muertos, sin determinarse a huir. Y cuando ya Andrés se le acercaba, ella salió de su pasmo y tomó el cuchillo de uno de los que habían caído y degolló al niño y luego se degolló ella tan acertadamente que cuando Andrés se llegó a socorrerla ya tenía los ojos turbios y estaba fuera de seso. Y detrás de Andrés llegó fray Jordi, llorando mucho de sus ojos como nunca se viera, y le dio los óleos ya muerta y bautizó al niño con una cruz de saliva en la cabecita tiñosa. Y éste fue el fin de Inesilla, que tantas lágrimas, tantos días, nos trajo a Andrés y a muchos de nosotros que bien la queríamos. Mas en aquel momento no curé yo por lo que a Inesilla acaecía sino que, viendo que luego podría venir sobre nosotros aquella copia de negros que en el pueblo quedaba, dispuse que, puesto que el viento estaba encontrado, le diéramos fuego a los pastizales alrededor de las casas y algunos negros de los nuestros lo hicieron y otros fueron a tirar fuego por encima de la cerca del pueblo, a los techos de las chozas, en lo que murieron cuatro de ellos, de las flechas que espesamente nos tiraban los de adentro. Mas luego ardió el pueblo con grandes y espesos humos que querían tapar el cielo y nosotros quedamos cerca de las puertas y cuando algún negro salía por ellas, por escapar de las llamas, le tirábamos con pasadores y flechas. Mas salieron pocos porque los más quisieron escapar por el lado del río, cruzándolo, donde murieron muchos, que luego encontraríamos podridos, hinchados y medio comidos de aves, flotando aguas abajo en los otros días que siguieron a aquel tan triste.

Y nos entró la noche con el pueblo ardiendo como tizón y echando grandes pavesas al cielo. Y yo, por excusar daños, mandé que la gente se retirara a media legua de allí, donde había un cerrete con árboles muy a propósito para acampar defendidamente. Y así nos retrajimos llevando el cuerpo de Inesilla y el de su hijo, y a la mañana siguiente le dimos devotamente sepultura después que muchos se quedaran velándolo con

Andrés y rezando las preces y oficios que fray Jordi le hizo. Y le cantamos responso y los enterramos juntos en un hoyo y amontonamos piedras encima para que no vinieran fieras a escarbarlos y luego plantamos una cruz de madera. Y esto así acabado y concluido pensamos partir de allí con grandes marchas, por temor a que luego los que escaparon del pueblo dieran aviso a los otros pueblos mambetu, que en viniendo con muchas gentes ayuntadas contra nosotros no los podríamos resistir ni vencer y pereceríamos todos. Y al otro día, que pasamos ligeramente cazando y juntando de qué comer, que fue bien poco por la mengua de la temporada, partimos por el lado de Mediodía, aguas abajo del río, y antes de una semana pasada nos apartamos de él y fuimos dejando el yerbazal llano y nos fuimos metiendo por donde más espesos se veían los árboles. Y así gastamos un mes, yendo siempre a Mediodía, viendo poco el sol, de tan espesa y alta que era la arboleda, y caminando muy dificultosamente, no más de dos o tres leguas cada día, porque a cada paso habíamos de cortar tallos muy gordos y rodear zarzales y salvar espesuras y barrancos. Y los hombres rodaban por el suelo de no ver dónde ponían el pie. Y sufríamos muchos quebrantos y estrecheces pues, aunque llevábamos las cabezas liadas en trapos y vendas, por librarnos de las picaduras de los muchos mosquitos y tábanos y moscas que aquellas sombras crían, luego el calor y los vapores nos ahogaban y en queriendo tomar aire, picaban los mosquitos y se metían por la boca y las narices y aquejaban los ojos y las manos y al cabo de unos días todos llevábamos las caras muy bermejas e hinchadas y los ojos legañosos y purulentos y habíamos tan gran mengua y lacería que luego pensábamos morir allí sin salir otra vez donde yerba y sol hubiese. Y habíamos de beber en charcos malolientes aguas podridas donde se criaban los canutillos de los mosquitos que luego en el vientre ofendían. Y a cada paso topábamos fieras serpientes de las que durante muchos días hubimos

de comer carne cruda pues tampoco había apaños para encender fuego ni cosa que ardiera en aquellas umbrías que todo era verde y mojado y rezumaba agua y malos humores. Y así la voluble Fortuna nos iba haciendo beber de sus amargos brebajes y gustar de sus viandas amargas. Y en aquel trance murieron de calenturas dos ballesteros y cuatro negros. Y de no haber sido por la ciencia de fray Jordi, luego hubiéramos perecido todos. Pues él, con su mucho mirar e ir tomando yerbas y hojas y majoletas, vino a averiguar que había unos escaramujos azules a los que los mosquitos y tábanos nunca osaban acercarse. Y luego cogió un puñado de los dichos escaramujos y los machacó en su morterillo y con un poco de barro que del suelo tomó hizo una pasta que luego se untó por la cara y las manos, con lo que quedó más negro que los propios retintos. Y hubiera sido de grande risa verlo así, si allí no estuviéramos tan flacos y quebrantados y tan sin ganas de reír. Y luego que llevó por espacio de un rato aquella untura notó que ya no lo ofendían los mosquitos, de lo cual todos hubimos gran regocijo y sin hablar palabra, como de un acuerdo, pasamos gran rato buscando aquellos escaramujos y cosechándoles las bolitas azules y se las traíamos a fray Jordi y él las iba majando en su mortezuelo y nos íbamos untando los cueros con el ungüento salúífero, puestos todos en el traje en que nos parieron, y con esta industria pudimos pasar adelante sin que nos estrecharan más los tábanos y mosquitos, sólo que cada tres o cuatro días la untura perdía su virtud y había que untarse otra nueva. Y así seguimos días sobre días y la arboleda no se acababa nunca sino que antes bien nos parecía que se iba espesando. Y fuera de los muchos pájaros que en los altos anidaban y de las serpientes que por abajo iban y de dos o tres géneros de sabandijas parecientes a conejos que por allí se criaban, no se veía otro animal ni provechoso ni dañino.

Y a poco de esto, a muchos hombres les empezaron a salir grandes

sarnas que daban gran comezón y al rascarse arrancaban las tiras del cuero y debajo salían como huevecillos blancos de los gusanos que se criaban. Y a los pocos días de las sarnas venían las calenturas de las que allí a poco todos estuvimos aquejados. Mas Dios Nuestro Señor, al que devotamente hacíamos misa y rezábamos cada día, vino en nuestra ayuda por sacarnos del quebranto. Y fue que, cuando ya pensábamos perecer de las calenturas y de no ver el sol, salimos a un lago tan grande que casi no podíamos ver donde acababa aunque, sobre ser de agua dulce y buena, a lo lejos se veía ser lago y no mar y que a la otra orilla había más árboles y más montañas. Y llamamos a aquel lago el del Cristo de la Misericordia porque aquel Ramón Peñica, que era de los criados del Condestable, el día antes de llegar al dicho lago había pregonado promesa de llevarle ciertas doblas de plata y hachones de cera al Cristo de la Misericordia de la iglesia Mayor si encontrábamos socorro antes de que pasara un día, que más plazo él ya no cuidaba de vivir, tan triste y quebrantado iba. Mas, en saliendo al lago, luego nos dio el sol, que en las orillas no crecían árboles sino muy espesa y muy buena yerba, y vimos cagadas de animales grandes que bien se dejarían cazar, y con ello cobramos ánimos y hasta pareció que se nos aliviaban las grandes calenturas y quejas que traíamos. Y fray Jordi luego hizo misa de acción de gracias que devotamente oímos y luego entonamos un *Te Deum Laudamus* cuidando que habíamos salido de una muerte cierta.

Y por aquellas amables riberas del lago nos demoramos casi dos meses criando panzas y papadas pues era muy deleitoso lugar y, por otra parte, cuando vimos que en saliendo dél empezaban otra vez las grandes y espesas arboledas y las espesuras y las montañas, no nos determinábamos a meternos otra vez por aquellos tormentos. Y en el tiempo que allí estuvimos cazamos muchos venados chicos como cabras, con larguísimos cuernos, que allí regaladamente se crían. Y al principio

eran fáciles de cazar con ballesta, mas luego se fueron tornando más recelones, como con todos los animales del país de los negros acontece. Y con esto nos fuimos reponiendo y cobramos las fuerzas y las colores que habíamos perdido. Y en estos dos meses murieron tres negros de los que con nosotros venían mas los blancos que llegamos con grandes calenturas y pensábamos morir, luego que nos dio el sol y catamos carne asada caliente y sopas, nos fuimos reponiendo y salimos de peligro. Y aunque en el lago había mosquitos, no nos aquejaban ya desde que nos untábamos el bálsamo de fray Jordi.

Y había, por el lado del lago que miraba al Mediodía, un río mediano que en él venía a rendir aguas. Y viendo que seguir ríos es cosa provechosa cuando se va entre árboles, no miramos que los ríos bajan de las montañas sino que, en determinando salir de allí, subimos río arriba y ya no sufrimos tantas fatigas como antes porque por las riberas del río había más caza y topábamos muchos árboles podridos y secos que daban buena leña y sitios despejados donde hacer fuego y guisar de comer. Y seguimos aquel río veinticuatro días al cabo de los cuales fuimos a dar en otro lago más chico que el que atrás dejábamos. Y a éste lo llamamos del Niño Jesús, porque era más chico, y el río no entraba en el lago sino que seguía más en alto pero de él bajaban tres canalillos que le daban agua al lago. Y luego el río doblaba su curso y torcía para la parte del Septentrión, con lo que determinamos de no seguirlo ya y meternos otra vez por la espesura poniendo nuestra suerte en manos de Dios y de Santa María y de todos los Santos. Y luego que seguimos otras dos semanas hacia el Mediodía y tan quebrantados y menguados como la primera vez, vinimos a topar con muy altas y peladas montañas y hubimos junta y consejo sobre si convenía saltarlas tanteando puertos o vadearlas yendo hacia Poniente por donde la tierra parecía más despejada. Y luego pensamos que si en cabalgando las montañas encontrábamos otras, allí

pereceríamos sin remisión. Y miramos agüeros sobre ello más las aves salían inciertas. Y con esto determinamos torcer a Poniente hasta que Dios fuera servido mandarnos un paso por donde pudiéramos seguir el Mediodía. Y dejando siempre las altas montañas a la mano siniestra seguimos por las espesuras, que ya iban clareando algo y dándonos respiro y consuelo, y pasamos por un sitio donde los pájaros anidaban y había muchos huevos en los árboles y entre las piedras, de los que hacíamos grandes provisiones y asábamos y comíamos hasta hartarnos. Y los negros fabricaron unas sartencillas de barro donde derretíamos la manteca que nos quedaba y allí freíamos muchos huevos adobándolos con ciertos brotes salados que junto a los charcos crecían. Y era manjar muy deleitoso de comer para los que llevábamos luengos años sin catar pan y traíamos las barrigas hechas a las muchas extrañas viandas y suciedades que habíamos tenido por pitanza para no perecer de hambre desde que entramos en la tierra de los negros.

Y con esto fuímonos reponiendo algo y pasamos adelante rodeando las montañas y no hubo que llorar, en aquellos meses que anduvimos por allí, más que la desgracia de que un gusano venenoso enponzoñara a un balletero de nombre Antón Carranza, burgalés, hombre de muy ruines inclinaciones y deslenguado y de muy mala crianza y poco amistoso, en cuya muerte, si he de decir verdad, no tuvimos gran sentimiento, porque allí donde todos éramos tan amigos por las muchas estrecheces y fatigas que pasábamos juntos, él no era amigo de nadie. Y en su hato llevaba un saquito de sal que nadie pensara que lo tenía. Y al dicho Antón Carranza le dimos tierra debajo de un montón de hojas y tallos podridos y le rezamos su responso y oficio y en el árbol que había al lado mandé a un negro tallar una cruz chica con mi cuchillo y con esto pasamos adelante.

QUINCE

DESPUÉS DE DOS MESES que salimos del lago del Niño Jesús volvimos a topar con un río que venía de Poniente y torcía al Mediodía. Y a éste llamamos río de la Esperanza y muy alegremente lo seguimos porque ya el terreno iba siendo más amable y casi cada día podíamos ballestejar carne, aunque fuera poca, y volvía a haber árboles de fruto, con lo que íbamos más contentos y el camino se nos hacía más llevadero. Y siguiendo este río otro mes vinimos a salir a un llano grande, más grande que todos los que teníamos vistos hasta entonces porque en él se perdía la vista a lo lejos y no se acababa y por parte alguna se veían montañas como no fuera las que dejábamos atrás. Y el aire era tan delgado y tan fino y tan sin nieblas que bien se podía hacer el ojo a ver a muchas jornadas de distancia sin estorbo alguno. Y a los dos o tres días de caminar por esta plana, entre los grandes yerbazales, hacia el Mediodía, topamos con el animal más maravilloso que imaginarse pueda y algo asombroso de ver. Y este animal tiene en todo la forma y hechura de un venado y cuatro patas y el color pardo y la cabeza chica y apuntada. Mas las patas las tiene luengas como tres veces las del venado y el pescuezo lo tiene luego como dos hombres puestos uno encima del otro. Y con este pescuezo alcanza a comer los brotes tiernos y frutos de arriba de los árboles. Y es animal muy espantadizo y de poco corazón, que en sintiendo ruido luego da en correr con aquellas sus lenguas patas y el pescuezo lo va echando para adelante y para atrás como si repartiera su gran peso por no abocinarse y perder carrera. Y estos ciervos del pescuezo largo no se están nunca solos, sino que van en manadas de quince o veinte y en esto también se parecen a los nuestros. Y la cuerna la tiene más chica que sólo traen dos cuernos, cortos más que las orejas, y muy romos de punta así como los del caracol. Y con estos cuernos no

atacan ni se defienden. Y la mejor carne y más fina y más sabrosamente especiada que comimos desde que entramos en el país de los negros fue la de estos ciervos cuando cazamos uno y lo ballesteamos y con sólo el pescuezo comimos los treinta hombres que aún quedábamos, entre blancos y negros.

Y después que salimos del yerbazal al llano, anduvimos sin obstáculos hacia el Mediodía y no hubimos de desviarnos más que dos o tres veces buscando vado para cruzar algunos ríos chicos que se nos atravesaban. Y los dichos vados eran buenos y estaban muy señalados de pasarlos las manadas de ciervos y cabras, mas no había rastro de negros fuera de algunas candelas viejas que topamos, hechas de piedra todo alrededor y ya sin ceniza ni señal de lumbré nueva. Y con esto llegó la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo y la pasamos acampados al lado de un río mediano y solazándonos mucho y cazando con facilidad y criando grandes panzas, y en quedando allí tiempo, los negros levantaron chozas y cocieron ollas con las que poder guisar y las negras, que dos iban con nosotros, salían por granos parecientes a la cebada y los molían entre dos piedras con lo que volvimos a tener una poca harina para hacer tortas, si bien menguada y pobre y amarga. Mas los hombres se contentaban con poco después de las grandes fatigas y desventuras pasadas atrás. Y las dos dichas negras eran voluntariosas y aunque habían maridos entre los negros que con nosotros venían, y luego se daban gentilmente a los otros que con ellas querían yacer. Y éstos fueron todos menos Andrés de Premió, el cual no dejaba de suspirar cada noche acordándose de su desventurada Inesilla, y fray Jordi que no miraba para mujer, y yo que, a las vueltas de todo lo pasado, ya no pensaba en Gela más que unas pocas veces y tornaba a soñar que un día volvería a mi señora doña Josefina y habríamos paz y felicidad en nuestra vejez ya que no la hubimos en nuestra juventud. Y solía, al caer la tarde, irme donde más espesa la yerba

fuera y tumbarme en ella como en almohadón de lana y mirar cómo iban saliendo las estrellas y cómo se iba levantando la luna, que en el país de los negros es más grande que en otros sitios, y cómo las bandadas de aves cruzaban el cielo tan grande mientras yo rumiaba lo que habría de ser mi vida con doña Josefina y las mercedes que el Rey nuestro señor nos haría por nuestro gran servicio y cómo mandarían a mi señor el Condestable que me diera una casa buena de piedra, con patio y pozo y huerta. Y yo plantaría tres parras en la puerta y una fila de hospitalarios cipreses, y tendría melocotones y otros árboles viciosos y muchas higueras y vides donde hacer mi propio vino, y tierra calma de pan llevar y un palomar con tres piqueras donde zurearan los palomos despulgándose de mañana cuando yo saliera con mis perros a cazar. Y otras veces me imaginaba yendo con mi señor el Condestable y con los armados de los concejos de la ciudad y poniéndonos en acecho y celada contra los moros de Arenas les cobrábamos aquel castillo, del cual tan grandes ganas había mi señor el Condestable. Y luego él me nombraba su alcaide y venían moros de Granada a quitármelo, mas yo valerosamente lo defendía y recibía una herida de pasador que me calaba el brazo, mas, aun así, seguía defendiéndolo animosamente. Y cuando peor andaban las cosas me imaginaba un socorro del Rey en persona y los moros que huían. Y el Rey se llegaba a mí y me abrazaba y me ponía al pescuezo cadena de oro de mucho precio. Y los envidiosos que con él venían, cuidando de que hallarían el castillo perdido, se morían de rabia al ver en qué privanza me tenían mis señores por mis buenos hechos. Y luego me imaginaba sobre honrado rico y metido en muchos excesivos comeres y beberes, en yantares y cenas y placeres, comiendo y bebiendo ultra medida y mi mesa bien abastada de capones, perdices, gallinas, pollos, cabritos, ansarones, carnero y vaca, vino blanco y tinto, y frutas de diversas guisas, y como Job dice que los días del hombre breves son, así yo los pasaría

placenteramente con mi señora doña Josefina, muy horro y rico y libre de cuidados. Y en estas ensoñaciones se me entraba la noche y arreciaba el frío y yo levantaba mis punidas carnes del suelo y quedaba sentado y miraba por mis manos llenas de pellejos y asperezas y cicatrices y mesaba mis barbas ásperas y ya grises y blancas y mi cabeza que se iba despoblando de cabellos y mi boca que se iba deshabitando de dientes. Y me palpaba los brazos y las piernas, menos fuertes que antes, y temía que el país de los negros fuera la tumba de mis sueños y el enterramiento de mi juventud, que ya lo estaba siendo. Y con esto, sin perder mis esperanzas, mas temeroso del incierto mañana, me ponía en pie y me iba volviendo despacio a donde las chozas estaban.

A los veinte días de enero vinimos a topar nuevamente con hombres negros a las orillas de un río caudaloso que venía de Poniente. Y estos negros se llamaban los tongaya y hablaban otra lengua, de la que algunas palabras eran entendidas por los que con nosotros iban. Y los dichos negros eran menos retintos que los otros que teníamos vistos y muy altos a maravilla, que a todos nos sacaban casi un palmo, y de miembros muy largos y gráciles, así las piernas como los brazos, y de grandes pies con el talón muy salido en demasía. A lo que fray Jordi hizo notar que desde que estuviéramos en la tierra de los negros sólo vimos pies de mucho talón y que esto era porque los negros estaban más aparejados que los blancos para saltar y correr sin cansarse, lo que comúnmente notamos ser verdad. Y estos tongaya solían bailar al son de tambores de madera de muy ronco sonar y daban grandes saltos hacia arriba con los pies juntos y los brazos pegados al cuerpo, y el que dellos más saltaba se tenía por más listo y hábil que los otros. Y los jóvenes siempre venían con venablos finos, tres o cuatro cada uno, en manojo, que diestramente lanzaban para cazar y jugar. Y en viendo tales destrezas luego torcimos el gesto por si alguna vez las habían de emplear con nosotros. Lo cual nunca hubo de ocurrir

porque eran gente muy pacífica y entregada al armonioso vivir y, como no pensarán que la tierra fuera suya, luego nos dejaron aposentarnos cerca de ellos, en el río arriba. Y cada día nos hacíamos mutuas visitas y cuando nos sobraba cerne de la que ballesteábamos, luego se la dábamos a ellos y ellos nos daban harina y grano del que tenían y aun collares de dientes y otros abalorios con que gustan de adornarse menudamente. Y fray Jordi amistó con el curandero dellos, como otras veces hiciera con otros negros sabedores de hierbas y raíces, y a menudo salía a buscarlas con él, siempre en compañía del Negro Manuel.

Y lo que más espanta de estos negros es que comen poco y raramente carne porque piensan que los hombres que mueren, luego dan sus ánimas a las criaturas bajas y animales y que en matando un venado el alma que en venado vivía luego queda libre y sin sosiego y puede atormentar al que mató al venado. Por esto aceptaban la carne que nosotros matábamos mas sólo unos pocos de entre ellos se atrevían a matarla. Otros tenían vacas grandes de largos cuernos pero muy estrechas y secas. Y les hurgaban con una flecha fina en las venas del pescuezo y las sangraban como barberos y luego tomaban la sangre en una taza y hacían una pella con harina y la cocían y éste era su manjar más exquisito aunque para nosotros fuera de sabor muy terroso por los espesos humores que en la sangre van.

Y en las praderas que había delante del río tuvimos seña de que pronto veríamos al unicornio porque allí vivían los elefantes, que hasta entonces nunca viéramos en el país de los negros. Y los dichos elefantes son grandes a maravilla porque cada una de estas bestias será alta como dos hombres o más. Y el cuerpo lo tienen grueso más que pensarse pueda, que más parece panza de nao que de animal vivo. Y el dicho cuerpo lo sostienen por cuatro patas muy gordas y fuertes que son como troncos de árboles recios y huesudas y llenas de matalones. Y la cabeza es como una barrica de cien arrobas y los ojos chicos, no más grandes que los de vaca,

pero las orejas son llanas y grandes como estandarte de concejo y con ellas se abanican muy gentilmente en las horas de calor, que por la mucha grosura de sus cuerpos los aqueja mucho y las suelen pasar metidos en el agua de los ríos o echados sesteando en la hierba fresca, a la sombra de los árboles. Y la nariz la tienen larga a maravilla, como brazada de hombre o más, y la mueven con gran presteza como si brazo fuera y con un como dedo que en la punta trae van arrancando la yerba y los frutos de que comen y luego, retrayéndola, la llevan a la boca que es pequeña y escondida pero con grandes dientes. Y de la dicha boca le salen a cada lado dos como cuernos blancos y muy poderosos que están hechos de marfil y de ellos sacan sus cuentas y baratijas los negros y aun mangos de puñales y otras figuras de aprecio. Y el elefante es manso, debido a su mucha grosura, mas si se asusta u ofende luego se torna terrible y con sus patas y los dichos dientes largos puede un elefante solo matar a muchos hombres.

Estando con estos negros tongaya tuvimos habla cierta de cómo eran y dónde paraban los unicornios. Y nos dijeron que a cuatro jornadas de marcha de su pueblo había un río manso en cuyas riberas solían pastar. Y también nos dijeron que eran bestias muy fieras e imposibles de domeñar, lo cual ya sabíamos nosotros, y que su cuero era tan duro que ni flecha ni venablo lo pasaba por lo cual no se dejaba cazar y que, luego que se enfurecían, muy reciamente atacaban con el fuerte cuerno del hocico y con él podían derribar un árbol mediano, tal era su fuerza. Y cuando supieron que habíamos llegado de tan lejano país porque nuestro Rey quería un cuerno de unicornio, nos tuvieron por locos y gente de poco seso y dijeron que era imposible de hacer. Mas nosotros dijimos cómo llevando una doncella el unicornio se amansaba y se dejaba quitar el cuerno y los negros, en su ignorancia, se reían mucho de nosotros y se daban grandes palmadas en los muslos, como niños, y Andrés de Premiό

y yo nos mirábamos y no sabíamos si enfadarnos y tomarlo a afrenta o si habíamos de dejarlo pasar lo mismo que el mesamiento de cabellos y barbas, por ser gente tan sin malicia y desconocedora de las cosas del mundo. Mas no queríamos guerra con nadie ahora que tan cerca estábamos de rematar nuestro negocio, así que dejamos pasar las risas y luego dijimos cómo necesitábamos una mujer doncella para apresar a la fiera. Mas no había en el pueblo doncellas que tuvieran más de catorce años, pues, en llegando a los catorce, luego pierden su doncellez no por mengua de honestidad sino por costumbre, que así disponían allí las cosas. Y con esto hubimos de conformarnos con una niña de trece años que, siendo desarrolladas las negras más tempranamente que las blancas, había muchas niñas de trece que tenían grandes tetas y parecían de más cuerpo que suelen serlo las blancas a su edad. Y con esto pasamos adelante y quisimos comprar una. Y muchos negros nos ofrecieron a sus hijas mas eran tan crecidos los precios que no sabíamos cómo pagarlas. Y ellos las suelen pagar en pieles de vacas y costales de grano, mas nada de eso teníamos nosotros que acabábamos de llegar pobres y menguados del largo viaje. Mas luego vino uno que había visto tirar a los ballesteros y dijo que daba a su hija por seis ballestas. Y nosotros teníamos hecha habla, desde que pasamos el arenal del país de los moros, de nunca dar ballestas a nadie ni consentir que un negro tirara con ballesta, pues bien sabíamos que toda nuestra fuerza y nuestro respeto estaba en ellas que nunca habían sido vistas en el país de los negros. Y diciendo verdad, el único que acabó sabiendo de ballesta fue el Negro Manuel porque así lo distinguíamos de los otros. Y esto era porque estaba tan conformado a nuestras costumbres y era tan buen cristiano y sufridor de trabajos que luego pensamos que en saliendo del país de los negros vendría con nosotros como otro más, a comer de nuestra mesa.

Y en sabiendo que el negro pedía seis ballestas por la doncella,

juntamos corro y junta por ver qué decidíamos. Y luego de discutirlo largo rato vimos que los ballesteros muertos eran tantos ya que muchas ballestas sobraban sin nadie que tirar con ellas y aún algunas venían flojas y no había allí apaños para gobernarlas. Así es que decidimos dar ballestas aunque no seis sino dos a trueque por la doncella. Y llamamos al que vendía la hija y le ofrecimos dos ballestas, las peores, y él dijo que quería seis y las señalaba con el dedo, y el ladino señalaba las mejores, fijándose en las que tenían el mocho con adornos de pasta y nielados de cobre. Y a esto porfiábamos nosotros en que habían de ser sólo dos y finalmente, después de bien por un día entero altercar con el negro, teniendo a la doncella que estaba en venta allí delante, y después de mucho palparla el padre y ponerla desnuda y de querer que nos asomáramos a ver que su doncellez estaba intacta, como mercader que, por alabar su mercancía, la desparrama sobre manta de tenderete, ya era noche entrada cuando finalmente cesó la porfía y acordamos que él se llevaría tres ballestas, las que nosotros quisiéramos darle. Y con esto se fue contento y sin virotes, que los virotes no entraron en el trato, y nosotros quedamos con la doncella. Y ella era una niña muy reidora y silenciosa que tenía por nombre Adina y que a mí me pareció bella a la manera de las mujeres africanas. Y en quedándose sola con nosotros me pareció que tendría miedo y busqué en mi zurrón unas cuentas de pasta amarilla que traía y se las di y ella sonrió y se las puso al pescuezo. Y luego le dimos una manta que se tapara y le hicimos sitio a la lumbre con los demás. Y luego hice dar pregón que todo el mundo sirviera a Adina y que si alguien era osado de ir contra su doncellez, luego sería quemado vivo pues de ella dependía el buen suceso de que se cobrara el unicornio en servicio del Rey nuestro señor. De lo que todos quedaron muy advertidos. Y esto acordado, al otro día de mañana salimos camino del Mediodía y con nosotros iban dos negros tongaya que eran guías y

pisteros y sabrían muy bien llevarnos a donde los bebederos del unicornio estaban. Y antes que el sol estuviera alto ya habíamos caminado dos leguas por medio de los yerbazales y aquel día fuimos a comer a un río chico que cruzaba, donde los hombres ballestearon una cabra grande que asamos con ciertas yerbas olorosas que fray Jordi llevaba. Y en acabando de comer no quisimos cruzar el río antes que viniera la luz del alba a alumbrar el día y, cuando yo decía que haríamos esto, cruzaron tres pájaros negros muy grandes hacia Mediodía y se posaron en las ramas muy altas de un árbol que junto a nosotros estaba y allí se estuvieron mirándonos largo rato. Y los dichos pájaros tenían gordo el pico como cuervos mas no eran cuervos. Y luego se partieron y siguieron su vuelo al Mediodía. Y esto lo tuvimos por de buen agüero y que en tres días habríamos de ver al unicornio. Y de allí a tres días, cerca de la hora de más calor, estábamos en el llano grande y había enfrente de nosotros ciertos árboles copudos que muy buena sombra daban. Y debajo de los árboles pasaba un arroyo como se veía por las espesas cañas que allí nacían. Y por aquel sitio vimos tres manchas grandes que parecían peñas y otras dos más pequeñas. Las cuales peñas en moviéndose vimos que no eran sino animales y los guías tongaya que con nosotros iban muy excitadamente los señalaron y dijeron la palabra de su lengua que quiere decir unicornio y luego ya no quisieron pasar de allí adelante. Y estaba el aire calmo por la mucha calor y había mucha luz en el cielo y olía a yerba y a resina. Y yo sentí mis miembros tan ligeramente como si la juventud volviera a ellos después de tan perdida en las fatigas y devastaciones vividas. Y hube de refrenar las lágrimas por no parecer menos a la niña Adina que conmigo iba. Mas luego miré por los otros hombres que cerca de mí estaban y vi que lloraban algunos de llegar al unicornio después de tantos años que salimos de Castilla. Y los negros se retrasaban como si temieran un gran suceso.

Y volví a mirar a los unicornios, mas no se movían y estaban quedos como elefantes y no se distinguía el cuerno de la frente en tan gran distancia. Mas luego dispuse cómo habíamos de pasar adelante y que cada hombre fuese a veinte pasos del compañero y detrás de cada balletero iría un negro con las ballestas de repuesto y los dardos para cebarlas. Y que en llegando a distancia de dos tiros de ballesta de los unicornios, los hombres pararían y dejarían que yo me acercase solo con la doncella. Y que en haciendo yo señal, luego vendrían a tiro y cuando ya la niña hubiese amansado al unicornio y se viera que el animal no había de moverse, se acercarían dos de ellos con el hacha a cortar el cuerno. Mas si el unicornio quería moverse, luego todos le tirarían con las ballestas y le apuntarían detrás de las orejas y en la barriga que son los sitios en donde, por lo que en los elefantes teníamos visto, menos recio tienen su cuero las bestias.

Y esto dispuesto, pasamos adelante y los otros negros quedaron atrás mirándonos muy espantados. Y ya iba advertida la niña Adina de que a ella no le haría mal el unicornio, mas con todo ello iba temerosa y se agarraba muy fuertemente a mi mano y temblaba presa de gran pavor. Y yo luego la consolaba diciéndole al oído muy quedas palabras que si no entendía, por el tono la podrían sosegar. Y así pasamos adelante, por entre las hierbas más altas, hasta un árbol grande que en medio estaba y por allí se dispersaron los balleteros como yo tenía dicho. Y la niña y yo pasamos solos adelante. Y ya en esta distancia se podía distinguir bien el único cuerno del unicornio que no era como yo me lo había esperado ni como fray Jordi, que atrás quedaba, me lo había descrito, esto es, muy largo y blanco y retorcido y afilado, sino más bien corto y recio, de la forma del miembro del hombre, un poco curvo hacia arriba. Y no lo llevaba el unicornio en la frente sino en medio del hocico, como dijieran los tongaya.

Y en sintiéndonos llegar, quizá porque nos oliera en el aire, el unicornio más grande, que más cerca de nosotros estaba, dejó de pacer la hierba y levantó un poco la enorme cabeza y movió las orejas, que las tenía cortas como de caballo, para donde nosotros veníamos y no se movió más. Y nosotros pasamos adelante y la niña sudaba y temblaba de mis manos fuertemente cogida y yo la llevaba delante de mí para que el unicornio la ventease primero y se amansara a su olor. Y mientras fui admirando el gran cuerpo que la bestia tenía, que era como de buey muy grande, y las patas cortas y muy recias y la cabeza enorme y pesada como de jabalí y por la parte del hocico tan grande como por la parte de los ojos. Y sobre el hocico aquel cuerno poderoso y otro cuernecillo más chico por encima de él.

Y con esto nos llegamos a menos de un tiro de ballesta del unicornio y la niña no quería seguir y se agarraba a mis piernas estorbándome el andar y se volvía por no ver al unicornio y me abrazaba llorando con muy tiernas razones que yo no entendía. Y yo, con la boca seca, intentaba decirle en su lengua que el monstruo no le haría daño porque era doncella. Y en esto estaba cuando oí tronar en el aire y tembló la tierra. Y alcé los ojos y vi que el unicornio venía a nosotros trotando como caballo, mas muy pesadamente. Y la cabeza traía por bajo, como los puercos del monte cuando quieren clavar sus cuchillas por se defender. Mas yo me estuve a pie firme y no me quise mover sabedor de que, en llegando a nosotros, el unicornio no podría ofendernos porque a la vista de la doncella luego se amansaría y detendría sin daño. Mas no fue así, que el animal nos embistió con su cuerno y su hocico espantables y nos tiró por el aire muy maltrechos y siguió adelante queriendo tomar carrera otra vez, como los toros hacen. Y yo caí a tierra privado de mi seso y esto fue cuanto supe, que después me dormí como si muriera y, antes de no saber quién era y de que las tinieblas me ganaran, confusamente percibí

toques de trompeta y la grito de «¡Enrique, Enrique, por Castilla!» que daban los ballesteros viniendo.

Cuando desperté estaba tendido sobre la yerba y me dolía mucho un brazo y me sentía molido de todo el cuerpo. Y abriendo los ojos vi a fray Jordi que solícito se asomaba a mirarme y las caras de Andrés de Premiό y de los otros hombres y la del Negro Manuel que compungidamente lloraba. Y luego me dijeron cómo la niña Adina era muerta, que el unicornio nunca miró a su virginidad y franqueza, a lo que fray Jordi dijo que siempre había tenido la sospecha de que la doncella había de ser blanca de carnes y rubia de cabello, como la madre de Cristo, y de otro modo no había virtud, mas luego que se viera que doña Josefina no era virgen se había conformado a pensar que cualquier doncella valdría, pues el maestro Plinio nada escribía del asunto en su tratado del unicornio y que con suerte en el país de los negros encontraríamos la que nos conviniera, lo que no había podido ocurrir por nuestra desgracia y castigo y punición de nuestros pecados. Mas, con todo, el unicornio quedaba muerto y cazado que, en pasando de nosotros y derribándonos, luego los ballesteros lo habían llenado de virotes como puerco espín y en unos pasos murió. Y era maravilla ver cómo los pasadores del lomo, donde más recio tenía el cuero, apenas le habían entrado medio palmo, como si hubiesen dado contra madera dura de olivo. Mas otros pasadores le entraron por abajo que le hallaron el corazón y la vida.

Y luego vinieron a mostrarme el cuerno de la fiera y era más gordo que el de un toro y más corto y de menos punta y todo él macizo por de dentro como si fuera diente. Y estaba hecho de un hueso como el marfil sino que más nervudo y basto. Y así como me lo presentaban yo quise llegarme a tomarlo según estaba caído en el suelo y vi que solamente una mano subía y que la siniestra se me quedaba pegada al cuerpo como antes la tuviera. A lo que fray Jordi me dijo que el unicornio me hiriera

malamente aquel brazo y lo tenía partido en el hueso y me lo había atado en una madera por sanarlo. Y después desto me entraron mareos y desfallecí nuevamente y durante muchos días fray Jordi me mantuvo con gachuelas de harina y sangre y me dio mucha nuez de coca que me hacía soñar muy extraños sueños, por aliviarme de los dolores, y otros cocimientos y yerbas que me bajaran las calenturas. Y todos pensaron que me iba a morir mas no moría y el brazo tampoco sanaba sino que iba tornándose negro y la carne hedía de muerta y se iba pudriendo. Y esto visto fray Jordi pensó que era mejor cortarlo y para esto me dieron más nuez de coca que otras veces y me dejaron dormido sin seso y luego me cortaron el brazo por donde estaba roto y quemaron la herida con un cuchillo calentado en el fuego.

Mas de todo esto no sé sino lo que me contaron, pues en perdiendo el brazo me subieron recias calenturas y fiebres y por muchos días no volví en mi seso y ya empezaban a aparejar lo que harían yo muerto. Mas, en pasando adelante, quiso Dios Nuestro Señor que fuera recordando y se me fuera cerrando la herida y me fueran bajando las calenturas y la vida volviera a mí y aunque quedé manco y sin carne y sin fuerzas no morí y seguí viviendo para poder contarlo y no sé si hubiera sido más dichoso muriendo luego.

DIECISÉIS

EN ESTO PASARON QUINCE DÍAS y venida la fiesta de San Andrés ya estaba yo repuesto de mis flaquezas y los hombres impacientes murmuradores y de mal talante porque no había qué comer y la carne que se ballesteaba era poca, que en aquel yerbazal sólo se veían unicornios y elefantes y algunos leones y no eran estas fieras buenas para ir en pos de ellas queriendo flecharlas. Y ciervos y cabras había pocos y muy recelosos que, en venteando hombre, luego huían más que del león. Y cuando yo pude tener seso y volví a mi juicio, hicimos junta y consejo y determinamos que, cobrado ya el unicornio, el servicio del Rey nuestro señor requería que prontamente tornásemos a Castilla. Mas dábamos por seguro que desandar aquel camino traído, que tanto nos había costado andar, no era cosa ligeramente hacedera y que si más de la mitad de los hombres habían perecido en sus muchos desastres y desventuras, era de creer que la otra mitad, más quebrantada y menos abastada, pereciera luego en el retorno, con lo que el señor Rey quedaría deservido y nada se habría logrado. Por el contrario, si la Tierra era redonda como fray Jordi y otros sabíamos, siguiendo adelante hacia el Mediodía no podía quedar mucho camino, tanto dejábamos detrás ya, sin que saliéramos a reinos cristianos, quizá el reino del Preste Juan, que dicen que es de negros o mulatos, los cuales están en la Fe de Cristo, y de allí muy bien nos podrían socorrer los reyes y duques y, en entendiéndonos más fácilmente con gentes de nuestra religión, nos pondrían luego en el camino de Castilla con guías ciertos y hasta podríamos ir posando en los conventos y monasterios y gozando de estrenas y mercedes y limosnas de las buenas gentes que supieran los fechos que atrás dejábamos cumplidos. Y este acuerdo nos pareció bueno, con lo que se lo participamos a la ballestería y a unos les pareció bien y a otros no, mas con todo pasamos adelante. Y

al principio algunos hombres venían muy reciamente murmurando que no entendían aquello de que la Tierra fuese redonda y que el camino de Castilla había de ser más corto desandado lo andado, pero luego, entendiendo que eran gente ignorante y teniendo muy probado que fray Jordi era muy perito en las cosas de la tierra así en yerbas como en lapidarios y astros y alquimia y encantos, luego se fueron convenciendo y venían más conformes. Y así pasamos adelante y vadeamos dos ríos chicos que se nos atravesaron y la llanura no se acababa pero, a los siete días de camino, empezó a mejorar la caza y vimos delante algunas montañas altas como sierra que nos alegraron. Y es que, cuando se camina por aquellos yerbazales llanos, cada día se ve lo mismo desde que se muestra el alba hasta que viene la oscuridad de la noche y el ánimo decae mucho porque parece que no se avanza y que uno se cansa sin moverse del sitio. Mas cuando hay montaña a la vista, cada día se ven crecer y algo va cambiando el campo y con esto se esfuerzan los hombres en seguir adelante sin mirar las fatigas del camino. Y antes de llegar a las montañas, que parecían altas a maravilla, encontramos otros negros que en un pueblo chico muy miserablemente vivían, sin cerca ni guardas, de todo asalto descuidados. Y era ese pueblo de no más de treinta casas que eran chozas y tenían las paredes de palos finos y el techo de cañas, como colmenas. Y en llegando nosotros corrieron a esconderse con gran miedo pero luego mandé yo dos negros de los nuestros delante ofreciendo la paz con las manos abiertas y llevando un obsequio de carne asada para regalo y los negros se estuvieron hablando con la gente del pueblo y luego tornaron con un plato de madera con harina de mijo que les habían dado. Y sentada la paz de este modo ya nos adelantamos más francamente, con las guardas puestas y las ballestas armadas, por prevenir celadas, y el mandamás del pueblo salió a recibirnos y venía liándose en un paño muy colorido. Y los otros que con él estaban venían casi en cueros. Y el paño

me asombró mucho, que era del tejido que gastan los moros y no de cuero ni trenzados bastos como son los que comúnmente los negros llevan y, en acercándose más, vimos que era tejido moro, con unos pájaros como águilas bordados en toda la orla adelante y muchos otros colores de los que se hacen con alheña y azafrán y tinturas. Y todos hubimos gran alegría de ver esta seña de que otra vez llegábamos a tierra de moros con lo que de aquí en adelante habríamos de salir de la cruda tierra de los negros y nos acercáramos a la de los cristianos. Y luego hicimos muchas reverencias con los del pueblo y pasamos adelante con ellos en medio de grandes algazaras y voceríos de niños a una choza grande. Y allí venían negras y mancebos y viejos a vernos las barbas y a pasarnos la mano por los brazos, según tantas veces lo teníamos visto ya, por la novedad de nuestras carnes tan blancas. Y el mandamás negro no hablaba parla que entiendiéramos pero nosotros mucho le preguntamos de dónde venía aquel paño que llevaba vestido y él reía y señalaba a la parte de Oriente y decía muchas palabras que no sabíamos qué dirían, mas se nos fue quedando de entre ellas una que repetía más que las otras y que parecía el nombre del sitio de donde venía el paño y éste era Cimagüe. Y luego dio órdenes a los que con él estaban y prestamente partieron y tornaron con ciertos collares de cuentas y con unos cuchillos de hierro con adornos de pasta en los mangos que de mano en mano catamos y todos tuvimos por labores ciertas de moros. Y con esto quedamos muy contentos y confirmados en que ya estábamos en el camino cierto de nuestro retorno a Castilla. Y la oscuridad de la noche venida dormimos allí con aquellos negros y a la mañana siguiente partimos. Antes de salir venían ellos de sus casas con muy graves semblantes y tomaban de las manos a los negros que con nosotros iban y parecía que los querían estorbar que fueran con nosotros. En lo que vimos que temerían que si seguían a tierra de moros luego los harían cautivos por esclavos como los moros hacen. Mas con esto los

negros no entendieron y todos seguimos adelante.

Y los diez días siguientes caminamos por un valle ancho que se abre entre las montañas, siguiendo un río mediano donde bajaban muchos venados y cabras y perros a beber agua y no nos faltaba caza de ellos. Y de vez en cuando nuestros pisteros topaban con sendas que parecían pisadas de gente y con sitios donde había habido acampadas por las piedras quemadas que las candelas dejaban y todas estas señales ciertas nos esforzaban a seguir más diligentemente el camino.

En esto llegó la fiesta del Espíritu Santo y acordamos descansar unos días en un pradillo muy alegre que encontramos y dar algo de asueto a dos ballesteros y algunos negros que venían muy aquejados de calenturas. Y los negros luego cortaron cañas e hicieron chamizos y camas con aquella industria que ellos tienen. Con lo que después de tantas desventuras pude bien dormir en gentil cama y bien emparamentada que ellos me aderezaron. Y la carne no nos faltaba y ya estábamos conformados sino yo que a la manquedad todavía no me acostumbraba y aún me perdía en mis soledades y pasaba gran pieza mirando la costra negra donde las carnes se me iban cerrando y tapándome el hueso sobre la herida. Y yo lo contemplaba de mis ojos como si aquello no fuera cosa mía y con miserándome de mí tornaba a imaginar las escenas que tenía ensayadas de presentarme ante el Rey mi señor y ante el Condestable y ante doña Josefina llevando mi nueva manquedad más como un trofeo de mi honor y servicio al Rey y fidelidad y esfuerzo que como mengua de mi persona. Mas estos pensamientos no espantaban mi pesadumbre y tristeza, antes bien los acrecentaban.

Y después que estuvimos acampados tres días, al cuarto, de mañana, salí con siete ballesteros y Andrés de Premió a ballestar carne en un abrevadero media legua de allí, donde un negro había visto que acudían a beber muchas cabras y venados. Y cuando al acecho estábamos vimos

que mucho humo blanco se levantaba de la parte del campamento y luego tornamos apriesa y en llegando cerca salieron a nosotros gritando cuatro negros de los nuestros, muy demudados y nos dijeron cómo muchos enemigos armados habían entrado al campamento y lo habían desbaratado y le habían puesto fuego y habían matado a algunos de los nuestros. Y ellos habían visto todo porque estaban lejos por leña y luego habían huido a darnos aviso.

Y con esto pasamos adelante, abiertos por el campo como en guerra y armadas las ballestas. Y de esta guisa muy despacio nos fuimos acercando a donde nuestros techos ardían y lo encontramos todo muy disipado y destruido de la gran muerte y cautiverio y robo y en medio de todo tres negros muertos y dos ballesteros y fray Jordi. Mas en llegándose el Negro Manuel a fray Jordi dio grita de que era vivo. Y todos nos fuimos a él y tenía una muy grande herida que le abría el vientre y estaba su color blanco como cercano a la muerte. Y había dado y daba mucha sangre a golpes según respiraba en lo que conocimos que luego moriría. Y de esto y de nuestra desgracia todos comenzamos a llorar muy fuertemente. Mas fray Jordi, en sintiéndonos, abrió los ojos y nos conoció y muy débilmente de su mano me hizo seña que me acercara a él, y yo acudí a tenerle la cabeza y entonces me dijo con voz queda y desfallecida que el cuerno del unicornio quedaba enterrado dentro del chamizo grande ardido, donde luego lo buscamos y lo hallamos, y que me quería pedir una señalada merced antes de morir. Y fuertemente llorando prometí que haría lo que él quisiera y me pidió que en llegando a Castilla amparara al Negro Manuel y lo dejara libre y le diera oficio de que vivir honradamente. Lo que yo otorgué y juré que haría por Dios y por Nuestra Señora. Y sobre esto me pidió que luego que él muriera lo habíamos de cocer para que la carne se despegara de los huesos y llevaríamos los huesos a enterrar en la tierra cristiana donde hubiera frailes de su orden.

Lo cual luego juré yo por la eterna salvación de mi alma, que si Dios me daba vida así se haría. Y con esto confortado nos pidió que rezáramos y así lo hicimos y él tomó las manos del Negro Manuel que más fuertemente que los demás lloraba, y, teniéndolas estrechamente apretadas entre las suyas, cerró los ojos y luego las aflojó, en lo que conocimos que había muerto. Y en acordándome de su muerte aún hoy me consuela pensar que aquel hombre santo halló amistad y finó confortado en los brazos de su amigo. Porque, según el dicho de Sysero romano, agua, fuego, ni dinero no es al hombre tan necesario como amigo fiel, leal y verdadero.

Y después desto mandé poner velas y guardas el arroyo abajo por si venían más negros enemigos contra nosotros y a los demás los dejé que cavaran un hoyo grande para los muertos. Y mientras esto hacían, otros juntaron mucha leña y quemamos el cuerpo de fray Jordi por mengua de avíos donde cocerlo. Y luego que estuvo muy quemado, tomamos los huesos largos y los de la cabeza y los pusimos en un saco. Y habiendo enterrado sus otros restos con los muertos, luego pusimos en somo de la fosa una cruz de palo y pasamos adelante por no demorar allí más y andábamos muy alertados viendo que estábamos en tierras de grandes enemigos y daños. E íbamos cavilando lo que cumplía hacer y luego fuimos de un acuerdo de que la tierra de los moros debía estar muy cerca, viendo que había cazadores de esclavos, que no otros habían de ser los que pusieron fuego a nuestro campamento y mataron a los blancos y se llevaron a los negros, y en esto acordamos despedir luego a los retintos que con nosotros aún venían por excusarlos de desgracias y cautiverios siendo gentes que nos habían muy bien servido y que habían dejado sus casas y gente por venir con nosotros sin paga ni estipendio cierto. Y así di orden de descansar y les dije a los negros lo que tenía determinado y cómo habiendo cazadores de esclavos por allí y siendo nosotros pocos

para los defender luego podrían cautivarlos a todos y venderlos a los moros. Y los negros parecían no entender hasta que el Negro Manuel se los explicó más menudamente. Y con esto me vinieron muy tristemente a besar la mano y dieron vuelta y marcharon por el camino que habíamos traído. Y el Negro Manuel se fue con ellos, el último de todos. Mas, cuando hubo andado gran pieza, luego mudó de pensamiento y se tornó para con nosotros y dijo que nos dejaría y que había de ir conmigo a donde yo fuera llevando los huesos de fray Jordi y que desde aquel momento se daba a mí como esclavo por no ser esclavo de ningún otro. Y viendo su mucha fidelidad y la firmeza de su amistad y cómo honraba la memoria de fray Jordi, luego lo abracé y le dije que podía venir con nosotros no como criado ni esclavo sino como igual.

Y ya prestamente se vino la oscuridad de la noche y la pasamos sin cobijo, en un hoyo hondo que una palmera había dejado en la tierra al descuajarla el viento. Y dormí a ratos solamente y así hicieron todos porque cada cual se preguntaba en el silencio de su corazón qué nuevos quebrantos traería aparejados el nuevo día y los días venideros.

Mostrándose el alba, salimos del hoyo y comimos de lo poco que teníamos de la víspera y luego partimos, por seguir nuestro camino, arroyo abajo como si lo conociéramos, sabiendo tan sólo que los arroyos van a los ríos y los ríos a la mar. Y así anduvimos tres días sin topar ni ver a nadie, cazando un poco y andando leguas. Y al cuarto día de mañana vimos venir detrás de nosotros a uno de nuestros negros que se habían despedido. Y en llegando a donde estábamos se abrazó llorando a mis piernas y yo le dije que se levantara y hablara. Y él, entre gemidos, contó cómo los habían tomado los negros del Rey Monomotapa y los habían hecho esclavos, pero él había conseguido escapar. Y que había sabido, por parlas con los negros guardianes, que aquel Monomotapa era el gran señor de las minas y cada año necesitaba muchos esclavos para trabajar

en los pozos. Y que este Rey sacaba oro y cobre y marfil que vendía a los moros y a gentes extrañas de muy lejos llegadas en casas de madera que flotaban sobre las aguas. Y había sabido que para llegar a donde la tierra acaba y hay sólo agua había que caminar más de cien jornadas. Y toda aquella tierra era del Rey Monomotapa.

Y luego que esto dijo comió algo y no quiso quedar más con nosotros pues temía que sus guardas vinieran en su seguimiento y así prosiguió adelante en su camino en busca de los otros negros que a sus tierras regresaban. Con esto quedamos muy espantados de ver que si topábamos con tanta copia de gente armada como él decía que se juntaba, no escaparíamos fácilmente de la muerte. Y determinamos no seguir por el valle sino antes bien meternos por caminos más ásperos y difíciles por los montes fragosos donde no fuéramos vistos y donde más a salvo pudiéramos llegar al mar. Y desde que nos metimos por los cerros pasaron otros quince días antes de topar con persona y cada día caminábamos hacia donde sale el sol y nos deteníamos poco y a la noche dormíamos donde nos tomaba, mal aposentados pero contentos de estar vivos cuando tantos que quedaban atrás habían muerto.

Y acaeció que un día estábamos descansando en la hora de más calor cuando oímos una gran grito de negros y nos asomamos a ver qué pasaba y vimos a tres guardas negros con gorros de palma en las cabezas que iban en pos de otro que velozmente huía monte arriba. Y el que escapaba iba tan en cueros como su madre lo echó al mundo y los otros llevaban taparrabos y aunque tenían venablos en la mano y llegaban cerca dél no le tiraban porque querían cobrarlo vivo, en lo que entendimos que sería esclavo huido. Y como más negros no se veían venir por allí, fuimos de un acuerdo de socorrer al que escapaba con lo que armamos las ballestas y nos acercamos a los guardas por entre las matas y peñas, con gran recaudo y celada, y, cuando estuvieron a tiro, les mandamos a cada uno

su virote de lo que murieron luego. Y el que huía, viendo que le hacíamos merced, dejó de correr y se vino a nosotros temeroso y luego se tiró al suelo de rodillas y se echaba puñados de tierra y hojas en somo de la cabeza, que es señal de sometimiento y humildad entre los negros. Y luego yo le dije al Negro Manuel que lo alzara y el otro, que nunca gente cristiana viera, abrió mucho los ojos como si estuviera soñando, a la blancura de nuestros rostros y a las barbas luengas que traíamos que, aunque blanqueaban ya, todavía eran algo bermejas. Y luego el Negro Manuel le dio parla de quiénes éramos y él le dijo en su media lengua, que aún toda no entendíamos, que había escapado de una mina de oro que se llamaba Samori y que se había venido a las montañas cuidando juntarse con algunos negros huidos de los que en las espesuras vivían y se hacían bandidos. Y que los dichos bandidos tenían por jefe a uno que había sido esclavo y que se llamaba Tumbo. Y el dicho Tumbo le hacía muy cruda guerra a las gentes del Rey Monomotapa, matándoles los guardas y robándoles las viandas y el oro. En esto le dimos a comer al negro y él volvió a donde dejaba los muertos y les tomó ciertas ropas y un par de venablos y se fue sin volver la cara, dando muestras de mucho desagrado y mala crianza. Y nosotros no nos demoramos más que lo justo para arrancarles los virotes a los cuerpos yacientes de los muertos y luego seguimos a buen paso por excusar encuentros con gente más fuerte si luego los mandaban a buscar a los que habíamos matado.

Y después de aquel suceso anduvimos otros pocos días sin llegar a parte alguna hasta que cierta atardecida vimos sobre nosotros, bajando del monte, de más alto de donde estábamos, a tan gran copia de negros armados que parecía que salieran como escorpiones y arañas de debajo de las peñas. Y sin decirnos palabra ya nos tuvimos por gente muerta. Mas luego vimos que el que venía delante de ellos y parecía su mandamás levantaba los brazos haciéndonos señal de paz. Y los otros no traían los

venablos terciados como a batalla y no se retraían de nuestras ballestas sino que caminaban muy francamente en derechura a donde estábamos, sin recelo ni prevención. Y después vimos cómo delante de ellos venía aquel negro que salváramos los días pasados y él se reía y movía mucho los brazos por qué lo conociéramos y daba voces que era él. Y con esto notamos que aquéllos serían los bandidos que decía que iba buscando y ya sin reparos nos llegamos a ellos y el que venía delante se tocó el pecho y saludó y dijo que era Tumbo, a lo que yo respondí diciendo mi nombre y ya quedamos amistados. Y luego bajamos con ellos al llano y anduvimos dos leguas un barranco arriba, camino el más estrecho y fragoso del mundo hasta que vino lo oscuro y se hizo de noche y dormimos sin encender fuego. Y a otro día de mañana Tumbo dijo que él nos ayudaría a llegar al mar y viendo que no había malicia en él y que conocía aquella tierra, luego nos dejamos guiar por él.

Y a otro día mediado llegamos a una montaña apartada y cubierta de espesa arboleda y tomamos el camino pedregoso de una torrentera y de vez en cuando veíamos negros armados que eran los guardas y velas, en lo que conocimos que estábamos llegando a donde Tumbo tenía su posada y pueblo. Y casi en lo alto de la montaña topamos con algunas chocillas y cuevas debajo de los árboles de las que salían mujeres con las tetas al aire, como las negras suelen ir, y daban muchos gritos y saltaban y hacían alegrías de ver volver a sus negros sanos y rientes. Y luego se vieron viniendo detrás de nosotros y con ellas gran copia de niños chicos y grandes, todos en sus cueros, con mucha curiosidad y algarabía y éstos se llegaban a mesarnos los cuerpos y las barbas por la novedad. Pero Tumbo se volvió luego y dio un bufido y los espantó a todos, más por alardear y enseñarnos su mucho mundo que por excusarnos de la molestia que nos hicieran. Con lo cual seguimos subiendo hasta una cueva grande que se abría en somo de las peñas, dentro de la cual había otras chozas y

corrales de palos. Y allí se criaba aprisco de cabras y había muchas talegas de harina encima de unas tablas que al verlas nos dieron conformidad a nuestros corazones porque hacía más de un mes que no catábamos harina. Y luego salieron mujeres y estuvieron guisando muy bien de comer y fuimos muy bien servidos así de carnes y conservas como de otras muchas frutas verdes y secas, cuantas según el tiempo se pudieron haber. Y nos aderezaron buena posada en una choza de aquellas. Y en un aparte vino a mí Andrés de Premió, que a mi lado se sentaba, y dijo: «Paréceme que debiéramos darle alguna ballesta al retinto éste, porque no hace más que mirarlas y pienso que acabará por pedirnoslas». Lo que yo tuve por de muy buen juicio y acuerdo porque dándoselas de nuestro grado lo obligaríamos más a hacernos merced. Con lo que tomando dos ballestas regulares se las tendí a Tumbo y él las recibió como niño con nido de tres huevos y casi se le saltaban las lágrimas del gozo que le daban y se llevaba muchas veces las manos al pecho para mostrar gratitud por la merced y tornaba a reír mostrando sus dientes muy pulidos y grandes, como de caballo. Y con esto era de despierto ingenio y no lerdo, de allí a tres días ya estaba hecho regular balletero. Y después de aquello no nos quedaban más que nueve ballestas buenas que eran más que bastante para los seis cristianos que podían servirlos.

El pupilaje de Tumbo nos llegó a la Navidad, que allí es en tiempo de muy recias calores y que pasamos muy tristemente acordándonos cada día de los trabajos y fatigas pasados y de los hombres que habíamos ido dejando atrás y muy señaladamente de fray Jordi que otras veces por este día nos hiciera misa y sermón y nos diera de comulgar. Y nosotros siempre muy devotamente habíamos celebrado el Nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo.

Y los días que vinieron después fueron de grandes lluvias y se levantaron espesas nieblas y pudimos salir poco de la cueva y allí

estuvimos reponiéndonos bien del tasajo de cabra que comíamos y de las tortas de harina que las mujeres venían a hacernos y fuimos soltando la parla con Tumbo y con los otros negros, de todo lo cual vinimos a saber que en las tierras de allá enfrente hasta el mar vivía la gente de Monomotapa. Y el dicho nombre quiere decir en la lengua de los negros «el amo de las minas de oro». Y este Rey no era siempre el mismo porque en estando siete años, luego lo mataban y ponían a otro y esto era porque el Rey tenía que ser siempre vigoroso y joven pues de lo contrario creían que el oro de las minas vendría a menos y habría mengua de cobre y de marfil y de todas las otras mercaderías que vendían a los moros. Y pensaban que la prosperidad del reino dependía mucho de la de su Rey y señor. Y a esto y a otras cosas nos maravillábamos mucho y fingíamos que eran de gran razón mas luego, en nuestras hablas y juntas secretas, sacábamos en limpio que los cuatro pueblos grandes que por allí vivían tenían el acuerdo de que cada uno labraba las minas y todo lo demás de la tierra por siete años. Y al cabo del plazo mataban al Rey para poner otro de pueblo distinto. Y de esta manera habían acordado sucederse en la prosperidad de la tierra y en paz y armonía y mientras cada pueblo procuraba sacar el provecho de las minas para tener, llegado el momento de dejárselas al siguiente Rey, de qué comer y vivir el tiempo de la estrechez. Y los otros tres pueblos de muy buen grado cuidaban el sosiego del reino y que no faltaran los esclavos. Y perseguían a los que escapaban y les daban muy crueles tormentos al que tomaban hurtando o huyendo. Y afligían con pechos, parias y gabelas a otros pueblos más menudos que vivían detrás de las montañas. Y todo esto mucho nos maravillaba porque nunca en todos nuestros años de vagar por la tierra de los negros habíamos oído decir que un Rey fuese tan poderoso y tan concertado en sus asuntos. Mas todo lo achacamos a que lo habría aprendido de los moros y con esto crecíamos más la esperanza de que la

tierra de los moros fuera lindera con la de Monomotapa.

Pasaron las lluvias grandes y vinieron los grandes calores y algunas veces salimos con los negros a correr el monte y a cazar y a traer harina que comprábamos a otros negros en un camino a dos leguas de allí, pagando con polvo de oro. Y fuimos notando que aquella tierra está muy sobrada de oro y que comúnmente los trueques se hacen con él y tiene menos valor que en Castilla porque por lo que aquí se comprarían treinta sacos de trigo candeal allí se compra uno y de una harina mala como de cebadas broncas y raíces que no se quiere parecer a la de trigo. Mas los negros no lo echan en falta porque nunca vieron trigo verdadero, que por su tierra no lo hay, ni saben qué cosa sea.

En todo este tiempo secreteaba yo muchas veces con Andrés de Premiό sobre la conveniencia de proseguir el camino porque el servicio del Rey nuestro señor requería que no nos demorásemos más de lo necesario y ya que estábamos repuestos de las pasadas flaquezas, bien podríamos pedir un guía a Tumbo y partir de allí. Y Andrés y los ballesteros andaban algo renuentes por no salir a la aventura y a las fatigas dejando la vida regalada que allí llevaban, donde no les faltaban ya las negras con que yacer ni un pedazo de carne que comer cada día. Mas, con todo, me despedí de Tumbo y le dimos otra ballesta para pagarles sus muchas gentilezas y él nos dio dos pisteros que nos guiarían hasta donde la mar estaba.

Y después de partir de allí, anduvimos tres días por ciertos caminos y a la cuarta noche Andrés de Premiό vino a despertarme muy quedamente, poniéndome la mano en la boca, y me dijo cómo los guías eran idos llevándose las ballestas y que pensaba que aún no se habían partido mucho de allí y que fácilmente los alcanzaríamos. Y luego despertamos a los otros ballesteros y al Negro Manuel y salimos a perseguir a los fugados y en tal procura anduvimos casi dos horas hasta que ya quería

amanecer el alba. Y tuvimos suerte en que había gran luna y uno de los ballesteros era aquel Ramón Peñica que era muy hábil en seguir rastros porque había tenido oficio de pistero cuando servía al Condestable. Y de pronto, en volviendo un quiebro que el camino hacía, vimos a los dos negros que subían muy a su salvo despaciosamente caminando por el reproche del cerro, con las ballestas al hombro. Y dimos en perseguirlos corriendo sin decir palabra porque no fuéramos sentidos, mas ellos nos sintieron y volvieron la cabeza y al vernos llegar se echaron a correr por escapar y aunque iban impedidos con las ballestas, como entrambos eran jóvenes y vigorosos, corrían más que nosotros y luego se nos fueron perdiendo menos uno al que el Negro Manuel dio alcance y tiró por el suelo luchando. Y luego nos llegamos a él y lo prendimos y lo sujetamos fuertemente atándole las manos con unas correas. Y éste llevaba tres ballestas que pudimos cobrar y todas las otras se perdieron aquel día. Y luego le pregunté que me dijera si el robo y traición había sido por pensamiento dellos y él negó y dijo que traían ese encargo de Tumbo y que ahora él no podría volver sin las ballestas porque los otros bandidos lo matarían de muy mala muerte por lo que nos pedía que hiciéramos merced en matarlo. A lo que nosotros no sabíamos si sería nueva astucia del negro por salir con vida. Y algunos pensaban que era mejor degollarlo allí mismo. Mas yo pensé, con Andrés de Premió, que rebanándole el pescuezo no teníamos ganancia alguna, mas llevándolo con nosotros podría guiarnos al mar. Y él se conformó mucho con esto y prometió no escapar. Con lo que volvimos a andar el camino perdido por donde sale el sol, muy menguados así de ballestas como de ánimo. Y así pasamos otros pocos días y un par de veces vimos gentes que pensamos serían de Monomotapa y estábamos escondidos y quietos sin osar respirar hasta que eran pasados. Y en este tiempo sólo comíamos una vez al día de la poca y mala carne que cobrábamos. Y así excusábamos de encender

fuego más veces. Y mascábamos malamente algunas yerbas y frutos y raíces que ya sabíamos distinguir. Y con las privaciones y quebrantos otra vez íbamos enflaqueciendo y perdiendo de nuestras carnes. Y en estos días anduve aquejado de un mal del que se me movieron los dientes que me quedaban, que eran pocos y podridos y enfermos, con lo que a los pocos días los acabé de perder.

Otro día de mañana íbamos bajando un barranco seco por el que difícilmente se pasaba cuando el guía negro dijo que quería subir al repecho por ver si estaba despejado el campo al otro lado. Y nosotros, que ya habíamos ido cobrándole alguna confianza, lo dejamos ir. Mas, en llegando al somo de la loma, luego emprendió veloz carrera por escapar de nosotros por la otra cuesta donde no era visto. Y esto advertido dije a Ramón Peñica y al Negro Manuel que fueran a matarlo. Y ellos subieron con sus ballestas armados por donde se había perdido y en llegando arriba le mandaron viroles ferrados de los que, aunque ya iba lejos, murió. Y con esto nos quedamos otra vez sin guía porque así lo dispuso Dios Nuestro Señor que bien sabía que no lo necesitaríamos para lo que había de venir.

Y esto fue que a otro día de mañana dieron sobre nosotros, con grande grita y retumbar de hierros sobre los escudos, una recia batalla de más de cien negros que habían estado acechando nuestro paso por cierto rio mediano. Y, en viéndolos llegar, luego nos pusimos en defensa concertadamente y los ballesteros armaron a toda prisa sus ballestas y les tiraron a los que más emplumados y vociferantes venían, como tenían enseñado de otras veces, y éstos murieron, mas detrás de ellos venían gran muchedumbre y fiera que no cejaba y aún dio tiempo a hacer otras dos cargas de viroles antes de que en llegando los enemigos a tiro de sus venablos lanzaran muy derechamente sus agudos hierros y mataran a los míos. Y de éstos cayó a mi lado, mirándome desacompasadamente, aquel

Ramón Peñica que tan bueno era, con más de diez venablos que le entraban por el pecho y le salían por las espaldas, chorreando sangre como un San Sebastián. Y a Andrés de Premió no le pude ver más la cara, que habiendo recibido algunos hierros cuando aún estaba en medio del río, la corriente se lo llevaba, hundida la cabeza, y con él al de Villalfañe y su trompeta y a otros dos, con los que el agua bajaba tinta y bermeja de la mucha sangre que manaban. Y con esto yo, que tenía el cuchillo en la mano, me vi rodeado de negros con muy fieras caras pintadas de albayalde y embrazados en las adargas blancas y dejando ver muchas lanzas cortas y venablos y mazas de hierro. Y sintiendo que ya no cabía servir al Rey nuestro señor más que muriendo dignamente y como hombre bueno, quise irme contra ellos para acabar allí, mas alguno avisado me dio un planazo en la mano y me desarmó y otros me cautivaron y prendieron y fuertemente me ataron. Y luego tomaron los despojos de los muertos y me llevaron con el Negro Manuel, que también lo habían apresado, al real de los negros, y corrían delante haciendo grandes fiestas y danzas de la alegría que nuestro prendimiento les daba. Con lo que nos fuimos barruntando que tenían habla de nosotros y que habían salido a buscarnos.

DIECISIETE

Y MOVIENDO DE ALLÍ a otro día muy fuertemente custodiados vinimos a dar en un real más grande que en un prado estaba, donde había casas de madera y más negros juntos de los que había visto en muchos años. Y el que nos llevaba luego nos entregó a otro negro alto y nervudo que parecía de más autoridad y éste le preguntó al Negro Manuel muchas cosas no cuidando que yo pudiera entenderlo mas yo lo entendía cabalmente. Y así fui sabiendo que el Rey Monomotapa había tenido noticia de cómo extraños hombres blancos que no eran moros ni de los otros que entraban por mar, habían pasado a sus estados. Y había mandado a muchas gentes armadas a muchos puertos y lugares en nuestra busca. Y que el mandato era que en tomándonos nos presentáramos delante dél porque había llegado a sus oídos el gran poder de los hombres blancos y que con ellos iba el Herrero Blanco que era hombre de virtud. Y por esta parla luego entendimos que los que tales cosas dijeran serían los negros que con nosotros venían y que fueran tomados cautivos meses atrás. Y en dejándonos solos, encerrados en una casa de madera sin ventanas, con muchos guardias a la puerta, hablé con el Negro Manuel y acordamos que yo haría que no entendía nada de aquellas parlas de negros y que él me hablaría en la lengua de Castilla, que ya muy bien había aprendido, cuanto los negros dijeran y quisieran saber y de este modo no lo mandarían a las minas ni nos separarían.

Y así nos tuvieron encerrados sin dejarnos salir de aquella oscuridad por tres o cuatro días. Y cada noche nos traían un cántaro de agua y algunas gachas y algo de carne que yo ya no podía comer por mengua de dientes y porque habían tomado de mí el cuchillo con que comúnmente me servía. Y a los cuatro días nos sacaron de allí con muy fuerte guarda y partimos sin saber qué camino ni adónde. Y además de los dichos guardas

venían con nosotros dos sargas de esclavos cargados de espuelas que en somo de las cabezas portaban. Mas andando el camino uno de los guardas, que era muy reidor y lenguaraz, se fue aficionando a ir con nosotros y le contaba al Negro Manuel que aquellos esclavos llevaban oro. Y en un descanso de los que hacíamos nos lo enseñó. Y el oro tenía forma de dos barras grandes soldadas por un travesaño más chico. Y cada una de ellas habría de pesar tres o cuatro libras, y así las sacaban del horno que estaba al lado de la mina y cada esclavo llevaba ocho barras en somo de la cabeza. Y los esclavos habrían de ser quince o veinte, sujetos por los pescuezos con sogas y con grilletes de palo a las manos. Y los guardas que iban detrás y delante serían más de cien y algunos de ellos llevaban nuestras ballestas y el saco donde el unicornio iba con los huesos de fray Jordi. Y el guarda que hablaba con el Negro Manuel le dijo que Monomotapa nos quería con todo lo que tuviésemos aunque fuera una boñiga de venado, lo que nosotros pensamos que sería por la gran virtud que los negros creían que las cosas de los blancos habrían de tener. Y es de explicar aquí que muchos negros de aquella tierra groseramente creen que la virtud de las personas y su valor y su sabiduría se quedan impregnadas en las cosas que las dichas personas usan y con ellas pasan luego al que las cosas hereda. Y en esto son muy aficionados a las reliquias de gente grande y todos portan amuletos y vendas de virtud heredados de sus abuelos.

Y con esto pasamos adelante y de allí a diez o doce días llegamos a un valle grande con un río mediano. Y antes de llegar al valle habíamos cruzado por sitios donde había muchas chozas y salían negros y negras a vernos. Y en aquel valle había un pueblo grande y estaba todo lleno de chozas bien construidas con barro y árboles y techadas de paja. Y estas chozas estaban a los lados del río y muchas de ellas dentro dél, porque las aguas bajaban muy mansas. Y las dichas chozas se tenían en somo de

algunos palos y era cosa maravillosa de ver la industria y concierto de su hechura. Y por debajo de las casas podían pasar ciertas barcas muy angostas y largas y veloces que los negros usan, con las que cruzan el río de parte a parte y pescan. Y en las partes más altas de este dicho valle había muchas terrazas como bancales que seguían la forma del cerro. Y en estas terrazas se veía a los negros labrando la tierra muy aplicadamente como antes nunca viera en lo que conocí, como en otras cosas más menudas, que estas gentes eran más concertadas e industriosas que las que habíamos dejado atrás en otros lugares. Y pasando adelante, a la tarde, llegamos a donde había un alcázar grande de piedra levantado. Y el dicho alcázar no tenía almenas ni torres ni ventanas, sino un muro redondo que cerraba una gran plaza de armas. Y el dicho muro sería como cinco estados de alto y estaba hecho de losas chicas de piedra de grano que de lejos asemejaban ladrillos mas en acercándose se veía que no era sino piedra de grano ayuntada sin mortero ni argamasa alguna, como aquella puente del agua que viera en Segovia cuando me llamó el Rey nuestro señor. Y este alcázar grande se llamaba, en la lengua de los negros, Cimagüe y era la posada del Rey Monomotapa. Y en llegando a él entramos por un reborde que los muros hacían, donde no había puerta sino que de arriba abajo por muy estrecho pasillo se terminaban los muros remetiéndose en redondo. Y yo miré por las quicialeras y las trancas que sostendrían la puerta y ni puerta había ni con qué barrerla, cosa que me maravilló mucho. Y en esto vi lo poderoso y confiado que habría de ser el Monomotapa de tener alcázar tan seguro que no había menester de puertas. Y en pasando por el hueco ya nos tomaron guardas nuevos y los que nos habían llevado dejaron allí las espuelas de oro y luego se fueron. Y los que salieron llevaban ciertos lienzos de muchos bordados tapándoles las vergüenzas y eran nervudos y fuertes, como de guardia real. Y luego entraron las espuelas del oro y nos metieron y

dentro había una gran plaza y a un lado de la dicha plaza se levantaba una fuerte torre redonda, más ancha por abajo que por arriba, como horno de cocer yeso o de hacer tejas. Y en somo de la dicha torre había un palenque de madera donde estaban dos negros con un tambor grande. Y en viéndonos entrar lo parchearon muy vivamente dos o tres veces, como mandando aviso. Y luego había muchas casas arrimadas al muro grande todo en derredor, unas redondas y otras más cuadradas y con ventanas chicas y techos de tablas. Y estas casas estaban hechas de la misma piedra de grano del muro y de ellas salieron muchas mujeres negras y algunos niños y pocos hombres, todos vestidos de tocas y paños muy coloreados de los que los moros hacen. Mas no eran moros sino negros de diversas tinturas. Y vinieron a nosotros con muchas risas a palparme las carnes y la barba, como siempre hacían. Mas con todo pasamos adelante hasta una casa grande que junto a la torre estaba. Y en la puerta de la dicha casa había dos poyos de piedra y encima tenían dos leonas hechas de marfil y adornadas con tachuelas de cobre por simularles como manchas, según algunas leonas las tienen por todo el cuerpo. Y tales bultos eran obra de mucho arte y maravilla, que no sabía yo cómo habrían llegado allí. Mas ya sospechaba que este Rey de los negros tenía grandes tratos con los moros y que de aquí era de donde los moros sacaban el oro con que comerciaban con los reinos cristianos y con los genoveses y que todos aquellos paños y algunas espadas buenas que se veían y las dichas leonas de marfil serían obra de moros así como el alcázar en que estábamos. Y estando en estos pensamientos salió a la puerta un hombre ricamente vestido de paño colorado y dijo algo a los guardas que nos traían y luego nos pasaron a la casa. Y entramos en una cámara muy grande como sala, donde no había mueble ni cosa alguna sino sólo los desnudos muros pintados de blanco y de azul. Y la mitad de la sala estaba tapada con un paño grande como cortina de lino blanca que bajaba del

techo al suelo. Y en la pared frontera había ciertos hierros y cadenas metidos en el muro donde los guardas nos ataron por el pescuezo. Y delante de nosotros dejaron todas las espuelas de oro que traían y las ballestas y el saco de los huesos y el cuchillo que me quitaran y el del Negro Manuel. Y de cuanto nos toparon encima no faltaba nada que todo estaba allí. Y luego, en sonando palmas, se fueron todos y quedamos solos. Y no había más luz que la poca que entraba por la puerta y la de una lucerna de sebo con tres cabos que en una alacenilla de la pared ardía.

Y así estuvimos gran pieza de tiempo hasta que se apartó un cabo de la cortina y salió de detrás de ella el Rey Monomotapa. Y éste era un negro joven de como veinte años o algo menos. Y venía vestido con una camisa blanca que le llegaba hasta las rodillas. Y tenía una gran panza que levantaba la camisa por delante como a preñada. Y en los pies calzaba pantuflas muy ricas de seda, moriscas. Y al pescuezo llevaba muchas sartas de abalorios de colores y algunos potes de amuletos y virtud. Y en somo de la cabeza un gorro largo de seda, también morisco, que le bajaba algo por las orejas, como yelmo militar. Y delante del rostro llevaba una barba de oro larga que le llegaba a la mitad del pecho. Mas en los carrillos, que desnudos traía, se le echaba de ver que era lampiño de su naturaleza, como muchos negros son. Y luego supe que aquella barba era entre los negros señal de realeza, como el cetro y la corona lo son en nuestros reyes cristianos. Y era una barba que semejaba estar peinada y trenzada muy menudamente y con mucho primor y atada con cintas de oro y en llegando al remate de abajo era más gorda, como si llevara un moño.

Y Monomotapa se vino a nosotros sin acercarse a más de un paso y me estuvo mirando con mucha atención todas mis desnudeces por detrás y por delante sin decir palabra, tocándome con una vara que en la mano traía cuando quería que me moviera, como a raro animal, y se demoró en

el muñón del brazo y luego me miró a los ojos como si me preguntara cómo había cobrado aquella manquedad. Y luego fue al Negro Manuel y le preguntó si era yo el gran Herrero Blanco y él dijo que sí y le hizo que dijera cómo nos había encontrado y lo que habíamos hecho en los años que con nosotros estaba. A todo lo cual respondió el Negro Manuel mas no dijo nada del unicornio, como ya se lo había recomendado yo, sino que aquellos hombres blancos venían de una tierra muy lejana porque habían oído hablar de Monomotapa y de su reino y querían comerciar con él por traerle más ventajosos y mejores tratos que los que de los moros recibían. A lo que el Monomotapa rió y no supe yo si reía de alegría de oír tal cosa o porque se burlaba de nosotros y sabía que todo era embuste y maraña nuestra. Y lo que más asombro me puso fue que, en escuchándose la risa del Rey, luego rieron igualmente todos los que fuera de la casa aguardaban. Y luego, siguiendo la plática y parlamento, el Rey vino a toser un poco y lo escucharon afuera y tosieron todos. Y así averiguamos que es de ley en aquella corte que el cortesano ha de hacer lo que el Rey haga y reír con él y toser cuando tosa, y escupir cuando escupa y soltar aire cuando aire suelte. Y hasta ocurre que en habiendo un Rey cojo, todos los cortesanos han de cojear en su presencia. Y aquel día hablamos poco más y luego se fue el Rey al otro lado de la cortina y dio palmas y entraron cortesanos y guardias armados que nos soltaron y nos llevaron a una casa chica que junto a las puertas a la parte de dentro estaba. Y allí nos pusieron cadenas y grillos de hierro a la pared y nos dejaron estar todo aquel día.

Y a otro día de mañana, en habiendo luz, entraron guardias que nos llevaron nuevamente a la sala de Monomotapa. Y ya el oro de la víspera no estaba allí donde lo dejaran pero todas nuestras cosas sí, en un banco de madera arrimadas a la pared. Y nos dejaron solos, atados por el pescuezo al muro como la víspera, y volvió a salir Monomotapa y estuvo

una pieza preguntándome por los negocios del Rey de Castilla por intermedio del Negro Manuel. Y quería saber cuántos reinos tienen los cristianos y cómo son los pueblos y el campo y cómo la gente y cómo los reyes y qué comidas comen y en qué casas moran y qué minas tienen y todos los otros extremos que preguntar quería. Y yo en todo le exageraba la abundancia de las mercaderías que en los reinos cristianos se crían, así de paños como de joyas y curtidos y espadas y ballestas y raros instrumentos. Y le elogiaba mucho que los cristianos eran gente de paz y de fiar más que los moros, con lo que procuraba persuadirlo para que quisiera mandarnos de vuelta en embajada. Mas a los cuatro o cinco días de repetidas aquellas inquisiciones y parlamentos y de que el Monomotapa saliera siempre a nosotros con la cara descubierta mientras que los otros cortesanos suyos no le podían ver el rostro, ya nos percatamos de que no tenía pensamiento de dejarnos salir vivos de allí. Y es el caso que estos reyes han de morir, como dejo dicho, cada siete años y, en llegando a ese término, luego, se envenenan para dejar que reine otro de distinto pueblo y con ellos han de perecer sus validos y mujeres y sus criados, que son los que han podido verles el rostro en el tiempo que son reyes. Y si alguno otro les acierta a ver el rostro por azar o descuido, luego ha de morir igualmente. Lo que nos certificó que si nos dejaba catarle la cara era porque su pensamiento era matarnos luego. Y sobre esto tuvimos algunas hablas en los días venideros y muchas trazas sobre la manera y modo en que podríamos escapar del cautiverio y si era hacedero. Y cada día venían cortesanos a vernos con mucha curiosidad y algunos nos traían tortas y cosas de comer y traían a sus hijos chicos a verme y a mesarme la barba como si fuera mono o raro animal. Y yo todo lo sufría con humildad y resignación mientras cavilaba qué hacer por mejorar nuestro estado. Y otro día hubo mucha conmoción de tambores con tal estruendo que no parecía sino que el mundo se venía abajo. Y

vinieron los guardas seguidos de gran copia de gente y nos sacaron del alcázar y nos llevaron a un yerbazal que allí cerca estaba. Y detrás de nosotros venía el séquito del Rey con asaz gente de armas. Y Monomotapa iba sentado en una silla de madera dibujada con muchas tachuelas de cobre y, delante de todos, dos criados llevaban en unas angarillas una de las leonas de marfil. Y detrás del cortejo otros dos llevaban la otra leona. Y siempre que el Monomotapa se movía del alcázar iban las leonas así precediéndolo como siguiéndolo por avisar a la gente. Y la gente luego que veía las leonas y aun mucho antes, con solo oír los tambores, luego se echaba al suelo fuera del camino y se ponían boca abajo y se tapaban el rostro con las dos manos muy fuertemente para no ver al Monomotapa. Y sólo se levantaban cuando ya hacía mucho que la postrimera leona había pasado. Y aquel día nos llevaron a donde un prado se hacía y en un árbol grande del dicho prado habían atado a un venado. Y luego se llegó un guarda y puso una ballesta en mi mano. Y Monomotapa le dijo al Negro Manuel que me dijera que le tirase al venado. Y como luego se vio que con un brazo manco no podía armarla, el Negro Manuel la armó y puso dardo ferrado y me la tendió dispuesta. Mas aun así tuve que decirle que se pusiera delante de mí. Y yo apoyé el mocho de la ballesta sobre su hombro, por no errar blanco, y apunté al venado detrás de los ijares y el virote lo traspasó y se clavó en el árbol. Y el venado murió luego echando cohombros de sangre por la boca, que el pasador le rompiera los bofes. Lo que dejó muy espantados a los cortesanos y a cuantos se llegaban a verlo. Y luego Monomotapa hizo llevar a un esclavo y que lo ataran al árbol y un hombre de su guardia, que había estado aprendiendo a armar la ballesta y a tirar con ella, tomó el palo y le mandó al cautivo un pasador desde menos distancia pero al bajar la palanca la movió mucho y el pasador se perdió en el yerbazal de atrás. Y a esto el Rey soltó una gran carcajada y todos cuantos allí

estaban soltaron la misma carcajada y se dieron palmadas en los muslos como el Rey hiciera. Y otro guardia del Rey se adelantó con la ballesta armada y esta vez el virote le entró por los pechos al hombre que estaba atado, encima del corazón. Y el hombre empezó a aullar como perro pisado de buey y estuvo lamentándose y manando sangre hasta que otros dos virotos le acertaron más derechamente y murió de ellos. Y con esto Monomotapa se quedó muy pensativo y se rascó la cabeza detrás de la oreja derecha y todos sus cortesanos y los guardias se rascaron la cabeza en el mismo sitio.

Y después desto tornamos al alcázar con la misma ceremonia y tambores con que habíamos salido dél. Y luego seguían llamándonos cada día a la sala del Rey y al cruzar el patio veíamos que los guardas de las leonas de marfil tenían las ballestas y estaban muy ufanos de la virtud de aquellas armas. Mas noté que las llevaban siempre armadas con lo que de allí a pocos días se les aflojarían los hierros y quedarían inservibles, mas me cuidé mucho de no decir palabra sobre esto y pasaba delante de ellos haciéndole un guiño al Negro Manuel y él, que era de ingenio muy agudo y sutil, bien me entendía y se reía por lo bajo.

Y un día estábamos atados a la argolla de la sala del Monomotapa y no vino él sino algunas de las negras que eran sus mujeres y que habían de morir con él llegado su tiempo. Y eran casi niñas y estuvieron gran pieza mirándome como a animal y tocándome por todo el cuerpo y también por mis partes y vergüenzas. Y se reían con risitas muy finas, mas no hablaban palabra. Y una de ellas me dio a comer una tortita de miel que traía en la mano. Y con la otra mano me recogía las migajas debajo de la barba y me las metía en la boca, como niña que da de comer a un perro chico.

Y todos estos días había pasado el Negro Manuel echando muchas horas en rascar con un canto el engarce de la cadena que lo sujetaba al

muro en aquella casilla que era nuestra mazmorra y posada. Y un día me avisó de que ya la cadena se vendría abajo con dos o tres tirones fuertes. Y yo dispuse que era mejor correr la suerte que nos esperara cuanto antes y no dilatar más la huida. Así que aquella noche habíamos de escapar aprovechando que no había luna y si nos descubrían no podrían concertarse para buscarnos hasta la mañana. Y la oscuridad de la noche venida ya todo el mundo se había aquietado y hecho el silencio. Y el Negro Manuel tiró de la cadena fuertemente y la arrancó y salió de la casa, que puerta no tenía, y con la misma cadena luego ahogó al guardia que allí cerca estaba. Y le tomó un cuchillo y un venablo gordo con los que tornó y me soltó la argolla del pescuezo y se soltó la suya. Y en esto pasó tanto tiempo que pensamos que mientras tanto podrían encontrar al guarda muerto y dar aviso que escapábamos. Mas no sucedió así porque todos los otros guardas estaban fuera del castillo velando las puertas. Y saliendo de la mazmorra fuimos derechamente a la sala del Monomotapa donde estaba el saco de los huesos y el unicornio. Y como el Rey los tuviera por cosa de virtud los había puesto en una alacena. Y en llegándonos allá encontramos a dos guardas dormidos en el suelo delante de la cortina. Y el Negro Manuel los degolló luego sin ruido. Y sin querer ver lo que detrás de la cortina había, luego tomamos el saco con los huesos y salimos al patio de armas. Y en llegando a donde la puerta grande del alcázar estaba vimos que de la parte de fuera había dos fogatas y en torno a ellas estaban hasta veinte guardas. Y entre ellos aquellos que tenían las ballestas. Y viendo que por allí no podríamos salir, luego nos tornamos y fuimos dando vuelta por donde las casas estaban arrimadas al muro y por allí pudimos trepar hasta el tejado de una que era más baja y de ella a otra como por escalera, hasta que subimos a lo alto de la muralla. Y desde allí, dando vuelta por donde más oscuro estaba, por no ser vistos ni notados, el Negro Manuel me descolgó con una cuerda que

me puso por debajo de los sobacos. Y cuando hube dado con mis pies en el suelo luego descolgó el saco, que yo recibí abajo, y finalmente se bajó él. Y en llegando a tierra luego partimos con mucho sigilo por las chozas que allí están hacia la parte donde sabíamos que nace el sol y muy ligeramente salimos del pueblo. Y anduvimos por un camino toda la noche queriendo que nunca el alba llegara. Y cuando el día quería clarear nos apartamos del camino y nos metimos en una espesura de árboles por donde continuamos a buen paso sin curar de descansar ni de buscar qué comer. Y así nos vino el otro día la noche mas tampoco dormimos sino que saliendo a un camino que iba en la fila de las montañas por donde el sol salía, luego lo seguimos muy ligeramente andando y cuando ya empezaba a amanecer nos apartamos a los árboles para dormir y alcanzar algo de que comer. Y yo estaba desfallecido y aquejado de mis viejas calenturas que casi no me podía valer, mas el Negro Manuel salió luego en busca de bastimentos y tornó con ciertos brotes verdes y raíces y una culebra chica que comimos cruda por prevención de encender fuego que delatara por dónde andábamos si habían salido a buscarnos. Y con esto nos dormimos hasta que fue otra vez de noche, sin curar de los tábanos y mosquitos y otras sabandijas de los charcos que nos andaban por el rostro y las manos mientras queríamos dormir.

Y de allí en muchos días anduvimos de noche por los caminos que iban a la parte del sol y de día nos metíamos por alguna arboleda y dormíamos y comíamos de lo que íbamos cazando. Y cuando topábamos con pueblos o con sitios donde gente hubiera, luego nos apartábamos y vivíamos como lobos en febrero, con las bocas abiertas, y una o dos veces bajamos a los campos y robamos qué comer mas yo no quería tomar esto por costumbre porque no fuese notado nuestro paso. Y el Monomotapa había gran enojo de que habiéndole catado el rostro luego escapásemos dél. Y envió muchos guardas armados a buscarnos y a veces los

divisábamos desde los árboles y una vez los vimos pararse a comer y cuando se fueron acudimos a donde habían estado por si podíamos aprovechar alguna sobra, porque padecíamos muchas estrecheces y mengua de alimento.

DIECIOCHO

Y PASANDO ADELANTE entramos por unas montañas muy arboladas que allí están y en estas montañas sólo hay un camino por el que dos veces vimos pasar filas de esclavos llevando oro y trayendo bultos y ánforas a la cabeza. Y luego pasaban otras gentes que iban y venían libremente. Mas nosotros no osábamos salir a este camino por miedo a que luego me conocieran, pues pensábamos que el Monomotapa habría dado pregón sobre mi color y manquedad. Y así íbamos haciendo muy penosas y cortas jornadas por entre las asperezas de los cerros y las florestas y las brañas y las espinas, siempre escondidos como malhechores. Y esto hicimos durante dos meses hasta que pudimos salir de los montes. Y en estos dos meses encendimos fuego pocas veces por miedo a ser vistos y por mengua de asperones y cosa seca en que prenderlo. Y a veces habíamos de beber agua en pozas inmundas que en el barro hacíamos, donde crían los mosquitos y ciertas chinches muy fieras. Y las sanguijuelas nos aquejaban por las gargantas. Mas con todo esto seguimos adelante ya conformados y sin desesperación de la mala vida. Y luego fuimos aquejados de grandes calenturas y hubimos de posar un día en una cueva por donde acaban las montañas porque yo perdía el seso y andaba dormido día y noche y no podía comer ni caminar cuidando que allí moría. Y en todo esto el Negro Manuel muy solícitamente me atendía y velaba porque bebiera agua por mejorar mis humores y curarme. Y estando en estas fiebres cada día me acudía el pensamiento de Gela y me la figuraba en aquel regato del río donde tan felices solíamos ser. Y yo me veía joven y alegre mirándome en el espejo del agua mientras ella me peinaba como solía. Y yo tenía pelo y barba de tostada color entera y todos mis dientes y estaba ágil y duro como caballo hobero. Y me veía retozando en la yerba y juntando mis piernas a las de

Gela y rodando trabados, ella mojada y brillante como el ébano nuevo, encima de mí o debajo, y aquel gran ardimiento con que me acogía dentro de ella cuando hacíamos lo que humana natura demanda y aquellos fuegos amorosos en que mutuamente nos quemábamos y aquella flojedad y dulzura en que luego, cansados y sudorosos, nos acurrucábamos el uno contra el otro, como cachorrillos en canasto, mientras en el cielo grande el sol se iba pasando como hoguera, con su rodar pausado y poderoso, dando ascuas detrás de las montañas y nos iba avisando que ya la noche era llegada y empezaban a apuntarse estrellas por encima del monte y zumbaban los primeros mosquitos echándonos de allí. Y todo esto se me representaba en mi quebranto tan a lo vivo como si otra vez me acaeciera. Y yo olvidaba la calentura por el frescor del agua y me lamía los secos labios, hinchados y reventados de la fiebre, creyendo que iba a encontrar en ellos la mojadura salada de la piel de Gela. Y cuando, después de esto, recordaba y volvía a mi seso, luego pensaba que aquel soñar de Gela me iba dando ánimos para seguir viviendo y no morirme allí mismo como toda mi gente había muerto. Mas luego pensaba que el venírseme Gela tan a las mientes era la afección de hombre con mujer que los poetas llaman amor y me dividía el corazón cavilar que no fuera amor sino vana ilusión de comalido que delira o que si fuera amor y cuán desagradecido y riguroso había sido al dejarla con aquella destemplanza con que la abandoné. Mas estando en mi entero juicio daba en pensar en mi señora doña Josefina por apartar pensamiento de Gela y me avergonzaba de pensar cómo iba a presentarme delante de ella desdentado y calvo y manco. Mas luego me quería consolar pensando que todo ello lo había sufrido en servicio del Rey, luchando como bueno, y que bastante servicio era para alcanzar prenda de mi dama.

Y a otros ratos, cuando me sentía más reanimar, hablaba mucho con el Negro Manuel de cómo, en llegando a tierra de moros, habríamos de

buscar algún mercader que tuviera comercio y trato con los de Granada. Y él nos buscaría alfaqueque rico, sabiendo que nuestro retorno era muy cumplidero para el servicio del Rey de Castilla, y nos daría cédula por los dineros que hubiésemos menester mientras tornábamos con sosiego y comodidad. Y así pasaríamos adelante en bajel cóncavo o en lenta caravana, sin más cuidado que llevar bien el cuerno del unicornio y los huesos de fray Jordi. Y que, en llegando a Castilla, alcanzaríamos merced y quien nos socorriera y podríamos ir ya a caballo al encuentro del Rey nuestro señor. Y que sería muy divertido ver cabalgar al Negro Manuel, el cual no lo había hecho nunca antes ni había visto caballo en su vida. Mas yo no consentiría que fuese a pie como criado ni que nadie lo hiciera de menos en la corte por ser negro. Antes bien en llegando ante el Rey diría bien alto, que lo sintieran el Canciller y los cortesanos perfumados de algalía que con el Rey están, que este negro que aquí veis es el más devoto cristiano y el más dedicado súbdito del Rey nuestro señor porque por servirlo ha dejado su tierra y gente y se ha venido a vivir con nosotros y ha pasado peligros y menguas y miserias sin cuento, sin esperanza de alcanzar merced alguna, y ha puesto su vida muchas veces en la barra por mejor servir a quien no conocía mas que de oídas y ha bebido muy amargos brebajes y gustado muy amargas viandas y ahora lo declaro mi igual y compañero y pido merced al Rey que lo case con una criada suya y le conceda por hacienda lo que pensara concederme a mí pues si el Rey le debe el unicornio yo le debo la vida.

Y en estos sueños y en estas conversaciones y trazas fuimos pasando delante y ya entrábamos por mejores tierras, por las que anduvimos otros dos meses. Y ya veíamos otros negros distintos a los de Cimagüe, menos retintos, y no nos tapábamos tanto y así íbamos por mejores caminos, siempre a donde sale el sol.

Y un día que hacían grandes y sofocantes calores llegamos a un cerro

alto muy pelado de árboles desde el que vimos el mar azul. Y yo hube tan grande alegría que se me llenaron los ojos de lágrimas y empecé a derramar espeso llanto porque en viendo la mar me parecía que ya habíamos salido de las miserias y penalidades pasadas y que pronto estaríamos entre cristianos. Y cuantos desastres y desventuras nos habían acaecido de los que tan quebrantados y menguados estábamos, dábalos por bien empleados al lado de la gran dicha de volver a ver la mar y de imaginar que al otro lado de aquellas mismas aguas nos aguardaba Castilla. Y el Negro Manuel, al verme llorar tan copiosamente, dio él también en llorar y viendo yo su buen talante, luego me abracé a él renovando en mi corazón mis votos de mucho recompensarlo. Y es de notar que no hay cosa que más una a los hombres que los infortunios y los peligros. Y en consolándonos mutuamente pasamos adelante e iba el Negro Manuel el primero cortando la yerba con la espadilla donde era menester por más desahogadamente abrirme vereda en aquella espesura de cañas y cardos. Y caminaba yo detrás tan flojo y gastado que pensaba caerme a cada paso. Y en llegando al llano me pareció que el mar brillaba más que espejo y estaba muy tranquilo y era suave la costa como aquella por la que el Guadalquivir salía. Y yo no sabía dónde podíamos estar, mas imaginaba que por lo mucho andado al naciente del Sol no podía ser aquella la mar oceana sino la opuesta que está al otro lado del mundo. Y con ello estaba tan contento de haber alcanzado el mar que dejé las cavilaciones para más adelante y, arreciando el paso cuanto pude, llegamos a la playa que era de arenas muy finas y estaba llena de conchas y cáscaras de almejas chicas y grandes. Y allí nos vino la oscuridad de la noche y dormimos en un hoyo que abrimos en la arena con más sabor y regalo que en gentil cama bien emparamentada. Y a otro día buscamos lo que la marea había dejado y hallamos algunos peces muertos tanto chicos como grandes que comimos crudos por mengua de con qué hacer fuego.

Y de aquellos peces, que eran podridos y hedían mucho, luego nos vino fiebre de la que estuvimos muy quejosos y con grandes dolores de barriga y cámaras por dos o tres días. Mas el Negro Manuel, con su dolor y flaqueza, se volvía cada día a donde los árboles y tornaba con frutas y tallos frescos y yerbas que él sabía con qué comer y curarnos. Y así luego que nos hubimos repuesto algo, determiné que seguiríamos la mar caminando a la parte del Septentrión, por donde me parecía que había de ser más corto el camino a Castilla. Y por nada del mundo me quise apartar ya de la mar de donde el corazón me decía que me habría de venir todo el socorro del mundo si Dios Nuestro Señor y Salvador era loado de enviarnos alguno no mirando mis muchos pecados y deservicios. Y en siguiendo la playa, que era tan larga o más que el arenal de los moros, fuimos pasando días y ya sólo nos deteníamos a comer de los peces que nos parecían menos dañinos. Y en todos estos días a nadie nos encontramos sino que algunas veces nos pareció que veíamos gente entre los árboles y el Negro Manuel hacía señas y daba voces mas nadie respondía.

Habría pasado un mes o algo más desde que llegamos al mar cuando un día por la tarde vimos luces lejanas en el camino que llevábamos y brillaban las dichas luces a las vueltas del aire así como suelen lucir las muy distantes fogatas. Mas aquel día íbamos muy cansados y no hicimos por alcanzarlas sino que haciendo nuestro hoyo en la arena luego nos echamos a dormir. Y yo no podía traer el sueño y me levanté a pasear por la playa y miré para las luces y ya no estaban. Mas no quise creer que fueran ilusión puesto que las habíamos visto entrambos a dos, el Negro Manuel y yo. Y a otro día de mañana pasamos delante andando con más ánimo por llegar a donde las luces parecían y cuando paramos a comer entró el Negro Manuel por frutos y brotes en los árboles y tornó al punto diciendo que había topado con veredas que no parecían de animales sino

antes bien de personas. Y luego vimos ciertos rastros de gente lo que nos certificó que las luces que viéramos la noche antes eran de candelas. Y con esto arreciamos el caminar y antes que la oscuridad de la noche fuera venida entramos en un sitio que llaman Sofala, que es pueblo de muy numerosa población. Y así como entramos vimos gran muchedumbre de casas de madera y cañas, más firmemente construidas que suelen ser las de los negros, en lo que me pareció notar que era un pueblo fijo y no de los que andan moviéndose cada pocos años, como suelen ser los otros. Y los negros que lo habitaban salieron a vernos con gran gentío y eran de piel menos retinta que los del interior, mas de labios soplones y chatas narices igual que los otros. Y hablaban una parla que el Negro Manuel no entendió, mas luego vinieron algunos que sí hablaban la del Negro Manuel. Y estuvieron gran pieza conversando y el Negro Manuel les dio noticia de quiénes éramos y lo que llevábamos pasado y los negros dijeron cómo algunas veces habían llegado allí gentes de piel clara, si bien no tan clara como la mía, navegando en grandes naos desde la parte del Septentrión. Y allí compraban oro y nuez de cola y otras mercaderías, por lo que conocí que serían moros y tuve gran alegría de pensar que si estábamos cerca de moros, o entre ellos, muy pronto podríamos retornar a Castilla. Mas luego me entristeció saber que las naos se demoraban dos o tres años en llegar de cada viaje con lo que, no viendo otra cosa más cumplidera sino resignarnos a esperarlos, luego me dejé llevar a un corralillo donde muchas espuertas había y allí nos dijeron que pasaríamos la noche. Y a otro día de mañana vinieron tres negros y nos despertaron y nos dieron de comer unas gachas y luego nos llevaron a una plaza grande que en medio del pueblo estaba y allí había una casa grande de adobe con adornos de azulete y cal. La cual casa pensamos que sería la posada del alcalde. Y salió el que mandaba, que era viejo y vestía camisa de lino y un gorro de palma. Y estuvo gran pieza preguntándonos lo que los negros

nos habían preguntado la noche antes. Y el Negro Manuel le contestaba a todo por medio de uno de aquellos que hablaban su parla. Y luego que el mandamás quedó satisfecho de muchas cosas y sabedor de todas, se dio la vuelta y se entró en la casa sin decir palabra. Y el negro que había hecho de alfaqueque del trato nos dijo que aquél era el jefe Amaro y que nos daba licencia para quedarnos en el pueblo y vivir de lo que pudiéramos siempre que no robáramos a nadie.

Y allí viví por espacio de año y medio. En los primeros días acudían los negros a verme, por la curiosidad de mi color blanca, y traían a sus hijos chicos que me vieran y a veces nos daban gachas y se reían mucho de vérnoslas comer, tan simples son estas gentes. Luego pasó la novedad y se fueron acostumbrando a mí y ya no me hicieron caso. Y nos pusimos a vivir en unas tapias que fuera del pueblo estaban donde el Negro Manuel levantó un cobijo de ramas y cañas y dos camastros, lo que a falta de posada mejor aderezada fue buen albergue de nuestras flaquezas. Y allí había determinado yo aguardar a la venida de las naos del moro para embarcarnos en ellas si hallaba a un cómitre caritativo que nos quisiera llevar con promesa de pago en la arribada.

Y aquel puerto de Sofala era donde salía el oro de las minas de tierra adentro. Y había muchos pescadores que pescaban para llevar sus salazones a donde estaban las minas y el pescado y la carne se pagaban bien. El Negro Manuel entraba cada día a los árboles y ponía trampas y volvía con carne y brotes y frutos suficientes para vivir nosotros. Y si algo nos sobraba, a otro día iba yo a la plaza y lo cambiaba por harina o tocino u otra cosa necesaria y con esto íbamos viviendo. Y por excusar que se perdiera el saco de los huesos, hice un hoyo cerca de donde vivíamos y lo enterré allí.

Los primeros meses de nuestra vida en Sofala no fueron malos y fuimos cobrando fuerzas y ánimos y echamos paciencia para aguardar

que vinieran las naos. Y yo daba en pensar cómo habría de ser mi vida cuando tornara a Castilla y cómo habría de recibirme el Rey nuestro señor y querría que me sentara a su lado en aquella ventana del alcázar que da al río de Segovia y me haría contarle muy por lo menudo todas las penas y trabajos que por su servicio habíamos padecido en la tierra de los negros. Y luego mandaría decir misas por los muertos en la iglesia Mayor y le haría grandes mercedes al monasterio de fray Jordi y a nosotros nos colmaría de regalos con aquella su liberalidad y franqueza. Y se apiadaría de mi brazo manco y me daría plato y techo de por vida o, mejor aún, me nombraría su cronista, de lo que quedaría yo muy servido y satisfecho. Y estas consideraciones me las hacía cada noche mirando las estrellas, tan grandes que parecía que las podríamos tocar con la mano. Y luego me daba en pensar cómo iría muy honrado a Marraqués y buscaría la casa de Aldo Manucio y mi señora doña Josefina daría un grito al verme y soltaría su costura y bastidor y correría a abrazarme. Y pensaba que ha tantos años que me tendría por muerto y no habría dejado en este tiempo de llorarme y pensar en mí y de guardarme lutos como viuda. Y luego repararía en mi brazo de menos y lloraría muy tiernas lágrimas y me acariciaría la triste cabeza menguada y las ojeras hondas y moradas de los ojos y las cicatrices blancas del cuerpo. Y luego se pasaba al llanto silencioso que en todas mis ausencias había estado remansando en las represas del corazón. Y yo lloraría con ella juntando nuestras lágrimas y nuestros labios y muy tiernamente yaceríamos los dos como hombre con mujer y Aldo Manucio daría orden que nadie nos molestase y que se nos aderezase comida bien guisada para cuando fuésemos servidos salir del aposento. Y muy honrados y repuestos tornaríamos a Castilla donde ya me veía pasando la calle Maestra camino del palacio del Condestable mi señor a caballo. Y en el cerebro llevaba a mi dueña, muy estirado sobre la silla, estrechamente ceñido, yerto como palo, las piernas muy extendidas,

tronchando los pies en los estribos, mirándomelos a cada rato si iban de alta gala, la bota y el zapato muy engrasado, el muñón en el costado tal como si mano hubiera, con gran birrete italiano y sombrero como diadema, abarcando toda la calle con mi caballo trotón.

Y en todas estas ensoñaciones no dejaba de pensar que el Negro Manuel iba conmigo, más como amigo que como criado, y por él me figuraba que hasta contestaba con altanería a un cortesano que quería despreciarlo. Y el Rey nuestro señor, sabedor del suceso, me lo aplaudía y alababa pues bien sabía él cuánto dejaba hecho este negro en su real servicio aún antes de ser súbdito suyo que ya, en pisando Castilla, lo era y de los honrados.

Mas no pudieron aparejarse deste modo las cosas. Un día el Negro Manuel tardó en regresar y yo me alarmé y salí al pueblo a preguntar por él y no lo encontré. Y no hallándolo en parte alguna llamé a dos o tres negros que habían con él amistado y salimos luego a buscarlo donde los árboles y vino la noche y no lo hallamos. Y a otro día salimos con el alba y nos repartimos por los senderillos que los árboles hacen y al cabo dimos con él y estaba muerto y tenía toda la garganta rajada y le habían quitado las pobres ropas que llevaba y estaba tan en sus cueros como vino al mundo. Y ya lo habían empezado las hormigas grandes que por allí se crían y las otras aves y alimañas. De lo que hube tan gran pesar como cuando murió mi padre y quedé como alelado de verme tan solo y tan desamparado, que nunca pensara que el Negro Manuel fuese tan gran amigo y amparo para mi soledad. Y luego cavamos un hoyo hondo y le dimos tierra y yo puse en somo una cruz con dos palos y le recé responso el mejor que supe porque había vivido y muerto como cristiano y aún de los mejores. Y no se pudo averiguar quién lo había muerto ni por qué razón. Y estas muertes no eran extrañas en aquel pueblo, mas nadie curaba de ellas porque en el país de los negros la vida del hombre no es

tan preciada como entre nosotros.

DIECINUEVE

CON ESTO ME QUEDÉ SOLO y sin amparo y volví a enflaquecer y a padecer salud y yo mismo hube de salir cada día a los árboles a buscar mi sustento lo que, estando manco, no se me avenía bien con el armar las trampas ni el subir a los árboles a varear el fruto. Y cada día iba menguando y desesperando más y fui viniendo en tanto decaimiento que no es cosa de poderse creer. Y quizá hubiera muerto si no me socorrieran algunas veces los amigos del Negro Manuel que me traían gachas de mijo y otros bastimentos cuando me venían a ver. Y yo, que ya iba hablando un poco su parla, les contaba cosas de Castilla que les parecían maravillosas y mucho los espantaban. Y les hablaba de los caballos y de cómo era el Rey Enrique y de las ciudades muradas y las iglesias y puentes y molinos.

Un día hubo gran grito en la ciudad y mucha conmoción por la raya del mar. Y era que a la parte del Mediodía habían asomado grandes naos como nunca por allí se vieran. Y en asomándome yo a un repecho que en somo del cerro estaba, desde el que se veía bien el mar, noté muy lejos un blancor que, como me fallaba la vista, no alcancé a distinguir si serían velas o aquella niebla baja de la que sale del mar por aquellas calurosas provincias. Mas luego, andando la mañana, se empezaron a dibujar velas y el corazón me batía fuertemente en el pecho que me pareció que eran velas cristianas porque, en una más grande que delante venía iba un dibujo que asemejaba una cruz bermeja grande en toda la cuadrada magnitud de la vela, lo que los pregonaba de cristianos y gente de bien. Y con esto ya me vi salvado y caí de rodillas dando gracias a Santa María y a San Lucas y a todos los Santos y corrí luego a donde los huesos de fray Jordi de Monserrate y el unicornio quedaban enterrados y desenterré el saco con gran priesa y ansiedad, quebrándome las uñas y rezando como

fuera de seso. Y no sabía cómo agradecer a Dios Nuestro Señor la gran merced de rescatarme de aquellos trabajos mandando gente cristiana a donde yo pensaba ya en morir. Y luego que hube tomado los huesos bajé a la playa y ya estaban tan cerca las naos que se distinguían los hombres asomados a las altas bordas y en los castillos de proa. Y las dichas naos eran hasta cuatro de las que llaman carabelas, la delantera un poco más grande que las otras. Y venían derechamente a donde estábamos. Y la gran multitud de negros que había bajado a la arena con mucha grita y mover de brazos, fue poniéndose medrosa según las naos se acercaban, tan grandes eran y poderosas, en lo que noté yo que las de los moros que hasta entonces vieran aquellas gentes serían más chicas y de menos trapo. Con lo que los negros se fueron apartando de la raya del mar y algunos más medrosos huyeron a esconderse donde los árboles. Y yo quedé solo allí donde rompían las olas, con mi saquillo de huesos al hombro, y quise levantar el otro brazo por hacer señas a la marina, que siempre se me olvidaba que no lo tenía, y se movió la manga vacía y el nudo que en su remate llevaba me golpeó el rostro. Y sin pensarlo bien me avergoncé de presentarme delante de la gente cristiana con un brazo de menos, mas era tanta la alegría que pronto se me pasó el sonrojo y volví a correr por la playa y a gritar y a dar grandes voces, que los que me oyeron pensarían que había perdido el seso y me había vuelto loco. Y las naos se fueron llegando con aquel su pausado andar y luego echaron anclas a cuatro tiros de ballesta de donde la arena estaba y botaron al agua esquifes y bajaron a ellos muchos ballesteros armados y algunos espingarderos con sus truenos. Y éstos vinieron a remo hasta la playa donde yo estaba. Y en llegando me dieron voces que quién era y yo entré por el agua a ellos y me abracé llorando a los primeros que se bajaban besándoles las cruces y medallas que al pescuezo traían. Y ellos eran ballesteros membrudos y morenos que me parecieron castellanos mas luego resultó que eran

portugueses. Y el que venía al mando dellos era un piloto de nombre Joao Alfonso de Aveiros. Y se estuvo gran pieza hablando conmigo en la arena y preguntándome cómo había llegado allí. Y parecía muy sorprendido y contrariado de haber encontrado en tal lugar a un castellano. Y porfiaba mucho con sus preguntas, como si recelase que yo mentía en aquello que decía. Mas luego llegó el negro Amaro, aquel que era mandamás de Sofala y Joao Alfonso fue a hablarle mediando yo en las parlas. Y le regaló unos collares de abalorios que traía y un espejo chico y otras quincallas, lo que el otro tuvo a gran merced y allá hicieron el uno con el otro sus asientos y bien por dos horas estuvieron altercando. Y los negros de Amaro trajeron salazón para los ballesteros y no se maravillaban más de la pajiza color de los cristianos porque ya estaban hechos a verme a mí y pronto habían entendido que eran de mi misma nación. Y el dicho piloto mandó luego a los ballesteros que me llevasen a la nao de Bartolomeo Díaz. Y ellos me llevaron en el esquife chico remando muy briosamente, que empezaban a venir olas crecidas que mucho estorbaban el andar.

Y así nos llegamos al costado de una carabela que tenía por nombre la *Santísima Trinidad*. Y nos echaron escalas los de arriba y me ayudaron a subir. Y en la dicha carabela iban los marineros descalzos y casi en sus cueros y sólo habría diez o doce ballesteros que tuvieran camisas y zapatos y entre ellos estaba un hombre, de más edad y de barba recortada y decentemente vestido con un pellote ligero, que daba muestras de ser el almirante de aquella flotilla. Y lo era y supe que se llamaba Bartolomeo Díaz y en dándole uno de los que me traían el parte de quién era yo y cómo me habían encontrado, viviendo entre aquellos negros del pueblo de Sofala, el almirante torció el gesto como si no le gustara lo que oía. Y luego se quedó reflexionando y dio órdenes de que los otros tornaran a tierra que yo quedaría allí embarcado. Y en llegándose a mí me habló en

castellano y me hizo pasar a su cámara que estaba a la parte de popa, debajo del castillo. Y era una cámara muy ancha como sala y tenía dos ventanas emplomadas encima del mar. Y allí me ofreció asiento y me estuvo preguntando muy menudamente cómo había llegado tan lejos y qué mandatos traía y de quién eran los huesos que en mi saco llevaba, que ya varias veces me lo habían abierto Joao Alfonso y los otros ballesteros y cuando veían lo que dentro iba me lo devolvían luego con un gesto de asco, siendo gente de natural supersticioso. Y nunca notaron que entre los huesos largos y la calavera de fray Jordi iba el unicornio y yo en todo el viaje me cuidé mucho de decírselo porque no quería que la causa de tantas muertes y trabajos acabara en la botica del Rey de Portugal. Y así me estuvo preguntando Bartolomeo Díaz por muchas cosas y por mi patria hasta que la oscuridad de la noche venida tornaron los esquifes que habían ido a tierra con ciertas mercaderías y fardajes del trueque y se encendieron los fanales y a su luz hubieron colación de galleta seca y tasajo y tocino. Y a mí me dieron ración como a los otros marineros, sentado entre ellos que muy curiosamente me miraban. Y Bartolomeo Díaz había dado orden que no se me hablara, así que ellos andaban en sus parlas portuguesas, que yo empezaba a entender a medias, sin hacerme caso alguno. Y noté que muchos de ellos estaban señalados de látigo en las espaldas y gastaban luengas barbas y crecidos cabellos y daban señales de estar muy maltratados de la vida. Y más adelante vine a saber que no eran sino penados de las prisiones del Rey que se enrolaban a navegar para redimir penas con los viajes más allá de la tierra conocida, donde nadie quería ir de grado pensando que hallarían la muerte.

Y luego que hube hecho colación vino un ballestero a llevarme a la cámara del almirante. Y allí estaba el dicho almirante deliberando en consejo con Joao Alfonso y otros dos, que me parecieron pilotos o cómitres de las otras carabelas. Y parecían preocupados de haberme

encontrado, de lo que yo saqué en limpio que aquellas vedas portuguesas de navegar más abajo del país de los moros, que había sabido cuando tomamos la nao a Safí, debían seguir adelante después de tantos años pasados. Y uno de los pilotos dijo en su parla, sin pensar que yo lo entendería, si no sería mejor degollarme y tirarme al mar. Mas Bartolomeo lo miró severamente y dijo que eso no se haría con un cristiano que tanto había pasado por servir a su Rey y que lo que cumplía hacer era llevarme al Rey de Portugal para que él dispusiera lo que había de ser de mí. Y que mientras tanto se me trataría bien y se me daría una ración de marinero ordinario. Y los otros estuvieron de acuerdo y el que había hablado de degollarme quedó muy corrido y se excusó que él sólo quería mantener el secreto de las navegaciones del Rey de Portugal. Y de unas cosas y otras iba yo atando cabos y me iba certificando de que aquella flotilla andaba explorando muy secretamente costas nunca antes frecuentadas por cristianos, en busca del país del oro y las especias, en lo que tenían gran competencia con Castilla. Mas iban los lusos más adelantados que los castellanos y de eso les venía el temor de encontrar a un castellano tan lejos. Y luego me dejaron dormir en un camaranchón lleno de cuerdas y hopos de cáñamo y velas plegadas, donde me hice cama la mejor aparejada que en muchos años había tenido y, acunado por el suave vaivén del mar, me quedé dormido tan a sabor y profundamente que no me despertara un trueno de espingarda que al oído me dieran.

A otro día de mañana desperté tarde, cuando estaba el sol alto, y la nao se bamboleaba gentil y suavemente empujada por la brisa del mar que volviéndose a tierra henchía las velas. Salí del camaranchón y vi que llevábamos rumbo al Mediodía y que las otras naos iban delante muy marineras abriendo espumas. Y los hombres estaban cada cual a su oficio y cantaban, y el almirante, desde el andamio del castillo de popa, los miraba hacer. Y todos parecían contentos porque iban de tornada a

Portugal. Y el dicho almirante cuando me vio salir a la cubierta me hizo seña que fuese a él y yo le fui a besar la mano y él me contó en parla castellana cómo había determinado llevarme a Portugal para que el Rey dispusiera lo que había que hacer conmigo. Y que, mientras tanto, podía moverme libremente por la nao sólo que me quedaba prohibido preguntar cualquier cosa que tuviera que ver con aquella marinería y navegación que estaba viendo. Y de lo demás y de mis cosas tenía licencia para hablar. Y luego fue discurriendo sobre otras cosas y cuando halló que yo sabía leer y escribir y que había sido criado y cronista del Condestable de Castilla, se alegró mucho y me fue tomando más respeto y me miraba con otro asombro en los ojos, como si por vez primera me estuviese viendo y fuera ilusión cuanto de mí catara hasta aquel momento viéndome en tan menguadas trazas. Y mandó venir a un Joao Tavares, que era su criado, y le dijo que me pelara luego las barbas y me rapara. Y en pelándomelas el otro ya cobré más facha de cristiano y me mostraron un espejo para que viera qué aspecto tenía y yo volví a ser a mis ojos el que salió de Castilla y hube mucha emoción de verme. Y Bartolomeo Díaz me puso la mano en el hombro y se estuvo mirando largamente al mar que detrás íbamos dejando. Y las gaviotas de lo alto se alborotaban con sus roncas voces. Y luego el almirante mandó que me trajeran vino y aquel Joao Tavares me dio una jarrilla de madera de la que bebí con mucho deleite soplándole los mosquitos y el almirante se sonreía y me preguntó cuánto hacía que no lo cataba. «No lo puedo saber, mi señor —le dije yo—, que cuando la última vez lo bebí fue el año de gracia del Señor mil cuatrocientos setenta y uno en que salí de Castilla y por mis cuentas habrán pasado quince años desde entonces». A lo que el almirante rió de buena gana y me dijo: «No han pasado quince, hombre, sino diecisiete. Ahora estamos en mil cuatrocientos ochenta y ocho y cerca ya de la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo y del cambio de fecha». Y luego platicamos de

escribanías y poesía y el almirante era muy aficionado a los versos y me hizo recitar algunos que yo sabía de memoria y hubo mucho placer en ello. Y aún en los días que siguieron me hizo leer algunos de ciertos librillos muy preciosamente manuscritos que en su cámara llevaba y me hizo mucha merced y franquezas. Y viendo cómo me trataba él, igualmente me favorecían los otros. Y sobre esto he de decir que, por lo que tengo visto, la portuguesa es buena gente y piadosa y abierta de corazón. Y en el tiempo en que estuve en su compañía y cautiverio nunca tuve queja de ninguno, sino que todos se apiadaban de mí y me hacían merced.

Por las hablas de la gente y por lo que fui viendo quiso la misericordia de Dios nuestro Señor que el día de antes de llegar la flotilla a Sofala, donde me hallaron, había determinado el almirante no seguir más a Septentrión y tomar la vuelta del Mediodía. Mas cuando estaban maniobrando para retornar, un vigía que en lo alto de la cofa estaba dio grita de que veía parpadear luces a lo lejos en la barra del horizonte. Con lo que el almirante determinó seguir un día más por saber qué eran aquellas luces. Mas luego que me recogieron y tomaron nota de lo que hallaron en Sofala, dieron vuelta y bajaron hacia el Mediodía. Y los pilotos iban registrando las costas y no apartándose nunca de ellas y asentando en sus papeles los montes y cerros y arboledas y cabos y ensenadas y peñas y otros accidentes que por ella se descubrían. Y así iban levantando sus cartas de marear muy menudamente en servicio de su Rey. Y a los veinte días de navegación arribamos a un río que llamaron el Ocho. Y era una desembocadura grande que vertía gran copia de barro en el mar. Y allí arrimamos los barcos y echamos ancla y se botaron esquifes con barriles por hacer la aguada. Y aunque yo no bajé a tierra, el *Santísima Trinidad* estaba tan cerca de la playa que bien pude ver cómo los ballesteros levantaban un mojón grande y alto amontonando muchas

piedras y mampuestos que de dentro de la tierra traían. Y en ello pusieron grande esfuerzo mientras otros subían y bajaban toneles haciendo la aguada y abastando las naos. Y aun otros se entraban por aquellas espesuras de los árboles y ballesteaban carne y tornaban con cabras y sabandijas y asábanlas en la playa con gran deleite y acuerdo de los que en las naos quedaban.

Y de allí a dos días nos partimos muy bien abastecidos de viandas y agua dulce y dejando atrás un mojón o pedrao como en lengua lusa lo llaman, de más de cuatro estados de alto en el que un cantero puso una lápida con el escudo del Rey de Portugal y la fecha. Y esto valía por tomar posesión para su Rey de todas las tierras y afluentes que aquel río bañara, en lo que me pareció notable demasía de los lusos. Mas sobre esto nada dije, tan grande era la merced que de ellos recibía, que era como si me sacasen de la muerte cierta y nueva vida me dieran. Mas en otras cosas advertílos igualmente aparatosos como en lo de usar hinchados y luengos nombres, como si en todos hubiera alcurnia y nobleza, y en lo de llamar a la menor de las carabelas *O Terror dos Mares*. Y era dicha carabela tan menguada y tantas aguas hacía que muy por menudo hacían plática de barrenarla y perderla porque retrasaba a las otras, mas el almirante no se determinaba a perderla.

Pasando adelante la víspera de la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo cruzamos por la parte de Poniente por mar muy abierto que el almirante había llamado cabo de las Tormentas por una muy mala que sufrieron cuando la ida, mas hubo suerte a la tornada y lo cruzamos sin daño ni esfuerzo. Y después de navegar dos días más pegados a la costa que de costumbre, luego nos separamos un poco más y tomamos la derrota de Septentrión. Y así llegó la Navidad y ya me dejaron bajar a la playa donde se hizo misa solemne y se rezó un rosario y juntamente cantamos un *Te Deum Laudamus*. Y luego comimos carne y repartieron

un cubilete de vino por cabeza en muy buena hermandad. Y yo dormí aquella noche con otros en la playa y no pude pegar ojo pensando en mi presente dicha y en que muy pronto vería a mi señora doña Josefina, la cual me creería ya muerto. Y en pasando adelante de allí a pocos días fuimos a dar en otra desembocadura de río grande y nuevamente bajaron hombres a hacer la aguada y a ballestear carne y a levantar un pedrao como el que dejábamos en el otro río. Y a éste llamaban río Siete, de donde deduje que quedaban otros seis por recorrer antes de llegar a Portugal. Y con esto fui cavilando sobre las jornadas y las leguas que faltarían para rendir viaje, que eran más de lo que primero había pensado. Y luego vine a saber que los portugueses no dan nombre a los ríos en sus cartas y papeles sino solamente números porque el nombre ha de acordarlo el Rey de Portugal que muy estrechamente sigue los negocios de las exploraciones y descubrimientos. Y en esto y otras muchas cosas me pareció que eran gentes muy concertadas y veladoras de sus haciendas.

Y con esto proseguimos nuestro camino y navegación otros dos meses demorándonos en aquella costa por reconocerla y levantando las cartas de marear, que en la ida no lo habían hecho los pilotos por ser ésta la costumbre portuguesa de pasar ligeramente hasta el final del viaje y regresar luego más despacio y por menudo. Y algunas veces se bajaban a hacer aguadas o a reconocer promontorios y bajos y un par de veces regresaron con presa de negros que luego traían a la «Santísima Trinidad» a que yo hablara con ellos, mas aunque ensayaba muy voluntariosamente todas las fablas y palabras de diversos negros que conocía, ninguna de ellas era entendida por los que me traían. Y de ello íbamos sacando en consecuencia haber más copia de hablas distintas entre los negros que entre los blancos que pueblan los reinos de la Cristiandad. Y luego que eran examinados aquellos negros, los devolvían

a la playa y los liberaban sin más daño que el miedo que pasaban sino un par de veces que tomando negras estuvieron los hombres solazándose con ellas el tiempo que nos demoramos en la aguada y las otras cosas, mas luego las despidieron con regalos y ellas, aunque preñadas ciertas, parecían contentas.

Y en estos navegajes ya me fui acostumbrando a ir en naos y cuando se alzaba la mar bravamente lo soportaba bien y no tenía que pasarme el día en vomitorios como al principio. Y amistaba con algunos hombres tanto ballesteros como de marinería y hablaba con ellos en su lengua, empedrando palabras de la mía, que las dos se parecen bastante por ser naturales de lugares tan vecinos. Y así fuimos pasando por otros tres ríos más juntos que los que dejo dichos y éstos se llamaban Cinco y Cuatro y Tres, de donde yo fui acrecentando mis esperanzas viendo cuán presto estaría en mi tierra. Y cada día hacía propósito de buscar a mi señora doña Josefina en viéndome libre y de no separarme de ella jamás. Y me complacía, cuando estaba solo o antes de dormir, en imaginar cómo sería nuestro encuentro si a la luz del sol o debajo de las muchas estrellas del África y los dulces besos que habíamos de darnos y las largas pláticas que tendríamos en aquel jardín de micer Aldo Manucio sobre lo que había sido su vida y la mía en aquellos luengos años de nuestra soledad y apartamiento. Y hasta tenía pensadas las palabras justas con que la habría de dar cuenta y embajada de mis desventuras y trabajos en el país de los negros callando tan sólo lo pasado con Gela, por excusar celos que, hasta las mujeres de mejor talante, luego que saben de otra, los sufren y padecen y a la más alegre dellas no le verás cara buena en diez o doce días. Y con esto me iba animando mucho y se me hacía más llevadera la fatiga de la navegación. Y en este tiempo llegó el de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo y para esas fechas desembarcamos en una playa larga de muy fina arena y nos confesamos unos con otros, según la costumbre del

mar, y oímos misa muy devotamente y tomamos comunión delante del almirante y luego hicimos fuegos y al otro día esparcimos ceniza por las cabezas e hicimos cruda penitencia con que quedamos todos muy edificados.

Los actos ya dichos pasados, partimos de allí y siguieron las naves más pegadas a la tierra y más a menudo se iban y venían esquifes, aunque no había mengua de agua dulce. Y esto entendí ser porque iban a ver puestos donde en otros viajes habían dejado gente, lo que me aseguró estar acercándonos ya a la tierra de los moros en cuya derrota íbamos, si bien todo esto que digo era pensamiento mío pues nadie me daba parla de tales asuntos ni yo osaba pedirla. Y en esto eran muy observantes los marineros y la ballestería, que las más menudas faltas castigábanse allí con muy rigurosas y fieras tandas de palos de que todos quedaban muy escarmentados y edificados. Y aún hubo más el día en que dos hombres en liza se dieron de puñaladas y este ruido acaeció en la nao que decían de *San Joao*, a lo que el almirante mandó juntarse en la costa los capitanes todos y algunos pilotos y las gentes de más respeto. Y allí hicieron juicio como en los asuntos de guerra se suele hacer y se vio cuál de los hombres era el culpable que más ligeramente hiriera al otro y luego lo hizo enforcar y colgar de un árbol. Y a la tarde bajaron el cuerpo y le dieron sepultura muy cristianamente con responso rezado.

Y pasando adelante, el día de San Juan Bautista dimos vista al río que decían Dos. Y el dicho río era el de los Negros por otro nombre llamado y era ancho a maravilla y su desembocadura se abría en muchos distintos caños y pasamos enfrente de hasta cuatro de ellos muy turbios de los muchos lodos que bajaban al mar. Y en llegando al más ancho de los dichos caños, que traía el agua verde, las naos enfilaron por él penosamente subiendo y echaron ancla en un resguardo donde las aguas se amansaban. Y a la parte de enfrente había un castillo muy fuerte y

dilatado de los que contra la mar se hacen, o albacara baja, con los muros muy blancos de piedra y al pie de este castillo algunos esquifes y otras barcas chicas que luego vinieron a nosotros. Y los que en ellas venían eran unos negros al remo y algunos portugueses al timón y pasajeros. En lo que noté que aquél debía ser el pueblo donde, por hablillas que yo había tenido, muy menudamente se comerciaba cambiando a los negros baratijas y sal por oro y marfil. Allí estuvimos dos semanas y hubo mucho ir y venir de esquifes y balsas llevando y trayendo carga hasta que las carabelas estuvieron muy bien abastadas y llenas y en acabando la aguada levaron anclas y partimos. Y en este tiempo no me bajaron a tierra sino que me tuvieron en la nao, aunque yo podía moverme libremente por ella y salir a cubierta cuantas veces quisiera. Y luego que tornamos a la mar íbamos siguiendo la costa como antes, pero esta vez rumbo a Poniente y, en una parla que tuve con un ballestero con el que había amistado y que se llamaba Sebastián de Silva, me contó cómo aquel pueblo que dejábamos atrás del castillo era de un castellano muy rico que había renegado de la fe cristiana tornándose moro y se hacía llamar Mojamé Lardón y que tenía una señal de mucha memoria y ésta era un jabeque tallado que le cogía desde la boca hasta la oreja por toda la cara y que él cuidaba llevarlo siempre tapado del velo blanco que usan los moros principales. Por lo que conocí ser el mismo Pedro Martínez de Palencia, aquel alborotador, facedor de deservicios al que llamábamos *el Rajado*, que viniera con nuestra ballestería y luego desertara con otros por irse en busca del país del oro. Y pregunté por las otras señas de su cuerpo y la talla y los andares y la voz y en todo me contestó Sebastián con señales que le venían bien aquel Pedro Martínez, de lo que mucho me espanté de tener noticias suyas al tanto tiempo de creerlo muerto. Y ahora vivía como un poderoso duque de los negros y era su posada la más grande de aquel pueblo y se había hecho alfaqueque de los tratos entre los

portugueses y los mandamases negros del río arriba. Y toda mercadería pasaba por sus manos y tenía con él una copia de hombres armados más que hueste real, con tres capitanes blancos que por las señas conocí ser algunos de los otros ballesteros que con él se fueron. Y tenía en su casa cuatro mujeres negras y moras y más de veinte barraganas. Y era de todos respetado por río arriba a causa de los grandes castigos y escarmientos que hacía en cuantos osaban chalanear sin su aviso.

Y siguiendo adelante en nuestra navegación fueron menguando las espesas arboledas y las playas se hacían más largas y vacías y la mar más bonancible y tranquila. Y luego de ir casi un mes a la parte de Poniente, la costa se enderezaba otra vez al Septentrión y apenas pasaban seis o siete días sin hacer parada para cargar fardajes y barricas de algún puesto de la tierra. Y venían a traerlo negros muy altos y nervudos y muy bien servidos de sus partes viriles, sobre lo que los ballesteros y marinería hacían muchas burlas y chanzas con su punto de envidia. Y los fardos que traían luego se almacenaban en lo hondo de los barcos y dábamos velas de nuevo.

Y así nos llegó la Virgen de Agosto que celebramos muy devotamente y por dos veces nos cruzamos con otras naos portuguesas que bajaban a donde nosotros subíamos y hacían señales con banderas y cambiaban noticias y una vez pararon para pasar a la *Santísima Trinidad* unas barricas de salazón y otras cosas. Y unos días antes de San Miguel, viernes, llegamos al río Uno que era el último grande antes de Portugal. Y allí desembarcamos, mas ya en éste había un pedrao más antiguo y lo que hicimos fue cargar ciertas cosas y dejar algunos hombres que venían aquejados de calenturas desde que estuviéramos en el río de los Negros, donde habíamos padecido mucho de mosquitos y tábanos que son muy dañosos por aquellas partes. Y estos hombres luego tuvieron muchos vómitos y uno de ellos se consumió y murió.

VEINTE

DESPUÉS QUE SALIMOS DEL ÚLTIMO RÍO, apartáronse las naos de la costa y algunos días no parecía sino que andábamos por medio de la mar oceána. Y mecíanse mucho las tablas y no se divisaba cosa alguna sino agua por todas partes, puestos los oteadores de la cofa en gran prevención. Y así anduvimos bastantes días como si Bartolomeo Díaz recelara de algo. Y a veces juntábanse dos y hasta tres carabelas muy juntas y hacían sus acuerdos y secreteos los pilotos dellas y especialmente aquel Joao Alfonso de Aveiro en cuya pericia el almirante tanto fiaba. Y al cabo de dos semanas tornamos otra vez a divisar la costa y paramos en dos o tres lugares en los que ya no me consintieron que bajara aunque ya noté por otras señas ciertas que eran de tierras de moros. Y en algunas conversaciones oí decir que dentro de tantos y cuantos días pararíamos enfrente de Safí con lo que di en pensar una traza cumplidera para escapar de los portugueses. Y ésta sería que, en estando lo más cerca de la costa que la nao echara anclas, acecharía a la noche, cuando ya los velas cabecean con el mecimiento de la marola, y me descolgaría por un cabo de cuerda en la parte de atrás de la nao, donde el almirante tenía sus ventanas, que en llegando la tarde y muerta la luz del sol él siempre cerraba. Y por aquel lado bajaría más a salvo poniendo pie en ciertas maderas hasta las puertas del timón. Y llevaría el saco de los huesos atado a la cintura. Y en este cumplimiento me había procurado un cabo de cuerda gruesa y otro más fino. Y luego que en la mar estuviera me iría nadando como pudiera, con mi brazo de menos, que yo era gran nadador, y ya estaría cerca de la costa. Y sin ser notado me llegaría a la playa y en llegando a tierra me metería entre los árboles y allá aguardaría como en celada hasta que la flotilla fuera ida y entonces saldría de mi escondite e iría a presentarme a aquel criado del cónsul genovés que allí

tenía su asiento y que me conocía de la otra vez. Y él me haría llegar sano y salvo a Marraqués donde me reuniría con mi señora doña Josefina y desde allí Aldo Manucio se ocuparía de que llegásemos felizmente a Castilla.

Y en habiendo determinado lo dicho, cada día disimulaba mi pensamiento y no osaba repasar la traza por pulir sus minucias y accidentes hasta que estaba solo o me fingía dormido, pues hasta temía que de sólo pensar en presencia de alguno, luego se me pudiera adivinar el pensamiento, tanto más cuanto los portugueses sabían que aquél era el puerto donde la expedición de nuestro Rey y señor don Enrique el Cuarto tocara tierra la vez primera, según yo varias veces les había referido al almirante y a sus pilotos cuando tanto me preguntaban los primeros días que con ellos estuve.

Mas las cosas se aparejaron de modo muy distinto a como yo esperaba y ello fue en mi provecho si bien se mira y como después se verá. Y fue que en llegando a donde el puerto de Safí estaba, echaron ancla las naos y bajaron esquifes con ballesteros y entre ellos iban algunos pilotos y Bartolomeo Díaz. Y yo quedaba mirando la disposición y hechura del puerto y de la costa toda. Y estábamos tan cerca de la tierra que muy bien se podría salvar aquella distancia a nado. Y en mirando aves pasar, todos los agüeros los veía buenos, con lo que quedaba yo muy determinado a escapar aquella misma noche en cuanto los primeros velas estuviesen dormidos. Mas antes de que cayera la tarde volvieron los esquifes y subió a bordo el almirante y se retiró a platicar en su cámara con dos o tres oficiales y luego hizo colación la marinería, y yo con ellos, y un contraмаestre me vino a decir que en adelante había de dormir en el cuarto de las velas, donde estaban las sogas, y así que hube entrado en él me atrancaron la puerta por de fuera. Y yo pasé aquella noche maravillado de cómo habrían podido tenerme barrunto de que me

screbaba escapar si a nadie había comunicado mis trazas. Y me preguntaba si habría hablado en sueños o si era cosa de hechicería y adivinanza. Y todos los días que allí estuvimos, que fueron tres, dormí de noche encerrado. Mas al segundo tuve noticias ciertas y vi que de nada me hubiera servido ponerme en peligros de morir ahogado por mi deseo de escapar. Y fue que aquel Sebastián de Silva con el que tanto amistara bajó a tierra y entró en pláticas con un veneciano de los que en las casas del consulado estaban. Y le preguntó por aquella castellana doña Josefina que diecisiete años atrás había llegado a Marraqués con la gente del Rey de Castilla y por las otras personas que con ella iban. Y supo por él que estas gentes habían cruzado el desierto de arena y habían muerto todos luego en el país de los negros y que la señora, cuatro años pasados desde la partida y muerte de los hombres, casó con un moro rico de Marraqués y tuvo dél cuatro hijos y una hija y al tener la hija murió de sobreparto, lo que fue muy llorado por todos por el mucho afecto que le tenían. Y que de las dos mujeres que con ella quedaban y eran sus criadas, la una murió de allí a poco, sirviendo a otro mercader veneciano de nombre Sebastiano Matticcini y la otra casó con un moro que la llevó a otra ciudad, a Mequenés o a Fes, y no se volvió a saber della. Y que un cierto Manuel de Valladolid, que tampoco se determinara a cruzar el arenal y que fuera el contador y mayordomo del Rey en aquella desventurada tropa, amistara mucho con un moro notable de la ciudad del que se hizo tan amigo que no quiso tornar más a Castilla. Y esto sería también por miedo a que la justicia del Rey le demandara ciertas culpas y abominaciones. Y acabó tornándose moro y renegando de la verdadera Fe. Y lo ahijó su amigo y cuando este murió heredó dél muy buena hacienda. Y que era tan devoto y celoso observador de la ley del falso profeta Mahoma que gozaba de muy buena reputación entre los moros y el Miramamolín lo entraba en su Consejo y no daba paso sin consultarle, y lo colmaba de

mercedes y honores.

Cuando supe la muerte de mi señora doña Josefina sentí que mi vida no valía ya nada y se me fueron los pulsos y quedé sentado como estaba en mi mazo de cuerdas, fuera de seso, sin saber qué decir. Y mi amigo, que sabía algo del mal que me aquejaba, me puso la mano en el hombro y me anduvo consolando con aquellas palabras acordadas y dulces como música que tiene la fabla de los portugueses. Mas yo no tenía consuelo de aquello y solamente miraba al mar por no ser de otros notado y silenciosamente me estuve llorando muy amargas y calientes lágrimas que la brisa salada del Poniente secaba nada más nacer y me las iba doliendo por las mejillas. Y ya no pensé en escapar de la nao ni de cautiverio alguno sino que determiné dejar mi alma y mi cuerpo en las manos de Dios Nuestro Señor para que fuera servido tomarlas cuanto antes porque más no quería vivir ni seguir penando. Y aún no me consolaba cuando tornamos anclas y seguimos levantando espumas por los caminos tristes de la mar.

Mas según los días fueron pasando iguales como rueda, cada uno con sus afanes, fui yo saliendo de mi postración y tristura en lo que mucho me ayudaron las gentilezas y piedad que conmigo gastaban Sebastián de Silva y los otros que por su mediación fueron luego sabiendo la causa y raíz de mis desventuras. Y con mucha razón me tenía por el ser más desdichado del mundo y hasta los que hasta entonces me despreciaban a veces y me mandaban «manco trae esto» o «manco lleva esto allá», las más de las veces por mortificarme, mudaron ahora y procuraban me favorecer y tenían piedad de mí. Y con esto, como el alma humana antes quiere vivir de esperanza que finar de desesperación, fue cerrando la llaga que doña Josefina había en mí abierto y me fui conformando y me fue doliendo menos aquella honda herida nunca del todo cerrada que siempre meacompañará hasta el momento de mi muerte. Y fui dando

entrada a otros pensamientos de más consuelo y así pensaba otra vez en que habría de llevar el unicornio al Rey y que él me recibiría con mucha pompa y nobleza en aquella sala grande de su alcázar y que me colmaría de honores y que yo sofrenaría las lágrimas cuando estuviera rodilla en tierra delante dél escuchando cuantas alabanzas de mí dijera a sus cortesanos. Y cómo luego me daría licencia y me regalaría un caballo suyo y una bolsa de doblas y yo acudiría a presentarme delante de mi señor el Condestable y que el dicho Condestable me recibiría derramando muy tiernas lágrimas y abiertos los brazos como a hijo que vuelve de cautiverio y que me regalaría una huertecilla en los pagos del Guadalbullón para compensarme por mis quebrantos y servicios, mas yo le diría que antes quisiera el premio de volver a servir al Rey en las escaramuzas contra moros y él miraría por mi brazo manco sin decir palabra y yo le mostraría que aún puedo hacer molinetes de estoque certeramente con la mano que me queda y que el brazo manco es capaz, con cierto artificio de correas que tengo muy pensado, de gobernar adarga como si lo asistiese mano. Con lo cual quedaría mi señor el Condestable muy admirado y me daría venia para acompañarlo otra vez contra el moro como en los tiempos de antes. Y aunque mi salud quebrantada y mi ser sin dientes y el dolor y el desconcierto de todas mis coyunturas y el molimiento de mis huesos y mis barbas blancas ya eran más aviso de ancianidad achacosa que de lozana juventud, yo quería persuadirme de que las cosas volverían a ser como antes y de que en tornando a Castilla todo se hallaría como el día que fuimos partidos della. Y en estos consuelos fui pasando adelante y ya no hice por huir a parte alguna de las del reino de los moros que íbamos topando, aunque aún me encerraban las noches por quitarme el pensamiento y ocasión de la huida.

Con esto pasamos adelante y después de una semana salimos a mar abierto y allá nos llegó la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo que

celebraron los hombres con gran alegría y algazara y música y coplas y bailes, en lo que ya conocí que faltaba poco para llegar a Portugal, como así fue, pues a veintiuno de enero, con grandes fríos y la mar muy subida y borrascosa, dimos vista a sus costas por el lugar que llaman el cabo de San Vicente y hubo gran alborozo entre los marineros y ballesteros y todos cantaron el *Te Deum Laudamus*. Y luego Sebastián de Silva me vino a abrazar y llorando fuertemente me señalaba que aquéllas eran las piedras y los árboles de Portugal y hacía casi cuatro años que no había visto a su gente y familia. Y en los días siguientes ya no perdimos de vista las costas que eran a menudo muchas playas peladas y luego manchas de verdor y tan sólo una vez tocamos tierra que fue para descargar ciertas cosas en un castillo que en la costa estaba y que desde allí le mandaran al Rey recado y carta de Bartolomé Díaz avisándole de nuestra llegada. Y luego, en pasando adelante, llegamos a un puerto grande y bueno y muy resguardado que llaman Setúbal. Y allí entramos a fondear y muchas barcas enramadas salieron a nosotros con músicas y banderas y guirnaldas de verde como en romería, a dar bien venida, que no parecía sino que el mundo estaba pendiente de la vuelta del almirante, tal es la afición que estos portugueses tienen de las cosas de la mar. Y los marineros y ballesteros fueron muy celebrados y la gente acudía con vino y viandas que liberalmente repartían con los que en las naos venían y de las que a mí me cupo parte generosa como a uno más. Y de allí a dos días me mandó llamar Bartolomé Díaz y me puso una mano en el hombro y muy encarecidamente me dijo: «Amigo mío, Juan de Olid, ésta es la hora en que has de partir para donde está el Rey, que Dios guarde, y no hay cosa alguna que yo por ti pueda hacer salvo que lo dejo informado por carta de cuanto en tu favor se podría decir. Ahora quedas en las manos de Dios y en las del Rey nuestro señor». Y de estas palabras tuve yo gran pavor, que pensé que el almirante sospechaba que el Rey me mandaría

matar por quitar el peligro de que pudiese dar aviso en Castilla de cuanto en el país de los negros dejaba visto. Mas luego no ocurrió así y pienso que siendo estos portugueses gente de mucho corazón, quizá el pesar de no poder favorecerme más hizo que el almirante dijera aquellas palabras tristes que yo tomé por agüero cierto de muerte. Luego un criado suyo me vino a traer un pellote y manto que el almirante me mandaba y unas calzas de hilo y unos zapatos, con lo que quedé muy vestido y calzado y muy agradecido. Y vinieron dos guardas que hasta entonces no los viera y eran de los de la ciudad y me llevaron de la nao y como quisieran saber lo que llevaba en el saco donde los huesos y el unicornio iban, luego el capitán de los ballesteros dijo lo que era y que el almirante dejaba mandado que nadie fuera osado de tomar de mí aquellos huesos.

Y pasando adelante me dieron prisión aquella noche en un castillo fuerte que allí cerca está sobre unas peñas altas y cuya cuesta es de muy fatigosa y empinada subida. Y a otro día de mañana me dieron pan moreno y tasajo de tocino y luego me pusieron en un caballo rucio siciliano de calmoso andar con lo que, escoltado por los guardas que me tomaran la víspera, partimos por el camino de Lisboa y luego salimos al campo y me fueron hablando y me trataron con franqueza y confianza no como a cautivo y me preguntaban quién era y cuál había sido mi vida con los negros pues mucho los espantaba que yo fuera a ver al Rey. Y fui sabiendo que Lisboa, donde la corte de los lusos para, estaba a sólo una jornada de camino, de lo que no sabía si alegrarme. Y por el camino real que llevábamos varias veces nos cruzamos con gentes que con curiosidad me miraban como si fuese condenado que llevan al verdugo, mas aunque yo lo tenía a mal agüero, esto fue por la escolta de guardias en cuya compañía iba.

Después que vino la oscuridad de la noche llegamos a un castillo que está enfrente del mar. Y al otro lado se veían, muy lejos, mecidas luces

de barcos y otras que se estaban quietas, por lo que advertí que allá enfrente habría una ciudad grande o campamento. Y me encerraron en una mazmorra y me trajeron tasajo de tocino y pan moreno y media jarra de vino y una manta, con lo que quedé muy confortado como en posada bien aderezada y me dormí pronto aunque luego me desveló el dolor de los huesos que traía desconcertados de la falta de costumbre de cabalgar. Y a otro día de mañana me vinieron a despertar los mismos guardas de la víspera y me sacaron a la plaza del castillo y las luces que viera la noche antes eran de la ciudad y puerto de Lisboa y aquel mar de muy apacibles aguas que della nos separaba es el que los lusos llaman río de la Paja. Y luego me llevaron a una galeota mediana que estaba esperando con los pintados remos en alto y en ella me cruzaron a otro embarcadero que enfrente había. Y volaban gaviotas por el aire azul y yo las veía pasar tan libres y gritadoras desde mis grillos y prisiones y a ratos daba en pensar que si en aquellos recios recaudos me tenían era porque ya no volvería a ser libre si es que salía de aquélla con vida. Y luego desembarcamos en Lisboa y me llevaron a un castillo que se asoma al río y allí vino a verme el alcaide y quiso saber lo que traía en el saco y cuando vio que eran huesos de hombre me lo devolvió con cara de asco. Y luego los guardas le dijeron que el almirante dejaba mandado que no se me quitara aquello.

A la tarde vino el barbero y me entró en una terracilla donde daba el sol y se estaba bien y allí se estuvo rapándome las barbas y el pelo de la cabeza, que tenía muy trabado y luengo. Y me vi en un espejillo que traía y me vi tan viejo y desdentado y arrugado y envejecido que casi me consoló pensar que podía perder la vida ya que todas aquellas cosas de honro y cabalgadas junto a mi señor el Condestable que yo soñara en la nao no le estaban bien ni cuadraban a aquel viejo achacoso que yo era. Y así me fui tragando los pesares y me fui conformando con mi destino.

Las cosas que digo pasadas en aquel castillo me detuvieron hasta que

fue hora de comer en que volvieron a dar un plato de cierto pescado sabroso que allí guisan con yerbas y vinagre. Y me dieron otra vez vino y pan y vinieron nuevos guardas a saber mi historia y yo se la contaba y luego ellos socorrieron mi pobreza con ciertas limosnas. Y a la tarde me llevaron los primeros guardas por una calle ancha donde están las tiendas de los mercaderes y los obradores de los artesanos y luego fuimos subiendo por unas cuestas a un monte alto en somo del cual está el alcázar del Rey de Portugal. Y en llegando allí me estaban esperando ciertos cortesanos y secretarios y algunas mujeres se asomaron a verme en las ventanas. Y luego un hombre tomó de mí el saco de los huesos y me llevaron por ciertas salas a un corredor ancho con ventanas emplomadas donde el Rey estaba arrimado a un brasero de bronce, mirando al mar. Y el Rey era un hombre chico y ya viejo, de blancos cabellos y barbas y, aunque el cortesano que me llevó a él me había advertido que no me acercara a más de cuatro pasos dél, yo lo olvidé luego y como el Rey se volvió a mirarme fui a hincar la rodilla a sus pies, como en Castilla usamos, y luego le besé la mano y él me mandó alzarme y entonces me aparté los pasos que me dijera el cortesano y el Rey se sentó en una silla de tijera que junto a la chimenea estaba y me preguntó mi nombre y cuántos años tenía y cuando dije que cuarenta y uno, los cortesanos que con el Rey estaban se miraron muy espantados en lo que noté que les parecía ser más viejo. Y luego el Rey mandó ponerme una silla y me dijo que pormenorizadamente le refiriera cuanto me había acaecido desde que salí de Castilla hasta que Bartolomé Díaz me encontrara, lo que yo hice en la lengua de los portugueses por ser de todos bien entendido, que ya sabía hablar en ella. Y allí me estuvieron escuchando el Rey y su Canciller y sus secretarios y muchos cortesanos que luego fueron entrando con sillas y cojines hasta que se fue la luz de las ventanas y se hizo la noche. Y vinieron criados con candelabros y

lámparas a cuya luz yo proseguí mi relato. Y de vez en cuando despabilaban los braseros con ascuas que subían de las cocinas. Y luego llegó la hora de cenar y el Rey se retiró a hacer colación y los guardas me llevaron a donde ellos posaban y me dieron de comer de lo suyo. Y con esto me volvieron a donde el Rey y de allí a poco tornó él y me dio licencia para que prosiguiera mi relación donde antes la había dejado hasta que, ya bien entrada la noche, lo acabé todo. Y con esto el Rey me despidió y me mandó dar una manta y unas calzas de más abrigo que las que llevaba y con esto se retiró y se fueron todos con él. Y los guardas me llevaron al aposento donde ellos paraban y allí dormí aquella noche en un medio camastro de los que ellos tienen.

A otro día de mañana me llevaron a una cámara grande donde había dos mesas y unos estantes de madera con mapas y papeles y uno de los secretarios del Rey, que yo tenía visto del día de antes, me dijo que el Consejo real había determinado darme a escoger entre quedarme a vivir ya toda la vida en Portugal o, si esto no quería, tornarme luego a Sofala de donde Bartolomé Díaz me sacara, porque de allí a dos meses volvería la flotilla de Portugal a visitar aquellas costas. Y yo, que por nada del mundo quería volver a tales infortunios, le dije que antes preferiría quedarme en la tierra de Portugal entre cristianos aunque fuera en una mazmorra. Y él se sonrió como para sí y me dijo: «No será tan malo, Juan de Olid, que, si los asuntos del Rey nuestro señor se aparejan como creemos, a lo mejor dentro de dos o tres años quedarás libre de tornar a Castilla. Y esto que digo depende de un negocio que el Rey ha pedido al Papa de Roma, así que no es cosa que esté en nuestra mano remediar ni prometer». Con las vueltas del tiempo he venido a saber que aquel negocio era la partición de la bola del mundo en dos mitades, una para el Rey de Castilla y otra para el de Portugal. Mas, en aquel entonces, quedé tan a oscuras que gasté muchos días y noches cavilando cómo podía

deponder mi poca libertad de un negocio tan alto en el que el Papa de Roma estaba.

Aquel mismo día por la tarde me sacaron de donde la guardia y me devolvieron el saco de los huesos. Y yo lo abrí y vi que los huesos y el unicornio seguían allí y es la cosa que los que dentro dél miraban, como estaba oscuro, no notaban más que los huesos y la calavera de un hombre, con lo que luego tomaban aprensión y no querían indagar más.

En una galeota me volvieron a cruzar el río de la Paja y aquella noche me dieron cama y posada en el mismo castillo de la víspera. Y al otro día, desandando los familiares caminos, en el fuerte de Setúbal. Y por la plática de los guardas que me llevaban, que eran nuevos, supe que el Canciller había dispuesto que había de vivir en el castillo de Sagres que es el más asomado a la mar que tienen los reinos de Portugal. Y éste está puesto en somo de una peña pelada donde hay una fuerte guarnición y presidio. Y en alcanzar aquel lugar estuvimos una semana y luego dejéronme en poder del alcaide y se despidieron de mí los guardas y se tornaron.

Y el dicho alcaide ya sabía por cartas quién era yo y cómo había de tenerme en prisión, no porque hubiese hecho mal alguno sino porque así convenía al servicio del Rey. Y me recibió bien y apiadado de mí y me dio un calabozo alto donde entraba el sol por una ventana y mandó que me pusieran cama de paja nueva para que no me afligiera tanto la humedad y el salitre del mar. Y cada día me daban de comer la misma ración de los guardas y soldados que allí están. Y me dejaban salir dos o tres horas a la azotea ancha donde están los cañones y no me prohibían hablar con los velas que allí hacen sus turnos, de los que, con la curiosidad de mi vida pasada, fui haciendo algunos amigos.

De esta manera pasé cuatro o cinco meses y al final me iban tomando confianza y ni siquiera me cerraban la puerta del calabozo y a veces me

mandaban hacer recados por dentro del castillo. Y el dicho castillo es el más grande que imaginarse pueda, pues ocupa toda una península que se asoma en altas peñas y cuevas sobre la brava mar, y por este lado no precisa de muralla ni defensa alguna. Y la única barrera barreada está por el lado de tierra que es muy estrecho y por aquí está la muralla fuerte y bien guardada. Así que yo tenía licencia para andar libremente por dentro y no podía escapar si no fuera tirándome al mar, de lo que sin duda moriría por ser allí muy bravo y abierto y de altas olas batido.

Con esto me fui ganando la confianza de los oficiales y del alcaide y algunas veces me dejaron salir del castillo para ir al pueblo, donde vivían las mujeres de los soldados y artilleros y peones y otras de la mancebía. Y el dicho pueblo tiene unas casillas muy míseras de las cuales las primeras están a dos tiros de ballesta de las puertas del castillo. Y allí me mandaban a veces los guardas a comprar vino, que en el castillo no lo había por las ordenanzas, o a traer comida caliente de la taberna. Y de esta manera me ganaba algunos dineros o algún regalo de cosas de comer o de vino y, siendo los guardas gentes simples, yo también me hacía más simple de lo que soy por engendrarles confianza y amistad. Y ellos, por matar sus horas de vigilancia, que son muy tediosas, me hacían venir a sus puestos para que les contara cosas del país de los negros. Y lo que más a gusto oían era lo referente a como se ayuntan las negras y a qué partes de mujer tienen y a si las dichas partes son más duras y calientes que las de las blancas y al gusto con que se ofrecen a los blancos. Y hacían muchas chanzas sobre esto y uno de nombre Barrionuevo, cabo de ellos, me decía que el día menos pensado iban a botar una galeota y me iban a nombrar almirante de los guardas de Sagres para que los llevara a donde las negras estaban. Y que íbamos a alcanzar fama en la labor de empuñar y repoblar a todas las negras del África. Y con todo esto me trataban bien y me daban confianzas y yo me hacía criado de todos y me

llamaban «el manco de los güesos» por los que en el saco traía, mas no por burla de mi desgracia sino por su simplicidad de soldados. Y nadie sabía allí mi nombre sino que yo era «el manco de los güesos».

VEINTIUNO

Y PASANDO ADELANTE vine a tomar confianza con la tabernera de los soldados que se llamaba Leonor y era viuda y había sido mucho tiempo soldadera. Y aunque no era muy guapa ni estaba bien hecha, andando en su trato luego pareció hermosa. Y la dicha tabernera me había tomado voluntad de ver mi manquedad y cautiverio y así, día sobre día, llegamos a yacer como hombre con mujer según la humana natura demanda, y yo me demoraba grandes ratos en su casa cuando iba con las jarras de los mandados a traer vino al castillo. Y una vez me quedé a dormir con ella la noche entera y, aunque los guardas notaron que faltaba de mi encierro, como sabían donde posaba, no dijeron nada. Y así fui tomando la costumbre de quedarme algunas noches a dormir con Leonor la Tabarta, que así la llamaban, y ninguno me lo prohibía ni decía nada, que todos me veían muy asentado y regalado y contento y nadie creía que pudiera pensar en huir. Y ganas me daban de acomodarme a aquella vida porque mi tal Leonor, aunque no fuera muy bella y tuviera algo de bigote y el rostro algo marchito y estragado de la mucha vida vivida, era para mí más dulce que la miel y muy gentil y en aquel pecho podía yo consolarme de mis tristezas y a su calor me dormía cada noche como niño y ella me consolaba con la ternura de sus manos ásperas y levantadas del mucho trabajar y yo se las besaba como a dama y le decía requiebros en lengua castellana y versos de los poetas, que ella mucho se placía en oírlos, y ella me decía otros en la suave portuguesa que es sutil como la seda en rostro de doncella. Y así nos íbamos durmiendo cada noche, cada uno al calor del otro en aquellos ventosos febreros, debajo de las frazadas de lana, mientras se iba apagando el chisco de la chimenea del rincón y a lo lejos bramaba el mar con su nocturna desvelada artillería. Cien años hubiera sido feliz al lado de Leonor la Tabarta.

Pero yo, aún en mi derrotada vejez, quería poca quietud y cada día paseaba por las altas peñas del castillo mirando el mar que no cansa y pensaba en Castilla y en el alcázar donde el Rey nuestro señor esperaba el unicornio, y en aquella sala del palacio de mi señor el Condestable donde cada noche se juntarían los amigos de mi mocedad a echar los dados y los naipes, y a veces hablarían de mí y se preguntarían si ya estaría muerto. Y pensaba en el tremolar de las banderas de las collaciones y el trompeteo y parcheo de los músicos y el sorteo de las suertes cada vez que mi señor el Condestable saliera contra moros. Y en las tantas otras sonadas y famosas ocasiones en que yo estaba faltando y que tan feliz me habían hecho antes de ir al país de los negros. Mas también reflexionaba, viéndome viejo y manco, que aquellos sueños no tenían más objeto que persuadirme a que, en tornando a las tierras de mi juventud, podía ser otra vez joven y vigoroso, lo que ya era de todo punto imposible y no otra cosa que un engaño que yo mismo urdía para contentar mi triste y dilapidada vida. Mas a pesar de ello determiné pasar adelante y escapar de Sagres en cuanto pudiera y tornarme a Castilla. Y con esto di en pensar la mejor traza de hacerlo y que esto habría de ser de mañana después de dejarme ver por muchos, para que mi falta no fuera notada hasta la tarde y luego tiraría por caminos extraños, primero hacia la parte de Lisboa por donde no fuera buscado y luego, torciendo para donde el sol sale, hacia Castilla. Mas reflexionaba lo fácil que sería a los oficiales del Rey buscar por los caminos a un hombre manco y que muy pronto darían con mi rastro y en alcanzándome me condenarían a prisión más rigurosa y perdería toda la libertad y regalo en que hasta entonces me tuvieran. Y estas cavilaciones me echaban para atrás unos días hasta que nuevamente me visitaba el pensamiento de escapar de allí. Y estando en estas deliberaciones y dudas un día que me crucé paseando por donde bate el mar con dos oficiales del castillo, uno le dijo al otro, por hacerme

broma: «Este manco de los güesos cualquier día se nos escapa a Castilla a dar tierra a los güesos de su fraile como le prometió». Y este sucedido, aunque fuera de broma, me hizo pensar que mi determinación saldría mucho más creída si yo fingía que enterraba los huesos allí, con lo que todos quedarían conformes en que ya no podía tener mientes de escapar. Y así lo hice: dejé pasar un mes, para que los oficiales que tal dijeron no pudieran juntar sus palabras a mi determinación, y luego fui al capellán y al alcaide y les pedí licencia para enterrar los huesos de fray Jordi en el sitio donde estaba el camposanto del castillo. Y ellos me la dieron de buena gana y yo hice como que los enterraba allí y hasta vino el capellán a cantar un responso donde yo había puesto la cruz. Mas los huesos y el unicornio quedaban ocultos entre unas peñas que dan al mar en un sitio distante de allí casi media legua. Y esto cumplido, de allí a otro mes, cuando ya era casi gastado el verano, pasé la noche como solía con Leonor y muy de mañana fui al castillo porque me vieran los guardas de la puerta y luego salí y les dije que me iba a bañar en una playa allí cerca, donde los del castillo se bañaban con las calores, y así lo hice: bajé a la playa me desnudé y entré en el agua por dejar mis rastros y pisadas marcadas en la arena derechamente hasta el mar, mas luego me fui dando un rodeo por dentro del agua hasta unas peñas que al lado estaban. Y en las dichas peñas tenía escondidos de días antes un hatillo de ropa y unos zapatos y ciertos dineros que había juntado. Y en vistiendo aquellas ropas me fui presto caminando por lugares solitarios y ocultos a donde los huesos estaban y en tomándolos me metí por medio del monte hasta que estuve a dos leguas de Sagres donde ya tomé el camino real que por toda la costa va hacia el saliente del sol, por donde yo sabía que se iba a Castilla.

Y mi pensamiento era que luego que los del castillo me echaran en falta y me buscaran, hallarían mis ropas en la playa y verían mis pisadas

y rastros entrando en la mar. Mas, al no verlos saliendo della, pensarían que me había ahogado y que me habían comido los peces y ya no me buscarían más. Con lo que yo a muy buen paso me alejé de allí y aquella noche la hice en el monte debajo de una encina, no fiándome de acercarme a nadie que me pudiera conocer y dar parte de mí, mas, al otro día, ya fui a parar a un pueblo que llaman Silves y allí compré pan y queso y dormí en un pajar que pegado a la iglesia estaba, donde solían dormir los pobres del camino y antes de que se mostrara el día ya estaba yo en la vereda real, como otro caminante cualquiera, sin ser notado. Y después de aquello, en más fáciles jornadas y más reposadamente, seguí adelante y aunque no me ocultaba como fugitivo tampoco procuraba encontrarme con guardias o justicias que pudieran pedirme filiación. Y la gente sencilla del campo se iba apiadando de mi manquedad y a veces me daban fruta o sobras de comida con lo que yo iba ahorrando de los pocos dinerillos que conmigo llevaba. Y con esto a los veinticinco días llegué al pueblo que dicen de San Antonio que es el postrero de Portugal y allí está el gran río Guadiana que va muy ancho y crecido enfrente del mar y es la linde de los dos reinos. Y al otro lado del río está Ayamonte que es pueblo de las Andalucías y del Rey nuestro señor. Y en llegando dormí en la playa, que hacía calor, y pasé en ayunas sin comer aquel día por no salir al camino donde en un momento pudieran desbaratarse todas mis fatigas de los días pasados si era conocido por los guardias y ballesteros del Rey de Portugal que en aquel lado, por ser linde y frontera, están más espesos que en otras partes. Con esto dejé que amaneciera la mañana y seguí mi camino por la playa hasta dar con pescadores que sacaban del mar sus barcas. Y algunos de ellos eran castellanos según entendí luego por el habla, y en llegándome al que me pareció más despierto para el caso le mostré los dineros que me quedaban y le dije: «Esto te doy si me pasas al otro lado del río». Y él me preguntó si era castellano y yo le dije

que sí, y después de pensárselo un momento me dijo que subiera a la barca y la empujó con otro hermano suyo y salimos al mar. Y según iban dándole al remo sin cambiar palabra me pareció que miraban mucho el saco que a mis pies llevaba y tuve miedo que me mataran y me tiraran al mar para robarme, así que abrí el saco y lo mostré que vieran lo que dentro iba y les dije: «Son los huesos de un hombre santo que por promesa llevo a enterrar a Castilla de donde él era». Y ellos no dijeron nada sino que siguieron remando y con esto me pusieron en la otra parte del río en tierra firme. Y yo les di los dineros y ellos se volvieron muy contentos.

Y este día en que pisé Castilla nuevamente fue el segundo de agosto del año de Nuestro Señor Jesucristo mil cuatrocientos noventa y dos. Y me eché el saco auestas con una alegría y vigor que parecía como si me hubieran quitado de encima todas mis vejeces. Y me fui entrando por entre las casillas de los pescadores de aquel sitio de Ayamonte y me detuve a beber agua en una fuentecilla que a la parte de arriba queda. Y el agua era la más clara y dulce y fría que nunca catara, agua agradecida de mi retorno. Y allí vino una samaritana piadosa que vio mi manquedad a traerme una escudilla de ciertos peces adobados que yo comí con buenas hambres y ella me los miraba comer y preguntaba de dónde venía y yo le dije que del reino de Portugal y luego le pregunté si había por allí alguna casa de franciscanos pues traía un voto jurado que había de cumplir. Y la mujer me dijo que a cinco leguas de allí había un monasterio que llamaban de la Rábida y que era de franciscanos y me indicó por dónde más prestamente podía ir. Con esto despedíme de ella y me puse en camino y todo aquel día anduve por caminos de polvo que no eran nada a mi esfuerzo, cantando muchas veces el *Te Deum Laudamus* por aquellas secas soledades hasta que se me hizo de noche en un lugar que dicen de la Punta Umbría donde las aguas de un río o ensenada me cerraron el paso.

Y un pescador que encontré me dejó dormir aquella noche en su barca y se ofreció a llevarme al otro día al lugar de Palos que estaba en la costa de enfrente. Y allí era donde los franciscanos estaban. Y antes que amaneciera me despertó y echamos la barca al mar y bogando con un hijo suyo mancebo fue dándole vuelta a muchas tierras bajas donde los patos crían entre muchas cañas. Y luego salimos al mar y en volviendo dimos en un puerto de pescadores donde había aparejadas tres carabelas una más grande y las otras chicas, como las de los portugueses, más vi en ellas tremolar las enseñas de Castilla. Y en las tablas del embarcadero había gran copia de gente y muchos hombres y mujeres y niños que se despedían unos de otros llorando como si para largo viaje partieran. Y entre aquella confusión el hombre que me había traído me señaló a unos frailes que hablaban con otros hombres y me dijo que aquéllos eran los franciscanos que buscaba. A los que me acerqué y besé las cruces e hice reverencia y el que parecía de más autoridad de entre ellos me dijo que podría más a salvo hablar conmigo en cuanto hubiera despedido con sus bendiciones a aquellos que se partían en las naos. A lo que yo me sentí muy corrido de aquella mi poca paciencia y descortesía y luego hice reverencia y pedí perdón a aquel hidalgo que con los frailes hablaba y que oí ser almirante y llamarse Cristóbal Colón. Y era la ocasión que aquellas naos partían para las Indias por otros nuevos caminos más salvos y cortos que ahora se descubrían. Y yo sentí lástima en viendo a aquella gente joven que tan animosamente se echaba al mar y a sus peligros como tantos años atrás me echara yo con mis compañeros, mas no dije palabra como discreto y me estuve apartado hasta que las naos hubieron zarpado. Y cuando ya se alejaban las velas y apenas se distinguían los hombres que desde los castillos de popa saludaban la tierra, me volví a los frailes y les dije cuál era mi recado y les mostré los huesos que traía a enterrar. Y ellos me dijeron que los siguiera a su monasterio que allí cerca estaba

y era aquel de la Rábida del que me hablara la mujer de la víspera. Y en llegando me esperé en un patio mientras ellos iban a darle aviso a su prior y luego salió él a verme y era un anciano vigoroso de blancas barbas que me hizo entrar a una cámara donde me ofreció asiento y me preguntó si había comido y luego me hizo traer leche y pan que yo tomé de buena gana. Y cuando hube acabado mi colación él escuchó mis cuitas y de quién eran los huesos que allí traía y cómo había estado veinte años fuera de Castilla en el servicio del Rey nuestro señor. Y cuando lo hubo escuchado todo, se levantó y se fue a la ventana y estuvo mirando por ella al patio largo rato, como gravemente reflexionando, y luego se volvió a mí y me dijo: «Hijo mío, muchos son los cambios que ha habido en tu ausencia. El primero que el rey al que tú tan devotamente quieres servir murió hace ya dieciocho años y ahora tiene el reino su hermanastra, la Reina doña Isabel que Dios mantenga por luengos tiempos y buenos. Y es dudoso que ella recompense tu manquedad y fatigas pasadas en el servicio de su hermano porque en este tiempo que tú has estado ausente hubo una guerra muy cruel entre ella y la hija del Rey Enrique por causa de la corona y luego ella no ha favorecido a los que fueron fieles al partido de su hermano. Y aún más: que aquellos que lo sirvieron fueron tan desdichados como él, que tan desastrada vida llevó y tan mala muerte alcanzó». Y me hizo saber cómo el rey Enrique nuestro señor había muerto en el año del Señor de mil cuatrocientos setenta y cuatro, a doce días de diciembre. Y fue que estando enfermo y aquejado de cuerpo y de alma, traicionado y deservido por los que él más quería, escapó enajenado de su seso del alcázar de Madrid, donde a la sazón posaba, y fuese para el Pardo a caballo, sin más compañía que la de su tristeza. Y salieron algunos criados en su seguimiento y lo hallaron muy abatido y tembloroso, tirado debajo de una encina y lo volvieron luego al alcázar y se echó en el lecho vestido y mojado como estaba y así murió. Y lo

enterraron con la ropa sucia que llevaba puesta al morir, y sin zapatos ni el lujo que a tan alta persona correspondía y sin ceremonia, puesto el cuerpo sobre unas tablas viejas, a hombros de gentes alquiladas, y sin embalsamar. Y primero lo llevaron a San Jerónimo del Paso y de allí a Guadalupe donde le dieron sepultura. Y yo, sabedor de esto, determiné que a otro día me partiría a Jaén para presentarme a mi señor el Condestable y que luego, con su licencia, iría en peregrinación a Guadalupe y llevaría conmigo el unicornio y lo dejaría en aquella Iglesia por exvoto. Mas el prior movió la cabeza con tristeza y me dijo que tampoco el Condestable Iranzo vivía ya y que había muerto antes que su señor el Rey Enrique y de peor muerte. Y fue que en el año de mil cuatrocientos setenta y tres, a veintiún días de marzo, día de San Benito el bienaventurado, lo mataron cuando oía misa en la iglesia Mayor. Y fue que, estando haciendo oración donde solía, sobre las gradas del altar mayor, entró un hombre embozado y le dio en la cabeza un gran golpe con el mocho de una ballesta que traía. Y el dicho golpe lo mató y le echó los sesos de fuera. Y aún finalmente supe los otros cambios del reino en mi ausencia y cómo ya Granada era tomada por la Reina de Castilla y no había más lindes ni fronteras ni guerra con los moros sino paz e industria y mucho concierto en los caminos del reino. Y aunque el prior no me lo dijo, yo vine a saber que no había en Castilla lugar para caballeros pobres y mucho menos mancos porque el tiempo de la caballería era pasado y ahora vivíamos en el tiempo de los mercaderes y de los que por sus manos hacen rico al Rey y de los que comercian con industria y perseverante trabajo.

Aquella noche dormí y cené con los criados del monasterio y a otro día de mañana enterramos los huesos de fray Jordi de Monserrate en un cofrecillo de madera que sepultamos en una esquina del cementerio de los frailes, a la sombra de un castaño grande que asomaba del otro lado

por encima de la tapia. Y yo pensé que a él, con su mucha grosura, le hubiera gustado descansar en aquella sombra fresca y que allá quedaba bien aposentado después de tanto mundo corrido en mi compañía tanto de vivo como de muerto. Y me subió un nudo a la garganta y silenciosamente fui llorando muy copiosa y desahogadamente lo que en los años de desventura no llorara mientras los frailes decían su responso con las palabras y los latines con que ellos suelen enterrar a los suyos. Y el prior luego me puso una mano en el hombro por consolarme y silenciosamente tornamos a la iglesia. Y pasando adelante, a los dos días de aquello, me despedí y el prior me dio zapatos nuevos y comida para el camino y algunas monedas. Y tomé la derrota del Septentrión determinado a ir primero a Guadalupe antes que a otro lugar. Y así fui caminando sobre el polvo de los caminos y soportando los soles y los perros que me ladraban, como si ya nada fuera conmigo y mi cuerpo fuera otro ajeno y el verdadero hubiera muerto mucho tiempo atrás en aquellos tremedales de la tierra de los negros.

Y pasaba por muchos pueblos donde me daban limosnas y por todos ellos iba contando mi historia al que quería oírla, sobre la cual se apiadaban luego de mí y me dejaban dormir en los pajares y me sacaban escudillas de sopa y gachas y las otras pocas labores que mi despoblada boca consiente. Y todos se asombraban cuando les decía qué años tenía de que tan prestamente pueda gastarse un hombre. Y de esta manera llegué una mañana a Guadalupe y entré llorando muy copiosamente de recordar la otra vez que allí llegara buscando al Rey y sin hallarlo, hecho yo gentil y apuesto caballero que no tenía nada que envidiar a nadie ni en fuerzas ni en virtud, ni en vida caudalosa que ir gastando como si fuera venero de no secarse nunca. Y estaba la iglesia oscura y luego fui a donde el altar mayor y allí me arrodillé muy devotamente delante de la lamparilla y estuve gran pieza rezando por el ánima del Rey nuestro

señor y por la del Condestable y por fray Jordi de Monserrate y por Andrés de Premió y por todos los otros y por mi señora doña Josefina que tan tiernamente se partió de mí la última vez que nos viéramos sin saber que era para siempre en esta vida mortal. Y cuando hube derramado muchas lágrimas y ya me retiraba, luego vino a mí un fraile de los que allí están y me preguntó qué cuita traía y yo se la dije y le mostré el unicornio que el Rey nuestro señor quería y que lo traía para exvoto del monasterio. Y él lo tomó silenciosamente y estuvo larga pieza con él en las manos sin decir palabra y luego me llevó a donde estaba la sepultura del Rey, que era una piedra lisa, algo más grande que las otras, en una esquina de la nave, sin labor ni leyenda alguna. Y aunque a veces me habían pasado ideas de socorrer mi mucha pobreza vendiendo el unicornio a algún boticario que me lo pagaría bien, antes quise dejarlo en donde el Rey descansaba que no lucrarme de él porque, ¿qué boticario iba a pagarme el alto precio que aquel pedazo de hueso ennegrecido y lleno de rajas había costado a cuantos en su busca partimos veinte años atrás?

Y con esto salí de la iglesia y estaba tan cansado y desfallecido que me senté fuera, en un poyo alto que había, arrimado a donde daba el sol suave de la tarde. Y viniéronme todos estos recuerdos y arrecié en el llorar y así estuve de luengo hasta que se hizo de noche y se cerraron las puertas de la iglesia y empezaron a tiritar las estrellas en somo del cielo y ladraron perros a lo lejos y yo me partí de allí, solo y sin camino.

Epílogo

Acta de la Exhumación del cadáver de Enrique IV

Real Monasterio de Guadalupe
(Cáceres)

En el Real Monasterio de la villa de Guadalupe, en la noche del diecinueve de octubre de mil novecientos cuarenta y seis, y previa autorización del Emmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Toledo y del M. R. O. Provincial de la Seráfica Provincia de Andalucía, los Académicos de la Historia, excelentísimos señores D. Manuel Gómez Moreno y Don Gregorio Marañón Posadillo y el Correspondiente en Cáceres Don Miguel Ortí Belmonte, y en presencia del M. R. P. Provincial, Fr. Francisco S. Zuloaga, PP. Julio Elorza, Claudio López, Arcángel Borrado y Enrique Escribano, se presentaron todos en la iglesia de Nuestra Señora para abrir los sepulcros donde se encuentran los restos de la Reina doña María de Aragón y de Enrique IV de Castilla.

Quitada la tabla medio-relieve que se encuentra debajo del cuadro de la Anunciación, en el lado del Evangelio del altar mayor, quedó al descubierto una galería con bóveda de medio cañón y arco apuntado, donde había dos cajas de madera, lisas, del siglo XVII. En una de ellas, se encontraron restos momificados, pero muy destruidos, de la Reina Doña María, envueltos en un sudario de lino, cuya momia no ofrecía material de estudio. En la otra caja, los restos de Enrique IV, envueltos en un damasco brocado del siglo XV, sudario de lino, restos de ropa de terciopelo, calzas o borceguíes. Se procedió a la medición antropológica de la momia y examen de las telas, retirando un trozo pequeño de damasco para su estudio, el cual pasará al Museo de telas y bordados del

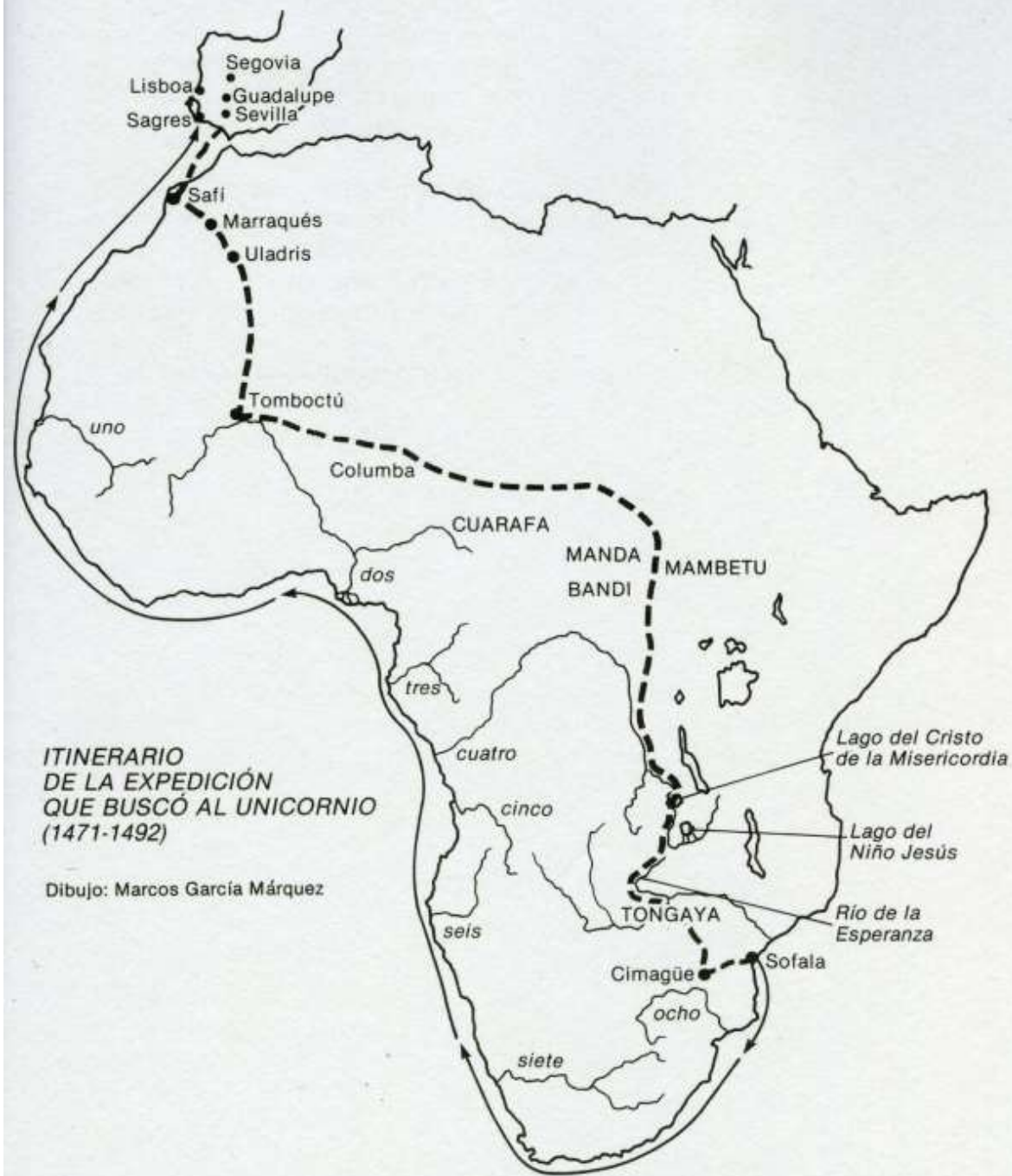
Real Monasterio.

En un ángulo del dicho cajón se encontró un objeto fusiforme gris que, remitido para su examen e identificación al Instituto de Biología Animal del C.S.I.C., resultó ser un fragmento de cuerno de rinoceronte africano.

Terminados de tomar los datos necesarios para la redacción del informe a la Real Academia de la Historia, se procedió otra vez al cierre de la galería, colocando la tabla de medio relieve del retablo y firmando este Acta los PP. Franciscanos y los Miembros de la Comisión y testigos, cuyas firmas aparecen a continuación.

De todo lo cual yo, como Secretario, certifico en Guadalupe, *fecha ut supra*.

(hay catorce firmas).



**ITINERARIO
DE LA EXPEDICIÓN
QUE BUSCÓ AL UNICORNIO
(1471-1492)**

Dibujo: Marcos García Márquez



JUAN ESLAVA GALÁN. Nació en Arjona (Jaén) en 1948, se licenció en Filosofía y Letras por la Universidad de Granada y posteriormente estudió en el Reino Unido. En 1983 se doctoró en Filosofía y Letras con una tesis sobre historia medieval. Historiador, ensayista y traductor, ha publicado más de treinta libros, entre los que destacan los ensayos *Los templarios y otros enigmas medievales*, *El fraude de la Sábana Santa y las reliquias de Cristo*, *Amor y sexo en la antigua Grecia*, *El enigma de Colón y los descubrimientos de América*, *Los Reyes Católicos* e *Historia de España contada para escépticos*. Entre sus novelas destacan *En busca del unicornio* (Premio Planeta 1987), *Guadalquivir*, *Catedral*, *El comedido hidalgo* (Premio Ateneo de Sevilla 1991), *Statio Orbis* y *Señorita* (Premio de Novela Fernando Lara 1998).